

Séptimo

Segado



por Iago

Con la Iglesia



Señeros Copado



Se dice en los Ventideros

En el Mes de Enero del Año de Nuestro Señor de Mil Seiscientos Veintitrés

Que hubo cuchilladas y tiros anoche, en un antiguo cementerio moro que se conoce por el mal nombre de Portillo de las Ánimas. La Ronda debió de andar avisada, pues se guardó muy mucho de acudir, y llegó ya tarde, cuando uno estaba muerto de una estocada y otro se andaba confesando con el sacerdote de la vecina iglesia de San Andrés, mientras la vida se le escapaba de una herida de bala disparada a bocajarro...

No fue la única muerte violenta de la noche, que para calmar los ánimos tras lo acontecido la semana pasada, se celebraba en el estanque del Buen Retiro una representación, o farsa, de la batalla de Lepanto, con galeras de juguete y comediantes improvisados, y de pronto una antorcha caló en una de las barquitas, que ardió como una tea, y el fuego pronto a las otras. Los comediantes hubieron de arrojar al agua, y alguno hubo que se murió ahogado, sea del susto o de no saber nadar. Pero uno de los que sacaron del estanque tenía una daga clavada entre las costillas, sin que se sepa a ciencia cierta la razón de su asesinato...

Y como no hay dos sin tres, también el cura de San Isidro fue incomodado por la noche, que al parecer llovieron estocadas en lugar de gotas de agua, y un jaque pidió confesión a gritos. Y no se sabe qué le dijo, pero se vio al joven curilla salir con el rostro bien demudado. Lástima que esté atado por el Secreto de Confesión, que nadie lo podrá liberar de tan pesada carga...

Se rumorea que en el Palacete de los Bandini se ha convertido en costumbre que los ladrones campen a sus anchas, que dicen que alguien se ha colado en los aposentos de la compungida Madonna Cecilia Cosima, robándola un collar y pendientes que pertenecían desde generaciones a las mujeres de su familia. Y quiso el delincuente dejar rastro de su paso, pues en el cofrecito de las joyas dejó una pequeña máscara de Arlequín, que por lo visto es la firma de un famoso ladrón que trabajaba en tierras del Lacio y que ha debido cambiar de aires.

Que las madres esconden a sus hijos cuando se habla de ese siniestro Claustro, que dicen que juzgan y castigan como el mismo Dios... ¿Y quien no tiene algún pecadillo escondido? Y se rumorea estos últimos días por toda la Villa del poder de esos oscuros y enigmáticos personajes que trabajan desde la sombra para evitar los males y daños a Nuestro Rey. Que se dice que ellos solos, con sus designios y acciones han salvado la vida del Monarca y acabado con el caos que asolaba la Villa y Corte...





De Lo Que Versa

Después de lo sucedido en los últimos días en la capital del Reino, el dominico Fray Emilio Bocanegra solicita a Don Luis Pacheco de Narváez un nuevo favor, ya en su momento le encargó de la guarda y custodia de ciertos documentos de relevancia para el Santo Oficio. Ahora le ruega que le ceda alguno de sus más leales para conducir dichos documentos hasta la Sede de la Inquisición en Toledo, pues teme que alguien esté enterado de su existencia y desee hacerse con los mismos. Le aclara que no fía de algunos de sus propios hermanos, ávidos de poder y que no dudarían en cometer alguna tropelía con tal de conseguir dichos documentos.

El Maestro de Esgrima le favorece con diez hidalgos de valor probado y Honra inmaculada, para trasladar estos documentos y al Presidente del Tribunal de la Inquisición hasta Toledo.

Gracias a uno de los espías del Santo Oficio y que formará parte de la escolta de los “legajos” hasta Toledo, conocerá de esto Fray Hernando de Montesinos, quien agradecerá la información con buenos Reales. A partir de ahí solo piensa en su venganza, aunque no le revierta en beneficio propio, desea que Fray Emilio Bocanegra salga perjudicado en lo posible y es por ello que “contacta” con los Actores para desvelarles que los documentos que desean salen a hurtadillas de Madrid.

Y continuamos con las situaciones que se enredan y enredan hasta formar un nudo, que tal es el caso de Don Vidal de Cendrero, que pertenece a la escolta de los documentos que viajarán desde la Escuela de Armas de Pacheco hasta la Sede de la Inquisición en Toledo. Quiere la cosa complicarse con los deseos de Don Álvaro Enríquez, Marques de Alcañices y miembro del Consejo de Guerra y Estado, quien se ha antojado de la joven Dama Isabel de Cendrero, pero se ha encontrado con la oposición del hermano de esta, que no es otro que Don Vidal de Cendrero. Para allanar el camino, el Marqués de Alcañices ha conocido que el Alférez Cendrero hace unos años tuvo un feo “asunto” en tierras de Flandes que le llevó a ser expedientado y declarado en espera de Juicio Militar por un acto de sublevación. Y ahora, los Reales han reabierto el proceso y se ha dictado que el Alférez Don Vidal de Cendrero debe ser arrestado hasta que se le juzgue y dicte sentencia por parte del Consejo de Estado y de Guerra. El Miembro del Consejo de Estado “confiará” esta pesquisa al Actor que tuviera algún cargo o responsabilidad militar, instándolo a cumplir con su deber y arrestar al Alférez Cendrero.

Y para seguir aderezando este “sofrito”, Don Rodrigo de Piedrasacra ha conocido de la cita de uno de los Actores con una Hiramita renegada y desea dar un escarmiento, a la par que demostrar a los “suyos” que no hay sitio para la traición. Para resolver la situación, ordena a Don Luis de Alquezar que disponga del modo de ejecutar a la traidora que se hospedaría en los próximos días en la Venta de los “Tres Soles”. El Secretario lo hace “oficial” con la firma del Conde de Olivares, quien lo delega en Don Gaspar de Bonifaz y este a su vez lo cede al Actor que se encuentre bajo su mando. La curiosidad del caso es que tras finiquitar la situación, el Actor deberá dejar una “carta” sobre el cadáver y que sin él



saberlo, servirá de un claro y mortal aviso al que lo sepa o quiera entender... Dentro estará el sello de del Arbol de la Vida con la letra "P" escrita en sangre.

Nota del Cronista: El árbol entre los celtas establece la comunicación entre los tres niveles del cosmos: el subterráneo, por sus raíces; la superficie de la tierra, por el tronco; y el cielo, por la copa y sus ramas. Es por tanto el eje del mundo que establece la relación entre la tierra y el cielo. Que ya se verá en su momento que no ha sido elegido al azar por Don Rodrigo.

Y para continuar con el menú, una vez hubo dos hermanas de la noble cuna de la Sagra. Una era hermosa, rubia y amable, la otra era bella también, morena... ¡Y malvada! Como cabía esperar, ambas se enamoraron del mismo hombre, el Conde de Humanes Don Pedro López de Ayala, y fue la gentil Dama Luisa quien se casó con él. La astuta y rencorosa Dama Carlota juró para sí, que se vengaría. Y la bella Dama Carlota supo que la ocasión llegó cuando su hermana quedó embarazada de su primer hijo. El plan es muy simple: reemplazar al recién nacido por un pequeño negro. El escándalo será enorme, Doña Luisa será rechazada y las alianzas que el matrimonio había producido se mantendrán sólo si el Conde de Humanes contrae nuevas nupcias con la Dama Carlota de la Sagra. El único problema es encontrar un recién nacido negro y para resolver esta cuestión, la Dama Carlota buscó la ayuda de Don Alberto Hormaza, un enigmático "intermediario" y probablemente un contrabandista, asesino...

Don Alberto dio por buena la petición de ayuda de la Dama Carlota, a cambio de ciertos "servicios" futuros que pudieran favorecer sus negocios. La joven aceptó las condiciones y atravesó la línea hacia el delito, pero sin mostrar duda o miedo. Y quiso la casualidad o la ironía del destino, que varios meses atrás, una habitante de Cedillo del Condado fue violada por un esclavo fugado de Sevilla, lo cual provocó que ocultara su embarazo tan bien como pudo. Este suceso llegó a oídos de Alberto, quien informó puntualmente a su "señora", la Dama Carlota. La mujer de Cedillo del Condado dio a luz algunos días antes de lo que se supone para Doña Luisa y por ello, la Dama Carlota envió a un pequeño número de hombres para que raptaran al bebé de la campesina. Por desgracia, el sentimiento de culpa de la joven campesina era enorme por la "apariencia" de su hijo y lo abandonó en el río. Y ahí es donde el Actor se topa con esta historia de amor y odio entre hermanas.





Todo Tiene un Principio...

En el Mes de Enero del Año de Nuestro Señor de Mil Seiscientos Veintitrés

Donde los Actores deberán viajar hasta una Venta de camino entre Madrid y Toledo para resolver mil y un entuertos... Y como muchas veces se ha dicho, es de bien nacidos reconocer a cada uno lo suyo y esta parte de la Venta de los "Tres Soles" se basa, más o menos, en la aventura "Secreto de Confesión" del Libro Básico de Alatraste, y nacidos de la pluma de Ricard Ibáñez.

Y una vez reconocido el favor...

¡La Comedia comienza!



Una Venganza Deseada

Donde se cuece:

Sede del Consejo de la Inquisición y de los Inquisidores Generales

Quienes lo guisan:

Hernando de Montesinos

...un Actor con el que mantuviera buena relación.

El Secretario de la Inquisición pese a todo lo sucedido recientemente en la Villa y Corte, no ha dejado de pensar en las malas jugadas que ha sufrido por parte de sus "hermanos", ya sea por la falsa esperanza que le ha ofrecido el Inquisidor General Su Eminencia Andrés Pacheco, como por la manifiesta traición que le ha infringido Fray Emilio Bocanegra ocultando su descubrimiento del "secreto" de los "legajos" del impresor Don Tadeo Escriba. Ahora, sus informadores le han desvelado el plan de Fray Emilio Bocanegra de trasladar los "Infiernos" desde la Escuela de Armas de Don Luís Pacheco de Narváez hasta la "casa" de los Inquisidores en Toledo, para entregarlos tal y como le ordenó el Inquisidor General recientemente.

Una vez que averigua esto, a través de Don Martín de Lucas, informador secreto del Santo Oficio, perteneciente a la Escuela del Maestro Pacheco y que formará parte de la escolta, conoce que se pondrán en marcha al amanecer y harán noche en la Venta de "Los Tres Soles", para continuar de amanecida camino a Toledo.

Y Fray Hernando, que tonto no es, recuerda el interés de los Actores por la "obra de Dante" y así puede satisfacer sus ganas de venganza contra Fray Emilio Bocanegra y "devolver" el favor a los Actores por "debilidades" del pasado, principalmente por ocultar su nombre de los asuntos que



acaecieron en “La Maldegollada”, la aventura del Libro Básico de Alatriste. Por ello enviará una nota a los Actores al anochecer, para que gocen de tiempo de prepararse, que indicará lo siguiente:

A Vuesa Merced,

*Sabiendo del interés de Su Persona por la obra de Dante,
ha llegado a mi entender del viaje a Toledo
de tres excepcionales copias
y que tendrán a bien pernoctar mañana
en la Venta de los Tres Soles.
Siempre a Su disposición,*

HdM

Nota del cronista: Aquí sería más que acertado que solo un Actor recibiera este mensaje y cuando decidiera lo que hacer, no encontrara a ninguno de sus amigos... ¡Solo frente al peligro! La mejor opción es la elección del Actor que en los siguientes hilos argumentales tenga una cita galante, pues así pudiera tener una “coartada” si las cosas se torciesen...



An Encargo Deñido de Sangre

Donde se cuece: “La Regalada” en las Caballerizas Reales

Quienes lo guisan: Gaspar de Bonifaz
...el Actor al servicio de la Corona

Empecemos por el principio y este tiene nombre: Don Rodrigo de Piedrasaca. Por medio de sus informadores y de buenos Reales, ha llegado a conocer de la reunión que va a tener una antigua



LEGADO - CON LA IGLESIA HEMOS TOPADO

“colaboradora” con uno de sus Hijos (es decir, con uno de los Actores) y desea que no se filtre mas información sobre los Hiramitas o sobre cualquier cosa que conozca la traidora. Por este motivo y por medio de su peón Don Luís de Alquezar, decide castigar a la “rebelde”.

El Secretario dispone de una “Orden” para que el Conde de Olivares firme el asesinato de la Hiramita y para ello entremezcla la “Orden” con otros documentos de menor importancia para que sean firmados por el Sumiller de Corps y así no se percate de lo que ha dispuesto. Y cuando la firma está estampada, se dirige a Don Gaspar de Bonifaz para que disponga como mejor convenga y deje junto al cadáver una nota lacrada, que obviamente no debe abrirse bajo ninguna excusa.

A última hora de la noche, el Caballerizo Real dispone que uno de sus mejores hombres, o sea el Actor, ejecute la orden que proviene del propio Monarca a través del Sumiller de Corps y no es otra que eliminar a cierta persona que se hospedará en la Venta de los “Tres Soles” la noche siguiente. Le dirá que es mujer y un nombre... ¿Adela... Elisa... Isabelle...?

Nota del Cronista: Bien es cierto que todo se debe a las maquinaciones de Piedrasacra para castigar a una “rebelde” y dar un aviso a aquellos que sepan observar. Tras la ejecución deberá dejarse junto al cadáver una carta lacrada que contendrá un sello del Arbol de la Vida Celta con la letra “P” escrita en sangre, y así advertirá a los que deseen desertar del fin que los espera. Como veremos, este Hiramita desertor se encontrará en la Venta de los “Tres Soles” para reunirse con otro de los Actores... ¡Casualidad!

Nota del Cronista: Pero lo que casi todos desconocen es la voluntad de Don Gaspar de Guzmán y Pimentel de firmar la “ejecución” y así no descubrir a su “topo” dentro de los Hiramitas... ¡La víctima es necesaria para obtener un bien mayor! Y hace lo único que puede... ¡Observar!

Nota del Cronista: No es necesario decir que la voluntad de Raziel se muestra en la elección del “verdugo” por parte del Caballerizo Real, pues confía en la curiosidad del Actor para curiosear la “carta” y ver hasta dónde llegan los hilos de Piedrasacra.



Apresar a un Traidor

Donde se cuece:

Alcázar de los Austrias

Quienes lo guisan:

...algunos de los miembros del Consejo de Estado
...el Actor con relevancia militar

Desde hace tiempo, Don Álvaro Enríquez, Marqués de Alcañices y miembro del Consejo de Estado, se ha encaprichado de la joven y bella Damisela Isabel de Cendrero, a la que ha pretendido como

Por lago



amante en numerosas ocasiones, siendo siempre rechazado. Su orgullo le provocó intentar consumir lo que pretendía por la fuerza, pero se topó con el hermano de esta, Don Vidal de Cendrero, que le humilló propinándole una buena tunda.

Desafortunadamente para la familia de los Cendrero, el poder y los recursos de Don Álvaro Enríquez es amplio, la venganza de manera astuta y encontró que Don Vidal de Cendrero hace unos años tuvo un feo “asunto” en tierras de Flandes que le llevó a ser expedientado y declarado en espera de Juicio Militar por un acto de sublevación. Aprovechando la circunstancia y por medio de covachuelistas bien “motivados”, se ha reabierto el caso y dictado que el Alférez Don Vidal de Cendrero debe ser arrestado hasta que se le juzgue y dicte sentencia por parte del Consejo de Estado y de Guerra. De este modo, el Marqués de Alcañices, pretende allanar el camino para llegar a la joven Isabel, y poder hacer con ella y de ella lo que desee.

Las investigaciones del Actor en casa de la familia Cendrero les aclarará que el Señor de la casa ha partido de la ciudad, por lo que dicen de camino a Toledo y con la intención de hacer noche en la Venta de los “Tres Soles”. Si el Actor espolea su montura podrá llegar hasta la Venta antes del anochecer...

Nota del Cronista: Como puede resultar obvio, al Actor que le encomienden la tarea, también le asignarán una escolta para que pueda “trabajar” con las máximas garantías y por ello le asignaran cuatro soldados para que le acompañen. Hasta ahí todo correcto. Pero quiere el destino que estos pobre militares cenaron la pasada noche en el Figón de Maese Cazalillas y algo de lo trasegado no estaba en óptimas condiciones, por lo que a mitad del trayecto comenzarán a tener diarreas y vómitos, siendo imposible que continúen cabalgando. El Actor, apretando los dientes y aferrándose a su Honor, deberá realizar la misión en solitario... ¡Que mala fortuna!

Nota del Cronista: El Alférez Cendrero participando en una escaramuza en Flandes se vio en la tesitura de desobedecer la orden de un superior, por lo que el pensaba un claro error de juicio debido a la falta de experiencia o miedo en su superior. Y lo acontecido fue que habiendo perdido su Tercio el contacto con las tropas españolas debido a un error de orientación del Capitán Felipe de Cascajares, se encontraron en medio de una zona enemiga y rodeados de herejes, en clara inferioridad de condiciones y debiéndose refugiar en una hondonada con un río a sus espaldas. Poco a poco, sus compañeros caían uno a uno y sin posibilidad de mejorar su posición, explicó a su superior de realizar un último y desesperado intento por salvar a los soldados de dicha situación: hacer una salida desesperada cuando los enemigos tuvieran el sol de frente para molestar sus disparos y usar los aceros en corto, donde bien pudieran tener una oportunidad de salir con vida de dicho lance. El Capitán no aceptó lo indicado y probablemente el miedo le hizo cometer el error de apuntar al Alférez con su pistola, acusándolo de sublevación y quiso la fortuna que los soldados se pusieron de parte de Don Vidal. Maniataron y amordazaron al Capitán con la intención de que sus gritos no alertasen a sus enemigos. Lo demás fue un alarde de valor y coordinación, pues los soldados españoles sin apenas pérdidas diezmaron a sus enemigos, pudiendo escapar y unirse al resto del contingente de tropas españolas para continuar con la ofensiva que se estaba realizando en aquellas lejanas tierras.

Pero el Capitán Cascajares no olvidó ni perdonó el acto de sus hombres y acusó al Alférez Cendrero de todo lo sucedido, el Tribunal escuchó lo sucedido de labios de muchos de los soldados y supo



quien gozaba de la razón. Aún así, las cosas no son sencillas y para no mancillar el Honor del Capitán Don Felipe de Cascajares, ni tampoco el de su Alférez que actuó con valor, dejaron el caso sin sentencia por “falta de pruebas” contundentes. Es decir, que apelaban a que el tiempo borrara de la memoria de todos esos sucesos y nadie sufriese una mancha en la Honra de su apellido.

Nota del Cronista: Finalmente, aclarar que Raziel, con su capacidad de poder entrever los sucesos futuros, es el causante de los “ardores” de Don Álvaro Enríquez, que sabiendo su posición como miembro del Consejo de Estado, se vería en la disposición de encomendar la misión a uno de los Actores, para que estuviera en el momento adecuado cerca de los “Infiernos de Tadeo Escriba” y cuando menos protección tuvieran estos.



La Reunión Inesperada

Donde se cuece: Palacete de alguno de los Actores

Quienes lo guisan: ... alguna Hiramita conocida o con la que tuvieran relación
... un Actor con “buena” relación con alguna Hiramita

El Actor que durante el transcurso de la Crónica mejor se relacionase con alguno de los Hiramitas, recibirá una carta en la que le cita para la noche siguiente en la Venta de los “Tres Soles” y en la que asegura que tienen motivos parejos para con los Hiramitas o cualquier motivo que pueda “desear” escuchar el Actor.

Esta carta provendrá, preferentemente, de alguna de las Hiramitas con las que haya tratado, ya sea Mademoiselle Isabelle de Jeune, la Dama Adela Arizmendi o la Dama Elisa de Sotomonte, y de no poder darse esta opción, utilizar una Hiramita desconocida, que conoce del interés de los Actores por acabar con las manipulaciones de Piedrasacra.

Y como la carta dispondrá extraños pensamientos en el Actor, este desea pasear para aclarar sus pensamientos y nada mejor que al paseo le acompañe unos tragos en el Corralón de las Sombras. Pero la tranquilidad no es un estado fácil de darse en la Villa de Madrid, pues de camino a su casa, un asaltador le solicita los Reales de su bolsa y el horno no está para bollos... Que es acero y no oro lo que se lleva, dejándolo allí a las buenas noches, que el Actor tiene prisa por llegar a casa para descansar y de buena mañana galopar hasta la Venta de los “Tres Soles”.

Nota del Cronista: En lo posible, sería mas que acertado y adecuado que este personaje Hiramita fuera una mujer... Y dicho esto, apuntar que Raziel tiene mucho que ver en la “necesidad” de esta Hiramita en entrevistarse con el Actor, pues desea que los Actores se percaten de hasta donde llega el



poder de Piedrasacra cuando el propio Conde de Olivares disponga de un “asesino” para ejecutarla... Y será obvio que el deseo de Piedrasacra se encuentra detrás de todo... Esta Hiramita será la “víctima” que el Conde de Olivares ha firmado y que el Espía Real Don Gaspar de Bonifaz, encargará al Actor adecuado que elimine y deje una carta lacrada sobre el cadáver.

Nota del Cronista: Y con las bromas del destino seguimos, pues quiera que el ladrón que asalte a este pobre Actor sea Alonso Cadiñanos, matasietes contratado por Don Froilan Fiel de Acosta junto a Ramón de Feliciano para despachar a su “lujuriosa” esposa.

Nota del Cronista: A modo personal, comentar que mis Actores durante el transcurso de la Crónica de “Reunión”, rescataron a algunos de los “postulantes” a Hiramitas, ofreciéndoles medios y ayudas para que cada uno hiciera lo que mejor sabía hacer... Y así “convencieron” a la Dama Elisa de Sotomonte para “reorganizar” su negocio de “contrabando”, como es obvio, bajo la supervisión del propio Actor.



An Romance Deligroso

Donde se cuece: Palacete de Froilán Fiel de Acosta

Quienes lo guisan: Alejandra Gallardo
Froilan Fiel de Acosta
...algún Actor aficionado a las faldas.

Que de todos es sabido que este mal invierno que nos ha tocado, bien se mitiga con el calor de los amigos... ¡Y más aun con el de las amigas! Por ello, el Actor con mas inquietud por las faldas, y por lo que se esconde debajo, visitará a su “amada” Doña Alejandra Gallardo aprovechando que el esposo de esta, practica con los aceros en la Sala de Armas Italiana de los Duques de Amalfi, que a ciencia cierta no es seguro que sea para emplear la ropera con Honor o para bien afilarse los cuernos, que bien hermosos los luce.

Tras unas palabras con voz trémula al oído y unos cortos arrumacos, la agraciada y necesitada de pasión Doña Alejandra, le susurra a su galán que su esposo Don Froilán la ha ordenado visitar a su familia en Toledo, pues se teme que algo sospecha de lo suyo. Y que aprovechando la comanda, bien pudiera parar en el camino y compartir lecho de una vez por todas... ¡Qué casualidad!

Nota del Cronista: Este sería el Actor con más predisposición para recibir la nota de Fray Hernando de Montesinos, pues bien pudiera enhebrar el lío de los “legajos” con sus “cortejos” a las Damas. Y que quiera la “casualidad” que la Dama deba viajar a Toledo para visitar a sus padres...



Nota del Cronista: Que bien pudiera ser también obra de Raziél, que necesitando de alguien conocedor del “viaje” de los papeles de Don Tadeo Escriba, provocará que cierto marido “bien astado” desconfíe de su esposa y la desee alejar un tiempo de la Villa y Corte... ¡Casualmente a Toledo! Y sabiendo el Actor lo que sabe de su viaje hacia allá, bien pudiera citarse con su “amada” en la Venta de los “Tres Soles” y aprovechar así sus pesquisas allá... ¡Que no por vicio, sino por coartada! ¿No?



Secreto de Confesión

Donde se cuece: En los alrededores del Corralón de las Sombras

Quienes lo guisan: Lope Fidalgo
...y algún Actor con aspecto de tener hígados

Que la vida en estos tiempos es muy puñetera... ¡Todos lo sabemos! Y que el destino en estos tiempos es muy antojadizo... ¡Todos lo sufrimos! Y quiere la casualidad que de noche bien cerrada, mientras el Actor regresa a su casa después de una noche “movidita” de naipes y faldas en el Corralón de las Sombras, escuche el peculiar sonido de los aceros cuando salen de su guarda y un quejido lastimero de seguido... En la oscuridad de las callejas llega ver a dos sombras que parecen registrar a alguien tendido en el suelo, que al escuchar gritos o pasos, se alejarán de allí a grandes zancadas.

El Actor encontrará en el suelo al padre Lope Hidalgo, curilla de San Isidro y que tiene una herida no muy grave, pero bastante aparatosa en un costado y que solicitará el Favor de una Persona de Honor... ¿Qué dispone el Actor? Si no accede, se acabó la trama para este “cobarde” y si compromete su Honor en ayudar al sacerdote, escuchará lo siguiente, entre resuellos y después de tragar saliva:

Me disponía a caminar desde ya, pero ha querido el Señor que no sea y debéis saber que a una jornada de de la Villa, en el camino hacia Toledo, hay una Venta llamada Los Tres Soles.

Allí, esta próxima noche, se cometerá un asesinato.

Nada más puedo deciros, y aún os he dicho demasiado, pues me ha llegado la noticia por Secreto de Confesión.



*No puedo romper el Sacramento, que me sella los labios, pero mal cristiano sería si dejara que impunemente se cometiera tal pecado...
¡Id allí, caballero, e impedidlo!*

Puede que el Actor desee preguntarle al curilla más detalles, pero éste se empeñará en su silencio y finalmente caerá en la inconsciencia por la pérdida de sangre. Es de suponer que el Actor sea misericorde y le lleve a un doctor, para que sea atendido y salvar su vida, que tiempo tendrá de reunirse con el Creador.

Lo que vaya a pasar, pasará esta misma noche y la venta está a una jornada de viaje, así que el Actor tiene el tiempo justo para dejar arreglados sus asuntos y partir hacia la Venta de los "Tres Soles". Si investiga sobre el padre Lope Fidalgo, averiguará que, en efecto, fue requerido en confesión anoche por un valentón al que habían clavado dos cuartas de acero en las tripas, y que salió de la confesión con el rostro demudado, que no se sabe qué le dijo, pero que fue algo difícil de digerir para el curilla...

¿Y cuál es la verdad de todo? Que la Fortuna a quien no le dio valor para limarse sus propios cuernos, al menos le dio Reales para que otro se los afeite, y tal es así, que Don Froilán Fiel de la Cruz conoce de los escarceos de su esposa Doña Alejandra con cierto galán y desea desquitarse de la mejor manera posible: matando a su mala esposa por haberle manchado Su Honor, que ya habrá tiempo para matar al embaucador, que de estas afrentas uno, jamás se olvida.

Nota del Cronista: *Y el destino existe para todos, pues sin quererlo, Raziel ha involucrado a otro de los Actores sin pretenderlo. ¿Como? Cuando provocó el viaje de cierto Actor a la Venta de los "Tres Soles" por medio de los placeres prometidos de cierta Dama, también dispuso de la comanda del esposo de esta para alejarla... Pero al esposo no le satisfacía solo alejarla, sino que pretendía la viudedad para aliviar el peso de su cornamenta y limpiar su Honor, por lo que contrató a dos matachines para que se encargaran de franquear el portón del Infierno a su pecadora esposa, y no son otros que Ramón de Feliciano y Alonso Cadiñanos.*

Y como es de disposición del destino, Alonso Cadiñanos tuvo la mala fortuna, o la férrea voluntad de un Ángel, de toparse con cierto Actor a altas horas de la noche y desear los Reales que no eran suyos, por lo que recibió acero en lugar de oro... Y sabiéndose muerto, se arrastró hasta la Iglesia de San Isidro, donde solicitó Confesión al cura que allí estaba, y así disponer su charla con San Pedro de la mejor manera posible.





En los “Tres Soles”

En el Mes de Enero del Año de Nuestro Señor de Mil Seiscientos Veintitrés

Si los Actores han venido con coche o caballos propios, Blas se hará cargo de los animales y los llevará al establo, donde les llenará el pesebre de forraje. Convendría que algún Actor controlase que los pobres brutos en verdad se lo comen, que es picardía propia de los venteros retirarlo al menor descuido; que los caballos y las muías, por suerte o por desgracia, no hablan ni saben protestar... Los precios de la Venta son dos Reales por el disfrute del forraje y el establo para los animales.



Si los Actores quieren alquilar una habitación para ellos solos y repartírsela como buenamente puedan, les costará veinte Reales la broma y si desean los Cuartos del Rey, el precio será de cuarenta Reales. Las camas son lo bastante grandes para que quepan tres o cuatro muy apretados. Si no les importa dormir en habitaciones acompañados por desconocidos, el ventero suele cobrar cinco Reales por barba y no es raro que éste intente meter a cinco en la misma cama.

Cuando llegan los Actores, hay pocas habitaciones vacías y los que están han pagado por el privilegio de estar solos. Tomás mascullará disculpas si olisquea que los Actores harán gasto: no es normal que haya estos días tanta clientela, pero acomodará a sus Señorías como mejor pueda...



Si los Actores desean beber algo, pueden elegir entre una jarra de vino de la tierra, joven, áspero, bastardo y reconfortante al precio de un Real o un pichel de aloque a punto de convertirse en vinagre por solo veinticinco Blancas. Para paladares selectos que se lo puedan permitir, hay una barrica de vino de Yepes a precio de oro, que son tres Reales la jarra. Por cierto, aunque mareado por el viaje y algo "bautizado" para alargarlo, lo cierto es que es vino de Yepes... Lo que no deja de ser cosa extraña.

Si algún Actor tiene hambre, le pueden servir algunos platos baratos: callos con garbanzos, albóndigas, empanada de carne, morcillas... El precio es dos Reales por degustar una ración de cualquiera de los anteriores platos y está incluido el pan. Para los que no se contenten con ello, la cocinera ha hecho hoy una capirotada de gallina y quedan cuatro raciones, a un precio de ocho Reales.

Hay varias mesas en el comedor, donde los clientes pueden beber y comer en buena o mala armonía. Si el grupo tiene la sana costumbre de hablar mientras beben un trago o comen un bocado, el Actor tendrá muy presente que los vecinos de las mesas pueden pillar toda o parte de la conversación, lo que no deja de ser interesante. Si los Actores quieren algo más de intimidad, tendrán que irse a una habitación o quizá al salón cuando no haya nadie.



De lo que Sucede

Donde se cuece:

Venta de los Tres Soles

Quienes lo guisan:

*Alberto Hormaza
Alfredo Villalba
Alejandra Gallardo
Blas
Dionisio de la Cruz
Emilio Bocanegra
Federico de Cedillo
Giorgio di Montemozolo
Gumersindo
Jonás de Cedillo
Juan Tancredo de Torres
Julio
Jusepa Hernández
Leonardo*



LEGADO - CON LA IGLESIA HEMOS TOPADO

*Luis Enríquez
María
Martín de Lucas
Matías Mondoñedo
Paca
Ramón de Feliciano
Rodrigo Sotosacro
Sebastián Gómez
Sebastiana Menguado
Tomás
Vidal de Cendrero
...y una Hiramita "traidora" a los suyos.*

Cada uno de los participantes en este pequeño drama tiene sus propios planes para esta noche. Bueno será que les echemos un vistazo rápido...

❖ *Alberto Hormaza:*

La intención de este "mercader" es escuchar las conversaciones por si pudiera "aprovechar" de algo y mostrará especial interés por los movimientos que tengan los "soldados", que algo muy valioso han de guardar si el carruaje siempre anda protegido.

Y de darse cuenta de la presencia del bebe negro, con toda la rapidez que le sea posible avisará a su nueva "amiga" la Dama Carlota de la Sagra... ¡Que ya la contará como agradecérselo!

Comentará que viaja a las posesiones de los Humanes, que dicen que su primogénito está al caer y buscarán buenos regalos para la criatura, o la madre... Y para eso está él...

❖ *Alejandra Gallardo:*

Está absolutamente enamorada de su galán, lo espera con impaciencia y muchísima excitación... Pera la fogosa amante no se espera la intromisión de Don Juan Tancredo de Torres, un pretendiente de sus favores y al que ella ha ignorado en favor del Actor.

❖ *Alfredo Villalba:*

Su intención es hacer "cantar" al comerciante Dionisio de la Cruz, pero bien pudieran darse diferentes motivos relacionados con la Crónica anterior:

En el caso de que El Desterrado sobreviviera a la Crónica anterior: Los Vientos fieles al "difunto" Tío Raimundo, se enteraron que el maldito "Desterrado" pretendía escapar de la Villa y Corte, y que un comerciante colaborador de la Garduña le estaba ayudando. Por este motivo, Florance de Chambeau le ha encomendado "hacerse" con lo que sabe este "comerciante"...



Le han seguido hasta esta Venta, ya que aquí pasa la posta que va en dirección a Sevilla, por lo que el de la Garduña parará forzosamente en la Venta... Por cierto, Dionisio de la Cruz lleva unos veinte mil Reales encima en forma de cartas de crédito.

En el caso de que El Desterrado no sobreviviera a la Crónica anterior: Continuando con la "limpieza" que ha comenzado Florance de Chambeau en la Villa y Corte de los "posos" que ha dejado la Garduña tras los últimos avatares. Las investigaciones han llevado a saber que Dionisio de la Cruz es un miembro de la Garduña y Tesorero de la misma, que sale de la ciudad con premura camino a Sevilla, por lo que sería interesante saber qué es lo que conoce. Como ya se ha comentado, Alfredo y Matias le han seguido hasta esta Venta, ya que aquí pasa la posta que va en dirección a Sevilla, por lo que el de la Garduña parará forzosamente en la Venta... Por cierto, Dionisio de la Cruz lleva unos veinte mil Reales encima en forma de cartas de crédito.

❖ *Blas:*

El mozo del establo hace ya varias semanas que le insiste a María para que se cuele por la noche en el establo, que a buen seguro que él le hará olvidar sus penas... Y justo cuando María le había dicho que, bueno, vale, que esta noche se escaparía de su habitación e iría a hacerle una visita... Llega Doña Alejandra Gallardo y su criado se instala en el establo. Blas anda desesperado en busca de algo de intimidad para levantarle las faldas a la criada antes de que a ésta se le pasen las ganas...

❖ *Dionisio de la Cruz:*

Pretende llegar a Sevilla y entregar las cartas de crédito a sus superiores dentro de la Garduña, y realizar un informe de lo sucedido en la capital de las Españas en los días pasados. Aunque bien es cierto, que pudieran darse diferentes avatares relacionados con la Crónica anterior:

En el caso de que El Desterrado sobreviviera a la Crónica anterior: Que si bien es cierto que Dionisio de la Cruz es miembro y Viento de la Garduña, también es cierto que poco sabe del Desterrado, salvo que su verdadero nombre es Guillermo Cabezón y que ahora también le busca la Garduña. Podrá aclarar que él era el contacto del Juglar en la Villa y Corte para lo que pudiera necesitar y que en ningún momento se puso en contacto con él mientras duraron los disturbios.

Que la verdad es bien otra, que el Desterrado sabiendo de las ganas de la Carda y la Garduña por hacerse con su piel, ha extendido el bulo sobre sus intenciones de salir de Madrid con la ayuda de Dionisio de la Cruz, y eso es lo que ha llegado a oídos de Florance de Chambeau. Mientras, el Desterrado escapará de Madrid pero en dirección al norte de España, lejos de la "mirada" de la Carda y de la Garduña.

En el caso de que El Desterrado no sobreviviera a la Crónica anterior: Como ya hemos aclarado, Dionisio de la Cruz es miembro y Viento de la Garduña, podrá aclarar que él era el contacto del Juglar en la Villa y Corte para lo que pudiera necesitar y que en ningún momento se puso en contacto con él mientras duraron los disturbios. Y es verdad que nada mas conoce.



LEGADO - CON LA IGLESIA HEMOS TOPADO

❖ Emilio Bocanegra:

Su sueño será escaso, levantándose en numerosas ocasiones para cerciorarse de que todo marcha bien. Cualquiera que lo observe moverse por la Venta, bien pudiera confundirlo con un ánima vagando sin descanso... Mostrará su desconfianza en los Actores, a los que sabe que siempre andan metiendo las "narices" donde no les llaman... Es más, que dicen de ellos, que alguno pertenece al dichoso Claustro, a quienes debieran haberles juzgado y condenado cuando decidieron traer al castellano la herética obra del italiano Dante.

❖ Federico de Cedillo:

Este gruñón simplemente acompaña a Jonás, pero su tendencia a beber le hace cometer "excesos" que bien pudieran costarle el pellejo... Que su odio a los nobles lo deja entrever en casi cada palabra que escupe y su natural cobardía cuando se le encaran, también se le nota de inmediato. Si descubriese al bebe negro, se mostrará especialmente hiriente con el mismo y con aquel que lo lleve con él... ¡Que bien pudieran ser padre e hijo! Esa es su grotesca manera de ayudar a los de su pueblo y "alejar" sospechas sobre el origen de la criatura.

❖ Giorgio di Montemozolo:

Hablará con todo el mundo y contará una y mil veces su "triste" historia, que ha venido desde Nápoles para dar muerte al mal nacido del Arlequín, pues por sus malas artes el se ha visto deshonorado y vilipendiado en su propia ciudad. Si le dejan o ayudan a que trasiegue algún vino de mas, contará que el pretendía en amores a una Madonna y la regaló unas preciosas joyas de la familia Montemozolo... Pero la codicia del Arlequín las hurtó y la joven lo tomó como un mal augurio, deshaciendo cualquier posible acuerdo matrimonial entre sus familias. Es por ello que ahora lo busca para recuperar las joyas, su Honor y a su amada Claudia... Y ha llegado a sus oídos que el Arlequín ha actuado en Sevilla y poco después en Madrid... ¡Y por eso ha venido!

Nota del Cronista: *En mi grupo de juego, uno de mis Actores interpreta a un italiano bohemio, al que le gustan las mujeres y los buenos caldos, que gusta de galantear y llevar entre las sábanas a las cortesanas. Pero tras visitar sus alcobas, amparado por la oscuridad las vuelve a visitar como el Arlequín y las "aligera" de dinero y joyas, dejándolas una máscara de Arlequín como "recuerdo" de su visita. Esta pequeña comedia, bien se puede traspasar a cualquier otro Actor para dar mayor interés a esta representación.*

❖ Gumersindo:

Este individuo de aspecto y modales amables, de los que saben hacer amena una conversación, se presentará como Gumersindo, un honrado comerciante de paños que viaja a lomos de un tranquilo caballo y lleva sus mercancías en una robusta mula.

Al despedirse de los Actores les recomendará que tengan mucha prudencia, ya que por las tierras por las que se va a adentrar el grupo suele rondar el terrible "Hugo el Desalmado", un bandido que dirige un numeroso grupo de desesperados. Recalcará mucho que muy pocos han conseguido



salir con vida de entre sus garras... Será especialmente descriptivo con las matanzas sobre aquellos que se niegan a dejar el diezmo por caminar por los caminos de este terrible fantasma... ¡Que no bandido!

Si alguno de los Actores se entretuvo escuchando las historias de Gumersindo, cuando se dirijan por el camino hacia Cedillo del Condado serán asaltados por el "desalmado Hugo". Un virote de ballesta salido de la espesura se parará ante los cascos de las monturas de los Actores y una voz fuerte, ronca, casi gutural les ordenará que dejen las bolsas al lado del virote o serán muertos allí mismo. A la par, se escucharán ruidos en diversos puntos de entre la maleza y otro virote se clavará cerca del otro, pero este vendrá desde otra dirección.

Y todo tiene una explicación. El pícaro Gumersindo, aprovechando una leyenda local sobre el temible bandido Hugo, ha ideado el método para robar a los incautos. Por medio de cuerdas, poleas y demás ingenios mueve ramas o dispara una ballesta, a la par que habla a través de un ingenio con tubos de cuero y un canuto para amplificar su voz desde diversos puntos de la espesura, amedrenta a los viajeros, instándoles a que depositen las bolsas y continúen su camino... ¡Y es un negocio bastante próspero!

❖ *Jonás de Cedillo:*

Estará tomando unos tragos, pues Tomás el Ventero le ha pedido que realizara unos arreglos en ciertas herramientas de la Venta y a la par está escuchando los rumores que pudiera haber sobre el "bebe" de Inés. Su deseo es recuperarlo y adoptarlo llegado el caso, que no le parece bien haberlo dejado "muerto" en el río... De ver que lo tiene algún Actor, se interesará por el crío y si descubre que la intención del Actor es deshacerse del mismo, le ofrecerá quedárselo, pues dentro de unos años necesitará de unas manos recias que lo ayuden en su oficio de herrero, que Dios no le ha dado descendencia.

❖ *Julio:*

Su única intención es poder colarse en la bodega de la Venta y poder hacerse con un par de odres de buen vino para pasar la fría noche en el establo, que además prefiere dormir la mona a tener que escuchar al mozo de cuadra.

❖ *Juan Tancredo de Torres:*

Este hidalgo se ha enterado gracias a los criados de la familia Acosta del viaje de la Señora a Toledo y presto, la ha seguido hasta la Venta de los "Tres Soles"... Aquí espera poder quitarla la "coraza" al encontrarse lejos de la mirada de su esposo Don Froilán. Aunque Don Juan en este momento siente pasión por "su" amante, mantiene la cabeza clara y sabe que no es otra cosa que una aventura más y dos nuevos cuernos para otro marido.



LEGADO - CON LA IGLESIA HEMOS TOPADO

❖ *Jusepa Hernández:*

Acompañará siempre a Doña Alejandra, pero cuando su Señora reciba la visita de su “amigo”, lo hará en su habitación y discretamente echará a Jusepa, que se quedará sentada en un silla velando en el pasillo, cosa que la hace estar muy incómoda y de pésimo humor. Aun así, la pobre mujer estará mas tiempo dormida que despierta, y lo “hará saber” por los “terribles” ronquidos que profiere.

❖ *Leonardo:*

El criado de los Marqueses es tan bohemio como sus Señores, permanecerá casi todo el tiempo cerca de los mismos y disfrutando de las conversaciones, viandas y caldos por igual. Pero en ningún momento descuidará la protección de estos, que para ello va bien repleto de aceros y pólvora.

❖ *Luis Enríquez:*

Su actitud será amigable con todo el mundo, incluso con los que no poseen su estatus, intentando aprender de los sucesos extraordinarios que sucedan en la zona, ya sean floraciones, fenómenos atmosféricos, sucesos con los animales... En fin, por todo lo que pudiera tener albergar un aspecto científico o curioso.

Con respecto de los Actores, si los recuerda de la Fiesta del Palacete de los Bandini, los tratará con amistad, actuando como perfecto anfitrión pese a encontrarse en una Venta en mitad del camino.

❖ *María:*

Se sabe guapa y más aun, se sabe muy deseable por los hombres y es por ello que siempre ha estado bien cubierta en ese aspecto, pero jamás había pensado en que un barbilampiño como Blas, al que sabe virgen, la provocara un “comezón” tan grande y la hiciera estar ansiosa por retozar con el mozalbete.

❖ *Martín de Lucas:*

Intentará que en su turno de guardia, sus compañeros se emborrachen y el pueda intentar abrir el cofre del carruaje, consiguiendo lo que encierra. Así, una vez en su poder ofrecérselo al Inquisidor Montesinos, que siempre pudiera mostrarse generoso con el servicio.

❖ *Matías Mondoñedo:*

Como el bruto que es, poco tiene que decidir y solo esperará las órdenes que le de Alfredo Villalba, pero espera que sean breves y sencillas como un puñal en las tripas de ese “asqueroso” que le ha obligado a alejarse de su querido Madrid y destrozarse el trasero cabalgando en una maldita mula.



❖ *Nuño de Monreal:*

Su actitud siempre será cortés pero algo distante e intentará no involucrarse en las “curiosas” actitudes de los que pernoctan en la Venta esta noche. No quiere distraerse de su objetivo, que no es otro que llegar a la Villa y Corte para dar muerte al asesino de su padre, Don Félix de Monreal.

❖ *Paca:*

Después de hacer todas las cenas y mostrarse “generosa” al servir las en la Barra de la Venta, si algún Actor muestra “interés” por ella, en medio de la noche buscará el momento para visitarlo a su habitación y pasar un buen rato. Para ello le “regará” bien de vino a su esposo, para que duerma plácidamente y no se altere si descubre el lecho vacío. De no darse estos avatares, dormirá plácidamente...

❖ *Ramón de Feliciano:*

Ha esperado a su compañero Alonso Cadiñanos para realizar la encomienda de dar puerta a la Dama Alejandra Gallardo, pero este no llega y debe decidir si lleva adelante el trabajo o lo deja para mejor ocasión, teniendo en cuenta el trasiego que hay en la Venta.

❖ *Rodrigo Sotosacro:*

Ha quedado citado con Don Sebastián Gómez en la Venta pues parece conocer cómo y por qué ha caído en desgracia en la Corte. Pero quiere el destino que por el camino dos matasietes le atacasen y de los cuales se deshizo con mas pena que gloria, pero al menos vivo. Y por boca de uno de ellos ha conocido de la trampa que le tenían preparada y sospecha de la traición de su “amigo”, pero desea tener pruebas y llevarlo ante la Corte para recuperar su Honra, ahora muy diezmada.

❖ *Sebastián Gómez:*

Ha quedado citado con Don Rodrigo Sotosacro en el día de hoy y en esta Venta, quien ha prometido contarle cómo y por qué ha caído en desgracia el de Sotosacro. Pero Don Sebastián no piensa hacerlo, pues ha pagado a dos matasietes para que atraviesen de aceros a Don Rodrigo en el camino entre Madrid y la Venta.

❖ *Sebastiana Menguado:*

Como siempre, pues es imposible cambiar el carácter de las personas, la Marquesa estará atenta a todo lo que sucede por la Venta y estará extrañada de las muy diferentes condiciones de los que allí pasan la noche. Y sobre todo se sentirá muy curiosa con averiguar los “secretos” que allí se ocultan...

Si los Actores tuvieron relación con Doña Sebastiana en la fiesta del Palacete de los Bandini en la Crónica anterior, los tratará como si fuesen amigos de toda la vida e incluso les invitará a



LEGADO - CON LA IGLESIA HEMOS TOPADO

viajar con ellos a la casa de un “familiar lejano” que va a tener su primogénito en breve: el Conde de Humanes. Les susurrará que sería el mejor regalo que ellos, los Marqueses, pudieran realizar a la criatura, pues la visita de personajes tan relevantes en la Corte, de los pocos que no tienen obligación de quitarse el sombrero ante Su Majestad, traerían renombre al recién nacido.

❖ Tomás:

Su intención es ir a la cama para poder descansar y si es posible, dar un revolcón a su esposa si no se encuentra “indispuesta”, que de ser así, buscará una cantará de buen licor para dormir más plácidamente. Y con tanta habitación ocupada, estar atento por si algún huésped por “despiste” acabara por azar en la bodega...

❖ Vidal de Cendrero:

Este hidalgo dependerá muy mucho de la actitud del Actor encargado de apresarle, pero bien pudiera producirse dos situaciones:

***Si es apresado:** En este caso se encontrará en el lugar que disponga el Actor, y a la menor ocasión intentará escapar para dar cumplida cuenta con el que sabe que ha sido promotor de reabrir este pleito. Le cueste lo que le cueste, pero sin quebrar su Honor jamás.*

***Si no es apresado de momento:** Puede ser que el Actor no desee arrestarlo aún, por lo que continuará protegiendo el carruaje y en especial a Fray Emilio Bocanegra. O bien puede darse el caso, que cuando se le pretenda arrestar, el soldado solicite a su captor que le deje terminar con la comanda actual, pues ha dado su Palabra para cumplirla y que una vez realizada, se presentará allá donde el Actor le indique. Y por su Honor que lo cumplirá.*



Pero primero tendremos que definir que sucederá desde que llega el primer implicado a la Venta, hasta que sale el último de los mismos, teniendo en cuenta, como siempre, que el destino lo tienen en la mano los Actores y que ellos serán quienes finalmente decidan los sucesos de la noche:

09:00 *Llega a la Venta el herrero Jonás de Cedillo y le acompaña Federico de Cedillo para reparar algunas herramientas y útiles de la Venta.*

Por lago



- 12:00** *En el camino, Don Rodrigo de Sotosacro es atacado por los matones enviados por Don Sebastián Gómez y se entera que todo ha sido una celada para eliminarlo.*
- Llega a la Venta Don Alberto Hormaza, viene del Palacete del Conde de Humanes y tras haber informado a la Dama Carlota sobre la existencia del bebe negro en Cedillo del Condado.*
- 13:00** *El pícaro Gumersindo entra en la Venta con la intención de ver posibles pardillos para el temible bandido Hugo.*
- 15:00** *Llega a la Venta la Hiramita. Se aloja en su habitación y allí esperará hasta ya entrada la tarde para entrevistarse con su cita.*
- 17:00** *El carruaje de los Marqueses de Fromista llega a la Venta y se alojan en la Venta, pues los Marqueses se encuentran bastante cansados como para continuar el viaje hasta el Palacete del Conde de Humanes.*
- 17:30** *Llega el carruaje de Doña Alejandra Gallardo. El criado alquila las habitaciones y la Dama se “esconde” en la suya.*
- 17:45** *El Actor con la misión de asesinar a la Hiramita llega a la Venta y alquila una de las habitaciones disponibles.*
- Instantes después, Ramón de Feliciano pide habitación en la Venta e informa que la compartirá con un compañero que llegará durante la tarde.*
- 18:00** *El carro de Postas llega a la Venta. El comerciante Dionisio de la Cruz llega en el mismo y también Don Sebastián Gómez, quienes alquilan habitaciones privadas. El carro continúa su camino de vuelta a Madrid, recogiendo algunos pasajeros que allí estaban.*
- 18:15** *Montados en sendas mulas, llegan Alfredo Villalba y Matías Mondoñedo, quienes solicitan una habitación para ambos.*
- 18:30** *A la Venta llega el Actor que tuviera la cita con la Hiramita. Tiene suerte pues quedan habitaciones libres.*
- El Actor con la cita romántica se encontrará al bebe a la orilla del río y se encontrará con Don Rodrigo de Sotosacro para realizar el último trozo del camino hasta la Venta de los “Tres Soles”.*
- 18:45** *Llega un fuerte contingente de hombres acompañados por Fray Emilio Bocanegra. Con presteza Don Vidal de Cendrero alquilará hospedaje y colocará dentro del patio el*



LEGADO - CON LA IGLESIA HEMOS TOPADO

carruaje. Pese a las quejas de Leonardo y Julio, sus carros permanecerán en la parte trasera de la Venta.

- 19:00** *Por el camino el Actor con el encargo de Lope Hidalgo, se encuentra con Don Juan Tancredo de Torres montado en su vieja montura y comparten las últimas leguas antes de llegar a la Venta. Hay habitaciones disponibles, pero Don Juan solo pide bebida pero nada solicita de hospedaje, que su intención es ver a "su" Dama y pasar la noche entre sus sábanas. Además, tampoco goza de muchos posibles para pagar el hospedaje.*
- 19:15** *El Actor con el encargo de arrestar a Don Vidal de Cendrero llega a la Venta, y a la par, por el camino de Toledo llega el Signore Giorgio di Montemozo. Para ambos huéspedes aun queda habitación disponible.*
- 19:45** *A la Venta llegan Don Rodrigo de Sotosacro y el Actor con la información de los "papeles" que custodia la Inquisición, que además tendrá un encuentro con su "amada". Ya no hay ninguna habitación disponible y el Ventero les ofrecerá tirar un jergón en el comedor de la planta baja y descansar allí por un módico precio. Si el Actor se muestra especialmente "pesado", Tomás vaciará el cuarto de María para alquilárselo al recién llegado.*
- 20:00** *El "galán" Don Juan Tancredo busca la habitación de Doña Alejandra, quien se niega a recibirlo en su cuarto y mucho menos en su lecho, advirtiéndole de dar aviso de sus intenciones a quien la escuche... Al "pretendiente" esto no le hace gracia alguna...*
- 21:00** *La Venta cierra sus puertas, con lo que Jonás y Federico marcharán hacia su pueblo. El pícaro Gumersindo también marcha pero se esconderá en el bosque entre la Venta y Cedillo del Condado, esperando que al día siguiente pueda "ganarse" unos Reales.*
- El hidalgo Don Juan Tancredo pide al posadero que le deje pasar la noche en el comedor, con un jergón, y le discutirá el precio hasta darse por vencido. En su cabeza, Don Juan anota otra "villanía" más que merece ser "recompensada".*
- 21:30** *El hidalgo Don Martín de Lucas comenzará a "nutrir" de buenos caldos y licores a sus compañeros, para dejarlos mas "tranquilos" cuando les toque hacer guardia y poder hacerse con los secretos del cofre que custodian.*
- 21:45** *Alfredo y Matías intentan deslizarse hasta la habitación de Dionisio de la Cruz, forzar la cerradura silenciosamente, interrogarlo en "silencio" y degollarlo. Y si todo fuera bien, escapar de allí rápidamente.*
- 22:30** *Con suma discreción, Ramón de Feliciano se dirige a la habitación de Doña Alejandra y se encuentra con Jusepa, que está removiéndose en la silla. El jaque se acerca a la dueña mientras la sonríe y se lleva un dedo a los labios, solicitando silencio, se inclina junto a ella como para decirle algo y le clava una daga en el corazón, quitándole la vida en el*



acto. De inmediato llama discretamente a la puerta de la Señora Alejandra y susurra como si fuera el criado Julio, que viene a traerla un mensaje urgente. Cuando la Dama entreabre la puerta, el asesino le da un empujón y se lanza sobre ella, matándola de inmediato. En el caso de ser descubierto, intentará escapar por la ventana.

01:30

Cuando es el turno de guardia de Don Martín, aprovechando lo apaciguados que están sus compañeros de vigilia, intentará hacerse con los papeles que encierra el cofre lastrado al carruaje. Su habilidad con las herramientas de los Apóstoles le permiten abrir y cerrar el cofre sin que nadie se percate, escondiendo los documentos en unos travesaños cerca del pozo... ¡Que ya habrá sorpresas y registros al amanecer!

Entre todos estos sucesos, deberá tenerse en cuenta la entrevista de un Actor con la Hiramita, el apresamiento del militar por el Actor con dicha encomienda, el retozar de un Actor con una bella Dama, otro Actor deberá descubrir y evitar un asesinato... Y sobre todo, los Actores tendrán tan cerca los "papeles" de Don Tadeo Escriba que sentirán sus secretos...



La Venta de los Tres Holes

La Venta es lugar de paso de camino entre Madrid y Toledo, pues se encuentra a una jornada de la Villa y Corte en carro o montura. Se trata de un edificio achaparrado, de madera y piedra, de dos pisos no demasiados altos, pues el constructor tuvo la sabiduría de darse cuenta a tiempo que con menos altura, bien se pudiera mantener el lugar mas caliente.

Hay un portón grande de madera ahora algo desvencijada para acceder tanto personas como carros y caballerías a un patio de tierra tan apisonada que ni siquiera los más pesados carros hacen surco en ella. Allí caben dos carruajes bajo techado, evitando así exponerlos al sol, al polvo y a la lluvia, que siendo la venta edificio de gran pasar, tiene techo donde resguardar unos carruajes lujosos y más adelante se encuentran los establos, donde Blas atenderá a las bestias con buen entendimiento.

Dentro del patio hay una puerta que conduce al pozo y otra puerta pequeña pero recia, para llegar a un zaguán fresco, donde siempre hay un jarro lleno con agua fría para quitar de la garganta la sequedad del camino. Este jarro lo llena a la mañana, al mediodía y al atardecer María, o antes si su amo se lo ordena por haber llegado clientes especialmente sedientos. De todos modos, la mayoría prefieren apagar su sed con vino, en vez de agua. Del zaguán se accede a la Venta, que consta de varias mesas, donde los clientes pueden comer, beber o hacer tertulia y también se encuentran las escaleras para subir a las habitaciones de la planta superior.



LEGADO - CON LA IGLESIA HEMOS TOPADO

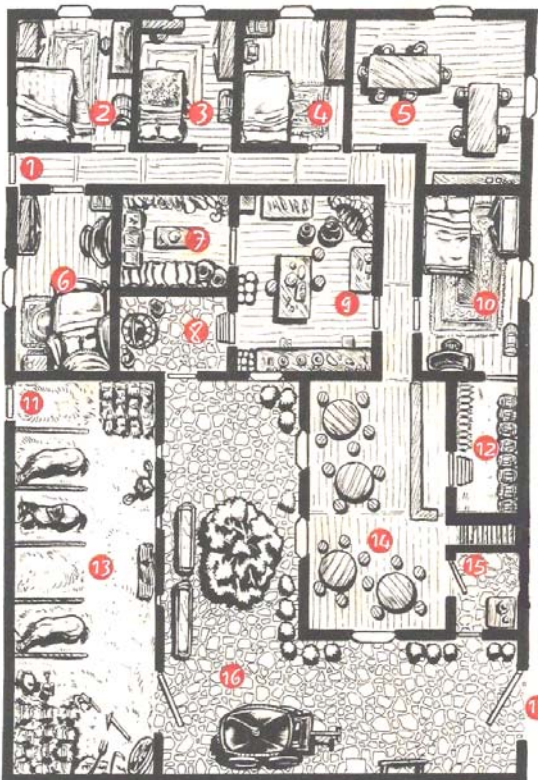
Tras la barra se encuentra Tomás, con fácil acceso a la bodega, donde reposan las botellas y las barricas de vino que de cuando en cuando "bautiza" el posadero, que el vino demasiado fuerte hay que aguarlo, y si se le va la mano a la hora de mezclarlo y aclararlo, siempre puede devolverle la fuerza con un salchichote de clavo, pimienta y jengibre, con lo que vuelve a pasar por bueno. Esta puerta está siempre bajo la atenta mirada de los dueños de la Venta, que Dios debe querer a los picaros, pues puso muchos en el mundo, y no sería la primera ni la segunda vez que uno se cuele en la bodega para llenarse el jarro por cuenta propia sin dar el paso previo de pagarle al ventero. Además, una puerta comunica la bodega con la habitación privada del ventero y su esposa, y así tampoco descuida de encontrarse sorpresas desagradables.

La cocina tiene dos puertas, una a la despensa donde se guardan las provisiones y que también está normalmente cerrada, que los picaros, además de borrachuzos, suelen ser hambrones, y otra al patio interior donde está el pozo. Una tapia lo separa del patio propiamente dicho, lo que no deja de ser una buena cosa, ya que así se evita que los clientes hagan sus necesidades cerca del pozo, que los residuos fecales tarde o temprano se filtrarán en la tierra contaminando el agua.

Del comedor sale un pasillo que conduce a un salón interior, donde los clientes pueden hablar con cierta intimidad si así lo desean, y a las habitaciones de esta planta.

En el piso superior se encuentra un zaguán donde los clientes pueden desde comer, beber, hacer tertulia o jugar a los naipes, que es buen modo de dejar transcurrir el tiempo antes de meterse entre las sábanas para descansar. Destacar tan sólo que una de las habitaciones tiene un saloncito privado y que la denomina el ventero como el "Cuarto del Rey", pues dice que en vida de su padre, allí se hospedó el difunto Rey Felipe el Segundo y es por ello, que su precio es de cuarenta Reales la noche.

Planta Baja de los Tres Soles



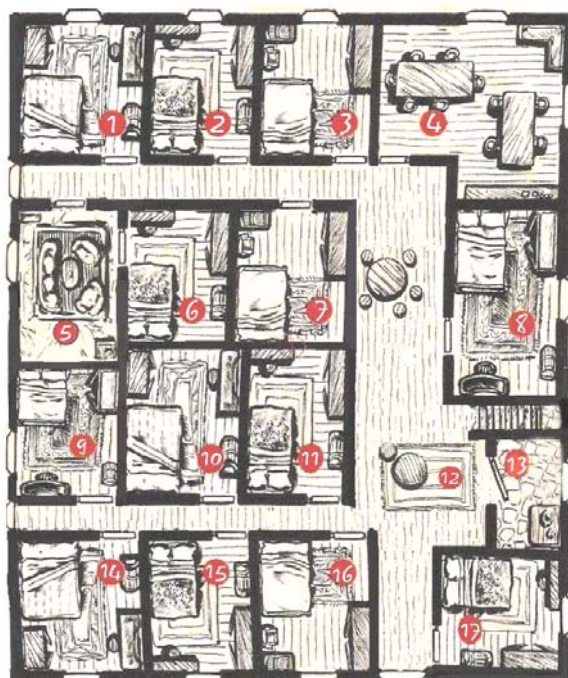
- 1.- Puerta de acceso para salir a la huerta y la leñera de la Venta.
- 2.- Habitación de Leonardo.
- 3.- Habitación de Alfredo Villalba y Matías Mondoñedo.
- 4.- Habitación disponible para algún Actor.
- 5.- Comedor y zona de reuniones privadas... Para charlar, beber o lo que se tercié con mayor tranquilidad.
- 6.- Habitación de Giorgio di Montemozofo.
- 7.- Despensa.
- 8.- Pozo.



- 9.- *Cocina y santuario de Paca.*
- 10.- *Habitación del Ventero Tomás y su esposa Paca.*
- 11.- *Zona de paso entre el establo y las huertas, para mejor uso del estiércol y “abonos”.*
- 12.- *Bodega con caldos y licores buena calidad, aunque por lo general bien bautizados.*
- 13.- *Establo. Siempre está Blas cuidando del establo y por la noche, cuando toda la Venta está al completo, acá las pasa entre la paja. Hoy también dormirá aquí Julio, el criado de Doña Alejandra.*
- 14.- *Taberna. Se sirven buenos platos y buenos caldos. Siempre está Tomás tras la barra y María atenta a lo que se precise en las mesas.*
- 15.- *Zaguán, con jarras y vasos para los que entren con el gazzate reseco por el polvo del camino.*
- 16.- *Patio interior, donde se quedarán los carros bajo techado. Y donde estarán de guardia tres hidalgos guardando el carruaje donde se transportan los “legajos”.*
- 17.- *Puerta de entrada, que aunque baja, suficiente para que pase un carruaje.*

Primera Planta de los Tres Soles

- 1.- *Habitación de Alejandra Gallardo.*
- 2.- *Habitación de Alberto de Hormaza.*
- 3.- *Habitación disponible para un Actor.*
- 4.- *Comedor y zona de tertulia, naipes o lo que se tercié... Pero esta noche se acomodan los hombres de Pacheco, y también Vidal de Cendrero.*
- 5.- *Saloncito del Rey.*
- 6.- *Cuarto del Rey, ocupado por Luis Enríquez y Sebastiana Menguado.*
- 7.- *Habitación de Jusepa Hernandez.*
- 8.- *Habitación del Personaje Hiramita... Isabelle de Jeune... Adela Arizmendi... Elisa de Sotomonte... u otra.*
- 9.- *Habitación disponible para un Actor.*





LEGADO - CON LA IGLESIA HEMOS TOPADO

- 10.- *Habitación de Nuño de Monreal.*
- 11.- *Habitación de María.*
- 12.- *Zaguán para los huéspedes. Hay siempre jarras con agua limpia.*
- 13.- *Almacén. Aquí guardan las reservas de madera, carbón, estufas, mantas, sábanas...*
- 14.- *Habitación de Dionisio de la Cruz.*
- 15.- *Habitación de Emilio Bocanegra.*
- 16.- *Habitación de Ramón de Feliciano.*
- 17.- *Habitación de Sebastián Gómez.*





Del Amor Fraternal

En el Mes de Enero del Año de Nuestro Señor de Mil Seiscientos Veintitrés

Lo primero es lo primero, que es reconocer que la idea principal de esta parte se basa en una Crónica llamada "La Conspiración" de Tristán Lhomme, y traducida por Drizzt Do 'Urden y Muuthawg. Y aunque adaptada a los dramas de la Villa y Corte, su esencia permanece.



Padre a la Fuerza

Donde se cuece: *En el camino entre la Madrid y Toledo*

Quienes lo guisan: *El bebe codiciado.
El Actor "con buen corazón".*

En las tierras de Toledo, en los caminos de Cedillo del Condado, donde un pueblo no dista demasiado de otro y el trasiego de caballos, carros o personas a pie es constante durante el día, pero aún así es un entorno tranquilo y agradable.

Al atardecer, el Actor elegido se tomará un descanso en su galopada para echarse un trago y dejar descansar unos minutos a la montura, acercándose al río para que beba también el caballo. Se escuchan los rumores de la naturaleza y el fluir de la corriente... Y en ese momento, se escucha un ruido procedente de una zona cercana del río... ¿El llanto de un bebé? Cuando el Actor examine de donde vienen los gritos, encontrará una pequeña canasta en la orilla, un metro poco más o menos fuera del agua, escondida parcialmente por unas ramas. Dentro de la canasta, hay un bebé y regordete, que sonríe al ver al Actor. Curiosamente el crío es negro... No tiene apenas unos días de edad. El Actor deberá cambiarlo y alimentarlo si desea que se quede completamente dormido, dejando al Actor tiempo para decidir cómo actuar. ¿Qué debería hacer? Ni la canasta ni la manta que cubre al bebé ofrece alguna pista. Ni bordados, ni iniciales, nada. La manta es gruesa y simple.

Si el Actor es un bruto despiadado que decide dejar solo al pobre bebé o peor, ahogarlo, los secuestradores aparecerán para intentar llevárselo. Pero siguiendo con la lógica normal, el Actor se llevará a la criatura y su intención al menos, será la de dejar el bebe en alguna Iglesia, o de tener suerte entregarlo a su madre en las proximidades...



LEGADO - CON LA IGLESIA HEMOS TOPADO

Nota del Cronista: Es muy importante, que esta Escena se produzca cuando el Actor se encuentra de viaje entre Madrid y la Venta de los “Tres Soles”, pues solo así la Comedia adquiere sentido. La intención de colocar esta Escena aquí y no después, es para procurar reflejar como suceden las cosas y añadir consistencia a esta línea argumental, pues nada tiene que ver con lo que suceda en la Venta de los “Tres Soles”.

Nota del Cronista: Aunque esta parte de la Crónica es sencilla, y me refiero a esta parte de los “problemas entre hermanas”, no es parte primordial y tampoco preocupante que los Actores la resuelvan con simpleza, o ni la resuelvan, llegado el caso. La intención es que se sientan “héroes” y ayuden a que las cosas se realicen bien, con justicia y honor... Y que me resultaba “curioso” poner a los Actores en la vicisitud de resolver sus quehaceres con un pequeño entre los brazos... ¿Cómo se comportarán?



La Sangre No Obliga

Donde se cuece:

Palacete de Pedro López de Ayala

Quienes lo guisan:

Alberto Hormaza

Carlota de la Sagra

Luisa de la Sagra

Pedro López de Ayala

Y como ya narramos anteriormente, una vez hubo dos hermanas de la noble cuna de la Sagra. Una era hermosa, rubia y amable, la otra era bella también, morena... ¡Y malvada! Como cabía esperar, ambas se enamoraron del mismo hombre, el Conde de Humanes Don Pedro López de Ayala, y fue la gentil Dama Luisa quien contrajo nupcias con él, pero su hermana Carlota juró para sí, que se vengaría. La ocasión se presentó cuando se hizo público el embarazo de Doña Luisa y el plan fue muy simple: reemplazar al recién nacido por un pequeño “diferente”. El escándalo provocará que Doña Luisa sea repudiada y las alianzas que el matrimonio había producido se mantendrán sólo si el Conde de Humanes contrajera nuevas nupcias con la Dama Carlota de la Sagra. El único problema es que encontrar un recién nacido “diferente” no es tarea fácil y para resolver esta cuestión, la Dama Carlota buscó la ayuda de Don Alberto Hormaza, un enigmático “intermediario” y probablemente un contrabandista, asesino y mil cosas peores más...

Don Alberto dio por buena la petición de ayuda de la Dama Carlota, a cambio de ciertos “servicios” futuros que pudieran favorecer sus negocios en la zona. La joven aceptó las condiciones y atravesó la línea que le separaba del mero egoísmo al odio más descarnado. Y quiso la casualidad o la ironía del destino, que varios meses atrás, una habitante de Cedillo del Condado fuese violada por un esclavo fugado de Sevilla, lo cual provocó que ocultara su embarazo tan bien como pudo, pero este suceso llegó a oídos de Alberto gracias a Federico de Cedillo, no sabe si por despecho del cojitranco o por

Por lago



unos vinos de mas. El malencarado de Hormaza informó puntualmente a su “señora”, la Dama Carlota. Por pura casualidad la mujer de Cedillo del Condado dio a luz poco antes de lo que se supone para Doña Luisa y por ello, la Dama Carlota envió a un pequeño número de hombres para que raptasen al bebé de la campesina. Por desgracia, el sentimiento de culpa de la joven campesina es enorme por la “apariencia” de su hijo y lo abandonó en el río. Y ahí es donde el Actor se topa con esta historia de amor y odio entre hermanas.



Un Pueblo con Miedo

Donde se cuece: Pueblo de Cedillo del Condado

Quienes lo guisan: Benedicto de Numancia
 Federico de Cedillo
 Inés de Cedillo
 Jonás de Cedillo
 Magdalena de Cedillo
 Mateo de Cedillo
 ...y todos los Cedillos que deseemos de dicho pueblecito.

En Cedillo del Condado viven alrededor de treinta adultos, junto a unos diez más en las tierras circundantes. Es un pueblo protegido por un pequeño muro de piedra, que apenas alcanza el metro y medio de altura, mas para evitar que se escape el ganado que por allí ronda que por evitar males de fuera. Desde la distancia, lo que más llama la atención es la Iglesia, que domina la silueta del pueblo y la casa más próxima está a cierta distancia. No es de extrañar, que estando cerca la Venta de los “Tres Soles”, en el pueblo no haya posada o taberna, pero todo los de allí se esmeran si han de dar cobijo o un trago a los viajeros sin esperar nada a cambio... ¡Tampoco despreciarán una pequeña muestra de generosidad!



Todos los aldeanos parecen cortados del mismo tronco, pues son austeros como su tierra y su clima, algo gruñones y de pocas palabras, salvo que tercién sobre el clima o la reciente cosecha, pues al igual que ellos no son curiosos, esperan de los demás lo mismo. Si los Actores se ganan su confianza, serán abiertos y espléndidos anfitriones.



LEGADO - CON LA IGLESIA HEMOS TOPADO

Y hablando del tema que se cuece, la reacción general hacia el bebé será del tipo “nadie lo ha visto nunca en este pueblo” o “ninguna mujer ha dado a luz recientemente, tal vez en el pueblo de al lado”. No se mostrarán hostiles en ningún momento y tratarán de ser considerados con el “pequeño” y dan la impresión de compadecer al recién nacido. No hay necesidad de ser un genio para darse cuenta de que todos están más afectados de lo que dicen y algunos hasta asustados, pues que unos desconocidos, armados hasta los dientes, haciendo preguntas acerca de un bebé negro... ¡Sólo pueden ser de la Inquisición! Y todo el mundo sabe que los del Santo Oficio tienen tendencia a ser demasiado entusiastas cuando se trata de castigar “almas impuras” o alegrar la noche con enormes hogueras.

Si decidieran rondar por el pueblo y dedicarse a “conversar” sobre el asunto del bebe, todos responderán con evasivas y solo unos pocos tendrán “algo” diferente que contar:

❖ *Benedicto de Numancia:*

Este viejo sacerdote es la principal personalidad del pueblo y aunque bebe, los campesinos le respetan enormemente pero es el único del pueblo que desconoce sobre el bebé de la pobre Inés.

❖ *Federico de Cedillo:*

Se sabe odiado por todos sus vecinos y le gustaría vengarse de todos ellos, y sólo se muerde la lengua porque Jonás le amenazó con partirle en dos si no cerraba la boca. Vigila a los Actores, los desprecia y les deja caer sutiles indirectas, por lo que no sería descabellado darle de beber para aflojarle la lengua... O simplemente... ¡Darle!

❖ *Inés de Cedillo:*

Podrán observarla como una joven que “sólo” está interesada en el bebé, intentando ser discreta y prudente, pero observará a los Actores con el rabillo del ojo.

❖ *Jonás de Cedillo:*

Su mal genio solo es comparable a su tamaño y a su buen corazón. Se mostrará interesado en todo lo que suceda con el bebe, pero si los Actores actúan desconsideradamente será quien se encare con ellos...

❖ *Magdalena de Cedillo:*

Vive en las afueras del pueblo y rodeada de gatos, lo cual la confiere la fama de bruja, pero solo es una vieja solitaria... Siempre actúa de comadrona en los alrededores, por lo que sabe de quién es el crio, que la ofrecieron que ayudara a abortar a Inés, pero la joven rechazó la solución.

Además, anda en tratos con la Dama Carlota y gustará de saber de la criatura, que conocer de ella la reportará más Reales a su bolsa.

❖ *Mateo de Cedillo:*

Está lleno de vida y finge ser un viejo senil cuando está junto a desconocidos y se limita a escuchar, para poder advertir a los suyos de lo que aprende. Sobre el bebe de Inés no está de acuerdo con abandonar a la criatura, pero nada comentará a nadie al respecto. Al menos hasta que esté seguro acerca de sus intenciones de no hacer daño o faltar al respeto de los implicados.

Pero todo muro se puede atravesar y este no es una excepción, que todos los adultos conocen de la “desgracia” de Inés y vigilan sus lenguas, con más o menos habilidad, que todos saben que si cualquiera menciona indirectamente “a la pobre Inés” cerca de los Actores, todos ellos estarán metidos en un grave problema. Llamará la atención que los niños del pueblo no rondan a los forasteros, pues se les ha dicho a todos que se mantengan alejados de los Actores... Pero les traiciona su curiosidad, que no tardarán en preguntar: “Dígame Señor, ¿ha matado usted muchos monstruos?”. Desafortunadamente, es difícil obtener de sus bocas una historia coherente. Si la conversación se torna espinosa, los niños no hablarán o puede que conduzcan la conversación hacia temas tópicos como las maldiciones, un claro embrujado o un árbol enorme habitado por hadas.

En el pueblo solo las cosas cambiarán cuando los Actores traten de convencer a los aldeanos acerca de sus buenas intenciones, dependiendo de sus maneras y acciones, puede ser fácil o realmente duro.

***Nota del Cronista:** En cualquier momento, entre la Venta de los “Tres Soles” y el pueblo de Cedillo del Condado, alguno de los Marqueses de Fromista enfermará de terribles jaquecas, con vómitos, mareos... Y regresarán los Marqueses a la Venta hasta recuperarse. Animarán a los Actores a que les representen ante el Señor de los Humanes y ellos acudirán a la mayor brevedad posible.*



La Oferta...

Donde se cuece: Cedillo del Condado

Quienes lo guisan: Los “mercenarios” de Carlota de la Sagra.

Diez jinetes llegarán al pueblo cuando allí estén los Actores y abordarán directamente a Inés, que vive en una cabaña a un pequeño trecho del pueblo, con sus padres y su abuela. Le ofrecen una gran cantidad de Reales a cambio del bebé, pero les explica entre sollozos que ya no tiene al bebé, y que son los Actores los que lo tienen ahora... ¡Si es que lo sabe!

Estos hombres de armas se acercarán a los Actores, presentándose como mensajeros de un rico comerciante que desea tener un criado negro por la prestancia que aporta y al que le gustaría adoctrinar



LEGADO - CON LA IGLESIA HEMOS TOPADO

desde niño. Sus palabras serán: “¡Poned un precio!”. Los Actores deberían reaccionar ante estos hechos. Para empezar, los jinetes tienen una curiosa actitud militar para ser simples mensajeros... Si algún Actor vende el bebé conseguirá cuatrocientos Reales, pero si rehúsan, entonces los compradores dejarán el pueblo con vagas amenazas de represalias.



...y la Gelada

Donde se cuece:

Alrededores de Cedillo del Condado

Quienes lo guisan:

Los “mercenarios” de Carlota de la Sagra.

Los soldados acamparán en el bosque, no se han rendido y si es posible tratarán de secuestrar al bebé. Dependiendo de las acciones de los Actores puede o no ser difícil para los secuestradores el lograr su cometido, pues quizá los Actores en su búsqueda de “hadass y claros embrujados” dejen al bebé al cuidado de un aldeano.

Los jinetes están ligeramente presionados por el tiempo, deben regresar antes de que Doña Luisa dé a luz, y no desaprovecharán un día perfeccionando una estrategia, así que cuando los Actores salgan de Cedillo del Condado, los atacarán mediante una emboscada y arriesgando lo mínimo. Atacarán cabalgando y no desmontarán para nada, aprovechando su pericia en la monta y la sorpresa.

Los secuestradores pelean bien a caballo, pero no son unos fanáticos y lo ideal sería que escapasen con el bebé, pero pueden morir... ¡Una pena! En el caso de capturar a alguno de los secuestradores, revelará que han venido en nombre de la Casa de Humanes, a unas horas de allí. Las órdenes las recibieron de un hombre oculto entre las sombras y cree que embozado, del que no reconoció la voz y que presentó el Sello de su Señor para probar su derecho a dar órdenes. Insistió en que la encomienda debiera ser llevada con discreción y secreto, pues desconfiaba del jefe Leopoldo, al que creía afín al interés de los bandidos de la zona. Y finalmente cuando regresasen al Palacete, alguien les reclamaría el bebe, alguien que se identificaría con el Sello de la Casa y llamado Orma... ¡Orma... “algo”!

Nota del Cronista: *La cosa está tejida. El hombre entre las sombras no es otro que la Dama Carlota, usando todos sus recursos como “actriz” y simulando la voz entre susurros, y utilizando el Sello de los Humanes que se olvidó el Señor en los aposentos de su hermana. Su intención ha sido evitar a Leopoldo, pues lo sabe leal a su Señor, y también distraer a quien pudiera curiosear, pues utiliza los susurros para que los guardias no escucharan bien el nombre de su contacto, dejándoles distinguir dos sílabas: “Horma...”, pues sabe que Hormaza está en la Venta de los Tres Soles y recaerán las sospechas en Ormaechea, un pobre imbécil necesario como cabeza de turco.*

Por lago



La Hospitalidad de los Condes de Humanes

Donde se cuece: Palacete de Pedro López de Ayala

Quienes lo guisan:
 Agustín Ormaechea
 Alberto Hormaza
 Bartolo López
 Carlota de la Sagra
 Desiderio de la Sagra
 Julia Muga de la Sagra
 Luis Enríquez
 Luisa de la Sagra
 Martín Collado
 Pedro López de Ayala
 Sebastiana Menguado

El viaje hacia el Palacete de los Humanes transcurre sin incidentes. El paisaje se torna lentamente más agreste y montañoso, y la población es cada vez más escasa. La ruta sigue un camino sinuoso hasta ver un Palacete construido en una pequeña colina, que antiguamente tuvo gran importancia estratégica, pero ahora ya apenas tiene relevancia en la política de la zona.



El Palacete está construido en una pequeña colina rocosa, que visto de lejos es impresionante; aunque algo menos visto de más cerca pues sus portones están oxidados, algunos de los edificios necesitan urgentemente una reparación, los numerosos guardias llevan uniformes desiguales, pero se muestran bien pertrechados, que las armaduras y armas son de buena calidad.... Sin ser pobres, el Señorío necesita de Reales para reparaciones.

Sobre los que moran en el Palacete, estos serán los que puedan tener alguna relevancia en relación a lo que aquí nos ha traído: el nacimiento del primogénito del Conde de Humanes.



LEGADO - CON LA IGLESIA HEMOS TOPADO

❖ Agustín Ormaechea:

Si se le “pregunta” sobre sus acciones en los días anteriores, no podrá interponer coartada alguna, pues se alojó en su carromato de mercancía y se durmió bajo el abrazo de un buen pellejo de vino.

Sobre Alberto Hormaza no tiene nada malo que decir... Tampoco bueno... Que no es un competidor, pues su mercancía la debe colocar en otra zona, ya que jamás le ha pisado un negocio suyo.

❖ Alberto Hormaza:

Ha venido a mostrar sus productos, que son sedas y joyas, nada que ver con los enseres que vende Agustín Ormaechea. No es tonto y alejará la imagen de “sospechoso” siempre que pueda, intentando influir en que Agustín Ormaechea se hace el “tontito” y no es tal, que sus buenos negocios hace en la zona.

Si se investiga concienzudamente, muchos de las gentes de los alrededores le conocen como “Ormaechea”, pues es el nombre que utiliza para desviar la atención hacia su “competidor”.

Por supuesto, negará cualquier conocimiento de los tejemanajes de los secuestradores si es acusado de ello, y puede intentar la eliminación discreta de los Actores si le presionan constantemente.

En su equipaje no hay nada que le pueda comprometer y oficialmente, no conoce a la Dama Carlota, pero se ven el uno al otro a escondidas... Por lo general, se encuentran en una fuente cercana tras haberse “citado” a través de unas señas concertadas entre ellos y siempre al amanecer o al ocaso.

❖ Bartolo López:

El dominico es un fanático religioso al que casi todo le parece pecado, pero además, no soporta la actitud casi paternal de su sobrino Don Pedro con la servidumbre, campesinos... Y desde que contrajo matrimonio con la mayor de la familia de la Sagra, ha observado que ha olvidado los intereses del linaje de los Humanes tanto en la Corte como en los campos de batalla contra los herejes.

Por todo esto, si “apareciera” la criatura “tiznada”, arremeterá contra Doña Luisa de manera brutal, tanto por la herejía cometida como por la mancha a la Honra de los Humanes.

Se le puede encontrar asiduamente mortificándose en la Capilla, donde mantiene conversaciones muy amigables con la Dama Carlota, pues ve en ella la esposa que merece el Señor de los Humanes, y no la “lánguica” que ahora tiene.



❖ Carlota de la Sagra:

Su primera intención ha sido tejer su base dentro del Palacete, para lo cual ha encandilado al dominico Fray Bartolo, que bien pudiera serla útil cuando todo se descubriera y ponerse de su parte para “compensar” la deshonra de los de la Sagra, acordando el enlace entre Don Pedro y ella.

Su segundo movimiento ha sido asegurarse un brazo “fuerte” en el que sujetarse, y el elegido ha sido Leopoldo, una presa fácil para una “dama” como ella. Sabe que llegado el momento, el pobre idiota puede llegar a hacer lo que le pida.

A partir de ahí, sus encuentros con Alberto Hormaza para “perfilar” los detalles de su plan, es el punto mas débil de todo, pero ya llegará el momento de darle su “recompensa” por todos sus esfuerzos.

Y de manera continua y visible, muestra un desmesurado interés y amor por su hermana Doña Luisa, a la que vela con ternura, aunque su verdadero interés es aislarla en estos últimos días de su embarazo.

❖ Desiderio de la Sagra:

Se sabe en sus últimos años y desea conocer si su linaje continúa, por lo que aceptará casi cualquier proposición en el caso de darse la “desgracia” de tener un bebé negro... Lo ofrecerá todo por limpiar la Honra de su Apellido.

❖ Julia Muga de la Sagra:

Siempre se ha sentido mal al no haber podido dar un descendiente varón a su esposo, por dicho motivo ansía saber si su hija podrá conceder a Don Desiderio ese favor. Un nieto varón.

Para ella sus hijas lo son todo y hará lo posible por evitar la deshonra, incluso callar sabiendo que su hija Carlota, envidia a su hermana Luisa y que siempre ha sido así.

❖ Leopoldo:

Hombre serio, de palabras escasas pero concisas. Es un soldado y como tal se comporta. Solo puede decir que sus hombres son leales a la Casa de los Humanes y que los Reales no les cambiaría su lealtad.

Aunque es el primer sorprendido, mantiene una “relación” con la Dama Carlota y aunque no han ido mas allá que unas caricias y confidencias, está dispuesto a hacer casi lo que le pida.



LEGADO - CON LA IGLESIA HEMOS TOPADO

❖ *Luís Enríquez:*

Como amigo de juegos del padre de Don Pedro y padrino de este, acude al alumbramiento de la descendencia de la casa de los Humanes por la que siente mucho aprecio. Además la actitud de Don Pedro ante la vida le gusta, por lo que las charlas entre ambos es una constante.

Sobre lo que sucede en el Palacete no se ha enterado de nada relevante, pero advertirá a los Actores de mezclarse lo menos posible con Fray Bartolo, a quien considera un peligro para todos... Que tiene la Limpieza de Sangre por bandera y su asta es una fe fanática...

Nota del Cronista: *Insisto, este Personaje es mejor que no llegue aquí y permanezca en la Venta, como ya dijimos anteriormente, aquejado de mil y un males.*

❖ *Luisa de la Sagra:*

La joven esposa se encuentra al final de su embarazo y siempre tiene una palabra o un gesto amable para todos, independientemente de su estrato social. No sospecha de ninguna maquinación y mucho menos de una que involucre a su querida hermana.

❖ *Martín Collado:*

Se le respeta y tiene en consideración por lo que representa, pero sobre todo por lo que es, que opina que todo el mundo es bueno y digno de ser perdonado, que si lo hizo Nuestro Señor, como vamos a ser menos. Su palabra será escuchada y respetada, por lo que si los Actores le convencen de algo, se aferrará a su voluntad para cumplirlo.

No sospecha de nadie, pero la actitud de Fray Bartolo López no le agrada, que es demasiado visceral y le asusta que pueda influir en los feligreses. También le ha visto varias veces hablar con la Dama Carlota en privado y parecían bien avenidos.

❖ *Pedro López de Ayala:*

El Señor de estas tierras es un joven amable, muy comprensivo y un poco ingenuo en las maneras de la Corte, pues su vocación es la de la milicia, las armas y la caza... ¡No pretende mas meta que la de ser feliz! Pero sobre todo, Don Pedro ama a su esposa Doña Luisa y jamás ha sospechado del interés de la Dama Carlota por él, tratándola como a una hermana.

Si los Actores le abordan y le hacen ver lo qué acontece, sin ocultarle las cosas, reaccionará como una persona de Honra y tomará decisiones con buen criterio.

❖ *Sebastiana Menguado:*

Como es su carácter tan ávido de "novedades", hablará con todos y con "ninguno" si la cuestionan al respecto, escuchará y hará sus conjeturas sobre lo que sucede... ¡Y no estará desatinada! Que piensa que la Dama Carlota no es tan inocente como profesa y tampoco es tanto



el cariño por su hermana como dice, pues a veces la ha observado una mirada... Como decirlo... ¡De envidia!

Nota del Cronista: *Insisto, esta buena mujer es mejor que no llegue aquí y permanezca en la Venta, como ya dijimos anteriormente, aquejada de mil y un males.*

- ❖ *El personal del Palacete consta de casi dos docenas de guardias y varios sirvientes, camareras, cocineros... Son eficientes y leales, de tal modo que en caso de que se trate con ellos reaccionarán inteligente y eficazmente.*

Son los únicos que se han percatado que la Dama Carlota se encuentra demasiadas veces como por casualidad con el jefe de los hombres de armas, con Leopoldo y que a este si se le pregunta al respecto, enrojece como un "pipiolo".



Lo Que Se Da...

Donde se cuece:

Palacete de Pedro López de Ayala

Quienes lo guisan:

*Desde el Señor del Palacete...
...hasta el último de los sirvientes.*

¿Y ahora qué? Pues hay un número muy amplio de posibilidades, pero si todavía tienen los Actores al bebé con ellos, tendrán diversos problemas pues es difícil hacer indagaciones, ya sea por que hay que procurar el alimento para el bebé, cambiar los pañales... Una solución es dejar el bebe al cuidado de una sirvienta, que llamará al Padre Martín al verlo "negro" y de la buena intención de este al comentar que todos somos hijos de Dios. El acontecimiento cambia el plan de intercambiar un bebe por otro, pues todo el mundo se daría cuenta de la estratagema y por ello la Dama Carlota buscará tomar venganza cuando la ocasión lo tercie.

Seguramente si la Dama Carlota tiene noticias de los desconocidos y "su" bebé, dispondrá que la comadrona que atienda al bebe sea Magdalena, a quien ha colocado en "su bando" por una buena cantidad de Reales, y así volver al plan inicial, siempre y cuando no sea ampliamente conocida la existencia del bebe negro. Es decir, que los Marqueses de Fromista desconozcan de la existencia del crío es primordial, que tanto Don Luis, como Doña Sebastiana, son por bien considerados y su Palabra bien pudiera ser "ley"... Aunque, si sufrieran un "accidente"...



LEGADO - CON LA IGLESIA HEMOS TOPADO

Como por “casualidad”, una vez que los Actores lleguen a la propiedad de los Señores de Humanes, las cosas se precipitarán y Doña Luisa se dispondrá al parto bien entrada esa misma noche...

Los Actores deberían ser capaces de intuir lo que sucede y conocer a la Dama Carlota como la artífice de toda esta conspiración, y si son un poco más hábiles, conocer de la ayuda de Don Alberto Hormaza en este feo asunto. Pero podrán “arañar” la siguiente información a poco que se muevan por el Palacete:

- ❖ Las gentes y sirvientes del Palacete conocen dos personas con el nombre de “Orma...”, los dos comerciantes, uno es Agustín Ormaechea y el otro es Alberto Hormaza. Pero si indagan, los rumores sobre el pobre Agustín es que se trata de una buena persona, demasiado inocente para estar tratando siempre con Reales, y sobre Alberto, la gente comenta que siempre anda metido en negocios no muy “claros”...
- ❖ Los sirvientes de la familia de la Sagra, podrán contar que la joven Doña Luisa lleva casada un año y que su hermana, la Dama Carlota sufrió al tener que separarse de su hermana, pero desconocen que realmente sufrió porque su hermana iba a casarse con el hombre al que ella amaba. También es cierto, que los sirvientes no tienen en gran estima a la Dama Carlota por su carácter altivo y en muchos momentos despótico con la servidumbre.
- ❖ Si los Actores son buenos observadores, se percatarán que la Dama Carlota lleva puesto un anillo de un tamaño poco común hasta para la nobleza, con el escudo de la familia de la Sagra. El anillo contiene cicuta.
- ❖ El jefe de la guardia, Leopoldo, podrá aseverar que de los quince hombres que constituyen su “guardia”, faltan diez y no sabe cual es el motivo. Y pueden darse dos opciones:

Si regresaron: Si consiguieron traer al bebe, escaparon de los Actores o cualquier otra circunstancia, la Dama Carlota no deseaba correr riesgos inútiles de ser descubierta y los ha asesinado por medio de un potente veneno en la bebida con la cual los recompensa al regresar de su misión. Llegado el anochecer, el jefe de la guardia aun no ha descubierto los cuerpos sin vida de sus hombres sobre los jergones... ¡El amanecer traerá sorpresas!

Si no regresaron: El jefe de la guardia, no sabe donde están sus hombres y está preocupado pues en la zona es sobradamente conocida la presencia de bandidos que antes fueron soldados... Y piensa que algo pudiera haber sucedido y tramasen atacar el Palacete en estos días, que tan Principales Personas se encuentran hospedados.

- ❖ Don Pedro López de Ayala no se lo ha dicho a nadie pero se ha pasado el día buscando se Sello de Armas, pues pensaba que lo había perdido, pero descubrió que se había caído tras un mueble en los aposentos de su esposa. No ha pensado, y tampoco lo desea, que esto sucedió tras la llegada de la familia de su esposa. O sea, tras la llegada de la Dama Carlota.





...y lo Que Budiera Darse

Donde se cuece: Palacete de Pedro López de Ayala

Quienes lo guisan: Desde el Señor del Palacete...
...hasta el último de los sirvientes.

Si todo marcha según lo planeado por la Dama Carlota de la Sagra, esto es lo que debiera suceder y para cuando Doña Luisa de a luz en su cámara en el segundo piso, en presencia la dama Carlota y de la comadrona Magdalena, que sabe de los planes de la Dama Carlota y los apoya. El bebe negro es llevado al cuarto entre los enseres necesarios para el parto y allí se intercambiarán los bebes. El verdadero heredero será asesinado allí mismo para que no lllore y alerte al que escuche...

Como sabemos de la falta de higiene de este tiempo que nos ha tocado vivir, hay un enorme riesgo de que Doña Luisa no sobreviva al parto, y como mínimo está la certeza de que perderá el conocimiento en algún momento y en caso contrario, la pueden "ayudar" a que esto ocurra para hacer el intercambio de criaturas sin sobresaltos.

Poco después, la comadrona bajará escandalizada las escaleras hasta el vestíbulo, donde todo el mundo espera de noticias.... El pequeño de piel oscura será encontrado en el cuarto de Doña Luisa, observado por la Dama Carlota con ojos de estupefacción y será el momento esperado por Fray Bartolo López para atacar el engaño sufrido por a la Sangre de los Humanes... ¡Y a la doctrina de Dios!

Durante los días siguientes, Doña Luisa será sometida a constantes interrogatorios por parte de Fray Bartolo, no llegando a la tortura, pero muy cerca... La obliga a permanecer de pie largas horas pese a su condición física, no la permite asearse o sanarse tras el parto... Y Don Pedro López de Ayala no puede hacer nada, salvo renunciar a ella y procurarla una salida honrosa, enviándola al Convento de las Descalzas Reales en Madrid. La deshonra de la Familia de la Sagra se convierte en algo primordial, proponiendo Don Desiderio el matrimonio de su "única" hija, Doña Carlota, con Don Pedro, asegurándole la dote de todas las posesiones de su Nombre y que los Títulos de la familia se incorporen a los logrados por el linaje de los Humanes. Y aunque Don Pedro no está convencido sobre lo sucedido, no le queda mas remedio que aceptar la propuesta, pues su propio tío Fray Bartolo le apremia a ello...

Si la Dama Carlota no tiene al bebé o es demasiado "popular" como para utilizarlo, se dispondrá a ejecutar un plan tan viejo como la historia de los hombres, que no es otro que envenenar a Doña Luisa durante el parto, esperando matar al bebé y a su madre. Y aunque funciona, no lo hace plenamente a satisfacción de la asesina, pues Doña Luisa morirá, pero el bebé sobrevivirá y sus lloros tempranos serán escuchados por la casa, evitando así que se le pueda "silenciar".



LEGADO - CON LA IGLESIA HEMOS TOPADO

Si los Actores sospechan de lo que sucede y consiguen estar presentes durante el alumbramiento, entonces la Dama Carlota no se arriesgará a hacer nada... ¡Por el momento!



¿...y Finalmente?

Donde se cuece: Palacete de Pedro López de Ayala

Quienes lo guisan: Desde el Señor del Palacete...
...hasta el último de los sirvientes.

Como es obvio, el final de esta Comedia queda abierto. Bien se pudiera dar un enfrentamiento mas o menos directo con la Dama Carlota de la Sagra, que pudiera tener éxito si los Actores recopilaron suficientes pruebas. Otra posibilidad, un "poco" mas drástica, sería la de dar puerta a la misma Dama Carlota, pero a la larga provocaría preguntas y reacciones muy diversas.

El malhechor Alberto Hormaza es otra incógnita, pero es avisado y dejará el Palacete en cuanto se percate de que está perdiendo el control sobre la situación...

Si los de Fromista conocen de las sospechas de los Actores, debido al miedo de que su ahijado pueda sufrir algún "percance", le encomendarán a Leonardo la "tarea" de solventarlo. El resultado es el desafortunado accidente de Doña Carlota en las escaleras del Palacete, con la tragedia de fallecer al quebrarse su delicado cuello en la caída... ¡Una pena!

Y por último, el problema inicial: ¿Qué hacer con el pobre bebé?



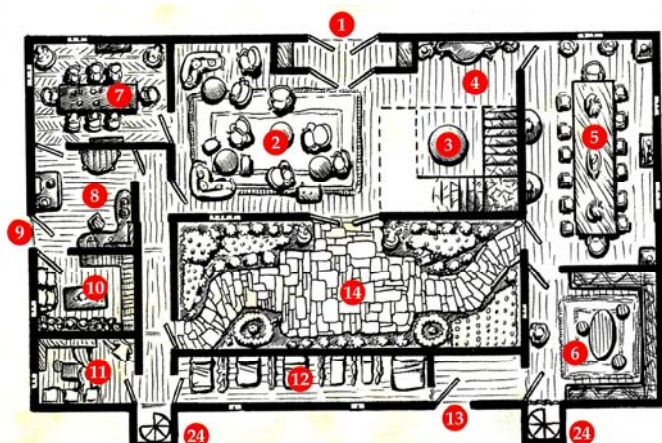


Las Propiedades de los Señores de Humanes

A continuación veremos las propiedades de los Humanes, pero sin ahondar en descripción alguna, salvo que tenga algún interés para la Crónica, pues tampoco lo vemos necesario y se dan tan sólo a modo de ambientación.

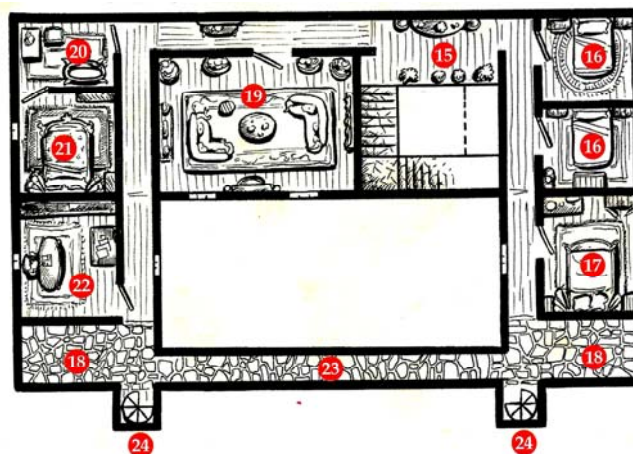
Donde se cuece:

Palacete de Pedro López de Ayala



- 1.- Zaguán.
- 2.- Gran Salón.
- 3.- Escalinata.
- 4.- Antecámara, para bien depositar las armas y capas de los invitados que lo precisen.
- 5.- Salón Comedor, que sólo se usa en caso de tener invitados.
- 6.- Biblioteca.
- 7.- Comedor, de uso habitual por los Señores.
- 8.- Cocina.
- 9.- Puerta de la Cocina y Despensa.

- 10.- Despensa.
- 11.- Habitación de la Ropa.
- 12.- Dormitorio de la Servidumbre.
- 13.- Puerta de la Servidumbre.
- 14.- Patio y Jardín.
- 15.- Antecámara para las capas y armas de los Señores.
- 16.- Habitación ocupada por Doña Carlota (la superior).
- 16.- Habitación ocupada por los Señores de la Sagra (la inferior).
- 17.- Habitación para por los Marqueses de Fromista, ahora libre para algún Invitado.
- 18.- Terraza.
- 19.- Salón Privado.





LEGADO - CON LA IGLESIA HEMOS TOPADO

20.- Baño.

21.- Dormitorio de los Señores de la Casa, Don Pedro y Doña Luisa.

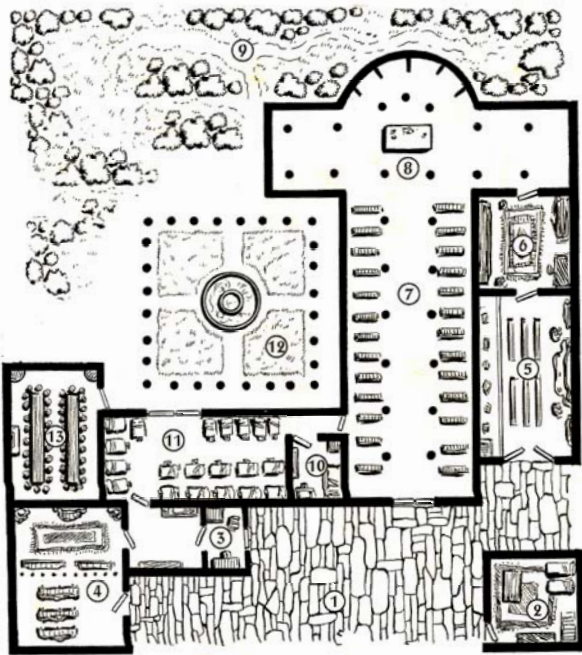
22.- Despacho de Don Pedro López de Ayala.

23.- Galería Porticada.

24.- Escalera de Caracol.

Donde se cuece:

Iglesia de los Señores de Humanes



1.- Zona empedrada de acceso a la Iglesia.

2.- Habitación de Fray Bartolo López.

3.- Entrada a la zona común.

4.- Cocina y Despensa para la Servidumbre y Hombres de Armas de la casa..

5.- Capilla privada de los Señores de Humanes.

6.- Sacristía.

7.- Templo.

8.- Altar

9.- Jardines y Cementerio de la Familia de los Humanes

10.- Celda del Padre Martín Collado.

11.- Dormitorio Común

12.- Claustro y Fuente, donde se suelen reunir Fray Bartolo y la Dama Carlota de la Sagra.

13.- Comedor para la Servidumbre y Hombres de Armas.

Donde se cuece:

Casa de Invitados del Señor de Humanes

Aclarar que en la habitación que hay en el zaguán de la casa, siempre hay dos guardias vigilando.

1.- Comedor

2.- Reja que conduce al sótano.

3.- Habitación de Leopoldo

4.- Cocina

5.- Despensa

6.- Escalera al Sótano

7.- Escalera de Caracol a la planta baja.

8.- Celda para prisioneros.

9.- Almacén.

10.- Sala de Esgrima.

11.- Armero, donde siempre hay diversas ropas, cuchillos, alguna pistola y arcabuces.

12.- Comedor para Invitados.

13.- Habitación de Invitados.

14.- Habitación de Invitados.



Por lago

Herbes de Bier



y otras Hierbas



ADELA ARIZMENDI

Hiramita y contrabandista... ¿O no?

Su comienzo en la vida no fue afortunado, pues nació de entre la burguesía menos poderosa y peor vista... Su padre era un cirujano en la zona campesina alavesa pero no tenía suficiente prestigio y siempre anduvo de aquí para allá, sin poder asentarse en ningún lugar. Así fue su infancia... ¡Un continuo viajar!

La situación de Adela empeoró el día que su padre fue asesinado por unos bandidos que pretendían robarle y ella sobrevivió al esconderse entre unos arbustos. Pero recordó con fuego los rostros de los asesinos.

Pasó toda su vida preparándose para el momento de cumplir su venganza: esgrima, armas de mano, forzar mecanismos... Aprendió todo aquello que le permitiera llevar a cabo su venganza, pero no pudo, pues la parca ya había hecho su labor y se había llevado a los asesinos de su padre. Esto la derrumbó, su objetivo en la vida estaba deshecho. Durante un tiempo se abandonó a sus pasiones y muchos son los que aun piensan que es su mayor debilidad, pero es consciente de que sus enemigos desearán "aprovecharse" de ello. Adela ha provocado este rumor para anticiparse a ellos, dejándoles ver una debilidad que realmente no existe.

Enfocó sus cualidades a lo único que sabía hacer, primero con pequeños hurtos en la zona de Cádiz y poco a poco se hizo un hueco entre los bajos fondos, ascendiendo posiciones hasta llegar a controlar el contrabando que se produce en el Estrecho. Por este motivo, la intromisión de la niña bonita de los Sotomonte, la molestó y por ello intenta hacer lo posible para que la Sotomonte trabaje con las mayores dificultades en el Estrecho. Engatusó a Lamont, el difunto amante de la consentida, para conocer de los tejemanejes de esta y dio su fruto pues su último cargamento que provenía de la zona tunecina fue interceptado por otro pirata que oportunamente "recibió" un soplo al respecto.

Se sorprendió cuando los Hiramitas la "aceptaron" entre los suyos y ahora desea reunirse con el Actor, pues no está "contenta" con su situación actual...

Nota del Cronista: Si fuera el Personaje Hiramita que debe reunirse con el Actor elegido, su pretensión es favorecerle con información o entablar negocios con él. Si las "hermanas" Sotomonte aun permanecieran vivas, bien pudiera proporcionar "detalles" que las perjudicaran, y mas concretamente a la Dama Elisa de Sotomonte.



AGUSTIN ORMAECHEA

Un buen hombre y un poco borrachín

Nació en Bilbao hace ya casi cinco décadas, es muy alto y fornido, destacando una prominente barriga y una nariz casi siempre rojiza. Desde muy niño en su sangre corría las ganas de viajar, de conocer otras gentes... Por ello se embarcó durante muchos años, hasta que se cansó del mar y se empeñó en recorrer los caminos ofreciendo las mercancías que transportaban los barcos que ya conocía.



LEGADO - GENTES DE BIEN Y OTRAS HIERBAS

Viaja constantemente entre Bilbao, Santander y Madrid, recorriendo pueblos por dichos caminos y disfrutando de su trabajo y de las gentes, solo se reprocha no haber conocido mujer con la que desposarse y disfrutar de la vida... ¡Pero ninguna desea viajar día si y día también!

Conoce a casi todas las gentes de la zona y puede ser una buena fuente de información, pero no podrá tener coartada para las noches, pues las pasa en su carromato durmiendo la mona... Que no tiene mas vicio que un buen pellejo de vino.



ALBERTO HORMAZA

Una mala persona... Dispuesta a sacar provecho con cualquier "trabajo"

Nació en Toledo, y tal vez por ello posee un aspecto recio como su tierra, de cara agradable y maneras muy educadas, inspira confianza y ofrece su ayuda a la menor oportunidad... ¡Pero todo es fachada! Finge cualquier interés por los demás si con ello puede aprovecharse o sacar ventaja en el futuro, ya que su único interés es él mismo, y solo él.

Dice negociar con sedas, perfumes y productos de calidad, pues ello le abre los salones de los más pudientes y sus oídos, siempre prestos, pueden conocer de intrigas, planes, secretos... Que luego los sacará provecho, ya sea robando en esas estancias, vendiendo los secretos o lo que se tercié... ¡Que todo tiene comprador en esta vida!

En esta zona suele utilizar el nombre de "Ormaechea" para provocar la confusión entre las gentes "vulgares", solo cuando tiene intención de realizar algo no demasiado "limpio" y es por ello que las gentes de dudosa catadura de los alrededores le conocen como "Ormaechea".

Conoce a la Dama Carlota y se siente atraído por la "noble", por ello desea ayudarla en sus tejemanejes, pues pretende cobrar sus buenos Reales y llegado el momento, desea hacerlo también con "mercancía"... ¡Que la moza es buena "mercancía" para retozar!



ALEJANDRA GALLARDO

Una Dama enamorada

Nacida en Toledo y criada en Madrid, es la esposa de Don Froilán Fiel de Acosta, un conocido Cortesano de la Villa, pero que siente que su esposo no la dedica el tiempo que ella necesita. No la mima ni corteja, no la satisface en sus deseos... En fin, no cumple como marido y es por ello, que en lo posible, desea y busca encontrarse satisfecha. Y esos mimos y cuidados se los regala su amante.

Ahora, su esposo la ha enviado a ver a sus padres a Toledo y desea que su amante deje de darla caricias, para poder "gozar" completamente ambos... ¡Como amantes! Han decidido pasar la noche en la venta de los "Tres Soles" y allí le esperará absolutamente enamorada, con impaciencia y muchísima excitación...



ALFREDO VILLALBA

Un Viento de la Carda

Nació en Madrid hace ya unos cuantos años, que ha conocido a tres Reyes en España, y con los tres ha vivido como ha podido, siempre con su familia: la Carda. Además, con el Tío Raimundo se ha sentido como parte de la misma y recompensado justamente en sus esfuerzos.

Ha llegado con el jaque Matías Mondoñedo tras Dionisio de la Cruz, con la intención de hacerle “cantar” y después despacharlo adecuadamente, pero bien pudieran darse diferentes motivos relacionados con la Crónica anterior:

- ❖ ***En el caso de que El Desterrado sobreviviera a la Crónica anterior:** Los Vientos fieles al “difunto” Tío Raimundo, se enteraron que el maldito “Desterrado” pretendía escapar de la Villa y Corte, y que un comerciante colaborador de la Garduña le estaba ayudando. Por este motivo, Florance de Chambeau le ha encomendado “hacerse” con lo que sabe este “comerciante”...*
- ❖ ***En el caso de que El Desterrado no sobreviviera a la Crónica anterior:** Continúa con la “limpieza” que ha comenzado Florance de Chambeau en la Villa y Corte de los “posos” que ha dejado la Garduña tras los últimos avatares. Las investigaciones han llevado a saber que Dionisio de la Cruz es un miembro de la Garduña y Tesorero de la misma, que sale de la ciudad con premura camino a Sevilla, por lo que sería interesante saber qué es lo que conoce.*



ALVARO ENRIQUEZ

Marqués de Alcañices y miembro del Consejo de Estado

Uno de los Principales de España y miembro del Consejo de Estado, es flemático, fornido y risueño, habiendo de joven presumido de hermoso. En estos momentos se le ve maduro y colorado, acribillado de viruelas, bronco sin ser grosero, arrogante, cabezón, mostachudo y bien barbado.

Es un feudal cazador que revienta caballos acosando verracos, que habla con una retórica farragosa que él considera elocuencia majestuosa y lenta, y como político tiene fama de extraordinariamente mediocre, regularmente inculto y siempre sus quiméricos proyectos están muy por encima de sus posibilidades.

Ahora, se ha antojado de la joven Dama Isabel de Cendrero, pero se ha encontrado con la oposición del hermano de esta, Don Vidal de Cendrero y para allanar el camino, ha sabido que el Alférez Cendrero hace unos años tuvo un feo “asunto” en tierras de Flandes que le llevó a ser expedientado y declarado en espera de Juicio Militar por un acto de sublevación. Y ahora, los Reales del Marqués han reabierto el proceso y se ha dictado que el Alférez debe ser arrestado hasta que se le juzgue y dicte sentencia por parte del Consejo de Estado y de Guerra.





BARTOLO LOPEZ

Un fanático de la “limpieza de sangre” y además Inquisidor

Nacido en el Palacete de su familia en Cedillo del Condado, en Toledo, siempre se ha sentido menospreciado y que debiera haber sido él quien representara la sangre de los Humanes y no su hermano, por el mero hecho de ser el primogénito. Pero sus padres le alentaron en la vida eclesiástica y el la determinó entre los Dominicos, con la vista puesta en adquirir poder dentro de la Inquisición. Es un fanático religioso, profundamente convencido que está en lo correcto siempre, que su causa es justa y que todos los que no están con él están contra él

No le agrada su sobrino Don Pedro López de Ayala y no soporta la actitud casi paternal de este con la servidumbre, campesinos... Además, desde que contrajo matrimonio con la mayor de la familia de la Sagra, ha observado que los intereses del linaje de los Humanes no le importan ni en la Corte ni en los campos de batalla contra los herejes... ¡Que está demasiado “ocupado” complaciendo a su esposa!

Odia a Doña Luisa de manera brutal y “aprecia” por igual a su hermana Doña Carlota, pues ve en ella la esposa que merece el Señor de los Humanes, y no la “lánguida” que ahora tiene.

Suele castigarse y mortificarse con asiduidad, pues siente que así se acerca al “perdón” de Dios y alejar así los “sentimientos” carnales que siente hacia la Dama Carlota... Pero cada vez le cuesta mas no desear yacer con ella...



BENEDICTO DE HUMANCIA

Un buen sacerdote y mejor catador de vinos

Nació en Soria, de familia noble, sus posibles eran escasos y decidió ganarse Honra y Reales en la milicia, en la que se alistó casi sin mostacho. Ascendió rápido por su valor y dotes para el mando, pero de pronto, tras unas fiebres por el maldito tiempo de Flandes, dice que fue tocado por Dios, apareciéndosele en toda Su Gloria... Dejó su vida militar e hizo los Votos Sagrados para dedicar su vida a cumplir Su divina Voluntad. Aun así, de su pasado guarda varias cicatrices, un florido lenguaje de soldado y un amor no precisamente moderado por el buen vino. No es menos honesto por esto, y aunque bebe, los campesinos le respetan enormemente.

Cuando llegó a Cedillo del Condado, se implicó totalmente en la vida de los campesinos y no es raro verle ayudarlos con las faenas del campo o los animales, por ello todos le respetan mas que al propio Señor de los Humanes. También es cierto que nadie le ha contado nada del bebé de la pobre Inés y es un error, pues Benedicto le hubiera defendido a capa y espada.





BLAS

El mozo de los establos

Nació en Cedillo del Condado, pero sus padres no quisieron hacerse cargo del niño y lo vendieron a Tomás, de la Venta de los “Tres soles”, para que le “diera” un trabajo y le “cuidara” como el hijo que no tiene. Y trabajo tiene, que es el mozo del establo.

El muchacho tiene ciertos ardores y desde hace semanas insiste a María para que se cuele por la noche en el establo y ahora María le ha dicho que esta noche se escaparía para hacerle una visita... Pero llega Doña Alejandra Gallardo y su criado se instala en el establo. Blas anda desesperado en busca de algo de intimidad para levantarle las faldas a la criada antes de que a ésta se le pasen las ganas...



CARLOTA DE LA SAGRA

Una gran belleza con un corazón malvado

Nacida en las propiedades de su familia en Cuenca, fue la segunda de las dos hermanas al nacer y aunque de cuerpo se parece a su gemela Doña Luisa, en su interior son la noche y el día. Ella es la noche, como así lo dice su negra cabellera. Es un pequeño monstruo. Es directa, muy manipuladora y no duda jamás en sacar beneficio para alcanzar sus objetivos.

Cuando su familia acordó el matrimonio de su hermana Doña Luisa con el heredero de los Humanes, Don Pedro, vio que era la última vez que iban a ser “iguales”... A partir de ese momento, cualquier opción de futuro siempre estaría por detrás o incluso la posibilidad de ingresar en la vida monacal era presumible. Y no lo aceptó.

Ha planeado como destruir a su hermana incluso contando con la posibilidad de verse envuelta y castigada ella misma, pero su mayor deseo es conseguir la desgracia para doña Luisa. Cueste lo que cueste. Ahora cuando la sabe cerca de conseguir la felicidad plena con la llegada de su hijo, vislumbra un plan para volverlo del revés. Si consigue reemplazar el hijo de su hermana por uno notoria y claramente “diferente”, conseguiría que se repudiara a su hermana y si juega bien sus bazas, tal vez ella pudiera ocupar su lugar.

Ha encandilado al dominico Fray Bartolo, que pudiera ser útil cuando todo se descubriera y proponerla para “compensar” la deshonra de los de la Sagra, acordando el enlace entre Don Pedro y ella de inmediato. Por si acaso, ha “elegido” a Leopoldo, una presa fácil para una “dama” como ella, para llegado el momento, el pobre idiota haga lo que le pida... Incluso salvarla de los “problemas” que tuviera si todo la saliera mal.

Ahora hace su perfecto papel de hermana, velando por Doña Luisa con ternura... Su intención real es aislarla...





DESIDERIO DE LA SAGRA

Un noble que piensa más en su Legado que en sus seres “queridos”

Nació en Cuenca hace ya bastantes años y desde chico tuvo claro que su misión en este mundo era perpetuar su Apellido, pero no pudo ser... Su esposa Doña Julia solo ha sido capaz de darle dos hijas gemelas y un montón de varones muertos, ya fuera al nacer o poco después... ¡Y eso no se lo ha perdonado y jamás lo hará!

Ya anciano y sabiéndose en sus últimos años, desea saber si su linaje continúa con un varón de los López de Ayala y de la Sagra... Si los planes de su hija Carlota progresan, aceptará casi cualquier proposición en el caso de darse la “desgracia” de tener un nieto “negro”, lo ofrecerá todo por limpiar la Honra de su Apellido.



DIONISIO DE LA CRUZ

Un Tesorero de la Garduña con los días contados

Es un hombre de negocios sevillano y cristiano nuevo. Viene de Madrid de camino a Sevilla, pasando antes por Toledo, donde generalmente ha hecho buenos negocios. Y como excusa para viajar sobra.

Pero la realidad es bien distinta, pretende llegar a Sevilla y entregar las cartas de crédito a sus superiores dentro de la Garduña, y realizar un informe de lo que ha visto de lo sucedido en la capital de las Españas en los días pasados. Aunque bien es cierto, que pudieran darse diferentes avatares relacionados con la Crónica anterior:

- ❖ ***En el caso de que El Desterrado sobreviviera a la Crónica anterior:*** Que si bien es cierto que Dionisio de la Cruz es miembro y Viento de la Garduña, también es cierto que poco sabe del Desterrado, salvo que su verdadero nombre es Guillermo Cabezón y que ahora también le busca la Garduña. Podrá aclarar que él era el contacto del Juglar en la Villa y Corte para lo que pudiera necesitar y que en ningún momento se puso en contacto con él mientras duraron los disturbios.

Que la verdad es bien otra, que el Desterrado sabiendo de las ganas de la Carda y la Garduña por hacerse con su piel, ha extendido el bulo sobre sus intenciones de salir de la Villa y Corte con la ayuda de Dionisio de la Cruz, y eso es lo que ha llegado a oídos de Florance de Chambeau. Mientras, el Desterrado escapará de Madrid pero en dirección al norte de España, lejos de la “mirada” de la Carda y de la Garduña.

- ❖ ***En el caso de que El Desterrado no sobreviviera a la Crónica anterior:*** Que si bien es cierto, como ya hemos aclarado, que Dionisio de la Cruz es miembro y Viento de la Garduña, podrá aclarar que él era el contacto del Juglar en Madrid para lo que pudiera necesitar y que en ningún momento se puso en contacto con él mientras duraron los disturbios.





ELISA DE SOTOMONTE

Una Hiramita con demasiadas ganas por medrar... ¿O no?

Nació entre lo mejor de la sociedad castellana y así vivió hasta que cierto día observó que su hermana Jimena, por falta de carácter y ambición, había perdido toda la fortuna de la familia e hizo peligrar su manera de vivir. Así se lo dijo y como siempre, su hermana huyó, teniendo el detalle de dejarla todo el legado de los Sotomonte, pero era casi ridículo y tuvo que buscar la manera de salir de dicha situación... ¡El matrimonio!

El destino quiso que pronto enviudara y pudo hacerse con todo lo que su esposo poseía, lo cual la dio una nueva meta... Hacerse más rica... Y así casó dos veces más y por tanto heredó sendas veces, pero su vida disoluta hacía que el dinero se esfumase con rapidez.

Su último matrimonio fue el que la ofreció una nueva perspectiva para poder hacerse con más dinero y poder vivir como ella siempre había deseado... Su difunto esposo, noble de cuna y pobre como todos por ello, decidió que su falta de oro no era por falta de motivación y se dedicó a una gran cantidad de negocios mal vistos por los melindrosos y faltos de carácter. Sus negocios se extendían por la costa española y todo era aceptable: contrabando, pirateo, esclavismo... Al fallecer su esposo, se hizo con las riendas del negocio "familiar" y ha conseguido mejorar dicho negocio, siendo considerada como una de las personas con más "negocios" en el Mediterráneo.

Supo que su difunto esposo "servía" en una "sociedad" en las sombras y que esta, a veces, cuando se lo solicitaba por los medios ya acordados, le favorecía negocios y contactos. Tras muchos percances viajó hasta Amberes, donde se la "admitió" dentro de esa "sociedad", que se autodenominaban Hiramitas, y ahora continúa con sus negocios en el Mediterráneo, pero con mayor envergadura y responsabilidades.

Nota del Cronista: Si fuera el Personaje Hiramita que debe reunirse con el Actor elegido, su pretensión es favorecerle con información o entablar negocios con él. Si su "hermana" permaneciera viva, bien pudiera proporcionar "detalles" que la perjudicara.



EMILIO BOCANEGRA

Presidente del Santo Tribunal de la Inquisición

Este fraile dominico, Presidente del Santo Tribunal de la Inquisición, es un fanático religioso que considera su cargo un poder investido por el mismísimo Dios para aniquilar a cualquier enemigo de la Santa Madre Iglesia y de su Católica Majestad, el Rey de las Españas. Es por ello que se encuentra en claro enfrentamiento con el Conde de Olivares, en especial respecto de su relación con los banqueros judíos portugueses, a los que recurre según las necesidades...

Por todo ello, pretende obstaculizar por todos los medios sus proyectos y su método es recrudesciendo el rigor de la persecución inquisitorial contra judaizantes y herejes.



LEGADO - GENTES DE BIEN Y OTRAS HIERBAS

Su pretensión de ocultar los papeles de los “Infiernos de Tadeo Escriba” y que el Inquisidor General deseaba quedarse para sus propios méritos, ha provocado que viaje a Toledo para presentar al Consejo, los “legados” del impresor Escriba y su temor hace que se levante en numerosas ocasiones para cerciorarse de que todo va bien.

Mostrará su desconfianza en los Actores, a los que sabe que siempre andan metiendo las “narices” donde no les llaman y a quienes debieran haberles juzgado y condenado cuando decidieron traer al castellano la herética obra del italiano Dante.



FEDERICO DE CEDILLO

Un amargado al que le gustaría amargar a todos

Nacido en Cedillo del Condado, es pequeño, cojo y gruñón. Todos le consideran la oveja negra del pueblo, se sabe odiado por sus vecinos y le gustaría vengarse de todos ellos, pero se muerde la lengua porque Jonás le amenazó con partirle en dos si no cerraba la boca. Vigila a los Actores, los desprecia y les deja caer sutiles indirectas... Que su odio a los nobles lo deja entrever en casi cada palabra que escupe y su natural cobardía cuando se le encaran, también se le nota de inmediato.

Se mostrará especialmente hiriente con quien lleve al bebe negro... ¡Que bien pudieran ser padre e hijo! Esa es su grotesca manera de ayudar a los de su pueblo y “alejar” sospechas sobre el origen de la criatura.



FRUILLAN FIEL DE ACOSTA

Barón de Acosta y esposo cornudo con buenos Reales para limpiar su Honra

Nacido en Portugal hace ya tiempo, desde joven deseó regresar a la Villa y Corte, hogar de sus mayores y cuando lo consiguió, se percató que era una ciudad demasiado sangrienta... Incluso voraz para con los suyos... Tal vez por ello decidió aprender la Esgrima y lo intentó en la Escuela de los Duques de Amalfi, pero sin prosperar lo imprescindible... La solución fue sencilla y no era otra que comprar con buenos Reales los aceros que precisase.

Su habilidad con las palabras le ha procurado la amistad de algunos Cortesanos, más o menos cercanos al propio Monarca, pero su mayor valedor es Don Pedro de Vergel, el Alguacil Mayor de la Villa, a quien “ayuda” con Reales cuando precisa de algo “especial”, generalmente para mantener su cargo y posición.

Ahora que sabe de los “amoríos” de su joven y gallarda esposa, no desea convertirse en el hazmerreír de los Mentideros, por lo que ha decidido quedarse viudo y evitar los males futuros. Además ve en ello la manera de lavar su Honra y no ser castigado por ello, pues serán unos matasietes los que se encarguen de la “triste” labor.





GASPAR DE BONIFAZ

Espía Mayor y Superintendente General de las Inteligencias

Natural de la Villa de Yepes, está casado con Doña Ana Gerónima de Porres y tiene un hijo llamado Diego Antonio, del cual el Caballerizo está orgulloso por su carácter responsable. Conocido por ser el Espía Mayor y Superintendente General de las Inteligencias, conocido por su habilidad con la poesía como por su habilidad en el toreo, que muchos dicen que es el mejor hombre en una plaza de toros de los hombres que hay en España.

Muchos comentan su gallardía y su valor, otros su falta de escrúpulos a la hora de realizar sus trabajos... Pero todos están de acuerdo que su dedicación a su Patria es incontestable, teniendo claro que lo primero es España y después los españoles que la sirven.

En este momento, observa con preocupación todo lo que está sucediendo y en contra de su pretensión de pasar desapercibido, se está viendo abocado a actuar descaradamente. Ve por supuesto las extrañas órdenes del Sumiller de Corps de "pasar por alto" las acciones de Don Luis de Alquezar.

No "comprende" el interés del Conde de Olivares en eliminar a la persona "escogida" y eso le preocupa, mas teniendo en cuenta el secretismo con el que parece actuar en los últimos tiempos. Siente que su papel es el de un peón, en una partida que ni siquiera vislumbra y es algo que está empezando a roer su creencia en el Honor del Sumiller de Corps.



GASPAR DE GUZMÁN Y PIMENTEL

Conde de Olivares y Sumiller de Corps

Nació un día de Reyes del siglo pasado, es hijo del que era Embajador español Don Enrique de Guzmán perteneciente a una rama menor de la Casa de Medinasidonia y muchos de sus enemigos han extendido el rumor de que nació en el Palacio de Nerón, lo que explica su ambición.

Comenzó a estudiar derecho canónico en la Universidad de Salamanca e inició la carrera eclesiástica, pero la temprana muerte de sus hermanos mayores trunca los planes de la familia y Don Gaspar tiene que interrumpir su formación para asumir su papel como futuro jefe de la casa Guzmán.

En efecto, heredó el título de su padre a la muerte de este y se trasladó a Sevilla para ocuparse de su patrimonio. En esta ciudad, que vivía su época de máximo esplendor, participó en la vida social y mantuvo una intensa actividad de mecenazgo literario y artístico. Se casó con Doña Isabel de Velasco, Dama de Honor de la esposa del Rey Felipe III, Doña Margarita de Austria, lo cual ayudó después a Don Gaspar a introducirse en el mundo cortesano. Se trasladó a la corte como Gentilhombre de Cámara del Príncipe, y allí su tío, Don Baltasar de Zúñiga, actuó como su protector en las intrigas cortesanas que produjeron la caída de Don Francisco de Sandoval y Rojas, Duque de Lerma, y el posterior Valimiento del hijo de éste, Don Cristóbal Gómez de Sandoval y Rojas, Duque de Uceda, al mismo tiempo que se ganaba la confianza del Príncipe.



LEGADO - GENTES DE BIEN Y OTRAS HIERBAS

Al acceder al trono el Rey Felipe IV aumentó su influencia con el desempeño de los oficios palatinos de Sumiller de Corps y Caballerizo Mayor, que le proporcionaron un acceso casi constante al Rey, aunque de hecho, fue su tío Don Baltasar quien controló los asuntos de gobierno hasta el año pasado, que falleció.

Todos le definen como un trabajador infatigable, intrigante, con una tenacidad que raya en la tozudez... La práctica del Conde de Olivares consiste en integrar en su grupo cercano, al mayor número de nobles y funcionarios, marginando a todos los que se nieguen a colaborar.

Tras la visita de los Principales de Europa a Madrid para discutir una acción común contra de los Hiramitas, y dando por cierto el fracaso de la misma, ha decidido continuar con su plan para desenmascarar a los "titiriteros". Dejar que sus "peones" sigan adelante y pongan nerviosos a los Hiramitas, provocando que se descubran.

Sabe que el Espía Real Don Gaspar de Bonifaz está "atento" y escamado con las últimas órdenes sobre dejar sin castigo a Don Luís de Alquezar, pero es necesario para descubrir a los Hiramitas... ¡Y la meta cada vez está mas cerca!



GIORGIO DI MONTEMOZOLO

Un hombre en busca de venganza

Nacido en Nápoles, hijo de los Barones de Montemozoło y destinado a representar a su familia en el futuro, pretendía en amores a una Madonna de la familia Bachì y debido a su carácter impetuoso, la regaló unas preciosas joyas de su familia, fuera del conocimiento de sus progenitores...

Y todo hubiera ido bien, pero el Arlequín hurtó las joyas aprovechando la noche y la joven lo tomó como una mala señal, deshaciendo cualquier posible acuerdo matrimonial entre sus familias. Es por ello que ahora lo busca para recuperar las joyas, su Honor y a su amada...

Es por ello que viaja desde Nápoles a Madrid para dar muerte al mal nacido del Arlequín, pues por sus malas artes el se ha visto deshonorado y vilipendiado en su propia ciudad.



GUMERSINDO

Un pícaro demasiado espabilado

Nació en Ronda finalizando el siglo pasado, es una persona de aspecto y modales amables, que se presentará como un honrado comerciante de paños y es de los que saben hacer amena una conversación.

Siempre que hable con alguien, deja caer las "perlas" sobre el "desalmado bandido Hugo", y recomienda prudencia al recorrer estas tierras, pues este bandido dirige un numeroso grupo de desesperados. Siempre recalcará que muy pocos han conseguido salir con vida de entre sus garras...

Por Iago



Siempre viaja a lomos de un tranquilo caballo y lleva sus mercancías en una robusta mula, aparte de para disimular su coartada, también por si tuviera que salir al galope. El pícaro Gumersindo, aprovechando una leyenda local sobre el temible bandido, ha ideado el método para robar a los incautos. Por medio de cuerdas, poleas y demás ingenios mueve ramas o dispara una ballesta, a la par que habla a través de un ingenio con tubos de cuero y un canuto para amplificar su voz desde diversos puntos de la espesura, amedrenta a los viajeros, instándoles a que depositen las bolsas y continúen su camino... ¡Y es un negocio bastante próspero!



HERNANDO DE MONTESINOS

Secretario de la Inquisición

Es un hombre alto, no mal parecido y algo entrado en carnes, de labios gruesos y ojos melancólicos que viste el hábito de los Jesuitas, algo totalmente inusual dentro de la Inquisición, compuesta casi por completo de frailes dominicos y aun así, goza de ser de un miembro influyente dentro de la Santa Inquisición.

Desde que era un crío, en su cabeza solo deseaba la vida de los soldados y por ciertas cosas, como las mujeres, tampoco desdeñaba la vida cortesana... Desgraciadamente, por imposición familiar hubo de abrazar los hábitos, y aunque no se desenvuelve mal, el deseo por las mujeres le quema por dentro y se le hace difícil cumplir sus "votos".

Y aunque por el momento controla sus pasiones, hace menos de un año se vio envuelto en un negocio de citas a ciegas de Don Máximo Orestes, donde quiso la casualidad que conociera a Doña Yolanda Medrano, de la cual se enamoró y que por ello, fue asesinada (ver "La Maldegollada" del libro básico del Capitán Alatriste).

Aun así, continuó con sus labores para con la Inquisición y cuando recibió unos papeles del impresor Don Tadeo Escriba, no supo el que, pero sabía que algo se escondía en los mismos y lo ratificó cuando supo que Fray Bocanegra se había hecho por la fuerza con otros dos legajos... El entregó el suyo al propio Fray Emilio Bocanegra, pero este no lo ha comunicado a nadie y se los ha apropiado, al parecer, para su propio beneficio...

Ha conocido gracias a sus "informadores", que Fray Bocanegra ha sido citado para entregar los papeles al Inquisidor General o al Consejo de la Inquisición en Toledo, y parece haber elegido la segunda opción. Y sabe que para allí los lleva... Fray Hernando desea que esos documentos no lleguen a su destino, para escarnio y castigo de quien así se burla de sus hermanos Inquisidores.



INES DE CEDILLO

Una madre demasiado atemorizada

Nacida en Cedillo del Condado, sin haber cumplido los quince años fue violada por un esclavo fugado de la Villa y Corte, aunque ella jamás le vio pues la pilló por sorpresa, queriendo el destino que quedase en cinta. Y el destino que era mas caprichoso, quiso que el bebe nacido fuera negro.



LEGADO - GENTES DE BIEN Y OTRAS HIERBAS

Aunque no quiso abortar cuando se supo embarazada, cuando ha visto al bebe y las miradas del resto de sus vecinos, decidió abandonar al crío a la orilla del río, muy cerca del camino a la Venta de los “Tres Soles”. Pensaba que el propio río o la casualidad de encontrar un alma bondadosa, solucionarían lo acaecido, de mala o buena manera.

Si descubre que el niño lo tiene alguien, se comportará de manera discreta y prudente, pero atenta al devenir de los acontecimientos y al trato que reciba el bebe. Ahora se siente mal, pues Jonás la ha pedido en matrimonio y además quería cuidar del recién nacido, pero le ha tenido que contar lo que ha hecho con el bebe.



ISABEL DE CENDRERO

Una bella y joven Dama

Nació en la Villa y Corte a principios de este siglo, con un legado mas lleno de Honra que de Reales, que quiso la mala fortuna que sus padres muriesen siendo ella niña y quedó bajo el cuidado de su hermano Don Vidal, que regresó recientemente de Flandes. Sabe que el interés de su hermano es la de encontrarla un buen marido que ella acepte de buen grado.

Desde hace tiempo, Don Álvaro Enríquez, Marqués de Alcañices y miembro del Consejo de Estado, se ha encaprichado de ella, a la que ha pretendido como amante en numerosas ocasiones, siendo siempre rechazado con educación. La prepotencia de Don Álvaro como noble quiso consumir lo que pretendía por la fuerza, pero se topó con Don Vidal, que humilló al Marqués propinándole una buena tunda.

Ahora está preocupada pues son muchos los que están buscando a su hermano, mas para “prenderlo” que para recompensarlo por algo.



ISABELLE DE JEUNE

Un soldado y una Hiramita... ¿O no?

Nació entre la más rancia nobleza de la Corte francesa pero su padre el Marqués de Jeune la aborreció desde su nacimiento pues siempre deseo un varón y su esposa solo le concedió una hembra. Una hembra inútil. Por este motivo, su padre la obvió y actuó como si no existiera, pese a que ella desde muy niña intentó agradar a su progenitor.

Sus pasiones y convicciones solo se mueven en los que su padre hubiera deseado: los de un hombre... El esgrima y el Honor. Para ella solo importa eso en la vida y así lo ha demostrado día tras día, comenzando por el día en que reto a su padre a un duelo y primero escuchó las carcajadas del mismo... ¡Después sus suplicas! Lo ridiculizó hasta verlo suplicar y llorar por su vida. Tras esto cabalgó hasta Venecia, donde las mujeres estaban mejor vistas... ¡Al menos estaban vistas!



En Venecia mejoró todas sus aptitudes en la esgrima y acentuó su sentido del honor, retando a todo aquel que la intentara ridiculizar por ser mujer y eso hizo que en Venecia la conocieran sobradamente. Todo esto llamó la atención de Don Ruud Van Bergkamp, quien la observó durante algún tiempo...

Cuando se decidió por su valía, se acercó y la retó a un duelo hasta vencerla. La comenzó a explicar que entre el brillo de los grandes "estados", existen sombras que pueden apagar ese brillo y su deseo es hacerla participe de ello. Aceptó.

Sus trabajos han consistido en visitar la Corte de Felipe el Tercero y después del Cuarto, y la de Luís el Decimotercero de Francia y el Primer Borbón en la Casa Real Francesa, donde se infiltró como una pobre damisela en peligro y así aprovecharse de los confiados que jamás pensaron que una mujer puede hacer las cosas de un hombre. Y muchas veces... ¡Mejor!

Hace tiempo que se siente insatisfecha por su pertenencia a los Hiramitas, a quienes no ve como los creía y siente que son un mal mayor que debiera ser extirpado. En concreto piensa que Piedrasacra ha pervertido el sueño de los Hiramitas.

Nota del Cronista: *Si fuera el Personaje Hiramita que debe reunirse con el Actor elegido, su pretensión es ofrecerle información sobre los Hiramitas. Al menos de lo que ella conozca, con la condición de ayudarla a escapar de las "garras" de Piedrasacra, o de permitirle llegar al verdadero Hiram...*



JOHÁS DE CEDILLO

Un hombre bueno

Nacido en Cedillo del Condado, es el hijo de Mateo, y como lo fue su padre, el también es herrero. Ha heredado de su padre su buen corazón y la responsabilidad de cuidar de todos sus vecinos, como si fuera su propia familia de sangre. Es un hombre enorme con un mal genio comparable a su tamaño, pero compensado con su actitud por ayudar, siempre ayudar. Antes a los demás que a él.

Sabiendo de la "necesidad" de Inés por "arreglar" su vida, la ha ofrecido que sea su esposa y cuidar a la criatura recién nacida, pero no entiende y mucho menos acepta lo que la joven Inés ha hecho con el bebe. Su deseo es recuperarlo y adoptarlo llegado el caso, que no le parece bien haberlo dejado tirado en el río... De ver que lo tiene algún Actor, se interesará por el crío y si descubre que la intención del Actor es deshacerse del mismo, le ofrecerá quedárselo, pues dentro de unos años necesitará de unas manos recias que lo ayuden en su oficio de herrero, pues no tiene descendencia.





JUAN TANCREDO TORRES

Un pisaverde con más alardes que valor

Nacido en la Villa y Corte de una paupérrima familia de hidalgos, se consumió su infancia aparentando lo que no tenía y así llegó hasta la madurez, donde continúa aparentando su hidalguía y valor, del cual anda escaso. Y tal es así, que jamás se ha sentido tentado por medrar con las armas y dar abolengo a su estirpe, pues piensa que si su atractivo y modales le “regalan” un buen matrimonio, para que arriesgar el pellejo y conseguir lo mismo... ¡O menos!

Aunque Don Juan lleva pretendiendo a la bella Doña Alejandra Gallardo sin ningún resultado salvo desquites, en este momento siente pasión por “su” amante, pero mantiene la cabeza clara y sabe que no es más que una aventura y dos nuevos cuernos para otro marido. Se ha enterado del viaje de Doña Alejandra a Toledo y presto, la ha seguido hasta la Venta de los “Tres Soles”... Aquí espera poder quitarla la “coraza” al encontrarse lejos de la mirada de su esposo Don Froilán y tras llevarla entre las sábanas, posteriormente “solicitarla” algunos Reales por mantener el decoro...



JULIA MUGA DE LA SAGRA

Madre pero sobre todo esposa atormentada

Nació en Palencia hace bastantes años y desde niña supo cual era su destino, que desde su nacimiento ya estaba apalabrada su boda con Don Desiderio de la Sagra, por lo que siempre se estuvo preparando para ese momento... Modales, costura, baile, etiqueta... Pero nada de eso deseaba su esposo... Solo deseaba un varón para perpetuar su legado.

Quiso el destino no concederle hijos varones, pero para ella sus hijas lo son todo y hará lo posible por evitar la deshonra, incluso callar sabiendo que su hija Carlota, envidia a su hermana Luisa y que siempre ha sido así. Siempre se ha sentido mal al no haber podido dar un descendiente varón a su esposo, por ello ansía saber si su hija podrá favorecerla con un nieto varón.



JULIO

Criado de la Dama del Galán

Nació en un pequeño pueblecito cercano a Madrid y siempre ha vivido para servir, primero a unos y después a otros, hasta llegar a la Casa de los Acosta, donde lleva algunos años. Es un hombre simple, demasiado simple, que no siente interés por nada que no sea el vino y obviará el resto.

Su única intención es poder colarse en la bodega de la Venta y poder hacerse con un par de odres de buen vino para pasar la fría noche en el establo, que además prefiere dormir la mona a tener que escuchar al mozo de cuadra.



JOSEPA HERNÁNDEZ

Dueña de la Dama del Galán

Hace muchos años que vio la luz y supo que la suerte no iba a estar de su parte, pues primero perdió a sus padres y fue ingresada en la vida monacal, pero la propia Abadesa la “aconsejó” dejar la orden pues no la “veía” feliz con su “vocación”, pero ella sabía que “vocación” se parecía demasiado a la falta de dote para el convento.

Comenzó a trabajar para la familia de los Gallardo en Toledo y cuando vino al mundo Doña Alejandra, se dedicó a su cuidado por completo. Cuando casó con el Cortesano Don Froilán, ella la acompañó y sabe de su infelicidad en su matrimonio. Tal vez por ello, se hace la dormida o despistada cuando la “visita” su amante...

Cuando su Señora reciba la visita de su “amigo”, lo hará en su habitación y ella se quedará sentada en una silla velando en el pasillo, no vaya a ser que molesten el “sueño” a su Señora. Aun así, la pobre mujer estará mas tiempo dormida que despierta, y lo “hará saber” por los “terribles” ronquidos que profiere.



LEONARDO

Criado y hombre para todo

Nacido en una de las posesiones de los Marqueses de Fromista en Salamanca, desde joven fue bien visto por los Señores, quienes le educaron para que les atendiese personalmente en todo lo que precisasen... Aprendió esgrima, modales, etiqueta, cocina y por supuesto muchas ciencias, pues el Señor así lo dispuso.

El criado de los Marqueses es tan bohemio como sus Señores, permanecerá casi todo el tiempo cerca de los mismos y disfrutando de las conversaciones, viandas y caldos por igual. Pero en ningún momento descuidará la protección de estos, que para ello va bien repleto de aceros y pólvora.



LEOPOLDO

Jefe de la Guardia del Señor de los Humanes

Nació en Cuenca hace ya bastantes años, pobre como era e hidalgo por nacimiento, no tuvo mas remedio que alistarse en los Tercios y pasó desde mochilero a Cabo gracias a su valor y buena cabeza para la organización de los campamentos, guardias...

Allí conoció a su Señor Don Pedro López de Ayala, mientras este cumplía con sus servicios para la Patria y entablaron buena relación, hasta el punto de cuando Don Pedro se licenció, regresó con él a Cedillo del Condado para convertirse en el Jefe de la Guardia de los Humanes.



LEGADO - GENTES DE BIEN Y OTRAS HIERBAS

En resumen, es hombre serio, de palabras escasas pero concisas, es un soldado y como tal se comporta. Cree que sus hombres son leales a la Casa de los Humanes y que los Reales no les cambiaría su lealtad.

Aunque él es el primer sorprendido, mantiene una “relación” con la Dama Carlota y aunque no han ido mas allá que unas caricias y confidencias, está dispuesto a hacer casi lo que le pida...



LOPE HIDALGO

Buen sacerdote y mejor persona

Nacido en la Villa y Corte de Madrid, es un joven sacerdote de cuerpecillo menudo, ojos asustadizos y aspecto ratonil. Eso no le impide tener una gran fe y un aún mayor corazón, que le hacen enfrentarse al mundo sin otras armas que las reglas de su orden y de la Iglesia.

Este curilla, por extraño que parezca, conoce a mucha gente y es una buena muestra, que su parroquia de San Isidro siempre tiene lleno en las celebraciones religiosas. Tal vez sea por que siempre está dispuesto a ayudar a quien lo precise, sea quien sea, en el momento que sea...

El padre Lope Hidalgo fue requerido en confesión por un valentón al que habían clavado dos cuartas de acero en las tripas y al que confesó que él, y otro, iban a dar justa cuenta de una mujer en la Venta de los “Tres Soles” al día siguiente. El sacerdote salió de la confesión con el rostro demudado y buscó solución... Que una cosa es el Secreto de Confesión y otra dejar morir a una inocente...



LUIS ENRIQUEZ

Marqués de Fromista

Este, ya sexagenario Caballero, es tan excéntrico y divertido como su esposa, Doña Sebastiana Menguado, lo cual es una sorpresa para quien no conoce a esta agradable pareja, en la cual ambos están apasionadamente enamorados.

Sus gustos son afines, agradándoles los buenos platos, las buenas conversaciones y la buena compañía. Por todo esto, la gente se extraña que su amor no les ha procurado descendencia, pero ya hace tiempo que dejaron de preocuparse por ello, prefiriendo vivir una vida entregada a los placeres sencillos y a la diversión que procura cada instante en la vida.

Respecto a Don Luis es una persona muy curiosa y ávida de conocimiento práctico, pues valga de ejemplo que en estos momentos trabaja sobre unos diseños que ha hecho de un “pájaro” mecánico de grandes alas, un traje para ir bajo el agua y otro aparato de tela para caer sin hacerse daño, que ya antes Don Leonardo da Vinci había ideado y él se ha propuesto mejorar... Por cierto, solicita voluntarios para probar sus aparatos... ¿Algún Actor quiere sacrificarse en aras de la Ciencia?





LUISA DE LA SAGRA

Una belleza tanto por fuera como por dentro

Nacida en las propiedades de su familia en Cuenca, fue la primera de las dos hermanas al nacer y aunque de cuerpo se parece a su gemela Doña Carlota, en su interior son la noche y el día. Ella es el día, como así lo dice su resplandeciente cabellera dorada. Es buena hasta la exageración, preocupándose de todos y de todo, intentando no hacer daño a nadie y ayudando en lo posible.

Cuando su familia acordó su matrimonio con el heredero de los Humanes, Don Pedro, ambos se enamoraron perdidamente del otro y vive por y para su esposo, por lo que desea enormemente darle el varón que espera con tanto orgullo.

La joven esposa se encuentra al final de su embarazo y siempre tiene una palabra o un gesto amable para todos, independientemente de su estrato social. No sospecha de ninguna maquinación, y mucho menos de una que involucre a su querida hermana.



MAGDALENA DE CEDILLO

Una anciana respetable según le convenga

Nació en Cedillo del Condado a mediados del siglo pasado, a su padre jamás lo conoció y a su madre hubiera sido mejor no haberla conocido. Pese a todo, su madre le enseñó el oficio de comadrona y según otros, el de "bruja". Vive en las afueras del pueblo, junto a una colonia de gatos negros infestada de piojos. Simplemente es una vieja solitaria y no tiene buena reputación, pero eso atrae a los incautos, proporcionándola buenos Reales.

Sabe de quién es el crio negro, pues la gente del pueblo la pidieron que ayudara a abortar a Inés, pero la joven Inés rechazó la solución.

Siempre actúa de comadrona en los alrededores, por lo que ha sido llamada por el Señor de los Humanes para que asista al parto de Doña Luisa y como consecuencia de esto, ha conocido a la Dama Carlota de la Sagra. Esta joven la ha ofrecido una gran suma de Reales si "cierra" los ojos y la boca a lo que suceda en el momento del alumbramiento y ayuda a "sustituir" el bebe de la Señora por otro. Y la "bruja" ha aceptado.



MARIA

La criada de la Venta

Nació en la Villa y Corte hace apenas veinte primaveras, sus padres viendo la escasez de Reales la buscaron un trabajo en la Venta de los "Tres Soles" a cambio de unos Reales para sobrevivir... Vamos, que la vendieron a Tomás el Ventero.



LEGADO - GENTES DE BIEN Y OTRAS HIERBAS

Pese a poder, María no ejerce de prostituta y no aceptaría jamás una proposición de ese tipo. Aun así, la criada se sabe guapa y más aun, se sabe muy deseable por los hombres y es por ello que siempre ha estado bien cubierta en ese aspecto. Jamás pensó en que un barbilampiño como Blas, al que sabe virgen, la provocara un “comezón” tan grande y la hiciera estar ansiosa por retozar con el mozalbete.



MARTÍN COLLADO

Mas preocupado de sus feligreses que de su posición

Nacido en Santander acabando el siglo pasado, pronto sus padres, unos burgueses con buenos Reales le abrieron el camino para ordenarse sacerdote y el muchacho no lo desaprovechó. Sus padres, negociando como hacían desde el puerto de la ciudad, conocieron al anterior Señor de los Humanes y le propusieron a su hijo como sacerdote para sus tierras. Y la cosa fue hecha.

Ahora, el padre Collado ocupa una posición fuera de la jerarquía de la zona, entre el Señor y el resto de habitantes. Es un hombre alto y delgado, parece estar siempre atareado, es poco ambicioso y sueña con acabar sus días en su tierra natal... Se le respeta casi como al Señor de estas tierras y según las gentes, parece pensar que todo el mundo es bueno y digno de ser perdonado, por lo que estará encantado de ayudar a quien lo precise.

No sospecha de nadie, pero la actitud de Fray Bartolo López no le agrada, le asusta que pueda influir en los feligreses por su carácter visceral. Tampoco le agrada sospechar de las charlas de Fray Bartolo con la Dama Carlota en privado, que parecen demasiado bien avenidos.



MARTÍN DE LUCAS

Alumno de la Escuela de Pacheco y espía para el Santo Oficio

Nació en Valladolid a finales del siglo pasado y sus padres le confirieron una gran fe durante su juventud, y no le faltaron intenciones de iniciar vida monacal pero siendo hijo único debía dar descendencia y continuidad a su apellido. Sus padres le dieron la educación que precisó y le enviaron a Madrid para orientarlo en una vida militar. Estudia y practica la Esgrima en la Escuela de Don Luis Pacheco, acepta sus encomiendas por servir a España, pero su dedicación principal es observar e informar de lo que ve al Santo Oficio.

Ahora tiene dos trabajos, custodiar un baúl de Fray Emilio Bocanegra y el segundo trabajo, hacerse con lo que encierra. El primero se lo ha ordenado Don Luis Pacheco y el segundo lo hace esperando ser recompensado por Fray Hernando.

Intentará que en su turno de guardia, sus compañeros se emborrachen y el pueda intentar abrir el cofre del carruaje, consiguiendo lo que encierra. Así, una vez en su poder ofrecérselo al Inquisidor Montesinos, que le hiciera ser más estimado dentro de la propia Inquisición.





MATEO DE CEDILLO

Un anciano respetado por sus vecinos

Nació a mediados del siglo pasado en Cedillo del Condado y salvo el tiempo que sirvió en Flandes con los Tercios, jamás ha salido del pueblo. Se casó y tuvo a su único hijo Jonás, que ahora sigue con su labor como herrero en la zona.

Está lleno de vida, pero finge ser un viejo senil cuando está junto a desconocidos, al menos hasta que esté seguro acerca de sus intenciones.

Sobre el bebe de Inés no está de acuerdo con abandonar a la criatura, pero nada comentará a nadie al respecto, al menos hasta que esté seguro acerca de sus intenciones de no hacer daño o faltar al respeto de los implicados.



MATIAS MONDOÑEDO

Un Jaque de la Carta

Nació en una choza en la sierra madrileña y la rapiña fue su “trabajo”, pues su familia se dedicaba al “honrado” menester del bandidaje, por lo que su destino estaba claro. Su enorme cuerpo le inclinó hacia la parte más “física” de l trabajo, y cuando casi toda su familia fue arrestada y ejecutada, viajó a la Villa y Corte.

Ha trabajado de matachín, de matón en garitos, en mancebías, protegiendo a algún comerciante de posibles, pero su “especialidad” es matar con su cuerpo al ser capaz de partirle el cuello a un perro sin esfuerzo. Además es diestro con una enorme espada que siempre lleva al cinto y su experiencia con las armas de pólvora de sus años de bandidaje, le hacen óptimo para muchos trabajos “delicados”.

Ha llegado con el Viento Alfredo Villalba tras Dionisio de la Cruz, con la intención de hacerle “cantar” y después despacharlo adecuadamente, pero bien pudieran darse diferentes motivos relacionados con la Crónica anterior:

- ❖ ***En el caso de que El Desterrado sobreviviera a la Crónica anterior:*** Los Vientos fieles al “difunto” Tío Raimundo, se enteraron que el maldito “Desterrado” pretendía escapar de la Villa y Corte, y que un comerciante colaborador de la Garduña le estaba ayudando. Por este motivo, Florance de Chambeau le ha encomendado “hacerse” con lo que sabe este “comerciante”...
- ❖ ***En el caso de que El Desterrado no sobreviviera a la Crónica anterior:*** Continúa con la “limpieza” que ha comenzado Florance de Chambeau en la Villa y Corte de los “posos” que ha dejado la Garduña tras los últimos avatares. Las investigaciones han llevado a saber que Dionisio de la Cruz es un miembro de la Garduña y Tesorero de la misma, que sale de la ciudad con premura camino a Sevilla, por lo que sería interesante saber qué es lo que conoce.





NIÑO DE MONREAL

Un buen hombre demasiado ávido de venganza

Nació en Sevilla y su infancia fue breve, pues sufrió la muerte de su padre muy temprano, momento en el cual se hizo el Juramento de tomar cumplida venganza, costase lo que costase y así ha vivido... ¡Pensando en vengarse!

Es un hombre honrado, que ha dedicado su vida a una idea y que quizá aprenda algo de lo “perra” que es la vida y de los antojos de la misma. Pero contemos que cuando Don Jaime de Astelarra era un joven de sangre ardiente, se enamoraba con facilidad, y tuvo un romance con una Dama que resultó ser mujer casada. El marido injuriado, Don Félix de Monreal, al enterarse del hecho, hizo lo que correspondía a un hombre de Honor: retar en duelo a muerte a Don Jaime. Y el viejo Maestro de Esgrima resultó ser más hábil con la espada que su enemigo. El matrimonio tenía un hijo de seis años, que siguió a su padre cuando se dirigía al duelo y presenció cómo el Señor Astelarra le hincaba el acero en el pecho. Allí mismo, con los ojos inundados por las lágrimas, el niño Juró que algún día se vengaría de Don Jaime.

Su actitud siempre será cortés pero algo distante e intentará no involucrarse en las “curiosas” actitudes de los que pernoctan en la Venta esta noche. No quiere distraerse de su objetivo, que no es otro que llegar a la Villa y Corte para dar muerte al asesino de su padre Don Félix de Monreal.



PACA

La cocinera de la Venta

Nació en Toledo y vivió como criada en una de las más importantes casas de la ciudad, pero quiso el destino que en un viaje con sus amos parase en la Venta de los “Tres Soles” y conoció a Tomás, del cual no se enamoró, pero se casó con el Ventero.

Es mujer de mediana estatura, aunque le saca una buena cabeza a su esposo, es de carnes prietas y senos generosos, andares sugerentes y maneras insinuantes. Su reino es la cocina y en verdad pocas veces sale de ésta, pero cuando lo hace es para buscar un “cliente” que la satisfaga en sus “necesidades”.

Después de hacer todas las cenas, se mostrará “generosa” al servir las en la Barra de la Venta, que si algún cliente muestra “interés” por ella, en medio de la noche buscará el momento para visitarlo en su habitación y pasar un buen rato. Para ello le “regará” bien de vino a su esposo, así duerma plácidamente y no se altere si descubre el lecho vacío. De no darse estos avatares, dormirá plácidamente...





PEDRO LOPEZ DE AYALA

Conde de Humanes

Nacido en las posesiones de su familia en Cedillo del Condado, siempre supo que llegado el día sería el Señor de estas tierras. Pese a su juventud, ha participado de diversas escaramuzas en Flandes, lo que le ha otorgado una visión de la vida un tanto cínica pero aun así es una persona ingenua con respecto a los demás, pues no gusta de juzgar a las personas. Es joven, atractivo, amable, comprensivo, buen guerrero, buen tirador...y eso es todo.

El joven Don Pedro se casó por compromiso, pero ama a su esposa y no es consciente de que la hermana Carlota está enamorada de él, por lo que la trata como a una hermana.

No le agradan las “maneras” de la Corte, pues su vocación es la de la milicia, las armas y la caza... ¡No pretende mas meta que la de ser feliz! Sobre todo, Don Pedro ama a su esposa Doña Luisa y solo desea ser feliz junto a ella y sus hijos...

En lo único que se muestra receloso es con la actitud de su tío Fray Bartolo, que sabe de boca de su difunto padre, que siempre ansió el legado de la familia y poco y mal aceptó no ser el primogénito. Sabe que no le considera apropiado para gobernar y menos aun para llevar el título de los Humanes, pero debe respetarlo que además de familia es un hombre de fe.



RAMON DE FELICIANO

Un matasietes con un trabajo que cumplir

Hace ya unos años que nació en tierras de Palencia, se alistó de mochilero en los Tercios y así se ganó la vida hasta que se “aburrió” de no recibir su soldada y arriesgar su vida por nada. Es soldado veterano y alquila su acero para sobrevivir.

Ha esperado a su compañero Alonso Cadiñanos para realizar la encomienda de dar puerta a la Dama Alejandra Gallardo, pero este no llega y debe decidir si lleva adelante el trabajo o lo deja para mejor ocasión, teniendo en cuenta el trasiego que hay en la Venta.



RODRIGO SOTOSACRO

Un Cortesano rodeado de malos amigos

Nacido en Cáceres, sus padres le cuidaron y educaron para que ocupara los cargos que precisase la Patria y ha dedicado sus esfuerzos a pertenecer al círculo de Cortesanos de Felipe el Cuarto.

Acaba de caer en desgracia en la Corte por causas que aún no tiene claras, siendo desterrado a sus posesiones extremeñas con órdenes de no volver a la Villa en un año. Ha quedado citado en esta Venta con su



LEGADO - GENTES DE BIEN Y OTRAS HIERBAS

amigo Don Sebastián Gómez de Fuenteclara, Cortesano como él, que parece conocer cómo y por qué ha caído en desgracia en la Villa y Corte.

De camino a la Venta, dos matasietes le han atacado y se ha desecho de ellos con mas pena que gloria, pero al menos vivo. Que por boca de uno de ellos ha conocido de la trampa que le tenían preparada y sospecha de la traición de su “amigo”, pero desea tener pruebas y llevarlo ante la Corte para recuperar su Honra, ahora muy diezmada.



SEBASTIÁN GÓMEZ

Un buen Cortesano y un mal amigo

Nació en Madrid de una familia de rancio abolengo, que desde niño fue enseñado para ser Cortesano y poder alcanzar posición dentro de la propia Corte. Y así ha sido y será, que nada es demasiado importante si es necesario para llegar a su meta.

En los últimos tiempos ha optado por un puesto en Palacio y ha competido por ello, pero averiguó que era el de Sotosacro el principal candidato a ocupar dicha plaza vacante en Palacio como Gentilhombre de Cámara de Su Majestad Felipe el Cuarto, puesto que Don Sebastián ambicionaba.

Como Don Rodrigo es conocido por sus satíricas rimas, Don Sebastián hizo llegar a los oídos del Sumiller de Corps un sonetillo, encargado ex profeso, en el que ridiculizaba a éste, y atribuyó la autoría al mismo Don Rodrigo de Sotosacro. El Conde de Olivares provocó la desgracia de Don Rodrigo acusándole de mil y una pequeñas faltas que provocaron el disgusto Real y la expulsión del hidalgo de la Corte.

Ahora Don Sebastián tiene el campo libre y es seguro que será el nuevo Gentilhombre, pero Don Rodrigo, que no se resigna a su suerte, pide explicaciones y se ha convertido en un problema. Así que lo ha citado en esta Venta, pero no desea que acuda y ha pagado a dos matasietes para que le atravesen de aceros en el camino entre Madrid y la Venta.



SEBASTIANA MENGUADO

Marquesa de Fromista

Esta Dama que ya ha dejado atrás el medio siglo, es igual de excéntrica y divertida que su esposo, Don Luis Enríquez, generalmente es una sorpresa para quien no conoce a esta pareja, en la cual ambos están fervientemente enamorados.

Son de gustos afines y a ambos les gustan las comidas exóticas y las conversaciones de sobremesa. Pese a que su amor no les ha procurado descendencia, hace tiempo que dejaron de preocuparse por ello, prefiriendo vivir una vida entregada a los placeres sencillos y a la diversión que procura cada instante en la vida.

En concreto, Doña Sebastiana es una biblioteca de conocimiento heráldico, pero sobre todo de chismorreos divertidos, ya sean reales o ficticios, acaecidos en la Villa... Según muchos, si algo se cuece en la

Por Iago



Villa de Madrid, es más que probable que la Marquesa sepa algo y si no lo sabe, su curiosidad la procurará enterarse.

Como siempre, que es imposible cambiar el carácter de las personas, la Marquesa estará atenta a todo lo que sucede por la Venta y estará extrañada de las muy diferentes condiciones de los que allí pasan la noche. Sobre todo se sentirá muy curiosa con averiguar los “secretos” que allí se ocultan...

Si los Actores tuvieron relación con Doña Sebastiana en la fiesta del Palacete de los Bandini en la Crónica anterior, los tratará como si fuesen amigos de toda la vida e incluso les invitará a viajar con ellos a la casa de un “familiar lejano” que va a tener su primogénito en breve: el Conde de Humanes. Les susurrará que sería el mejor regalo que ellos, los Marqueses, pudieran realizar a la criatura, pues la visita de personajes tan relevantes en la Corte traerían renombre al recién nacido.



TOMÁS

El Ventero

Nació en la Venta, que ya era de su padre, se ha criado en ella y sabe que morirá en ella. Es conocido como Maese Tomás. Es hombre bajo y delgado, de cara chupada como una calavera, cosa rara en su oficio en el que predominan las grasas. Sonríe pocas veces, aunque trata a los clientes con una cortesía directamente proporcional a lo abultado que esté su bolsa y a la apariencia de rícohombrés que gasten.

Su intención esta noche es ir a la cama para poder descansar y si es posible, dar un revolcón a su esposa si no se encuentra “indispuesta”, que de ser así, buscará una cantará de buen licor para dormir mas plácidamente. Y con tanta habitación ocupada, “estará atento” por si algún huésped por “despiste” acabara por azar en la bodega...



VIDAL DE CENDRERO

Un buen soldado y mejor hermano

Nació en la Villa y Corte a finales del siglo pasado, con un legado mas lleno de Honra que de Reales, pronto se alistó en la milicia para poder mejorar su posición y ofrecer a los suyos una vida mejor. Quiso la mala fortuna que al regresar de Flandes sus progenitores muriesen, quedándole sólo su hermana la Dama Isabel y es por y para quien vive, buscándola un buen marido que ella acepte de buen grado.

Desde hace tiempo, Don Álvaro Enríquez, Marqués de Alcañices y miembro del Consejo de Estado, se ha encaprichado de su hermana, a la que ha pretendido como amante en numerosas ocasiones, siendo siempre rechazado. La prepotencia de Don Álvaro le llevó a intentar consumir lo que pretendía por la fuerza, pero se topó con Don Vidal, que le humilló propinándole una buena tunda.



LEGADO - GENTES DE BIEN Y OTRAS HIERBAS

Hace unos años, el Alférez Cendrero durante una escaramuza en Flandes desobedeció la orden de un superior, por lo que el pensaba un claro error de juicio debido a la falta de experiencia o miedo en su superior. Y lo acontecido fue que habiendo perdido su Tercio el contacto con las tropas españolas debido a un error de orientación del Capitán Felipe de Cascajares, se encontraron en medio de una zona enemiga y rodeados de herejes, en clara inferioridad de condiciones y debiéndose refugiar en una hondonada con un río a sus espaldas. Poco a poco, sus compañeros caían y sin posibilidad de mejorar su posición, explicó a su superior de realizar un último y desesperado intento por salvar a los soldados de dicha situación: hacer una salida desesperada cuando los enemigos tuvieran el sol de frente para molestar sus disparos y usar los aceros en corto, donde bien pudieran tener una oportunidad de salir con vida de dicho lance. El Capitán no aceptó lo indicado y cometió el error de apuntar al Alférez con su pistola, acusándolo de sublevación. Los soldados se pusieron de parte de Don Vidal de Cendrero, maniataron y amordazaron al Capitán con la intención de que sus gritos no alertasen a sus enemigos. Lo demás fue un alarde de valor y coordinación, pues los soldados españoles sin apenas pérdidas diezmaron a sus enemigos, pudiendo escapar y unirse al resto del contingente de tropas españolas para continuar con la ofensiva que se estaba realizando en aquellas lejanas tierras.

Pero el Capitán Cascajares no olvidó ni perdonó el acto de sus hombres y acusó al Alférez Cendrero de todo lo sucedido, así el Tribunal escuchó lo sucedido de labios de muchos de los soldados y supo quien gozaba de la razón. Que las cosas no son sencillas y para no mancillar el Honor del Capitán Don Felipe de Cascajares, ni tampoco el de su Alférez que actuó con valor, dejaron el caso sin sentencia por “falta de pruebas” contundentes. Es decir, que apelaban a que el tiempo borrara de la memoria esos sucesos y nadie sufriese una mancha en la Honra de su apellido.

Este hidalgo dependerá muy mucho de la actitud del Actor encargado de apresarle, pero bien pudiera producirse dos situaciones:

Si es apresado: En este caso se encontrará en el lugar que disponga el Actor, y a la menor ocasión intentará escapar para dar cumplida cuenta con el que sabe ha sido promotor de reabrir este pleito. Le cueste lo que le cueste, pero sin quebrar su Honor jamás.

Si no es apresado de momento: Puede ser que el Actor no desee arrestarlo aún, por lo que continuará protegiendo el carruaje y en especial a Fray Emilio Bocanegra. O bien puede darse el caso, que cuando se le pretenda arrestar, el soldado solicite a su captor que le deje terminar con la comanda actual, pues ha dado su Palabra para cumplirla y que una vez realizada, se presentará allí donde el Actor le indique.



Deudas a los



Victores



El Infierno de Cecilio Sobrero

El documento que poseía el alumno Don Cecilio Sobrero antes de que le fuera arrebatado por la Inquisición y entregado al Presidente del Tribunal Fray Emilio Bocanegra.

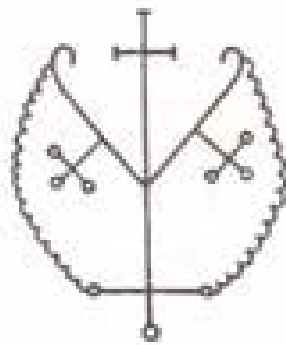
Dentro del libro se contendrá la manera de poder crear un Talismán (Protección Mágica de Aquelarre) y estará explicado en las letras que estén subrayadas, por ello muy claras entre el texto habitual...

Tipo:	Talismán.
Componentes:	Cordón de Algodón, Sangre de Lechuza, Leche de Loba y Resina de Laurel.
Caducidad:	No pierde sus efectos salvo que sea destruido.
Duración:	Permanente.
Descripción:	Se anuda a la cintura del Receptor y se activa automáticamente cuando su Receptor es víctima de un hechizo. Sus efectos consisten en que su portador puede elegir en efectuar su tirada de RR para salvarse del hechizo que le haya sido lanzado o bien tirar por su porcentaje en este Talismán para lo mismo.

Se encontrará escrito lo siguiente entre los versos del Infierno y para descubrir lo siguiente:

"Por el poder de Haures, si con un cordón de algodón bañado en la mezcla de sangre de una lechuza con leche de loba y aderezara con resina de laurel, la hechicería siempre podrá ser combatida."

Infierno
de
Cecílio Sobrero





INFIERNO

CANTO I

A mitad del camino de la vida,
en una selva oscura me encontraba
porque mí ruta había extraviado.

¡Cuán dura cosa es decir cuál era
esta salvaje selva, áspera y fuerte
que me vuelve el temor al pensamiento!

Es tan amarga casi cual la muerte;
mas por tratar del bien que allí encontré,
de otras cosas diré que me ocurrieron.

Yo no sé repetir cómo entré en ella
pues tan dormido me hallaba en el punto
que abandoné la senda verdadera.

Mas cuando hube llegado al pie de un monte,
allí donde aquel valle terminaba
que el corazón había me aterrado,

hacia lo alto miré, y ví que su cima
ya vestían los rayos del planeta
que lleva recto por cualquier camino.

Entonces se calmó aquel miedo un poco,
que en el lago del alma había entrado
la noche que pasé con tanta angustia.

Y como quien con aliento anhelante,
ya salido del piélago a la orilla,
se vuelve y mira al agua peligrosa,

tal mí ánimo, huyendo todavía,
se volvió por mirar de nuevo el sitio
que a los que viven traspasar no deja.

Repuesto un poco el cuerpo fatigado,
seguí el camino por la yerma loma,
siempre afirmando el pie de más abajo.

Y ví, casi al principio de la cuesta,
una onza ligera y muy veloz,
que de una piel con pintas se cubría;

y de delante no se me apartaba,
más de tal modo me cortaba el paso,
que muchas veces quise dar la vuelta.

Entonces comenzaba un nuevo día,
y el sol se alzaba al par que las estrellas
que junto a él el gran amor divino

sus bellezas movió por vez primera;
así es que no auguraba nada malo
de aquella fiera de la piel manchada

la hora del día y la dulce estación;
más no tal que terror no produjese
la imagen de un león que luego ví.

Me pareció que contra mí venía,
con la cabeza erguida y hambre fiera,
y hasta temerle parecía el aire.

Y una loba que todo el apetito
parecía cargar en su flaqueza,
que ha hecho vivir a muchos en desgracia.

Tantos pesares ésta me produjo,
con el pavor que verla me causaba
que perdí la esperanza de la cumbre.

Y como aquel que alegre se hace rico
y llega luego un tiempo en que se arruina,
y en todo pensamiento sufre y llora:

tal la bestia me hacía sin dar tregua,
pues, viniendo hacia mí muy lentamente,
me empujaba hacia allí donde el sol calla.

Mientras que yo bajaba por la cuesta,
se me mostró delante de los ojos
alguien que, en su silencio, creí mudo.

Cuando ví a aquel en ese gran desierto
«Apíadate de mí -yo le grité-,
seas quien seas, sombra a hombre vivo.»

Me dijo: «Hombre no soy, mas hombre fui,
y a mis padres dio cuna Lombardía
pues Mantua fue la patria de los dos.

Nací sub júlio César, aunque tarde,
y viví en Roma bajo el buen Augusto:
tiempos de falsos dioses mentirosos.

Poeta fui, y canté de aquel justo
hijo de Anquises que vino de Troya,
cuando Ilíón la soberbia fue abrasada.

¿Por qué retornas a tan grande pena,
y no subes al monte deleitoso
que es principio y razón de toda dicha?»

«¿Eres Virgilio, pues, y aquella fuente
de quien mana tal río de elocuencia?
-respondí yo con frente avergonzada-

Oh luz y honor de todos los poetas,
válgame el gran amor y el gran trabajo
que me han hecho estudiar tu gran volumen.

Eres tú mi modelo y mi maestro;
el único eres tú de quien tomé
el bello estilo que me ha dado honra.

Mira la bestia por la cual me he vuelto:
sabio famoso, de ella ponme a salvo,
pues hace que me tiemblen pulso y venas.»

«Es menester que sigas otra ruta
-me repuso después que vío mi llanto-,
si quieres irte del lugar salvaje;

pues esta bestia, que gritar te hace,
no deja a nadie andar por su camino,
más tanto se lo impide que los mata;

y es su instinto tan cruel y tan malvado,
que nunca sacia su ansia codiciosa
y después de comer más hambre aún tiene.

Con muchos animales se amanceba,
y serán muchos más hasta que venga
el Lebré que la hará morir con duelo.

Éste no comerá tierra ni peltre,
sino virtud, amor, sabiduría,
y su cuna estará entre Fieltro y Fieltro.

Ha de salvar a aquella humilde Italia
por quien murió Camila, la doncella,
Turno, Eurialo y Niso con heridas.

Éste la arrojará de pueblo en pueblo,
hasta que dé con ella en el abismo,
del que la hizo salir el Envidioso.

Por lo que, por tu bien, pienso y decido
que vengas tras de mí, y seré tu guía,
y he de llevarte por lugar eterno,

donde oirás el aullar desesperado,
verás, dolientes, las antiguas sombras,
gritando todas la segunda muerte;

y podrás ver a aquellas que contenta
el fuego, pues confían en llegar
a bienaventuras cualquier día;

y si ascender deseas junto a éstas,
más digna que la mía allí hay un alma:
te dejaré con ella cuando marche;

que aquel Emperador que arriba reina,
puesto que yo a sus leyes fui rebelde,
no quiere que por mí a su reino subas.

En toda parte impera y allí rige;
allí está su ciudad y su alto trono.
¡Cuán feliz es quien él allí destina!»

Yo contesté: «Poeta, te requiero
por aquel Dios que tú no conociste,
para huir de éste o de otro mal más grande,

que me lleves allí donde me has dicho,
y pueda ver la puerta de San Pedro
y aquellos infelices de que me hablas.»
Entonces se echó a andar, y yo tras él.

CANTO II

El día se marchaba, el aire oscuro
a los seres que habitan en la tierra
quitaba sus fatigas; y yo sólo

me disponía a sostener la guerra,
contra el camino y contra el sufrimiento
que sin errar evocará mi mente.

¡Oh musas! ¡Oh alto ingenio, sostenedme!
¡Memoria que escribiste lo que ví,
aquí se advertirá tu gran nobleza!

Yo comencé: «Poeta que me guías,
mira si mi virtud es suficiente
antes de comenzar tan ardua empresa.

Tú nos contaste que el padre de Silvio,
sin estar aún corrupto, al inmortal
reino llegó, y lo hizo en cuerpo y alma.

Pero sí el adversario del pecado
le hizo el favor, pensando el gran efecto
que de aquello saldría, el qué y el cuál,

no le parece indigno al hombre sabio;
pues fue de la alma Roma y de su imperio
escogido por padre en el Empíreo.

La cual y el cual, a decir la verdad,
como el lugar sagrado fue elegida,
que habita el sucesor del mayor Pedro.

En el viaje por el cual le alabas
escuchó cosas que fueron motivo
de su triunfo y del manto de los papas.

Allí fue luego el vaso de Elección,
para llevar conforto a aquella fe
que de la salvación es el principio.

Más yo, ¿por qué he de ir? ¿quién me lo otorga?
Yo no soy Pablo ni tampoco Eneas:
y ni yo ni los otros me creen digno.

Pues temo, si me entrego a ese viaje,
que ese camino sea una locura;
eres sabio; ya entiendes lo que callo.»

Y cual quien ya no quiere lo que quiso
cambiando el parecer por otro nuevo,
y deja a un lado aquello que ha empezado,

así hice yo en aquella cuesta oscura:
porque, al pensarlo, abandoné la empresa
que tan aprisa había comenzado.

«Sí he comprendido bien lo que me has dicho
-respondió del magnánimo la sombra
la cobardía te ha atacado el alma;

la cual estorba al hombre muchas veces,
y de empresas honradas le desvía,
cual reses que ven cosas en la sombra.

A fin de que te libres de este miedo,
te diré por qué vine y qué entendí
desde el punto en que lástima te tuve.

Me hallaba entre las almas suspendidas
y me llamó una dama santa y bella,
de forma que a sus órdenes me puse.

Brillaban sus pupilas más que estrellas;
y a hablarme comenzó, clara y suave,
angélica voz, en este modo:

“Alma cortés de Mantua, de la cual
aún en el mundo dura la memoria,
y ha de durar a lo largo del tiempo:

mí amigo, pero no de la ventura,
tal obstáculo encuentra en su camino
por la montaña, que asustado vuelve:

y temo que se encuentre tan perdido
que tarde me haya dispuesto al socorro,
según lo que escuché de él en el cielo.

Ve pues, y con palabras elocuentes,
y cuanto en su remedio necesite,
ayúdame, y consuélame con ello.

Yo, Beatriz, soy quien te hace caminar;
vengo del sitio al que volver deseo;
amor me mueve, amor me lleva a hablarte.

Cuando vuelva a presencia de mí Dueño
le hablaré bien de tí frecuentemente.”
Entonces se calló y yo le repuse:

“Oh dama de virtud por quien supera
tan sólo el hombre cuanto se contiene
con bajo el cielo de esfera más pequeña,

de tal modo me agrada lo que mandas,
que obedecer, si fuera ya, es ya tarde;
no tienes más que abrirme tu deseo.

Más dime la razón que no te impide
descender aquí abajo y a este centro,
desde el lugar al que volver ansías.”

“ Lo que quieres saber tan por entero,
te diré brevemente --me repuso
por qué razón no temo haber bajado.

Temer se debe sólo a aquellas cosas
que pueden causar algún tipo de daño;
mas a las otras no, pues mal no hacen.

Díos con su gracia me ha hecho de tal modo
que la miseria vuestra no me toca,
ni llama de este incendio me consume.

una dama gentil hay en el cielo
que compadece a aquel a quien te envió,
mitigando allí arriba el duro juicio.

Ésta llamó a Lucía a su presencia;
y dijo: «necesita tu devoto
ahora de tí, y yo a tí te lo encomiendo».

Lucía, que aborrece el sufrimiento,
se alzó y vino hasta el sitio en que yo estaba,
sentada al par de la antigua Raquel.

Dijo: "Beatriz, de Dios vera alabanza,
cómo no ayudas a quien te amó tanto,
y por tí se apartó de los vulgares?

¿Es que no escuchas su llanto doliente?
¿no ves la muerte que ahora le amenaza
en el torrente al que el mar no supera?"

No hubo en el mundo nadie tan ligero,
buscando el bien o huyendo del peligro,
como yo al escuchar esas palabras.

"Acá bajé desde mi dulce escaño,
confiando en tu discurso virtuoso
que te honra a tí y aquellos que lo oyeron."

Después de que dijera estas palabras
volvió llorando los lucientes ojos,
haciéndome venir aún más aprisa;

y vine a tí como ella lo quería;
te aparté de delante de la fiera,
que alcanzar te impedía el monte bello.

¿Qué pasa pues?, ¿por qué, por qué vacilas?
¿por qué tal cobardía hay en tu pecho?
¿por qué no tienes audacia ni arrojo?

Sí en la corte del cielo te apadrinan
tres mujeres tan bienaventuradas,
y mis palabras tanto bien prometen.»

Cual florecillas, que el nocturno hieló
abate y cierra, luego se levantan,
y se abren cuando el sol las ilumina,

así hice yo con mi valor cansado;
y tanto se encendió mi corazón,
que comencé como alguien valeroso:

«¡Ah, cuán piadosa aquella que me ayuda!
y tú, cortés, que pronto obedeciste
a quien dijo palabras verdaderas.

El corazón me has puesto tan ansioso
de echar a andar con eso que me has dicho
que he vuelto ya al propósito primero.

vamos, que mi deseo es como el tuyo.
Sé mi guía, mi jefe, y mi maestro.»
Así le dije, y luego que echó a andar,
entré por el camino arduo y silvestre.

CANTO III

POR MÍ SE VA HASTA LA CIUDAD DOLIENTE,
POR MÍ SE VA AL ETERNO SUFRIMIENTO,
POR MÍ SE VA A LA GENTE CONDENADA.

LA JUSTICIA MOVIÓ A MI ALTO ARQUITECTO.
HÍZOME LA DIVINA POTESTAD,
EL SABER SUMO Y EL AMOR PRIMERO.

ANTES DE MÍ NO FUE COSA CREADA
SINO LO ETERNO Y DURO ETERNAMENTE.
DEJAD, LOS QUE AQUÍ ENTRÁIS, TODA ESPERANZA.

Estas palabras de color oscuro
ví escritas en lo alto de una puerta;
y yo: «Magistro, es grave su sentido.»

Y, cual persona cauta, él me repuso:
«Debes aquí dejar todo recelo;
debes dar muerte aquí a tu cobardía.

Hemos llegado al sitio que te he dicho
en que verás las gentes doloridas,
que perdieron el bien del intelecto.»

Luego tomó mi mano con la suya
con gesto alegre, que me confortó,
y en las cosas secretas me introdujo.

Allí suspiros, llantos y altos ayes
resonaban al aire sin estrellas,
y yo me eché a llorar al escucharlo.

Diversas lenguas, hórridas blasfemias,
palabras de dolor, acentos de ira,
roncos gritos al son de manotazos,

un tumulto formaban, el cual gira
siempre en el aire eternamente oscuro,
como arena al soplar el torbellino.

Con el terror ciñendo mi cabeza
dije: «Maestro, qué es lo que yo escucho,
y quién son éstos que el dolor abate?»

Y él me repuso: «Esta mísera suerte
tienen las tristes almas de esas gentes
que vivieron sin gloria y sin infamia.

Están mezcladas con el coro infame
de ángeles que no se rebelaron,
no por lealtad a Dios, sino a ellos mismos.

Los echa el cielo, porque menos bello
no sea, y el infierno los rechaza,
pues podrían dar gloria a los caídos.»

Y yo: «Maestro, ¿qué les pesa tanto
y provoca lamentos tan amargos?»
Respondió: «Brevemente he de decirlo.

No tienen éstos de muerte esperanza,
y su vida obcecada es tan rastrera,
que envidiosos están de cualquier suerte.

Ya no tiene memoria el mundo de ellos,
compasión y justicia les desdeña;
de ellos no hablemos, sino mira y pasa.»

Y entonces pude ver un estandarte,
que corría girando tan ligero,
que parecía indigno de reposo.

Y venía detrás tan larga fila
de gente, que creído nunca hubiera
que hubiese a tantos la muerte deshecho.

Y tras haber reconocido a alguno,
ví y conocí la sombra del que hizo
por cobardía aquella gran renuncia.

Al punto comprendí, y estuve cierto,
que ésta era la secta de los reos
a Dios y a sus contrarios displacientes.

Los desgraciados, que nunca vivieron,
iban desnudos y azuzados siempre
de moscones y avispas que allí había.

Éstos de sangre el rostro les bañaban,
que, mezclada con llanto, repugnantes
gusanos a sus pies la recogían.

Y luego que a mirar me puse a otros,
ví gentes en la orilla de un gran río
y yo dije: «Maestro, te suplico

que me digas quién son, y qué designio
les hace tan ansiosos de cruzar
como discierno entre la luz escasa.»

Y él repuso: «La cosa he de contarte
cuando hayamos parado nuestros pasos
en la triste ribera de Aqueronte.»

Con los ojos ya bajos de vergüenza,
temiendo molestarle con preguntas
dejé de hablar hasta llegar al río.

Y he aquí que viene en bote hacia nosotros
un viejo cano de cabello antiguo,
gritando: «¡Ay de vosotras, almas pravas!

No esperéis nunca contemplar el cielo;
vengo a llevaros hasta la otra orilla,
a la eterna tiniebla, al hielo, al fuego.

Y tú que aquí te encuentras, alma viva,
aparta de éstos otros ya difuntos.»
Pero viendo que yo no me marchaba,

dijo: «Por otra vía y otros puertos
a la playa has de ir, no por aquí;
más leve leño tendrá que llevarte.»

Y el guía a él: «Caronte, no te irrites:
así se quiere allí donde se puede
lo que se quiere, y más no me preguntes.»

Las peludas mejillas del barquero
del lívido pantano, cuyos ojos
rodeaban las llamas, se calmaron.

Mas las almas desnudas y contritas,
cambiaron el color y rechinaban,
cuando escucharon las palabras crudas.

Blasfemaban de Dios y de sus padres,
del hombre, el sitio, el tiempo y la simiente
que los sembrara, y de su nacimiento.

Luego se recogieron todas juntas,
llorando fuerte en la orilla malvada
que aguarda a todos los que a Dios no temen.

Carón, demonio, con ojos de fuego,
llamándolos a todos recogía;
da con el remo si alguno se atrasa.

Como en otoño se vuelan las hojas
unas tras otras, hasta que la rama
ve ya en la tierra todos sus despojos,

de este modo de Adán las malas siembras
se arrojan de la orilla de una en una,
a la señal, cual pájaro al reclamo.

Así se fueron por el agua oscura,
y aún antes de que hubieran descendido
ya un nuevo grupo se había formado.

«Hijo mío -cortés dijo el maestro
los que en ira de Dios hallan la muerte
llegan aquí de todos los países:

y están ansiosos de cruzar el río,
pues la justicia santa les empuja,
y así el temor se transforma en deseo.

Aquí no cruza nunca un alma justa,
por lo cual si Carón de tí se enoja,
comprenderás qué cosa significa.»

Y dicho esto, la región oscura
tembló con fuerza tal, que del espanto
la frente de sudor aún se me baña.

La tierra lagrimsa lanzó un viento
que hizo brillar un relámpago rojo
y, venciéndome todos los sentidos,
me caí como el hombre que se duerme.

CANTO IV

Rompí el profundo sueño de mi mente
un gran trueno, de modo que cual hombre
que a la fuerza despierta, me repuse;

la vista recobrada volví en torno
ya puesto en pie, mirando fijamente,
pues quería saber en dónde estaba.

En verdad que me hallaba justo al borde
del valle del abismo doloroso,
que atronaba con ayes infinitos.

Oscuro y hondo era y nebuloso,
de modo que, aun mirando fijo al fondo,
no distinguía allí cosa ninguna.

«Descendamos ahora al ciego mundo
--dijo el poeta todo amortecido--:
yo iré primero y tú vendrás detrás.»

Y al darme cuenta yo de su color,
dije: «¿Cómo he de ir si tú te asustas,
y tú a mis dudas sueles dar consuelo?»

Y me dijo: «La angustia de las gentes
que están aquí en el rostro me ha pintado
la lástima que tú piensas que es miedo.

Vamos, que larga ruta nos espera.»
Así me dijo, y así me hizo entrar
al primer cerco que el abismo ciñe.

Allí, según lo que escuchar yo pude,
llanto no había, mas suspiros sólo,
que al aire eterno le hacían temblar.

Lo causaba la pena sin tormento
que sufría una grande muchedumbre
de mujeres, de niños y de hombres.

El buen Maestro a mí: «¿No me preguntas
qué espíritus son estos que estás viendo?
Quiero que sepas, antes de seguir,

que no pecaron: y aunque tengan méritos,
no basta, pues están sin el bautismo,
donde la fe en que crees principio tiene.

Al cristianismo fueron anteriores,
y a Dios debidamente no adoraron:
a éstos tales yo mismo pertenezco.

Por tal defecto, no por otra culpa,
perdidos somos, y es nuestra condena
vivir sin esperanza en el deseo.»

Sentí en el corazón una gran pena,
puesto que gentes de mucho valor
ví que en el limbo estaba suspendidos.

«Dime, maestro, dime, mi señor
-yo comencé por querer estar cierto
de aquella fe que vence la ignorancia-:

¿salíó alguno de aquí, que por sus méritos
o los de otro, se hiciera luego santo?»
Y éste, que comprendió mí hablar cubierto,

respondió: «Yo era nuevo en este estado,
cuando ví aquí bajar a un poderoso,
coronado con signos de victoria.

Sacó la sombra del padre primero,
y las de Abel, su hijo, y de Noé,
del legista Moisés, el obediente;

del patriarca Abraham, del rey David,
a Israel con sus hijos y su padre,
y con Raquel, por la que tanto hizo,

y de otros muchos; y les hizo santos;
y debes de saber que antes de eso,
ní un espíritu humano se salvaba.»

No dejamos de andar porque él hablase,
más aún por la selva caminábamos,
la selva, digo, de almas apiñadas

No estábamos aún muy alejados
del sitio en que dormí, cuando ví un fuego,
que al fúnebre hemisferio derrotaba.

Aún nos encontrábamos distantes,
más no tanto que en parte yo no viese
cuán digna gente estaba en aquel sitio.

«Oh tú que honoras toda ciencia y arte,
éstos ¿quién son, que tal grandeza tienen,
que de todos los otros les separa?»

Y respondió: «Su honrosa nombradía,
que allí en tu mundo sigue resonando
gracia adquiere del cielo y recompensa.»

Entre tanto una voz pude escuchar:
«Honremos al altísimo poeta;
vuelve su sombra, que marchado había.»

Cuando estuvo la voz quieta y callada,
ví cuatro grandes sombras que venían:
ní triste, ní feliz era su rostro.

El buen maestro comenzó a decirme:
«Fíjate en ése con la espada en mano,
que como el jefe va delante de ellos:

Es Homero, el mayor de los poetas;
el satírico Horacio luego viene;
tercero, Ovidio; y último, Lucano.

Y aunque a todos igual que a mí les cuadra
el nombre que sonó en aquella voz,
me hacen honor, y con esto hacen bien.»

Así reunida ví a la escuela bella
de aquel señor del altísimo canto,
que sobre el resto cual águila vuela.

Después de haber hablado un rato entre ellos,
con gesto favorable me miraron:
y mí maestro, en tanto, sonreía.

Y todavía aún más honor me hicieron
porque me condujeron en su hilerá,
siendo yo el sexto entre tan grandes sabios.

Así anduvimos hasta aquella luz,
hablando cosas que callar es bueno,
tal como era el hablarlas allí mismo.

Al pie llegamos de un castillo noble,
siete veces cercado de altos muros,
guardado entorno por un bello arroyo.

Lo cruzamos igual que tierra firme;
crucé por siete puertas con los sabios:
hasta llegar a un prado fresco y verde.

Gente había con ojos graves, lentos,
con gran autoridad en su semblante:
hablaban poco, con voces suaves.

Nos apartamos a uno de los lados,
en un claro lugar alto y abierto,
tal que ver se podían todos ellos.

Erguido allí sobre el esmalte verde,
las magnas sombras fuéronme mostradas,
que de placer me colma haberlas visto.

A Electra ví con muchos compañeros,
y entre ellos conocí a Héctor y a Eneas,
y armado a César, con ojos grifaños.

Ví a Pantasilea y a Camila,
y al rey Latíno ví por la otra parte,
que se sentaba con su hija Lavínia.

Ví a Bruto, aquel que destronó a Tarquino,
a Cornelia, a Lucrecia, a Julia, a Marcia;
y a Saladino ví, que estaba solo;

y al levantar un poco más la vista,
ví al maestro de todos los que saben,
sentado en filosófica familia.

Todos le miran, todos le dan honra:
y a Sócrates, que al lado de Platón,
están más cerca de él que los restantes;

Demócrito, que el mundo pone en duda,
Anaxágoras, Tales y Diógenes,
Empédocles, Heráclito y Zenón;

y al que las plantas observó con tino,
Dioscórides, digo; y vía Orfeo,
Tulio, Livio y al moralista Séneca;

al geómetra Euclides, Tolomeo,
Hipócrates, Galeno y Avicena,
y a Averroes que hizo el «Comentario».

No puedo detallar de todos ellos,
porque así me encadena el largo tema,
que dicho y hecho no se corresponden.

El grupo de los seis se partió en dos:
por otra senda me llevó mi guía,
de la quietud al aire tembloroso
y llegué a un sitio en donde nada luce.

CANTO V

Así bajé del círculo primero
al segundo que menos lugar ciñe,
y tanto más dolor, que al llanto mueve.

Allí el horrible Minos rechinaba.
A la entrada examina los pecados;
juza y ordena según se relíe.

Digo que cuando un alma mal nacida
llega delante, todo lo confiesa;
y aquel conocedor de los pecados

ve el lugar del infierno que merece:
tantas veces se ciñe con la cola,
cuantos grados él quiere que sea echada.

Siempre delante de él se encuentran muchos;
van esperando cada uno su juicio,
hablan y escuchan, después las arrojan.

«Oh tú que vienes al doloso albergue
-me dijo Minos en cuanto me vío,
dejando el acto de tan alto oficio-;

mira cómo entras y de quién te fías:
no te engañe la anchura de la entrada.»
Y mi guía: «¿Por qué le gritas tanto?

No le entorpezcas su fatal camino;
así se quiso allí donde se puede
lo que se quiere, y más no me preguntes.»

Ahora comienzan las dolientes notas
a hacérseme sentir; y llego entonces
allí donde un gran llanto me golpea.

Llegué a un lugar de todas luces mudo,
que mugía cual mar en la tormenta,
sí los vientos contrarios le combaten.

La borrasca infernal, que nunca cesa,
en su rapiña lleva a los espíritus;
volviendo y golpeando les acosa.

Cuando llegan delante de la ruina,
allí los gritos, el llanto, el lamento;
allí blasfeman del poder divino.

Comprendí que a tal clase de martirio
los lujuriosos eran condenados,
que la razón someten al deseo.

Y cual los estorninos forman de alas
en invierno bandada larga y prieta,
así aquel viento a los malos espíritus:

arriba, abajo, acá y allí les lleva;
y ninguna esperanza les conforta,
no de descanso, mas de menor pena.

Y cual las grullas cantando sus lays
largas hileras hacen en el aire,
así las ví venir lanzando ayes,

a las sombras llevadas por el viento.
Y yo dije: «Maestro, quién son esas
gentes que el aire negro así castiga?»

«La primera de la que las noticias
quieres saber --me dijo aquel entonces--
fue emperatriz sobre muchos idiomas.

Se inclinó tanto al vicio de lujuria,
que la lascivia licitó en sus leyes,
para ocultar el asco al que era dada:

Semíramis es ella, de quien dicen
que sucediera a Nino y fue su esposa:
mandó en la tierra que el sultán gobierna.

Se mató aquella otra, enamorada,
traicionando el recuerdo de Síqueo;
la que sigue es Cleopatra lujuriosa.

A Elena ve, por la que tanta víctima
el tiempo se llevó, y ve al gran Aquiles
que por Amor al cabo combatiera;

ve a París, a Tristán.» Y a más de mil
sombras me señaló, y me nombró, a dedo,
que Amor de nuestra vida les privara.

Y después de escuchar a mi maestro
nombrar a antiguas damas y caudillos,
les tuve pena, y casi me desmayo.

Yo comencé: «Poeta, muy gustoso
hablaría a esos dos que vienen juntos
y parecen al viento tan ligeros.»

Y él a mí: «Los verás cuando ya estén
más cerca de nosotros; si les ruegas
en nombre de su amor, ellos vendrán.»

Tan pronto como el viento allí los trajo
alcé la voz: «Oh almas afanadas,
hablad, si no os lo impiden, con nosotros.»

Tal palomas llamadas del deseo,
al dulce nido con el ala alzada,
van por el viento del querer llevadas,

ambos dejaron el grupo de Dido
y en el aire malsano se acercaron,
tan fuerte fue mi grito afectuoso:

«Oh criatura graciosa y compasiva
que nos visitas por el aire perso
a nosotras que el mundo ensangrentamos;

si el Rey del Mundo fuese nuestro amigo
rogaríamos de él tu salvación,
ya que te apiada nuestro mal perverso.

De lo que oír o lo que hablar os guste,
nosotros oiremos y hablaremos
mientras que el viento, como ahora, calle.

La tierra en que nací está situada
en la Marina donde el Po desciende
y con sus afluentes se reúne.

Amor, que al noble corazón se agarra,
a éste prendió de la bella persona
que me quitaron; aún me ofende el modo.

Amor, que a todo amado a amar le obliga,
prendió por éste en mi pasión tan fuerte
que, como ves, aún no me abandona.

El Amor nos condujo a morir juntos,
y a aquel que nos mató Caína espera.»
Estas palabras ellos nos dijeron.

Cuando escuché a las almas doloridas
bajé el rostro y tan bajo lo tenía,
que el poeta me dijo al fin: «¿Qué piensas?»

Al responderle comencé: «Qué pena,
cuánto dulce pensar, cuánto deseo,
a éstos condujo a paso tan dañoso.»

Después me volví a ellos y les dije,
y comencé: «Francesca, tus pesares
llorar me hacen triste y compasivo;

díme, en la edad de los dulces suspiros
¿cómo o por qué el Amor os concedió
que conociésemos tan turbios deseos?»

Y repuso: «Ningún dolor más grande
que el de acordarse del tiempo dichoso
en la desgracia; y tu guía lo sabe.

Más si saber la primera raíz
de nuestro amor deseas de tal modo,
hablaré como aquel que llora y habla:

Leíamos un día por deleite,
cómo hería el amor a Lanzarote;
solos los dos y sin recelo alguno.

Muchas veces los ojos suspendieron
la lectura, y el rostro emblanquecía,
pero tan sólo nos venció un pasaje.

Al leer que la risa deseada
era besada por tan gran amante,
éste, que de mí nunca ha de apartarse,

la boca me besó, todo él temblando.
Galeotto fue el libro y quien lo hizo;
no seguimos leyendo ya ese día.»

Y mientras un espíritu así hablaba,
lloraba el otro, tal que de piedad
desfallecí como si me muriese;
y caí como un cuerpo muerto cae.

CANTO VI

Cuando cobré el sentido que perdí
antes por la piedad de los cuñados,
que todo en la tristeza me sumieron,

nuevas condenas, nuevos condenados
veía en cualquier sitio en que anduviera
y me volviese y a donde mirase.

Era el tercer recinto, el de la lluvia
eterna, maldecida, fría y densa:
de regla y calidad no cambia nunca.

Grueso granizo, y agua sucia y nieve
descienden por el aire tenebroso;
hiede la tierra cuando esto recibe.

Cerbera, fiera monstruosa y cruel,
caninamente ladra con tres fauces
sobre la gente que aquí es sumergida.

Rojos los ojos, la barba unta y negra,
y ancho su vientre, y uñas sus manos:
clava a las almas, desgarras y desuella.

Los hace aullar la lluvia como a perros,
de un lado hacen al otro su refugio,
los míseros profanos se revuelven.

Al advertirnos Cerbera, el gusano,
la boca abrió y nos mostró los colmillos,
no había un miembro que tuviese quieto.

Extendiendo las palmas de las manos,
cogió tierra mi guía y a puñadas
la tiró dentro del bramante tubo.

Cual hace el perro que ladrando rabia,
y mordiendo comida se apacigua,
que ya sólo se afana en devorarla,

de igual manera las bocas impuras
del demonio Cerbero, que así atruena
las almas, que quisieran verse sordas.

Íbamos sobre sombras que atería
la densa lluvia, poniendo las plantas
en sus fantasmas que parecen cuerpos.

En el suelo yacían todas ellas,
salvo una que se alzó a sentarse al punto
que pudo vernos pasar por delante.

«Oh tú que a estos infiernos te han traído
-me dijo- reconóceme si puedes:
tú fuiste, antes que yo deshecho, hecho.»

«La angustia que tú sientes -yo le dije-
tal vez te haya sacado de mi mente,
y así creo que no te he visto nunca.

Dime quién eres pues que en tan penoso
lugar te han puesto, y a tan grandes males,
que si hay más grandes no serán tan tristes.»

Y él a mí «Tu ciudad, que tan repleta
de envidia está que ya rebosa el saco,
en sí me tuvo en la vida serena.

Los ciudadanos Ciacco me llamasteis;
por la dañosa culpa de la gula,
como estás viendo, en la lluvia me arrastro.

Mas yo, alma triste, no me encuentro sola,
que éstas se hallan en pena semejante
por semejante culpa», y más no dijo.

Yo le repuse: «Ciacco, tu tormento
tanto me pesa que a llorar me invita,
pero dime, si sabes, qué han de hacerse

de la ciudad partida los vecinos,
si alguno es justo; y dime la razón
por la que tanta guerra la ha asolado.»

Y él a mí: «Tras de largas disensiones
ha de haber sangre, y el bando salvaje
echará al otro con grandes ofensas;

después será preciso que éste caiga
y el otro ascienda, luego de tres soles,
con la fuerza de Aquel que tanto alaban.

Alta tendrá largo tiempo la frente,
teniendo al otro bajo grandes pesos,
por más que de esto se avergüence y llore.

Hay dos justos, mas nadie les escucha;
son avaricia, soberbia y envidia
las tres antorchas que arden en los pechos.»

Puso aquí fin al lagrímoso dicho.
Y yo le dije: «Aún quiero que me informes,
y que me hagas merced de más palabras;

Farínatta y Tegghiaío, tan honrados,
Jacobó Rusticucci, Arrigo y Mosca,
y los otros que en bien obrar pensaron,

díme en qué sitio están y hazme saber,
pues me aprieta el deseo, si el infierno
los amarga, o el cielo los endulza.»

Y aquél: « Están entre las negras almas;
culpas varias al fondo los arrojan;
los podrás ver si sigues más abajo.

Pero cuando hayas vuelto al dulce mundo,
te pido que a otras mentes me recuerdes;
más no te digo y más no te respondo.»

Entonces desvió los ojos fijos,
me miró un poco, y agachó la cara;
y a la par que los otros cayó ciego.

Y el guía dijo: «Ya no se levanta
hasta que suene la angélica trompa,
y venga la enemiga autoridad.

Cada cual volverá a su triste tumba,
retomarán su carne y su apariencia,
y oirán aquello que atruena por siempre.»

Así pasamos por la sucia mezcla
de sombras y de lluvia a paso lento,
tratando sobre la vida futura.

Y yo dije: «Maestro, estos tormentos
crecerán luego de la gran sentencia,
serán menores o tan dolorosos?»

Y él contestó: «Recorre a lo que sabes:
pues cuanto más perfecta es una cosa
más siente el bien, y el dolor de igual modo,

Y por más que esta gente maldecida
la verdadera perfección no encuentre,
entonces, más que ahora, esperan serlo.»

En redondo seguimos nuestra ruta,
hablando de otras cosas que no cuento;
y al llegar a aquel sitio en que se baja
encontramos a Pluto: el enemigo.

CANTO VII

«¡Papé Satán, Papé Satán aleppe!»
dijo Pluto con voz enronquecida;
y aquel sabio gentil que todo sabe,

me quiso confortar: «No te detenga
el miedo, que por mucho que pudiese
no impedirá que bajes esta roca.»

Luego volvióse a aquel hocico hinchado,
y dijo: «Cállate maldito lobo,
consúmete tú mismo con tu rabia.

No sin razón por el infierno vamos:
se quiso en lo alto allá donde Miguel
tomó venganza del soberbio estupro.»

Cual las velas hinchadas por el viento
revueltas caen cuando se rompe el mástil,
tal cayó a tierra la fiera cruel.

Así bajamos por la cuarta fosa,
entrando más en el doliente valle
que traga todo el mal del universo.

¡Ah justicia de Dios!, ¿quién amontona
nuevas penas y males cuales vi,
y por qué nuestra culpa así nos triza?

Como la ola que sobre Caribdis,
se destroza con la otra que se encuentra,
así viene a chocarse aquí la gente.

Ví aquí más gente que en las otras partes,
y desde un lado al otro, con chillidos,
haciendo rodar pesos con el pecho.

Entre ellos se golpean; y después
cada uno volvíase hacia atrás,
gritando «¿Por qué agarras?, ¿por qué tiras?»

Así giraban por el foso tétrico
de cada lado a la parte contraria,
siempre gritando el verso vergonzoso.

Al llegar luego todos se volvían
para otra justa, a la mitad del círculo,
y yo, que estaba casi conmovido,

díje: «Maestro, quiero que me expliques
quiénes son éstos, y si fueron clérigos
todos los tonsurados de la izquierda.»

Y él a mí. «Fueron todos tan escasos
de la razón en la vida primera,
que ningún gasto hicieron con mesura.

Bastante claro ládranlo sus voces,
al llegar a los dos puntos del círculo
donde culpa contraría los separa.

Clérigos fueron los que en la cabeza
no tienen pelo, papas, cardenales,
que están bajo el poder de la avaricia.»

Y yo: «Maestro, entre tales sujetos
debiera yo conocer bien a algunos,
que inmundos fueron de tan grandes males.»

Y él repuso: «Es en vano lo que piensas:
la vida torpe que los ha ensuciado,
a cualquier conocer los hace oscuros.

Se han de chocar los dos eternamente;
éstos han de surgir de sus sepulcros
con el puño cerrado, y éstos, mondos;

mal dar y mal tener, el bello mundo
les ha quitado y puesto en esta lucha:
no empleo más palabras en contarlos.

Hijo, ya puedes ver el corto aliento,
de los bienes fiados a Fortuna,
por los que así se enzarzan los humanos;

que todo el oro que hay bajo la luna,
y existió ya, a ninguna de estas almas
fatigadas podría dar reposo.»

«Maestro --díje yo-, dime ¿quién es esta
Fortuna a la que te refieres
que el bien del mundo tiene entre sus garras?»

Y él me repuso: «Oh locas criaturas,
qué grande es la ignorancia que os ofende;
quiero que tú mis palabras incorpores.

Aquel cuyo saber trasciendo todo,
los cielos hizo y les dio quien los mueve
tal que unas partes a otras se iluminan,

distribuyendo igualmente la luz;
de igual modo en las glorias mundanales
dispuso una ministra que cambiase

los bienes vanos cada cierto tiempo
de gente en gente y de una a la otra sangre,
aunque el seso del hombre no Lo entienda;

por Lo que imperan unos y otros caen,
siguiendo los dictámenes de aquella
que está oculta en la yerba tal serpiente.

Vuestro saber no puede conocerla;
y en su reino provee, juzga y dispone
cual las otras deidades en el suyo.

No tienen tregua nunca sus mudanzas,
necesidad la obliga a ser ligera;
y aún hay algunos que el triunfo consiguen.

Esta es aquella a la que ultrajan tanto,
aquellos que debieran alabarla,
y sin razón la vejan y maldicen.

Más ella en su alegría nada escucha;
feliz con las primeras criaturas
mueve su esfera y alegre se goza.

Ahora bajemos a mayor castigo;
caen las estrellas que salían cuando
eché a andar, y han prohibido entretenerse.»

Del círculo pasamos a otra orilla
sobre una fuente que hierve y rebosa
por un canal que en ella da comienzo.

Aquel agua era negra más que persa;
y, siguiendo sus ondas tan oscuras,
por extraño camino descendimos.

Hasta un pantano va, llamado Estigia,
este arroyuelo triste, cuando baja
al pie de la maligna cuesta gris.

Y yo, que por mirar estaba atento,
gente enfangada ví en aquel pantano
toda desnuda, con airado rostro.

No sólo con las manos se pegaban,
mas con los pies, el pecho y la cabeza,
trozo a trozo arrancando con los dientes.

Y el buen maestro: «Hijo, mira ahora
las almas de esos que venció la cólera,
y también quiero que por cierto tengas

que bajo el agua hay gente que suspira,
y al agua hacen hervir la superficie,
como dice tu vista a donde mire.

Desde el límo exclamaban: «Triste hicimos
el aire dulce que del sol se alegra,
llevando dentro acídioso humo:

tristes estamos en el negro cieno.»
Se atraviesa este himno en su gaxate,
y enteras no les salen las palabras.

Así dímos la vuelta al sucio pozo,
entre la escarpa seca y lo de en medio;
mirando a quien del fango se atraganta:
y al fin llegamos al pie de una torre.

CANTO VIII

Digo, para seguir, que mucho antes
de llegar hasta el pie de la alta torre,
se encaminó a su cima nuestra vista,

porque vimos allí dos lucecitas,
y otra que tan de lejos daba señas,
que apenas nuestros ojos la veían.

Y yo le dije al mar de todo seso:
«Esto ¿qué significa? y ¿qué responde
el otro foco, y quién es quién lo hace?»

Y él respondió: «Por estas ondas sucias
ya podrás divisar lo que se espera,
sí no lo oculta el humo del pantano.»

Cuerda no lanzó nunca una saeta
que tan ligera fuese por el aire,
como yo ví una nave pequeñita

por el agua venir hacia nosotros,
al gobierno de un solo galeote,
gritando: «Al fin llegaste, alma alevosa.»

«Flegias, Flegias, en vano estás gritando
díjole mí señor en este punto-;
tan sólo nos tendrás cruzando el lodo.»

Cual es aquel que gran engaño escucha
que le hayan hecho, y luego se contiene,
así hizo Flegias consumido en ira.

Subió mí guía entonces a la barca,
y luego me hizo entrar detrás de él;
y sólo entonces pareció cargada.

Cuando estuvimos ambos en el leño,
hendiendo se marchó la antigua proa
el agua más que suele con los otros.

Mientras que el muerto cauce recorriámos
uno, lleno de fango vino y dijo:
«¿Quién eres tú que vienes a destiempo?»

Y le dije: «Sí vengo, no me quedo;
pero ¿quién eres tú que estás tan sucio?»
Dijo: «Ya ves que soy uno que llora.»

Yo le dije: «Con lutos y con llanto,
puedes quedarte, espíritu maldito,
pues aunque estés tan sucio te conozco.»

Entonces tendió al leño las dos manos;
mas el maestro lo evitó prudente,
diciendo: «Vete con los otros perros.»

Al cuello luego los brazos me echó,
besome el rostro y dijo: «¡Oh desdeñoso,
bendita la que estuvo de ti encinta!

Aquel fue un orgulloso para el mundo;
y no hay bondad que su memoria honre:
por ello está su sombra aquí furiosa.

Cuantos por reyes tiénense allá arriba,
aquí estarán cual puercos en el cieno,
dejando de ellos un desprecio horrible.»`

Y yo: «Maestro, mucho desearía
el verle zambullírse en este caldo,
antes que de este lago nos marchemos.»

Y él me repuso: «Aún antes que la orilla
de tí se deje ver, serás saciado:
de tal deseo conviene que goces.»

Al poco ví la gran carnicería
que de él hacían las fangosas gentes;
a Dios por ello alabo y doy las gracias.

«¡A por Felipe Argentí!», se gritaban,
y el florentino espíritu altanero
contra sí mismo volvía los dientes.

Lo dejamos allí, y de él más no cuento.
Mas el oído golpeome un llanto,
y miré atentamente hacia adelante.

Exclamó el buen maestro: «Ahora, hijo,
se acerca la ciudad llamada Díte,
de graves habitantes y mesnadas.»

Y yo dije: «Maestro, sus mezquitas
en el valle distingo claramente,
rojas cual si salido de una fragua

hubieran.» Y él me dijo: «El fuego eterno
que dentro arde, rojas nos las muestra,
como estás viendo en este bajo infierno.»

Así llegamos a los hondos fosos
que ciñen esa tierra sin consuelo;
de hierro aquellos muros parecían.

No sin dar antes un rodeo grande,
llegamos a una parte en que el barquero
«Salid -gritó con fuerza- aquí es la entrada.»

Yo ví a más de un millar sobre la puerta
de llovidos del cielo, que con rabia
decían: «¡Quién es este que sin muerte

va por el reino de la gente muerta?»
Y mi sabio maestro hizo una seña
de quererles hablar secretamente.

Contuvieron un poco el gran desprecio
y dijeron: «Ven solo y que se marche
quién tan osado entró por este reino;

que vuelva solo por la loca senda;
pruebe, si sabe, pues que tú te quedas,
que le enseñaste tan oscura zona.»

Piensa, lector, el mígdo que me entró
al escuchar palabras tan malditas,
que pensé que ya nunca volvería.

«Guía querido, tú que más de siete
veces me has confortado y hecho libre
de los grandes peligros que he encontrado,

no me dejéis -le dije- así perdido;
y si seguir más lejos nos impiden,
juntos volvamos hacia atrás los pasos.»

Y aquel señor que allí me condujera
«No temas -dijo- porque nuestro paso
nadie puede parar: tal nos lo otorga.

Mas espérame aquí, y tu ánimo flaco
conforta y alimenta de esperanza,
que no te dejaré en el bajo mundo.»

Así se fue, y allí me abandonó
el dulce padre, y yo me quedé en duda
pues en mi mente el no y el sí luchaban.

No pude oír qué fue lo que les dijo:
más no habló mucho tiempo con aquéllos,
pues hacía adentro todos se marcharon.

Cerráronle las puertas los demonios
en la cara a mi guía, y quedó afuera,
y se vino hacia mí con pasos lentos.

Gacha la vista y privado su rostro
de osadía ninguna, y suspiraba:
«¡Quién las dolientes casa me ha cerrado!»

Y él me dijo: «Tú, porque yo me irrite,
no te asustes, pues venceré la prueba,
por mucho que se empeñen en prohibirlo.

No es nada nueva esta insolencia suya,
que ante menos secreta puerta usaron,
que hasta el momento se halla sin cerrojos.

Sobre ella contemplaste el triste escrito:
y ya baja el camino desde aquélla,
pasando por los cercos sin escolta,
quién la ciudad al fin nos hará franca.

CANTO IX

El color que sacó a mi cara el miedo
cuando ví que mi guía se tornaba,
lo quitó de la suya con presteza.

Atento se paró como escuchando,
pues no podía atravesar la vista
el aire negro y la neblina densa.

«Deberemos vencer en esta lucha
-comenzó él- si no... Es la promesa.
¡Cuánto tarda en llegar quien esperamos.»

Y me di cuenta de que me ocultaba
lo del principio con lo que siguió,
pues palabras distintas fueron éstas:

pero no menos miedo me causaron,
porque pensaba que su frase trunca
tal vez peor sentido contuviese.

«¿En este fondo de la triste hoya
bajó algún otro, desde el purgatorio
donde es pena la falta de esperanza?»

Esta pregunta le hice y: «Raramente
-él respondió- sucede que otro alguno
haga el camino por el que yo ando.

Verdad es que otra vez estuve aquí,
por la cruel Eritone conjurado,
que a sus cuerpos las almas reclamaba.

De mí recién desnuda era mi sombrío,
cuando ella me hizo entrar tras de aquel muro,
a traer un alma del pozo de Judas.

Aquel es el más bajo, el más sombrío,
y el lugar de los cielos más lejano;
bien sé el camino, puedes ir sin miedo.

Este pantano que gran peste exhala
en torno ciñe la ciudad doliente,
donde entrar no podemos ya sin ira.»

Dijo algo más, pero no lo recuerdo,
porque mi vista se había fijado
en la alta torre de cima ardorosa,

donde al punto de pronto aparecieron
tres sanguinosas furias infernales
que cuerpo y porte de mujer tenían,

se ceñían con serpientes verdes;
su pelo eran culebras y cerastas
con que peinaban sus horribles sienes:

Y él que bien conocía a las esclavas
de la reina del llanto sempiterno
Las Feroces Erinias -dijo- mira:

Meguera es esa del izquierdo lado,
esa que llora al derecho es Aleto;
Tefone está en medio.» Y más no dijo.

Con las uñas el pecho se rasgaban,
y se azotaban, gritando tan alto,
que me estreché al poeta, temeroso.

«Ah, que venga Medusa a hacerle piedra
-las tres decían mientras me miraban-
malo fue el no vengarnos de Teseo.»

«Date la vuelta y cierra bien los ojos;
si viniera Gorgona y la mirases
nunca podrías regresar arriba.»

Así dijo el Maestro, y en persona
me volvió, sin fiarse de mis manos,
que con las suyas aún no me tapase.

Vosotros que tenéis la mente sana,
observad la doctrina que se esconde
bajo el velo de versos enigmáticos.

Mas ya venía por las turbias olas
el estruendo de un son de espanto lleno,
por lo que retemblaron ambas márgenes;

hecho de forma semejante a un viento
que, impetuoso a causa de contrarios
ardores, hiere el bosque y, sin descanso,

las ramas troncha, abate y lejos lleva;
delante polvoroso va soberbio,
y hace escapar a fieras y a pastores.

Me destapó los ojos: «Lleva el nervio
de la vista por esa espuma antigua,
hacia allí donde el humo es más acerbo.»

Como las ranas ante la enemiga
bicha, en el agua se sumergen todas,
hasta que todas se juntan en tierra,

más de un millar de almas destruidas
ví que huían ante uno, que a su paso
cruzaba Estigia con los pies enjutos.

Del rostro se apartaba el aire espeso
de vez en cuando con la mano izquierda;
y sólo esa molestia le cansaba.

Bien noté que del cielo era enviado,
y me volví al maestro que hizo un signo
de que estuviera quieto y me inclinase.

¡Cuán lleno de desdén me parecía!
Llegó a la puerta, y con una varita
la abrió sin encontrar impedimento.

«¡Oh, arrojados del cielo, despreciados!
-grítoles él desde el umbral horrible-
¿Cómo es que aún conserváis esta arrogancia?»

¿Y por qué os resistís a aquel deseo
cuyo fin nunca pueda detenerse,
y que más veces acreció el castigo?

¿De qué sirve al destino dar de coces?
vuestro Cerbero, si bien recordáis,
aún hocico y mentón lleva pelados.»

Luego tomó el camino cenagoso,
sin decirnos palabra, mas con cara
de a quien otro cuidado apremia y muerde,

y no el de aquellos que tiene delante.
A la ciudad los pasos dirigimos,
seguros ya tras sus palabras santas.

Dentro, sin guerra alguna, penetramos;
y yo, que de mirar estaba ansioso
todas las cosas que el castillo encierra,

al estar dentro miro en torno mío;
y veo en todas partes un gran campo,
lleno de pena y reo de tormentos.

Como en Arlés donde se estanca el Ródano,
o como el Pola cerca del Carnaro,
que Italia cierra y sus límites baña,

todo el sitio ondulado hacen las tumbas,
de igual manera allí por todas partes,
salvo que de manera aún más amarga,

pues llamaradas hay entre las fosas;
y tanto ardían que en ninguna fragua,
el hierro necesita tanto fuego.

Sus lápidas estaban removidas,
y salían de allí tales lamentos,
que parecían de almas condenadas.

Y yo: «Maestro, qué gentes son esas
que, sepultadas dentro de esas tumbas,
se hacen oír con dolientes suspiros?»

Y dijo: «Están aquí los heresiarcas,
sus secuaces, de toda secta, y llenas
están las tumbas más de lo que piensas.

El igual con su igual está enterrado,
y los túmulos arden más o menos.»
Y luego de volverse a la derecha,
cruzamos entre fosas y altos muros.

CANTO X

Siguió entonces por una oculta senda
entre aquella muralla y los martirios
mí Maestro, y yo fui tras de sus pasos.

«Oh virtud suma, que en los infernales
círculos me conduces a tu gusto,
háblame y satisface mis deseos:

a la gente que yace en los sepulcros
¿la podré ver?, pues ya están levantadas
todas las losas, y nadie vigila.»

Y él repuso: «Cerrados serán todos
cuando aquí vuelvan desde Josafat
con los cuerpos que allá arriba dejaron.

Su cementerio en esta parte tienen
con Epicuro todos sus secuaces
que el alma, dicen, con el cuerpo muere.

Pero aquella pregunta que me hiciste
pronto será aquí mismo satisfecha,
y también el deseo que me callas.»

Y yo: «Buen guía, no te oculta nada
mi corazón, si no es por hablar poco;
y tú me tienes a ello predispuesto.»

«Oh toscano que en la ciudad del fuego
caminas vivo, hablando tan humilde,
te plazca detenerte en este sitio,

porque tu acento demuestra que eres
natural de la noble patria aquella
a la que fui, tal vez, hartado dañado.»

Este son escapó súbitamente
desde una de las arcas; y temiendo,
me arrimé un poco más a mi maestro.

Pero él me dijo: «Vuélvete, ¿qué haces?
mira allí a Farinatta que se ha alzado;
le verás de cintura para arriba.»

Fijado en él había ya mi vista;
y aquél se erguía con el pecho y frente
cual si al infierno mismo despreciase.

Y las valientes manos de mi guía
me empujaron a él entre las tumbas,
diciendo: «Sé medido en tus palabras.»

Como al pie de su tumba yo estuviese,
me miró un poco, y como con desdén,
me preguntó: «¿Quién fueron tus mayores?»

Yo, que de obedecer estaba ansioso,
no lo oculté, sino que se lo dije,
y él levantó las cejas levemente.

«Con fiereza me fueron adversarios
a mí y a mi partido y mis mayores,
y así dos veces tuve que expulsarles.»

«Si les echaste -dije- regresaron
de todas partes, una y otra vez;
mas los vuestros tal arte no aprendieron.»

Surgió entonces al borde de su foso
otra sombra, a su lado, hasta la barba:
creo que estaba puesta de rodillas.

Miró a mi alrededor, cual si propósito
tuviese de encontrar conmigo a otro,
y cuando fue apagada su sospecha,

llorando dijo: «Si por esta ciega
cárcel vas tú por nobleza de ingenio,
¿y mi hijo?, ¿por qué no está contigo?»

Y yo dije: «No vengo por mí mismo,
el que allá aguarda por aquí me lleva
a quien Guido, tal vez, fue indiferente.»

Sus palabras y el modo de su pena
su nombre ya me habían revelado;
por eso fue tan clara mi respuesta.

Súbitamente alzado gritó: «¿Cómo
has dicho?, ¿Fue?, ¿Es que entonces ya no vive?
¿La dulce luz no hiere ya sus ojos?»

Y al advertir que una cierta demora
antes de responderle yo mostraba,
cayó de espaldas sin volver a alzarse.

Mas el otro gran hombre, a cuyo ruego
yo me detuve, no alteró su rostro,
ni movió el cuello, ni inclinó su cuerpo.

Y así, continuando lo de antes,
«Que aquel arte -me dijo- mal supieran,
eso, más que este lecho, me tortura.

Pero antes que cincuenta veces arda
la faz de la señora que aquí reina,
tú has de saber lo que tal arte pesa.

Y así regreses a ese dulce mundo,
dime, ¿por qué ese pueblo es tan impío
contra los míos en todas sus leyes?»

Y yo dije: «El estrago y la matanza
que teñirse de rojo al Arbía hizo,
obliga a tal decreto en nuestros templos.»

Me respondió moviendo la cabeza:
«No estuve solo allí, ni ciertamente
sin razón me moví con esos otros:

mas estuve yo solo, cuando todos
en destruir Florencia consentían,
defendiéndola a rostro descubierto.»

«Ah, que repose vuestra descendencia
-yo le rogué-, este nudo desatadme
que ha enmarañado aquí mi pensamiento.

Parece que sabéis, por lo que escucho,
lo que nos trae el tiempo de antemano,
mas usáis de otro modo en lo de ahora.»

«Vemos, como quien tiene mala luz,
las cosas -dijo- que se encuentran lejos,
gracias a lo que resplande el Sumo Guía.

Cuando están cerca, o son, vano es del todo
nuestro intelecto; y si otros no nos cuentan,
nada sabemos del estado humano.

Y comprender podrás que muerto quede
nuestro conocimiento en aquel punto
que se cierre la puerta del futuro.»

Arrepentido entonces de mí falta,
dije: «Diréis ahora a aquel yacente
que su hijo aún se encuentra con los vivos;

y si antes mudo estuve en la respuesta,
hazle saber que fue porque pensaba
ya en esa duda que me habéis resuelto.»

Y ya me reclamaba mi maestro;
y yo rogué al espíritu que rápido
me refiriese quién con él estaba.

Díjome: «Aquí con más de mil me encuentro;
dentro se halla el segundo Federico,
y el Cardenal, y de los otros callo.»

Entonces se ocultó; y yo hacia el antiguo
poeta volví el paso, repensando
esas palabras que creí enemigas.

Él echó a andar y luego, caminando,
me dijo: «¿Por qué estás tan abatido?»
Y yo le satisface la pregunta.

«Conserva en la memoria lo que oíste
contrario a ti -me aconsejó aquel sabio-
y atiende ahora -y levantó su dedo-:

cuando delante estés del dulce rayo
de aquella cuyos ojos lo ven todo
de ella sabrás de tu vida el viaje.

Luego volvió los pies a mano izquierda:
dejando el muro, fuimos hacia el centro
por un sendero que conduce a un valle,
cuyo hedor hasta allí desagradaba.

CANTO XI

Por el extremo de un acantilado,
que en círculo formaban peñas rotas,
llegamos a un gentío aún más doliente;

y allí, por el exceso tan horrible
de la peste que sale del abismo,
al abrigo detrás nos colocamos

de un gran sepulcro, donde ví un escrito
«Aquí el papa Anastasio está encerrado
que Fotino apartó del buen camino.»

«Conviene que bajemos lentamente,
para que nuestro olfato se acostumbre
al triste aliento; y luego no moleste.»

Así el Maestro, y yo: «Compensación
-díjele- encuentra, pues que el tiempo en balde
no pase.» Y él: «Ya ves que en eso pienso.

Dentro, hijo mío, de estos pedregales
-luego empezó a decir- tres son los círculos
que van bajando, como los que has visto.

Todos llenos están de condenados,
más porque luego baste que los mires,
oye cómo y por qué se les encierra:

Toda maldad, que el odio causa al cielo,
tiene por fin la injuria, y ese fin
o con fuerza o con fraude a otros contrista;

mas siendo el fraude un vicio sólo humano,
más lo odia Dios, por ello son al fondo
los fraudulentos aún más castigados.

De los violentos es el primer círculo;
más como se hace fuerza a tres personas,
en tres recintos está dividido;

a Dios, y a sí, y al prójimo se puede
forzar; digo a ellos mismos y a sus cosas,
como ya claramente he de explicarte.

Muerte por fuerza y dolientes heridas
al prójimo se dan, y a sus haberes
ruínas, incendios y robos dañosos;

y así a homicidas y a los que mal hieren,
ladrones e incendiarios, atormenta
el recinto primero en varios grupos.

Puede el hombre tener violenta mano
contra él mismo y sus cosas; y es preciso
que en el segundo recinto lo purgue

el que se priva a sí de vuestro mundo,
juega y derrocha aquello que posee,
y llora allí donde debió alegrarse.

Puede hacer fuerza contra la deidad,
blasfemando, negándola en su alma,
despreciando el amor de la natura;

y el recinto menor lleva la marca
del signo de Cahors y de Sodoma,
y del que habla de Dios con menosprecio.

El fraude, que cualquier conciencia muerde,
se puede hacer a quien de uno se fía,
o a aquel que la confianza no ha mostrado.

Se diría que de esta forma matan
el vínculo de amor que hace natura;
y en el segundo círculo se esconden

hipocresía, adulación, quien hace
falsedad, latrocinio y simonía,
rufianes, barateros y otros tales.

De la otra forma aquel amor se olvida
de la naturaleza, y lo que crea,
de donde se genera la confianza;

y al Círculo menor, donde está el centro
del universo, donde asienta Díte,
el que traiciona por siempre es llevado.»

Y yo: «Maestro, muy clara procede
tu razón, y bastante bien distingue
este lugar y el pueblo que lo ocupa:

pero ahora dime: aquellos de la ciénaga,
que lleva el viento, y que azota la lluvia,
y que chocan con voces tan acerbadas,

¿por qué no dentro de la ciudad roja
son castigados, si a Dios enojaron?
y si no, ¿por qué están en tal suplicio?»

Y entonces él: «¿Por qué se aleja tanto
-dijo- tu ingenio de lo que acostumbra?,
¿o es que tu mente mira hacia otra parte?

¿Ya no te acuerdas de aquellas palabras
que reflejan en tu ÉTICA las tres.
inclinaciones que no quiere el cielo,

incontinencia, malicia y la loca
bestialidad? ¿y cómo incontinencia
menos ofende y menos se castiga?

Y si miras atento esta sentencia,
y a la mente preguntas quién son esos
que allí fuera reciben su castigo,

comprenderás por qué de estos felones
están aparte, y a menos crudeza
la divina venganza les somete.»

«Oh sol que curas la vista turbada,
tú me contentas tanto resolviendo,
que no sólo el saber, dudar me gusta.

Un poco más atrás vuélvete ahora
-díjeme-, allí donde que usura ofende
a Dios díjiste, y quítame el enredo.»

«A quien la entiende, la Filosofía
hace notar, no sólo en un pasaje
cómo natura su carrera toma

del divino intelecto y de su arte;
y si tú FÍSICA miras despacio,
encontrarás, sin mucho que lo busques,

que el arte vuestro a aquélla, cuanto pueda,
sigue como al maestro su discípulo,
tal que vuestro arte es como de Dios nieto.

Con estas dos premisas, si recuerdas
el principio del Génesis, debemos
ganarnos el sustento con trabajo.

Y al seguir el avaro otro camino,
por éste, a la natura y a sus frutos,
desprecia, y pone en lo otro su esperanza.

Más sígueme, porque avanzar me place;
que Píscis ya remonta el horizonte
y todo el Carro yace sobre el Coro,
y el barranco a otro sitio se despeña.

CANTO XII

Era el lugar por el que descendimos
alpestre y, por aquel que lo habitaba,
cualquier mirada hubiéralo esquivado.

Como son esas ruínas que al costado
de acá de Trento azota el río Adigio,
por terremoto o sin tener cimientos,

que de lo alto del monte, del que bajan
al llano, tan hendida está la roca
que ningún paso ofrece a quien la sube;

de aquel barranco igual era el descenso;
y allí en el borde de la abierta síma,
el oprobio de Creta estaba echado

que concebido fue en la falsa vaca;
cuando nos vio, a sí mismo se mordía,
tal como aquel que en ira se consume.

Mi sabio entonces le gritó: «Por suerte
piensas que viene aquí el duque de Atenas,
que allí en el mundo la muerte te traía?

Aparta, bestia, porque éste no viene
siguiendo los consejos de tu hermana,
sino por contemplar vuestros pesares.»

Y como el toro se deslaza cuando
ha recibido ya el golpe de muerte,
y huir no puede, más de aquí a allí salta,

así yo ví que hacía el Minotauro;
y aquel prudente gritó: «Corre al paso;
bueno es que bajes mientras se enfurece.»

Descendimos así por el derrumbe
de las piedras, que a veces se movían
bajo mis pies con esta nueva carga.

Iba pensando y díjome: «Tú piensas
tal vez en esta ruína, que vigila
la ira bestial que ahora he derrotado.

Has de saber que en la otra ocasión
que descendí a lo hondo del infierno,
esta roca no estaba aún desgarrada;

pero sí un poco antes, si bien juzgo,
de que viniese Aquel que la gran presa
quitó a Dite del círculo primero,

tembló el infecto valle de tal modo
que pensé que sintiese el universo
amor, por el que alguno cree que el mundo

muchas veces en caos vuelve a trocarse;
y fue entonces cuando esta vieja roca
se partió por aquí y por otros lados.

Mas mira el valle, pues que se aproxima
aquel río sangriento, en el cual hierva
aquel que con violencia al otro daña.»

¡Oh tú, ciega codicia, oh loca furia,
que así nos mueves en la corta vida,
y tan mal en la eterna nos sumerges!

Ví una amplia fosa que torcía en arco,
y que abrazaba toda la llanura,
según lo que mi guía había dicho.

Y por su pie corrían los centauros,
en hilera y armados de saetas,
como cazar solían en el mundo.

Viéndonos descender, se detuvieron,
y de la fila tres se separaron
con los arcos y flechas preparadas.

Y uno gritó de lejos: «¿A qué pena
venís vosotros bajando la cuesta?
Decídllo desde allí, o sí no disparo.»

«La respuesta -le dijo mi maestro-
daremos a Quirón cuando esté cerca:
tu voluntad fue siempre impetuosa.»

Después me tocó, y dijo: «Aquel es Neso,
que murió por la bella Deyanira,
contra sí mismo tomó la venganza.

Y aquel del medio que al pecho se mira,
el gran Quirón, que fue el ayo de Aquiles;
y el otro es Folo, el que habló tan airado.

van a millares rodeando el foso,
flechando a aquellas almas que abandonan
la sangre, más que su culpa permite.»

Nos acercamos a las raudas fieras:
Quirón cogió una flecha, y con la punta,
de la mejilla retiró la barba.

Cuando hubo descubierto la gran boca,
dijo a sus compañeros; «¿No os dáis cuenta
que el de detrás remueve lo que pisa?

No lo suelen hacer los pies que han muerto.»
Y mí buen guía, llegándole al pecho,
donde sus dos naturas se entremezclan,

respondió: «Está bien vivo, y a él tan sólo
debo enseñarle el tenebroso valle:
necesidad le trae, no complacencia.

Alguien cesó de cantar Aleluya,
y ésta nueva tarea me ha encargado:
él no es ladrón ni yo alma condenada.

Más por esta virtud por la cual muevo
los pasos por camino tan salvaje,
danos alguno que nos acompañe,

que nos muestre por dónde se vadea,
y que a éste lleve encima de su grupa,
pues no es alma que viaje por el aire.»

Quirón se volvió atrás a la derecha,
y dijo a Neso: «Vuelve y dales guía,
y hazles pasar si otro grupo se encuentran.»

Y nos marchamos con tan fiel escolta
por la ribera del bullir rojizo,
donde mucho grítaban los que hervían.

Gente ví sumergida hasta las cejas,
y el gran centauro dijo: «Son tiranos
que vivieron de sangre y de rapíña:

lloran aquí sus daños despiadados;
está Alejandro, y el feroz Dionísio
que a Sicilia causó tiempos penosos.

Y aquella frente de tan negro pelo,
es Azolino; y aquel otro rubio,
es Opizzo de Este, que de veras

fue muerto por su hijastro allá en el mundo.»
Me volví hacia el poeta y él me dijo:
«Ahora éste es el primero, y yo el segundo.»

Al poco rato se fijó el Centauro
en unas gentes, que hasta la garganta
parecían, salir del hervidero.

Díjonos de una sombra ya apartada:
«En la casa de Dios aquél hirió -
el corazón que al Támesis chorrea.»

Luego ví gentes que sacaban fuera
del río la cabeza, y hasta el pecho;
y yo reconocí a bastantes de ellos.

Así iba descendiendo poco a poco
aquella sangre que los pies cogía,
y por allí pasamos aquel foso.

«Así como tú ves que de esta parte
el hervidero siempre va bajando,
-dijo el centauro- quiero que conozcas

que por la otra más y más aumenta
su fondo, hasta que al fin llega hasta el sitio
en donde están gimiendo los tiranos.

La divina justicia aquí castiga
a aquel Atila azote de la tierra
y a Pírrro y Sexto; y para siempre ordeña

las lágrimas, que arrancan los hervores,
a Rinier de Corneto, a Rinier Pazzo
qué en los caminos tanta guerra hicieron.»
Volviose luego y franqueó aquel vado.

CANTO XIII

Neso no había aún vuelto al otro lado,
cuando entramos nosotros por un bosque
al que ningún sendero señalaba.

No era verde su fronda, sino oscura;
ni sus ramas derechas, mas torcidas;
sin frutas, mas con púas venenosas.

Tan tupidos, tan ásperos matojos
no conocen las fieras que aborrecen
entre Corneto y Cécina los campos.

Hacen allí su nido las arpías,
que de Estrófane echaron al Troyano
con triste anuncio de futuras cuitas.

Alas muy grandes, cuello y rostro humanos
y garras tienen, y el vientre con plumas;
en árboles tan raros se lamentan.

Y el buen Maestro: «Antes de adentrarte,
sabrás que este recinto es el segundo
-me comenzó a decir- y estarás hasta

que puedas ver el horrible arenal;
mas mira atentamente; así verás
cosas que si te digo no creerías.»

Yo escuchaba por todas partes ayes,
y no vela a nadie que los diese,
por lo que me detuve muy asustado.

Yo creí que él creyó que yo creía
que tanta voz salía del follaje,
de gente que a nosotros se ocultaba.

Y por ello me dijo: «Si tronchases
cualquier manojito de una de estas plantas,
tus pensamientos también romperías.»

Entonces extendí un poco la mano,
y corté una ramita a un gran endrino;
y su tronco gritó: «¿Por qué me hieres?

Y haciéndose después de sangre oscuro
volvió a decir: «Por qué así me desgarras?
¿es que no tienes compasión alguna?

Hombres fuimos, y ahora matorrales;
más piadosa debiera ser tu mano,
aunque fuéramos almas de serpientes.»

Como una astilla verde que engendrada
por un lado, gotea por el otro,
y chirría el vapor que sale de ella,

así del roto esqueje salen juntas
sangre y palabras: y déjale la rama
caer y me quedé como quien teme.

«Si él hubiese creído de antemano
-le respondió mi sabio-, ánima herida,
aquello que en mis rimas ha leído,

no hubiera puesto sobre ti la mano:
más me ha llevado la increíble cosa
a inducirle a hacer algo que me pesa:

mas dile quién has sido, y de este modo
algún aumento renueve tu fama
allí en el mundo, al que volver él puede.»

Y el tronco: «Son tan dulces tus lisonjas
que no puedo callar; y no os moleste
si en hablaros un poco me entretengo:

Yo soy aquel que tuvo las dos llaves
que el corazón de Federico abrían
y cerraban, de forma tan suave,

que a casi todos les negé el secreto;
tanta fidelidad puse en servirle
que mis noches y días perdí en ello.

La meretriz que jamás del palacio
del César quita la mirada impúdica,
muerte común y vicio de las cortes,

encendió a todos en mi contra; y tanto
encendieron a Augusto esos incendios
que el gozo y el honor trocose en lutos;

mi ánimo, al sentirse despreciado,
creyendo con morir huir del desprecio,
culpable me hizo contra mí inocente.

Por las raras raíces de este leño,
os juro que jamás rompí la fe
a mi señor, que fue de honor tan digno.

Y si uno de los dos regresa al mundo,
rehábilite el recuerdo que se duele
aún de ese golpe que asesta la envidia.»

Paró un poco, y después: «Ya que se calla,
no pierdas tiempo -díjome el poeta-
habla y pregúntale si más deseas.»

Yo respondí: «Pregúntale tú entonces
lo que tú pienses que pueda gustarme;
pues, con tanta aflicción, yo no podría.»

Y así volvió a empezar: «Para que te haga
de buena gana aquello que pediste,
encarcelado espíritu, aún te plazca

decirnos cómo el alma se encadena
en estos troncos; dínos, si es que puedes,
si alguna se despega de estos miembros.»

Sopló entonces el tronco firmemente
trocándose aquel viento en estas voces:
«Brevemente yo quiero responderos;

cuando un alma feroz ha abandonado
el cuerpo que ella misma ha desunido
Mínos la manda a la séptima fosa.

Cae a la selva en parte no elegida;
más donde la fortuna la dípara,
como un grano de espelta allí germina;

surge en retoño y en planta silvestre:
y al converse sus hojas las Arpías,
dolor le causan y al dolor ventana.

Como las otras, por nuestros despojos,
vendremos, sin que vístan a ninguna;
pues no es justo tener lo que se tira.

A rastras los traeremos, y en la triste
selva serán los cuerpos suspendidos,
del endrino en que sufre cada sombra.»

Aún pendientes estábamos del tronco
creyendo que quisiera más contarnos,
cuando de un ruido fuimos sorprendidos,

Igual que aquel que venir desde el puesto
escucha al jabalí y a la jauría
y oye a las bestias y un ruido de frondas;

Y miro a dos que vienen por la izquierda,
desnudos y arañados, que en la huída,
de la selva rompían toda mata.

Y el de delante: «¡Acude, acude, muerte!»
Y el otro, que más lento parecía,
gritaba: «Lano, no fueron tan raudas

en la batalla de Toppo tus piernas.»
Y cuando ya el aliento le faltaba,
de él mismo y de un arbusto formó un nudo.

La selva estaba llena detrás de ellos
de negros canes, corriendo y ladrando
cual lebreles soltados de trailla.

El diente echaron al que estaba oculto
y lo despedazaron trozo a trozo;
luego llevaron los miembros dolientes.

Cogíome entonces de la mano el guía,
y me llevó al arbusto que lloraba,
por los sangrantes rotos, vanamente.

Decía: «Oh Giácomo de Sant' Andrea,
¿qué te ha valido de mí hacer refugio?
¿qué culpa tengo de tu mala vida?»

Cuando el maestro se paró a su lado,
dijo: «¿Quién fuiste, que por tantas puntas
con sangre exhalas tu habla dolorosa?»

Y él a nosotros: «Oh almas que llegadas
soís a mirar el vergonzoso estrago,
que mis frondas así me ha desunido,

recogedlas al pie del triste arbusto.
Yo fui de la ciudad que en el Bautista
cambió el primer patrón: el cual, por esto

con sus artes por siempre la hará triste;
y de no ser porque en el puente de Arno
aún permanece de él algún vestigio,
esas gentes que la reedificaron

sobre las ruínas que Atila dejó,
habrían trabajado vanamente.
Yo de mi casa hice mi cadalso.»

CANTO XIV

Y como el gran amor del lugar patrio
me conmovió, reuní la rota fronda,
y se la devolví a quien ya callaba.

Al límite llegamos que divide
el segundo recinto del tercero,
y ví de la justicia horrible modo.

Por bien manifestar las nuevas cosas,
he de decir que a un páramo llegamos,
que de su seno cualquier planta ahuyenta.

La dolorosa selva es su guírnalda,
como para ésta lo es el triste foso;
justo al borde los pasos detuvimos.

Era el sitio una arena espesa y seca,
hecha de igual manera que esa otra
que oprimió Catón con su pisada.

¡Oh venganza divina, cuánto debes
ser temida de todo aquel que lea
cuanto a mis ojos fuera manifiesto!

De almas desnudas vi muchos rebaños,
todas llorando llenas de miseria,
y en diversas posturas colocadas:

unas gentes yacían boca arriba;
encogidas algunas se sentaban,
y otras andaban incesantemente.

Eran las más las que iban dando vueltas,
menos las que yacían en tormento,
pero más se quejaban de sus males.

Por todo el arenal, muy lentamente,
lueven copos de fuego dilatados,
como nieve en los Alpes si no hay viento.

Como Alejandro en la caliente zona
de la India vio llamas que caían
hasta la tierra sobre sus ejércitos;

por lo cual ordenó pisar el suelo
a sus soldados, puesto que ese fuego
se apagaba mejor si estaba aislado,

así bajaba aquel ardor eterno;
y encendía la arena, tal la yesca
bajo eslabón, y el tormento doblaba.

Nunca reposo hallaba el movimiento
de las miserables manos, repeliendo
aquí o allá de sí las nuevas llamas.

Yo comencé: «Maestro, tú que vences
todas las cosas, salvo a los demonios
que al entrar por la puerta nos salieron,

¿Quién es el grande que no se preocupa
del fuego y yace despectivo y fiero,
cual si la lluvia no le madurase?»

Y él mismo, que se había dado cuenta
que preguntaba por él a mi guía,
gritó: «Como fui vivo, tal soy muerto.

Aunque Jove cansara a su artesano
de quien, fiero, tomó el fulgor agudo
con que me golpeó el último día,

o a los demás cansase uno tras otro,
de Mongibelo en esa negra fragua,
clamando: “Buen Vulcano, ayuda, ayuda”

tal como él hizo en la lucha de Flegra,
y me asaeteara con sus fuerzas,
no podría vengarse alegremente.»

Mi guía entonces contestó con fuerza
tanta, que nunca le hube así escuchado:
«Oh Capaneo, mientras no se calme

tu soberbia, serás más afligido:
ningún martirio, aparte de tu rabia,
a tu furor dolor será adecuado.»

Después se volvió a mí con mejor tono,
«Este fue de los siete que asediaron
a Tebas; tuvo a Dios, y me parece

que aún le tenga, desdén, y no le implora;
más como yo le dije, sus desechos
son en su pecho galardón bastante.

Sígueme ahora y cuida que tus pies
no pisén esta arena tan ardiente,
mas camina pegado siempre al bosque.»

En silencio llegamos donde corre
fuera ya de la selva un arroyuelo,
cuyo rojo color aún me horripila:

como del Bulicán sale el arroyo
que reparten después las pecadoras,
al correr a través de aquella arena.

El fondo de éste y ambas dos paredes
eran de piedra, igual que las orillas;
y por ello pensé que ése era el paso.

«Entre todo lo que yo te he enseñado,
desde que atravesamos esa puerta
cuyos umbrales a nadie se niegan,

ninguna cosa has visto más notable
como el presente río que las llamas
apaga antes que lleguen a tocarle.»

Esto dijo mi guía, por lo cual
yo le rogué que acrecentase el pasto,
del que acrecido me había el deseo.

«Hay en medio del mar un devastado
país -me dijo- que se llama Creta;
bajo su rey fue el mundo virtuoso.

Hubo allí una montaña que alegraban
aguas y frondas, se llamaba Ida:
cual cosa vieja se halla ahora desierta.

La excelsa Rea la escogió por cuna
para su hijo y, por mejor guardarlo,
cuando lloraba, mandaba dar gritos.

Se alza un gran viejo dentro de aquel monte,
que hacia Damíata vuelve las espaldas
y al igual que a un espejo a Roma mira.

Está hecha su cabeza de oro fino,
y plata pura son brazos y pecho,
se hace luego de cobre hasta las ingles;

y del hierro mejor de aquí hasta abajo,
salvo el pie diestro que es barro cocido:
y más en éste que en el otro apoya.

Sus partes, salvo el oro, se hallan rotas
por una raja que gotea lágrimas,
que horadan, al juntarse, aquella gruta;

su curso en este valle se derrama:
forma Aqueronte, Estigia y Flagetonte;
corre después por esta estrecha espita

al fondo donde más no se desciende:
forma Cocito; y cuál sea ese pantano
ya lo verás; y no te lo describo.»

Yo contesté: «Sí el presente riachuelo
tiene así en nuestro mundo su principio,
¿Como puede encontrarse en este margen?»

Respondió: «Sabes que es redondo el sitio,
y aunque hayas caminado un largo trecho
hacia la izquierda descendiendo al fondo,

aún la vuelta completa no hemos dado;
por lo que sí aparecen cosas nuevas,
no debes contemplarlas con asombro.»

Y yo insistí «Maestro, ¿dónde se hallan
Flegetonte y Leteo?; a uno no nombras,
y el otro dices que lo hace esta lluvia.»

«Me agradan ciertamente tus preguntas
-dijo-, mas el bullir del agua roja
debía resolverte la primera.

Fuera de aquí podrás ver el Leteo,
allí donde a lavarse van las almas,
cuando la culpa purgada se borra.»

Dijo después: «Ya es tiempo de apartarse
del bosque; ven caminando detrás:
dan paso las orillas, pues no queman,
y sobre ellas se extingue cualquier fuego.»

CANTO XV

Camínamos por uno de los bordes,
y tan denso es el humo del arroyo,
que del fuego protege agua y orillas.

Tal los flamencos entre Gante y Brujas,
temiendo el viento que en invierno sopla,
a fin de que huya el mar hacen sus diques;

y como junto al Brenta los paduanos
por defender sus villas y castillos,
antes que Chiarentana el calor sienta;

de igual manera estaban hechos éstos,
sólo que ni tan altos ni tan gruesos,
fuese el que fuese quien los construyera.

Ya estábamos tan lejos de la selva
que no podría ver dónde me hallaba,
aunque hacía atrás yo me diera la vuelta,

cuando encontramos un tropel de almas
que andaban junto al dique, y todas ellas
nos miraban cual suele por la noche

mirarse el uno al otro en luna nueva;
y para vernos fruncían las cejas
como hace el sastre viejo con la aguja.

Examinado así por tal familia,
de uno fui conocido, que agarró
mi túnica y gritó: «¡qué maravilla!»

y yo, al verme cogido por su mano
fijé la vista en su quemado rostro,
para que, aun abrasado, no impidiera,

su reconocimiento a mí memoria;
e inclinando la mía hacia su cara
respondí: «¿Estáis aquí, señor Brunetto?»

«Hijo, no te disguste -me repuso-
sí Brunetto Latino deja un rato
a su grupo y contigo se detiene.»

Y yo le dije: «Os lo pido gustoso;
y si queréis que yo, con vos me pare,
lo haré si place a aquel con el que ando.»

«Hijo -repuso-, aquel de este rebaño
que se para, después cien años yace,
sin defenderse cuando el fuego quema.

Camina pues: yo marcharé a tu lado;
y alcanzaré más tarde a mí mesnada,
que va llorando sus eternos males.»

Yo no osaba bajarme del camino
y andar con él; más gacha la cabeza
tenía como el hombre reverente.

Él comenzó: «¿Qué fortuna o destino
antes de postrer día aquí te trae?
¿y quién es éste que muestra el camino?»

Y yo: «Allá arriba, en la vida serena
-le respondí- me perdí por un valle,
antes de que mi edad fuese perfecta.

Lo dejé atrás ayer por la mañana;
éste se apareció cuando a él volvía,
y me lleva al hogar por esta ruta.»

Y él me repuso: «Si sigues tu estrella
glorioso puerto alcanzarás sin falta,
sí de la vida hermosa bien me acuerdo;

y si no hubiese muerto tan temprano,
viendo que el cielo te es tan favorable,
dado te habría ayuda en la tarea.

Más aquel pueblo ingrato y malicioso
que desciende de Fiesole de antiguo,
y aún tiene en él del monte y del peñasco,

si obras bien ha de hacerse tu contrario:
y es con razón, que entre ásperos serbales
no debe madurar el dulce higo.

Vieja fama en el mundo llama ciegos,
gente es avara, envidiosa y soberbia:
librate siempre tú de sus costumbres.

Tanto honor tú fortuna te reserva,
que la una parte y la otra tendrán hambre
de ti; más lejos pon del chivo el pasto.

Las bestias fiesolanas se apacienten
de ellas mismas, y no toquen la planta,
si alguna surge aún entre su estiércol,

en que reviva la simiente santa
de los romanos que quedaron, cuando
hecho fue el nido de tan gran malicia.»

«Si pudiera cumplirse mi deseo
aún no estaríais vos -le repliqué-
de la humana natura separado;

que en mi mente está fija y aún me apena,
querida y buena, la paterna imagen
vuestra, cuando en el mundo hora tras hora

me enseñabais que el hombre se hace eterno;
y cuánto os lo agradezco, mientras viva,
conviene que en mi lengua se proclame.

Lo que narráis de mi carrera escribo,
para hacerlo glosar, junto a otro texto,
si hasta ella llego, a la mujer que sabe.

Sólo quiero que os sea manifiesto
que, con estar tranquila mi conciencia,
me doy, sea cual sea, a la Fortuna.

No es nuevo a mis oídos tal augurio:
mas la Fortuna hace girar su rueda
como gusta, y el labrador su azada.»

Entonces mi maestro la mejilla
derecha volvió atrás, y me miró;
dijo después: «Bien oye el precavido.»

Pero yo no dejé de hablar por eso
con ser Brunetto, y pregunto quién son
sus compañeros de más alta fama.

Y él me dijo: «Saber de alguno es bueno;
de los demás será mejor que calle,
que a tantos como son el tiempo es corto.

Sabe, en suma, que todos fueron clérigos
y literatos grandes y famosos,
al mundo sucios de un igual pecado.

Prisciano va con esa turba mísera,
y Francesco D'Accorso; y ver con éste,
sí de tal tiña tuvieses deseo,

podrás a quien el Siervo de los Siervos
hizo mudar del Arno al Bachiglión,
donde dejó los nervios mal usados.

De otros diría, mas charla y camino
no pueden alargarse, pues ya veo
surgir del arenal un nuevo humo.

Gente viene con la que estar no debo:
mi "Tesoro" te dejó encomendado,
en el que vivo aún, y más no digo.»

Luego se fue, y parecía de aquellos
que el verde lienzo corren en Verona
por el campo; y entre éstos parecía
de los que ganan, no de los que pierden.

CANTO XVI

Ya estaba donde el resonar se oía
del agua que caía al otro círculo,
como el que hace la abeja en la colmena;

cuando tres sombras juntas se salieron,
corriendo, de una turba que pasaba
bajo la lluvia de la áspera pena.

Hacia nosotros gritando venían:
«Detente quien parece por el traje
ser uno de la patria depravada.»

¡Ah, cuántas llagas ví en aquellos miembros,
viejas y nuevas, de la llama ardidas!
me siento aún dolorido al recordarlo.

A sus gritos mi guía se detuvo;
volvió el rostro hacia mí, y me dijo: « Espera,
pues hay que ser cortés con esta gente.

Y si no fuese por el crudo fuego
que este sitio asagtea, te diría
que te apresures tú mejor que ellos.»

Ellos, al detenernos, reemprendieron
su antiguo verso; y cuando ya llegaron,
hacen un corro de sí aquellos tres,

cual desnudos y untados campeones,
acechando a su presa y su ventaja,
antes de que se enzarcen entre ellos;

y con la cara vuelta, cada uno
me miraba de modo que al contrario
iba el cuello del pie continuamente.

«Sí el horror de este suelo movedizo
vuelve nuestras plegarias despreciables
-uno empezó- y la faz negra y quemada,

nuestra fama a tu ánimo suplique
que nos digas quién eres, que los vivos
pies tan seguro en el infierno arrastras.

Éste, de quien me ves pisar las huellas,
aunque desnudo y sin pellejo vaya,
fue de un grado mayor de lo que piensas,

pues nieto fue de la bella Gualdrada;
se llamó Guido Guerra, y en su vida
mucho obró con su espada y con su juicio.

El otro, que tras mí la arena pisa,
es Tegghiaio Aldobrandi, cuya voz
en el mundo debiera agradecerse;

y yo, que en el suplicio voy con ellos,
Jacopo Rusticucci; y fiera esposa
más que otra cosa alguna me condena.»

Si hubiera estado a cubierto del fuego,
me hubiera ido detrás de ellos al punto,
y no creo que al guía le importase;

mas me hubiera abrasado, y de ese modo
venció el miedo al deseo que tenía,
pues de abrazarles yo me hallaba ansioso.

Luego empecé: «No desprecio, mas pena
en mi interior me causa vuestro estado,
y es tanta que no puedo desprenderla,

desde el momento en que mi guía dijo
palabras, por las cuales yo pensaba
que, como soís, se acercaba tal gente.

De vuestra tierra soy, y desde siempre
vuestras obras y nombres tan honrados,
con afecto he escuchado y retenido.

Dejo la hiel y voy al dulce fruto
que mi guía veraz me ha prometido,
pero antes tengo que llegar al centro.»

«Muy largamente el alma te conduzcan
todavía -me dijo aquél- tus miembros,
y resplandezca luego tu memoria,

dí sí el valor y cortesía aún se hallan
en nuestra patria tal como solían,
o sí del todo han sido ya expulsados;

que Gínglielmo Borsiere, el cual se duele
desde hace poco en nuestro mismo grupo,
con sus palabras mucho nos aflige.»

«Las nuevas gentes, las ganancias súbitas,
orgullo y desmesura han generado,
en tí, Florencia, y de ello te lamentas.»

Así grité levantando la cara;
y los tres, que esto oyeron por respuesta,
se miraron como ante las verdades.

«Sí en otras ocasiones no te cuesta
satisfacer a otros -me dijeron-,
dichoso tú qué dices lo que quieres.

Pero si sales de este mundo ciego
y vuelves a mirar los bellos astros,
cuando decir “estuve allí” te plazca,

háblale de nosotros a la gente.»
Rompiéron luego el círculo y, huyendo,
alas sus raudas piernas parecían.

Un amén no podría haberse dicho
antes de que ellos se hubiesen perdido;
por lo que el guía quiso que partiésemos.

Yo iba detrás, y no avanzamos mucho
cuando el agua sonaba tan de cerca,
que apenas se escuchaban las palabras.

Como aquel río sigue su carrera
primero desde el veso hacia el levante,
a la vertiente izquierda de Apenino,

que Acquaqueta se llama abajo, antes
de que en un hondo lecho se desplome,
y en Forlì ya ese nombre no conserva,

resuena allí sobre San Benedetto,
de la roca cayendo en la cascada
en donde mil debieran recibirle;

así en lo hondo de un despeñadero,
oímos resonar el agua roja,
que el oído ofendía al poco tiempo.

Yo llevaba una cuerda a la cintura
con la que alguna vez hube pensado
cazar la onza de la piel pintada.

Luego de haberme toda desceñido,
como mi guía lo había mandado,
se la entregué recogida en un rollo.

Entonces se volvió hacia la derecha
y, alejándose un trecho de la orilla,
la arrojó al fondo de la escarpadura.

«Alguna novedad ha de venírnos
-pensaba para mí- del nuevo signo,
que el maestro así busca con los ojos.»

¡Cuán cautos deberían ser los hombres
junto a aquellos que no sólo las obras,
mas por dentro el pensar también conocen!

«Pronto -dijo- verás sobradamente
lo que espero, y en lo que estás pensando:
pronto conviene que tú lo descubras.»

La verdad que parece una mentira
debe el hombre callarse mientras pueda,
porque sin tener culpa se avergüence:

pero callar no puedo; y por las notas,
lector, de esta Comedia, yo te juro,
así no estén de larga gracia llenas,

que ví por aquel aire oscuro y denso
venir nadando arriba una figura,
que asustaría el alma más valiente,

tal como vuelve aquel que va al fondo
a desprender el ancla que se agarra
a escollos y otras cosas que el mar cela,
que el cuerpo extiende y los pies se recoge.

CANTO XVII

«Mira la bestia con la cola aguda,
que pasa montes, rompe muros y armas;
mira aquella que apesta todo el mundo.»

Así mi guía comenzó a decirme;
y le ordenó que se acercase al borde
donde acababa el camino de piedra.

Y aquella sucia imagen del engaño
se acercó, y sacó el busto y la cabeza,
mas a la orilla no trajo la cola.

Su cara era la cara de un buen hombre,
tan benévolo tenía lo de afuera,
y de serpiente todo lo restante.

Garras peludas tiene en las axilas;
y en la espalda y el pecho y ambos flancos
pintados tiene ruedas y lazadas.

Con más color debajo y superpuesto
no hacen tapices tártaros ni turcos,
ni fue tal tela hilada por Aracne.

Como a veces hay lanchas en la orilla,
que parte están en agua y parte en seco;
o allá entre los glotones alemanes

el castor se dispone a hacer su caza,
se hallaba así la fiera detestable
al borde pétreo, que la arena ciñe.

Al aire toda su cola movía,
cerrando arriba la horca venenosa,
que a guisa de escorpión la punta armaba.

El guía dijo: «Es preciso torcer
nuestro camino un poco, junto a aquella
malvada bestia que está allí tendida.»

Y descendimos al lado derecho,
caminando diez pasos por su borde,
para evitar las llamas y la arena.

Y cuando ya estuvimos a su lado,
sobre la arena ví, un poco más lejos,
gente sentada al borde del abismo.

Aquí el maestro: «Porque toda entera
de este recinto la experiencia lleves
-me dijo-, ve y contempla su castigo.

Allí sé breve en tus razonamientos:
mientras que vuelvas hablaré con ésta,
que sus fuertes espaldas nos otorgue.»

Así pues por el borde de la cima
de aquel séptimo círculo yo solo
anduve, hasta llegar a los penados.

Ojos afuera estallaba su pena,
de aquí y de allí con la mano evitaban
tan pronto el fuego como el suelo ardiente:

como los perros hacen en verano,
con el hocico, con el pie, mordidos
de pulgas o de moscas o de tábanos.

Y después de mirar el rostro a algunos,
a los que el fuego doloroso azota,
a nadie conocí; pero me acuerdo

que en el cuello tenía una bolsa
con un cierto color y ciertos signos,
que parecían complacer su vista.

Y como yo anduviéramos mirando,
algo azulado ví en una amarilla,
que de un león tenía cara y porte.

Luego, siguiendo de mí vista el curso,
otra advertí como la roja sangre,
y una oca blanca más que la manteca.

Y uno que de una cerda azul preñada
señalado tenía el blanco saco,
dijo: «¿Qué andas haciendo en esta fosa?

Vete de aquí; y puesto que estás vivo,
sabe que mi vecino Vitaliano
aquí se sentará a mi lado izquierdo;

de Padua soy entre estos florentinos;
y las orejas me atruenan sin tasa
gritando: “¡venga el noble caballero

que llenará la bolsa con tres chivos!"»
Aquí torció la boca y se sacaba
la lengua, como el buey que el belfo lame.

Y yo, temiendo importunar tardando
a quien de no tardar me había advertido,
atrás dejé las almas lastimadas.

A mí guía encontré, que ya subido
sobre la grupa de la fiera estaba,
y me dijo: «Sé fuerte y arrojado.

Ahora bajamos por tal escalera:
sube delante, quiero estar en medio,
porque su cola no vaya a dañarte.»

Como está aquel que tiene los temblores
de la quartana, con las uñas pálidas,
y tiembla entero viendo ya el relente,

me puse yo escuchando sus palabras;
pero me avergoncé con su advertencia,
que ante el buen amo el siervo se hace fuerte.

Encima me senté de la espaldaza:
quise decir, más la voz no me vino
como creí: «No dejes de abrazarme.»

Mas aquel que otras veces me ayudara
en otras dudas, luego que monté,
me sujetó y sostuvo con sus brazos.

Y le dijo: «Gerión, muévete ahora:
las vueltas largas, y el bajar sea lento:
piensa en qué nueva carga estás llevando.»

Como la navecilla deja el puerto
detrás, detrás, así ésta se alejaba;
y luego que ya a gusto se sentía,

en donde el pecho, ponía la cola,
y tesa, como anguila, la agitaba,
y con los brazos recogía el aire.

No creo que más grande fuese el miedo
cuando Faetón abandonó las riendas,
por lo que el cielo ardió, como aún parece;

ní cuando la cintura el pobre Ícaro
sin alas se notó, ya derretidas,
gritando el padre: «¡Mal camino llevas!»;

que el mío fue, cuando noté que estaba
rodeado de aire, y apagada
cualquier visión que no fuese la fiera;

ella nadando va lenta, muy lenta;
gira y desciende, pero yo no noto
sino el viento en el rostro y por debajo.

Oía a mí derecha la cascada
que hacía por encima un ruido horrible,
y abajo miro y la cabeza asomo.

Entonces temí aún más el precipicio,
pues fuego pude ver y escuchar llantos;
por lo que me encogí temblando entero.

Y vi después, que aún no lo había visto,
al bajar y girar los grandes males,
que se acercaban de diversos lados.

Como el halcón que asaz tiempo ha volado,
y que sin ver ni señuelo ni pájaro
hace decir al halconero: «¡Ah, baja!»,

lento desciende tras su grácil vuelo,
en cien vueltas, y a lo lejos se pone
de su maestro, airado y desdeñoso,

de tal modo Gerión se posó al fondo,
al mismo pie de la cortada roca,
y descargadas nuestras dos personas,
se disparó como de cuerda tensa.

CANTO XVIII

Hay un lugar llamado Malasbolsas
en el infierno, pétreo y ferrugiento,
igual que el muro que le ciñe entorno.

Justo en el medio del campo maligno
se abre un pozo bastante largo y hondo,
del cual a tiempo contaré las partes.

Es redondo el espacio que se forma
entre el pozo y el pie del duro abismo,
y en diez valles su fondo se divide.

Como donde, por guarda de los muros,
más y más fosos ciñen los castillos,
el sitio en donde estoy tiene el aspecto;

tal imagen los valles aquí tienen.
Y como del umbral de tales fuertes
a la orilla contraria hay puentecillos,

así del borde de la roca, escollos
conducen, dividiendo foso y márgenes,
hasta el pozo que les corta y les une.

En este sitio, ya de las espaldas
de Gerión nos bajamos; y el poeta
tomó a la izquierda, y yo me fui tras él.

A la derecha ví nuevos pesares,
nuevos castigos y verdugos nuevos,
que la bolsa primera abarrotaban.

Allí estaban desnudos los malvados;
una mitad iba dando la espalda,
otra de frente, con pasos más grandes;

tal como en Roma la gran muchedumbre,
del año jubilar, allí en el puente
precisa de cruzar en doble vía,

que por un lado todos van de cara
hacia el castillo y a San Pedro marchan;
y de otro lado marchan hacia el monte.

De aquí, de allí, sobre la oscura roca,
ví demonios cornudos con flagelos,
que azotaban cruelmente sus espaldas.

¡Ay, cómo hacían levantar las piernas
a los primeros golpes!, pues ninguno
el segundo esperaba ni el tercero.

Mientras andaba, en uno mi mirada
vino a caer; y al punto yo me dije:
«De haberle visto ya no estoy ayuno.»

Y así paré mi paso para verlo:
y mi guía conmigo se detuvo,
y consintió en que atrás retrocediera.

Y el condenado creía ocultarse
bajando el rostro; mas sirvió de poco,
pues yo le dije: «Oh tú que el rostro agachas,

si los rasgos que llevas no son falsos,
venedico eres tú Caccianemico;
mas ¿qué te trae a salsas tan pícantes?»

Y repuso: «Lo digo de mal grado;
pero me fuerzan tus claras palabras,
que me hacen recordar el mundo antiguo.

Fuí yo mismo quien a Ghisolabella
indujo a hacer el gusto del marqués,
como relaten la sucia noticia.

Y boloñés no lloró aquí tan sólo,
mas tan repleto está este sitio de ellos,
que ahora tantas lenguas no se escuchan

que digan "Sípa" entre Savena y Reno;
y si fe o testimonio de esto quieres,
trae a tu mente nuestro seno avaro.»

Hablando así le golpeó un demonio
con su zurriago, y dijo: «Lárgate
rufián, que aquí no hay hembras que se vendan.»

Yo me reuní al momento con mi escolta;
luego, con pocos pasos, alcanzamos
un escollo saliente de la escarpa.

Con mucha ligereza lo subimos
y, vueltos a derecha por su dorso,
de aquel círculo eterno nos marchamos.

Cuando estuvimos ya donde se ahueca
debajo, por dar paso a los penados,
el guía dijo: «Espera, y haz que pongan

la vista en tí esos otros malnacidos,
a los que aún no les viste el semblante,
porque en nuestro sentido caminaban.»

Desde el puente mirábamos el grupo
que al otro lado hacía nosotros iba,
y que de igual manera azota el látigo.

Y sin yo preguntarle el buen Maestro
«Mira aquel que tan grande se aproxima,
que no le causa lágrimas el daño.

¡Qué soberano aspecto aún conserva!
Es Jasón, que por ánimo y astucia
dejó privada del carnero a Cólcida.

Éste pasó por la isla de Lemnos,
luego que osadas hembras despiadadas
muerte dieran a todos sus varones:

con tretas y palabras halagüeñas
a Isifile engañó, la muchachita
que antes había a todas engañado.

Allí la dejó encinta, abandonada;
tal culpa le condena a tal martirio;
también se hace venganza de Medea.

Con él están los que en tal modo engañan:
y del valle primero esto te baste
conocer, y de los que en él castiga.»

Nos hallábamos ya donde el sendero
con el margen segundo se entrecruza,
que a otro arco le sirve como apoyo.

Aquí escuchamos gentes que ocupaban
la otra bolsa y soplaban por el morro,
pegándose a sí mismas con las manos.

Las orillas estaban engrumadas
por el vapor que abajo se hace espeso,
y ofendía a la vista y al olfato.

Tan oscuro es el fondo, que no deja
ver nada si no subes hasta el dorso
del arco, en que la roca es más saliente.

Allí subimos; y de allá, en el foso
ví gente zambullida en el estiércol,
cual de humanas letrinas recogido.

Y mientras yo miraba hacia allá abajo,
ví una cabeza tan de mierda llena,
que no sabía si era laico o fraile.

Él me gritó: «¿Por qué te satisface
mirarme más a mí que a otros tan sucios?»
Le dije yo: «Porque, si bien recuerdo,

con los cabellos secos ya te he visto,
y eres Alesio Interminéi de Lucca:
por eso más que a todos te miraba.»

Y él dijo, golpeándose la chola:
«Aquí me han sumergido las lisonjas,
de las que nunca se cansó mi lengua.»

Luego de esto, mi guía: «Haz que penetre
-dijo- tu vista un poco más delante,
tal que tus ojos vean bien el rostro

de aquella sucia y desgredada esclava,
que allí se rasca con uñas mierdosas,
y ahora se tumba y ahora en pie se pone:

es Thaís, la prostituta, que repuso
a su amante, al decirle "¿Tengo prendas
bastantes para tí?": "aún más, excelsas".
Y sea aquí saciada nuestra vista.»

CANTO XIX

¡Oh Simón Mago! Oh míseros secuaces
que las cosas de Dios, que de los buenos
esposas deben ser, como rapaces

por el oro y la plata adulteráis!
sonar debe la trompa por vosotros,
puesto que estáis en la tercera bolsa.

Ya estábamos en la siguiente tumba,
subidos en la parte del escollo
que cae justo en el medio de aquel foso.

¡Suma sabiduría! ¡Qué arte muestras
en el cielo, en la tierra y el mal mundo,
cuán justamente tu virtud repartes!

Yo ví, por las orillas y en el fondo,
llena la piedra lívida de hoyos,
todos redondos y de igual tamaño.

No los ví menos amplios ni mayores
que esos que hay en mi bello San Juan,
y son el sitio para los bautismos;

uno de los que no hace aún mucho tiempo
yo rompí porque en él uno se ahogaba:
sea esto seña que a todos convenza.

A todos les salían por la boca
de un pecador los pies, y de las piernas
hasta el muslo, y el resto estaba dentro.

Ambas plantas a todos les ardían;
y tan fuerte agitaban las coyundas,
que habrían destrozado sogas y cuerdas.

Cual suele el llamear en cosas grasas
moverse por la extrema superficie,
así era allí del talón a la punta.

«¿Quién es, maestro, aquel que se enfurece
pataleando más que sus consortes
-dije- y a quién más roja llama quema?»

Y él me dijo: «Si quieres que te lleve
allí por la pendiente que desciende,
él te hablará de sí y de sus pecados.»

Y yo: «Lo que tú quieras será bueno,
eres tú mi señor y no me aparto
de tu querer: y lo que callo sabes.»

Caminábamos pues el cuarto margen:
volvimos y bajamos a la izquierda
al fondo estrecho y agujereado.

Entonces el maestro de su lado
no me apartó, hasta vernos junto al hoyo
de aquel que se dolía con las zancas.

«Oh tú que tienes lo de arriba abajo,
alma triste clavada cual madero,
-le dije yo-, contéstame si puedes.»

Yo estaba como el fraile que confiesa
al pérfido asesino, que, ya hincado,
por retrasar su muerte le reclama.

Y él me gritó: «¿Ya estás aquí plantado?,
¿ya estás aquí plantado, Bonifacio?
En pocos años me mintió lo escrito.

¿Ya te cansaste de aquellas riquezas
por las que hacer engaño no temiste,
y atormentar después a tu Señora?»

Me quedé como aquellos que se encuentran,
por no entender lo que alguien les responde,
confundidos, y contestar no saben.

Dijo entonces Virgilio: «Dile pronto:
"No soy aquel, no soy aquel que piensas."»
Yo respondí como me fue indicado.

Torció los pies entonces el espíritu,
luego gimiendo y con voces llorosas,
me dijo: «¿Entonces, para qué me buscas?

si te interesa tanto el conocerme,
que has recorrido así toda la roca,
sabe que fui investido del gran manto,

y en verdad fui retoño de la Osa,
y tan ansioso de engordar oseznos,
que allí el caudal, aquí yo, me he embolsado.

Y bajo mi cabeza están los otros
que a mí, por simonía, precedieron,
y que lo estrecho de la piedra aplasta.

Allí habré yo de hundirme también cuando
venga aquel que creía que tú fueses,
al hacerte la súbita pregunta.

Pero mis pies se abrasan ya más tiempo
y más estoy yo puesto boca abajo,
del que estarán plantados sus pies rojos,

pues vendrá luego de él, aún más manchado,
desde el poniente, un pastor sin entrañas,
tal que conviene que a los dos recubra.

Nuevo Jasón será, como nos muestra
MACABEOS, y como a aquel fue blando
su rey, así ha de hacer quien Francia rige.»

No sé si fui yo loco en demasía,
pues que le respondí con tales versos:
«Ah, dime ahora, qué tesoros quiso

Nuestro Señor antes de que a San Pedro
le pusiese las llaves a su cargo?
Únicamente dijo: "Ven conmigo";

ní Pedro ní los otros de Matías
oro ní plata, cuando sortearon
el puesto que perdió el alma traidora.

Quédate ahí, que estás bien castigado,
y guarda las riquezas mal cogidas,
que atrevido te hicieron contra Carlos.

Y si no fuera porque me lo veda
el respeto a las llaves soberanas
que fueron tuyas en la alegre vida,

usaría palabras aún más duras;
porque vuestra avaricia daña al mundo,
hundiendo al bueno y ensalzando al malo.

Pastores, os citó el evangelista,
cuando aquella que asienta sobre el agua
él vio prostituida con los reyes:

aquella que nació con siete testas,
y tuvo autoridad con sus diez cuernos,
mientras que su virtud plació al marido.

Os habéis hecho un Dios de oro y de plata:
y qué os separa ya de los ídólatras,
sino que a ciento honráis y ellos a uno?

Constantino, ide cuánto mal fue madre,
no que te convirtieses, mas la dote
que por tí enriqueció al primer patriarca!»

Y mientras yo cantaba tales notas,
mordido por la ira o la conciencia,
con fuerza las dos piernas sacudía.

Yo creo que a mí guía le gustaba,
pues con rostro contento había escuchado
mis palabras sinceramente dichas.

Entonces me cogió con los dos brazos;
y luego de subirme hasta su pecho,
volvió a ascender la senda que bajamos.

No se cansó llevándome agarrado,
hasta ponerme en la cima del puente
que del cuarto hasta el quinto margen cruza.

Con suavidad aquí dejó la carga,
suave, en el escollo áspero y pino
que a las cabras sería mala trocha.
Desde ese sitio descubrí otro valle.

CANTO XX

De nueva pena he de escribir los versos
y dar materia al vigésimo canto
de la primer canción, que es de los reos.

Estaba yo dispuesto totalmente
a mirar en el fondo descubierto,
que me bañaba de angustioso llanto;

por el redondo valle ví a unas gentes
venir, calladas y llorando, al paso
con que en el mundo van las procesiones.

Cuando bajé mi vista aún más a ellas,
ví que estaban torcidas por completo
desde el mentón al principio del pecho;

porque vuelto a la espalda estaba el rostro,
y tenían que andar hacia detrás,
pues no podían ver hacia delante.

Por la fuerza tal vez de perlesía
alguno habrá en tal forma retorcido,
mas no lo ví, ni creo esto que pase.

Si Dios te deja, lector, coger fruto
de tu lectura, piensa por tí mismo
si podría tener el rostro seco,

cuando ví ya de cerca nuestra imagen
tan torcida, que el llanto de los ojos
les bañaba las nalgas por la raja.

Lloraba yo, apoyado en una roca
del duro escollo, tal que dijo el guía:
«¿Es que eres tú de aquellos insensatos?,

vive aquí la piedad cuando está muerta:
¿Quién es más criminal de lo que es ése
que al designio divino se adelanta?

Alza tu rostro y mira a quien la tierra
a la vista de Tebas se tragó;
y de allí le gritaban: “¿Dónde caes

Anfiareo?, ¿por qué la guerra dejas?”
Y no dejó de rodar por el valle
hasta Minos, que a todos los agarra.

Mira cómo hizo pecho de su espalda:
pues mucho quiso ver hacia adelante,
mira hacia atrás y marcha reculando.

Mira a Tiresías, que mudó de aspecto
al hacerse mujer siendo varón
cambiándose los miembros uno a uno;

y después, golpear debía antes
las unidas serpientes, con la vara,
que sus víriles plumas recobrase.

Aronte es quien al vientre se le acerca,
que en los montes de Luní, que cultiva
el carrarés que vive allí debajo,

tuvo entre blancos mármoles la cueva
como mansión; donde al mirar los astros
y el mar, nada la vista le impedía.

Y aquella que las tetas se recubre,
que tú no ves, con trenzas desatadas,
y todo el cuerpo cubre con su pelo,

fue Manto, que corrió por muchas tierras;
y luego se afincó donde nació,
por lo que un poco quiero que me escuches:

Después de que su padre hubiera muerto,
y la ciudad de Baco esclavizada,
ella gran tiempo anduvo por el mundo.

En el norte de Italia se halla un lago,
al pie del Alpe que ciñe Alemania
sobre el Tirol, que Benago se llama.

Por mil fuentes, y aún más, el Apenino
ente Garda y Camónica se baña,
por el agua estancada en dicho lago.

En su medio hay un sitio, en que el trentino
pastor y el de Verona, y el de Brescia,
sí ese camino hiciere, bendijera.

Se halla Pesquiera, arnés hermoso y fuerte,
frontera a bergamescos y brescianos,
en la ribera que en el sur le cerca.

En ese sitio se desborda todo
lo que el Benago contener no puede,
y entre verdes praderas se hace un río.

Tan pronto como el agua aprisa corre,
no ya Benago, mas Mencio se llama
hasta Governo, donde cae al Po.

Tras no mucho correr, encuentra un valle,
en el cual se dilata y empantana;
y en el estío se vuelve insalubre.

Pasando por allí la virgen fiera,
vío tierra en la mitad de aquel pantano,
sin cultivo y desnuda de habitantes.

Allí, para escapar de los humanos,
con sus siervas quedose a hacer sus artes,
y vivió, y dejó allí su vano cuerpo.

Los hombres luego que vivían cerca,
se acogieron al sitio, que era fuerte,
pues el pantano aquel lo rodeaba.

Fundaron la ciudad sobre sus huesos;
y por quien escogió primero el sitio,
Mantua, sin otro augurio, la llamaron.

Sus moradores fueron abundantes,
antes que la torpeza de Casoldí,
de Pínamonte engaño recibiese.

Esto te advierto por si acaso oyeras
que se fundó de otro modo mi patria,
que a la verdad mentira alguna oculte.»

Y yo: «Maestro, tus razonamientos
me son tan ciertos y tan bien los creo,
que apagados carbones son los otros.

Mas dime, de la gente que camina,
si ves alguna digna de noticia,
pues sólo en eso mi mente se ocupa.»

Entonces dijo: «Aquel que desde el rostro
la barba ofrece por la espalda oscura,
fue, cuando Grecia falta de varones

tanto, que había apenas en las cunas
augur, y con Calcante dio la orden
de cortar en Aulide las amarras.

Se llamaba Eurípilo, y así canta
algún pasaje de mi gran tragedia:
tú bien lo sabes pues la sabes toda.

Aquel otro en los flancos tan escaso,
Miguel Escoto fue, quien en verdad
de los mágicos fraudes supo el juego.

Mira a Guido Bonatti, mira a Asdente,
que haber tomado el cuero y el bramante
ahora querría, mas tarde se acuerda;

Y a las tristes que el huso abandonaron,
las agujas y ruecas, por ser magas
y hechiceras con hierbas y figuras.

Mas ahora ven, que llega ya al confín
de los dos hemisferios, y a las ondas
bajo Sevilla, Caín con las zarzas,

y la luna ayer noche estaba llena:
bien lo recordarás, que no fue estorbo
alguna vez en esa selva oscura.»
Así me hablaba, y mientras caminábamos.

CANTO XXI

Así de puente en puente, conversando
de lo que mi Comedia no se ocupa,
subimos, y al llegar hasta la cima

nos paramos a ver la otra hondonada
de malasbolsas y otros llantos vanos;
y la ví tenebrosamente oscura.

Como en los arsenales de Venecia
bulle pez pegajosa en el invierno
al reparar sus leños averiados,

que navegar no pueden; y a la vez
quién hace un nuevo leño, y quién embrea
los costados a aquel que hizo más rutas;

quién remacha la popa y quién la proa;
hacen otros los remos y otros cuerdas;
quién repara mesanas y trinquetas;

así, sin fuego, por divinas artes,
bullía abajo una espesa resina,
que la orilla impregnaba en todos lados.

La veía, mas no veía en ella
más que burbujas que el hervor alzaba,
todas hincharse y explotarse luego.

Mientras allá miraba fijamente,
el poeta, diciendo: «¡Atento, atento!»
a él me atrajo del sitio en que yo estaba.

Me volví entonces como aquel que tarda
en ver aquello de que huir conviene,
y a quién de pronto le acobarda el miedo,

y, por mirar, no demora la marcha;
y un diablo negro ví tras de nosotros,
que por la roca corriendo venía.

¡Ah, qué fiera tenía su apariencia,
y parecían cuán amenazantes
sus pies ligeros, sus abiertas alas!

En su hombro, que era anguloso y soberbio,
cargaba un pecador por ambas ancas,
agarrando los pies por los tendones.

«¡Oh Malasgarras --dijo desde el puente--,
os mando a un regidor de Santa Zita!
Ponedlo abajo, que voy a por otro

a esa tierra que tiene un buen surtido:
salvo Bonturo todos son venales;
del “sí” allí hacen “no” por el dinero.»

Abajo lo tiró, y por el escollo
se volvió, y nunca fue un mastín soltado
persiguiendo a un ladrón con tanta prisa.

Aquél se hundió, y se salía de nuevo;
mas los demonios que albergaba el puente
gritaron: «¡No está aquí la Santa Faz,

y no sé nada aquí como en el Serquío!
así que, si no quieres nuestros garfios,
no te aparezcas sobre la resina.»

Con más de cien arpones le pinchaban,
dicen: «Cubierto bailar aquí debes,
tal que, si puedes, a escondidas hurtas.»

No de otro modo al pinche el cocinero
hace meter la carne en la caldera,
con los tridentes, para que no flote.

Y el buen Maestro: «Para que no sepan
que estás agua -me dijo- ve a esconderte
tras una roca que sirva de abrigo;

y por ninguna ofensa que me hagan,
debes temer, que bien conozco esto,
y otras veces me he visto en tales líos.»

Después pasó del puente a la otra parte;
y cuando ya alcanzó la sexta fosa;
le fue preciso un ánimo templado.

Con la ferocidad y con la saña
que los perros atacan al mendigo,
que de pronto se para y limosnea,

del puentecillo aquéllos se arrojaron,
y en contra de él volvieron los arpones;
mas él gritó: «¡Que ninguno se atreva!

Antes de que me pinchen los tridentes,
que se adelante alguno para oírme,
pensad bien si debéis arponearme.»

«¡Que vaya Malacola!» -se gritaron;
y uno salió de entre los otros quietos,
y vino hasta él diciendo: «¿De qué sirve?»

«Es que crees, Malacola, que me habrías
visto venir -le dijo mi maestro-
seguro ya de todas vuestras armas,

sín el querer divino y diestro hado?
Déjame andar, que en el cielo se quiere
que el camino salvaje enseñe a otros.»

Su orgullo entonces fue tan abatido
que el tridente dejó caer al suelo,
y a los otros les dijo: «No tocarlo.»

Y el guía a mí: «Oh tú que allí te encuentras
tras las rocas del puente agazapado,
puedes venir conmigo ya seguro.»

Por lo que yo avancé hasta él deprisa;
y los diablos se echaron adelante,
tal que temí que el pacto no guardaran;

así yo ví temer a los infantes
yéndose, tras rendirse, de Caprona,
al verse ya entre tantos enemigos.

Yo me arrimé con toda mi persona
a mi guía, y los ojos no apartaba
de sus caras que no eran nada buenas.

Inclinaban los garfios: «¿Que le pinche
-decíanse- queréis, en el trasero?»
Y respondían: «Sí, pínchale fuerte.»

Pero el demonio aquel que había hablado
con mi guía, volvióse raudamente,
y dijo: «Para, para, Arrancapelos.»

Luego nos dijo: «Más andar por este
escollo no se puede, pues que yace
todo despedazado el arco sexto;

y si queréis seguir más adelante
podéis andar aquí, por esta escarpa:
hay otro escollo cerca, que es la ruta.

Ayer, cinco horas más que en esta hora,
mil y doscientos y sesenta y seis
años hizo, que aquí se hundió el camino.

Hacia allá mando a alguno de los míos
para ver si se escapa alguno de esos;
id con ellos, que no han de molestaros.

¡Adelante Aligacho, Patasfrías,
-él comenzó a decir- y tú, Malchucho;
y Barbatiesa guíe la decena.

vayan detrás Salido y Ponzoñoso,
jabalí Colmilludo, Arañaperros,
el Tartaja y el loco del Berrugas.

Mirad en torno de la pez hirviente;
éstos a salvo lleguen al escollo
que todo entero va sobre la fosa.»

«¡Ay maestro, qué es esto que estoy viendo!
-dije- vayamos solos sin escolta,
si sabes ir, pues no la necesito.

Si eres tan avisado como sueles,
¿no ves cómo sus dientes les rechinan,
y su entrecejo males amenaza?»

Y él me dijo: «No quiero que te asustes;
déjalos que rechinen a su gusto,
pues hacen eso por los condenados.»

Dieron la vuelta por la orilla izquierda,
mas primero la lengua se mordieron
hacia su jefe, a manera de seña,
y él hizo una trompeta de su culo.

CANTO XXII

Caballeros he visto alzar el campo,
comenzar el combate, o la revista,
y alguna vez huir para salvarse;

en vuestra tierra he visto exploradores,
¡Oh aretinos! y he visto las mesnadas,
hacer torneos y correr las justas,

ora con trompas, y ora con campanas,
con tambores, y hogueras en castillos,
con cosas propias y también ajenas;

mas nunca con tan rara cornamusa,
moverse caballeros ni pendones,
ni nave al ver una estrella o la tierra.

Caminábamos con los diez demonios,
ifiera compañía!, mas en la taberna
con borrachos, con santos en la iglesia.

Mas a la pez volvía la mirada,
por ver lo que la bolsa contenía
y a la gente que adentro estaba ardiendo.

Cual los delfines hacen sus señales
con el arco del lomo al marinero,
que le preparan a que el leño salve,

por aliviar su pena, de este modo
enseñaban la espalda algunos de ellos,
escondiéndose en menos que hace el rayo.

Y como al borde del agua de un charco
hay renacuajos con el morro fuera,
con el tronco y las ancas escondidas,

se encontraban así los pecadores;
mas, como se acercaba Barbatiesa,
bajo el hervor volvieron a meterse.

Yo ví, y el corazón se me acongoja,
que uno esperaba, así como sucede
que una rana se queda y otra salta;

Y Arañaperros, que a su lado estaba,
le agarró por el pelo empegotado
y le sacó cual si fuese una nutria.

Ya de todos el nombre conocía,
pues lo aprendí cuando fueron nombrados,
y atento estuve cuando se llamaban.

«Ahora, Berrugas, puedes ya clavarle
los garfios en la espalda y desollarlo»
gritaban todos juntos los malditos.

Y yo: «Maestro, intenta, si es que puedes,
saber quién es aquel desventurado,
llegado a manos de sus enemigos.»

Y junto a él se aproximó mi guía;
preguntó de dónde era, y él repuso:
«Fuí nacido en el reino de Navarra.

Criado de un señor me hizo mi madre,
que me había engendrado de un bellaco,
destructor de sí mismo y de sus cosas.

Después fuí de la corte de Teobaldo:
allí me puse a hacer baratertas;
y en este caldo estoy rindiendo cuentas.»

Y Colmilludo a cuya boca asoman,
tal jabalí, un colmillo a cada lado,
le hizo sentir cómo uno descosía.

Cayó el ratón entre malvados gatos;
mas le agarró en sus brazos Barbatiesa,
y dijo: «Estaros quiéto un momento.»

Y volviendo la cara a mi maestro
«Pregunta -dijo- aún, si más deseas
de él saber, antes que esos lo destrocen».

El guía entonces: «De los otros reos,
di ahora si de algún latino sabes
que esté bajo la pez.» Y él: «Hace poco

a uno dejé que fue de allí vecino.
¡Si estuviere con él aún recubierto
no temería tridentes ni garras!»

Y el Salido: «Esperamos ya bastante»,
dijo, y cogióle el brazo con el gancho,
tal que se llevó un trozo desgarrado.

También quiso agarrarle Ponzoñoso
piernas abajo; mas el decurión
miró a su alrededor con mala cara.

Cuando estuvieron algo más calmados,
a aquel que aún contemplaba sus heridas
le preguntó mi guía sin tardanza:

«¿Y quién es ése a quien enhoramala
dejaste, has dicho, por salir a flote?»
Y aquél repuso: «Fue el fraile Gomita,

el de Gallura, vaso de mil fraudes;
que apresó a los rivales de su amo,
consiguiendo que todos lo alabasen.

Cogió el dinero, y soltoles de plano,
como dice; y fue en otros menesteres,
no chico, mas eximio baratero.

Trata con él maese Miguel Zaque
de Logodoro; y hablan Cerdeña
sin que sus lenguas nunca se fatiguen.

¡Ay de mí! ved que aquél rechina el diente:
más te diría pero tengo miedo
que a rascarme la tiña se aparezcan.»

Y vuelto hacia el Tartaja el gran preboste,
cuyos ojos herirle amenazaban,
dijo: « Hazte a un lado, pájaro malvado.»

«Sí queréis conocerles o escucharles
-volvió a empezar el preso temeroso-
haré venir toscanos o lombardos;

pero quietos estén los Malasgarras
para que éstos no teman su venganza,
y yo, siguiendo en este mismo sitio,

por uno que soy yo, haré venir siete
cuando les silbe, como acostumbramos
hacer cuando del fondo sale alguno.»

Malchucho en ese instante alzó el hocico,
moviendo la cabeza, y dijo: «ved
qué malicia pensó para escaparse.»

Mas él, que muchos trucos conocía
respondió: «¡Malicioso soy acaso,
cuando busco a los míos más tristeza?»

No se aguantó Aligacho, y, al contrario
de los otros, le dijo: «Si te tiras,
yo no iré tras de tí con buen galope,

mas batiré sobre la pez las alas;
deja la orilla y corre tras la roca;
ya veremos si tú nos aventajas.»

Oh tú que lees, oírás un nuevo juego:
todos al otro lado se volvieron,
y el primero aquel que era más contrario.

Aprovechó su tiempo el de Navarra;
fijó la planta en tierra, y en un punto
dio un salto y se escapó de su preboste.

Y por esto, culpables se sintieron,
más aquel que fue causa del desastre,
que se marchó gritando: «Ya te tengo.»

Mas de poco valió, pues que al miedoso
no alcanzaron las alas: se hundió éste,
y aquél alzó volando arriba el pecho.

No de otro modo el ánade de golpe,
cuando el halcón se acerca, se sumerge,
y éste, roto y cansado, se remonta.

Airado Patasfrías por la broma,
volando atrás, lo cogió, deseando
que aquél huyese para armar camorra;

y al desaparecer el baratero,
volvió las garras a su camarada,
tal que con él se enzarzó sobre el foso.

Fue el otro gavilán bien amaestrado,
sujetándole bien, y ambos cayeron
en la mitad de aquel pantano hirviente.

Los separó el calor a toda prisa,
pero era muy difícil remontarse,
pues tenían las alas pegajosas.

Barbatiesa, enfadado cual los otros,
a cuatro hizo volar a la otra parte,
todos con grafios y muy prestamente.

Por un lado y por otro descendieron:
echaron garfios a los atrapados,
que cocidos estaban en la costra,
y así enredados los abandonamos.

CANTO XXIII

Callados, solos y sin compañía
caminábamos uno tras del otro,
lo mismo que los frailes franciscanos.

Vuelto había a la fábula de Esopo
mi pensamiento la presente ríña,
donde él habló del ratón y la rana,

porque igual que «enseguida» y «al instante»,
se parecen las dos si se compara
el principio y el fin atentamente.

Y, cual de un pensamiento el otro sale,
así nació de aquel otro después,
que mi primer espanto redoblaba.

Yo así pensaba: «Sí estos por nosotros
quedan burlados con daño y con befa,
supongo que estarán muy resentidos.

Sí sobre el mal la ira se acrecienta,
ellos vendrán detrás con más crueldad
que el can lleva una liebre con los dientes.»

Ya sentía erizados los cabellos
por el miedo y atrás atento estaba
cuando dije: «Maestro, sí escondite

no encuentras enseguida, me amedrentan
los Malasgarras: vienen tras nosotros:
tanto los imagino que los siento.»

Y él: «Sí yo fuese de azogado vidrio,
tu imagen exterior no copiaría
tan pronto en mí, cual la de dentro veo;

tras mí pensar el tuyo ahora venía,
con igual acto y con la misma cara,
que un único consejo hago de entrambos.

Sí hacía el lado derecho hay una cuesta,
para poder bajar a la otra bolsa,
huiremos de la caza imaginada.»

Este consejo apenas proferido,
los ví venir con las alas extendidas,
no muy de lejos, para capturarnos.

De súbito mi guía me cogió
cual la madre que al ruido se despierta
y ve cerca de sí la llama ardiente,

que coge al hijo y huye y no se para,
teniendo, más que de ella, de él cuidado,
aunque tan sólo vista una camisa.

Y desde lo alto de la dura margen,
de espaldas resbaló por la pendiente,
que cierra la otra bolsa por un lado.

No corre por la aceña agua tan rauda,
para mover la rueda del molino,
cuando más a los palos se aproxima,

cual mi maestro por aquel barranco,
sosteniéndome encima de su pecho,
como a su hijo, y no cual compañero.

Y llegaron sus pies al lecho apenas
del fondo, cuando aquéllos a la cima
sobre nosotros; pero no temíamos,

pues la alta providencia que los quiere
hacer ministros de la quinta fosa,
poder salir de allí no les permite.

Allí encontramos a gente pintada
que alrededor marchaba a lentos pasos,
llorando fatigados y abatidos.

Tenían capas con capuchas bajas
hasta los ojos, hechas del tamaño
que se hacen en Cluní para los monjes:

por fuera son de oro y deslumbrantes,
mas por dentro de plomo, y tan pesadas
que Federico de paja las puso.

¡Oh eternamente fatigoso manto!
Nosotros aún seguimos por la izquierda
a su lado, escuchando el triste lloro;

mas cansados aquéllos por el peso,
venían tan despacio, que con nuevos
compañeros a cada paso estábamos.

Por lo que dije al guía: «ve si encuentras
a quien de nombre o de hechos se conozca,
y los ojos, andando, mueve entorno.»

Uno entonces que oyó mi hablar toscano,
de detrás nos gritó: «Parad los pasos,
los que corréis por entre el aire oscuro.

Tal vez tendrás de mí lo que buscabas.»
Y el guía se volvió y me dijo: «Espera,
y luego anda conforme con sus pasos.»

Me detuve, y ví a dos que una gran ansia
mostraban, en el rostro, de ir conmigo,
mas la carga pesaba y el sendero.

Cuando estuvieron cerca, torvamente,
me remiraron sin decir palabra;
luego así se volvieron y decían:

«Ése parece vivo en la garganta;
y, si están muertos ¿por qué privilegio
van descubiertos de la gran estola?»

Dijéronme: «Oh Toscano, que al colegio
de los tristes hipócritas viniste,
dínos quién eres sin tener reparo.»

«He nacido y crecido -les repuse-
en la gran villa sobre el Arno bello,
y con el cuerpo estoy que siempre tuve.

¿Quién sois vosotros, que tanto os destila
el dolor, que así veo por el rostro,
y cuál es vuestra pena que reluce?»

«Estas doradas capas -uno dijo-
son de plomo, tan gruesas, que los pesos
hacen así chirriar a sus balanzas.

Frailes gozosos fuimos, boloñeses;
yo Catalano y éste Loderingo
llamados, y elegidos en tu tierra,

como suele nombrarse a un imparcial
por conservar la paz; y fuimos tales
que en torno del Gardingo aún puede verse.»

Yo comencé: «Oh hermanos, vuestros males »
No dije más, porque ví por el suelo
a uno crucificado con tres palos.

Al verme, por entero se agitaba,
soplándose en la barba con suspiros;
y el fraile Catalán que lo advirtió,

me dijo: «El condenado que tú miras,
dijo a los fariseos que era justo
ajusticiar a un hombre por el pueblo.

Desnudo está y clavado en el camino
como ves, y que sienta es necesario
el peso del que pasa por encima;

y en tal modo se encuentra aquí su suegro
en este foso, y los de aquel concilio
que a los judíos fue mala semilla.»

Ví que Virgilio entonces se asombraba
por quien se hallaba allí crucificado,
en el eterno exilio tan vilmente.

Después dirigió al fraile estas palabras:
«No os desagrade, si podéis, decírnos
si existe alguna trocha a la derecha,

por la cual ambos dos salir podamos,
sin obligar a los ángeles negros,
a que nos saquen de este triste foso.»

Repuso entonces: «Antes que lo esperes,
hay un peñasco, que de la gran roca
sale, y que cruza los terribles valles,

salvo aquí que está roto y no lo salva.
Subir podréis arriba por la ruina
que yace al lado y el fondo recubre.»

El guía inclinó un poco la cabeza:
dijo después: « Contaba mal el caso
quien a los pecadores allí ensarta.»

Y el fraile: « Ya en Bolonia oí contar
muchos vicios del diablo, y entre otros
que es mentiroso y padre del embuste.»

Rápidamente el guía se marchó,
con el rostro turbado por la ira;
y yo me separé de los cargados,
detrás siguiendo las queridas plantas.

CANTO XXIV

En ese tiempo en el que el año es joven
y el sol sus crines bajo Acuario templea,
y las noches se igualan con los días,

cuando la escarcha en tierra se asemeja
a aquella imagen de su blanca hermana,
mas poco dura el temple de su pluma;

el campesino falto de forraje,
se levanta y contempla la campiña
toda blanca, y el muslo se golpea,

vuelve a casa, y aquí y allá se duele,
tal mezquino que no sabe qué hacerse;
sale de nuevo, y cobra la esperanza,

viendo que al monte ya le cambió el rostro
en pocas horas, toma su cayado,
y a pacer fuera saca las ovejas.

De igual manera me asustó el maestro
cuando ví que su frente se turbaba,
mas pronto al mal siguió la medicina;

pues, al llegar al derruido puente,
el guía se volvió a mí con el rostro
dulce que ví al principio al pie del monte;

abrió los brazos, tras de haber tomado
una resolución, mirando antes
la ruína bien, y se acercó a empínarme.

Y como el que trabaja y que calcula,
que parece que todo lo prevea,
igual, encaramándome a la cima

de un peñasco, otra roca examinaba,
diciendo: «Agárrate luego de aquélla;
pero antes ve si puede sostenerte.»

No era un camino para alguien con capa,
pues apenas, él leve, yo sujeto,
podíamos subir de piedra en piedra.

Y si no fuese que en aquel recinto
más corto era el camino que en los otros,
no sé de él, pero yo vencido fuera.

Mas como hacia la boca Malasbolsas
del pozo más profundo toda pende,
la situación de cada valle hace

que se eleve un costado y otro baje;
y así llegamos a la punta extrema,
donde la última piedra se destaca.

Tan ordeñado del pulmón estaba
mi aliento en la subida, que sin fuerzas
busqué un asiento en cuanto que llegamos.

«Ahora es preciso que te desperices
-dijo el maestro-, pues que andando en plumas
no se consigue fama, ni entre colchas;

el que la vida sin ella malgasta
tal vestigio en la tierra de sí deja,
cual humo en aire o en agua la espuma.

Así que arriba: vence la pereza
con ánimo que vence cualquier lucha,
sí con el cuerpo grave no lo impide.

Hay que subir una escala aún más larga;
haber huído de éstos no es bastante:
sí me entiendes, procura que te sirva.»

Alcé entonces, mostrándome provisto
de un ánimo mayor del que tenía,
«Vamos -dije-. Estoy fuerte y animoso.»

Por el derrumbe empezamos a andar,
que era escarpado y rocoso y estrecho,
y mucho más pendiente que el de antes.

Hablando andaba para hacerme el fuerte;
cuando una voz salió del otro foso,
que incomprensibles voces profería.

No le entendí, por más que sobre el lomo
ya estuviese del arco que cruzaba:
mas el que hablaba parecía airado.

Miraba al fondo, mas mis ojos vivos,
por lo oscuro, hasta el fondo no llegaban,
por lo que yo: «Maestro alcanza el otro

recinto, y descendamos por el muro;
pues, como escucho a alguno que no entiendo,
miro así al fondo y nada reconozco.

«Otra respuesta -dijo- no he de darte
más que hacerlo; pues que demanda justa
se ha de cumplir con obras, y callando.»

Desde lo alto del puente descendimos
donde se cruza con la octava orilla,
luego me fue la bolsa manifiesta;

y yo ví dentro terrible maleza
de serpientes, de especies tan distintas,
que la sangre aún me hiela el recordarlo.

Más no se ufane Libia con su arena;
que sí quelídras, yáculos y faras
produce, y canchales con anfisíbenas,

ni tantas pestilencias, ni tan malas,
mostró jamás con la Etiopía entera,
ni con aquel que está sobre el mar Rojo.

Entre el montón tristísimo corrían
gentes desnudas y aterrorizadas,
sin refugio esperar o heliotropía:

esposados con sierpes a la espalda;
les hincaban la cola y la cabeza
en los riñones, encima montadas.

De pronto a uno que se hallaba cerca,
se lanzó una serpiente y le mordió
donde el cuello se anuda con los hombros.

Ní la O tan pronto, ní la I, se escribe,
cual se encendió y ardió, y todo en cenizas
se convirtió cayendo todo entero;

y luego estando así deshecho en tierra
amontonose el polvo por sí solo,
y en aquel mismo se tornó de súbito.

Así los grandes sabios aseguran
que muere el Fénix y después renace,
cuando a los cinco siglos ya se acerca:

no pace en vida cebada ní hierba,
sólo de incienso lágrimas y amomo,
y nardo y mirra son su último nido.

Y como aquel que cae sin saber cómo,
porque fuerza diabólica lo tira,
o de otra opilación que liga el ánimo,

que levantado mira alrededor,
muy conturbado por la gran angustia
que le ha ocurrido, y suspira al mirar:

igual el pecador al levantarse.
¡Oh divina potencia, cuán severa,
que tales golpes das en tu venganza!

El guía preguntó luego quién era:
y él respondió: «Lloví de la Toscana,
no ha mucho tiempo, en este fiero abismo.

Vida de bestia me plació, no de hombre,
como al mulo que fui: soy Vanni Fucci
bestia, y Pistoia me fue buena cuadra.»

Y yo a mi guía: «Dile que no huya,
y pregunta qué culpa aquí le arroja;
que hombre le ví de maldad y de sangre.»

Y el pecador, que oyó, no se escondía,
más volvió contra mí el ánimo y rostro,
y de triste vergüenza enrojeció;

y dijo: «Más me duele que me halles
en la miseria en la que me estás viendo,
que cuando fui arrancado en la otra vida.

Yo no puedo ocultar lo que preguntas:
aquí estoy porque fui en la sacristía
ladrón de los hermosos ornamentos,

y acusaron a otro hombre falsamente;
mas porque no disfrutes al mirarme,
sí del lugar oscuro tal vez sales,

abre el oído y este anuncio escucha:
Pistoia de los negros enflaquece:
luego en Florencia cambian gente y modos.

De val de Magra Marte manda un rayo
rodeado de turbios nubarrones;
y en agria tempestad impetuosa,

sobre el campo Pícono habrá un combate;
y de repente rasgará la niebla,
de modo que herirá a todos los blancos.
¡Esto te digo para hacerte daño!»

CANTO XXV

El ladrón al final de sus palabras,
alzó las manos con un par de higas,
gritando: «Toma, Dios, te las dedico.»

Desde entonces me agradan las serpientes,
pues una le envolvió entonces el cuello,
cual sí dijese: «No quiero que sigas»;

y otra a los brazos, y le sujetó
ciñéndose a sí misma por delante.
que no pudo con ella ní moverse.

¡Ah Pistoia, Pistoia, por qué niegas
incinerarte, así que más no dures,
pues superas en mal a tus mayores!

En todas las regiones del infierno
no ví a Dios tan soberbio algún espíritu,
ní el que cayó de la muralla en Tebas.

Aquel huyó sin decir más palabra;
y ví venir a un centauro rabioso,
llamando: «¿Dónde, dónde está el soberbio?»

No creo que Maremma tantas tenga,
cuantas bichas tenía por la grupa,
hasta donde comienzan nuestras formas.

Encíma de los hombros, tras la nuca,
con las alas abiertas, un dragón
tenía; y éste quema cuanto toca.

Mi maestro me dijo: «Aquel es Caco,
que, bajo el muro del monte Aventino,
hizo un lago de sangre muchas veces.

No va con sus hermanos por la senda,
por el hurto que fraudulento hizo
del rebaño que fue de su vecino;

hasta acabar sus obras tan inícuas
bajo la herculea maza, que tal vez
ciento le dio, mas no sintió el deceno.»

Mientras que así me hablaba, se marchó,
y a nuestros pies llegaron tres espíritus,
sin que ni yo ni el guía lo advirtiésemos,

hasta que nos gritaron: «¿Quiénes soís?»:
por lo cual dimos fin a nuestra charla,
y entonces nos volvimos hacia ellos.

Yo no les conocí, pero ocurrió,
como suele ocurrir en ocasiones,
que tuvo el uno que llamar al otro,

diciendo: «Cianfa, ¿dónde te has metido?»
Y yo, para que el guía se fijase,
del mentón puse el dedo a la nariz.

Si ahora fueras, lector, lento en creerte
lo que diré, no será nada raro,
pues yo lo ví, y apenas me lo creo.

A ellos tenía alzada la mirada,
y una serpiente con seis pies a uno,
se le tira, y entera se le enrosca.

Los pies de en medio cogieronle el vientre,
los de delante prendieron sus brazos,
y después le mordió las dos mejillas.

Los delanteros lanzole a los muslos
y le metió la cola entre los dos,
y la trabó detrás de los riñones.

Hiedra tan arraigada no fue nunca
a un árbol, como aquella horrible fiera
por otros miembros enroscó los suyos.

Se juntan luego, tal si cera ardiente
fueran, y mezclan así sus colores,
no parecían ya lo que antes eran,

como se extiende a causa del ardor,
por el papel, ese color oscuro,
que aún no es negro y ya deja de ser blanco.

Los otros dos miraban, cada cual
gritando: «¡Agnel, ay, cómo estás cambiando!
¡mira que ya no soís ni dos ni uno!

Las dos cabezas eran ya una sola,
y mezcladas se vieron dos figuras
en una cara, donde se perdían.

Cuatro miembros hiciéronse dos brazos;
los muslos con las piernas, vientre y tronco
en miembros nunca vistos se tornaron.

Ya no existían las antiguas formas:
dos y ninguna la perversa imagen
parecía; y se fue con paso lento.

Como el lagarto bajo el gran azote
de la canícula, al cambiar de seto,
parece un rayo si cruza el camino;

tal parecía, yendo a las barrigas
de los restantes, una sierpe airada,
tal grano de pimienta negra y lívida;

y en aquel sitio que primero toma
nuestro alimento, a uno le golpea;
luego al suelo cayó a sus pies tendida.

El herido miró, mas nada dijo;
antes, con los pies quietos, bostezaba,
como si fiebre o sueño le asaltase.

Él a la sierpe, y ella a él miraba;
él por la llaga, la otra por la boca
humeaban, el humo confundiendo.

Calle Lucano ahora donde habla
del mísero Sabello y de Nasidío,
y espere a oír aquello que describo.

Calle Ovidio de Cadmo y de Aretusa;
que si aquél en serpiente, en fuente a ésta
convirtió, poetizando, no le envidio;

que frente a frente dos naturalezas
no trasmutó, de modo que ambas formas
a cambiar dispusieran sus materias.

Se respondieron juntos de tal modo,
que en dos partió su cola la serpiente,
y el herido juntaba las dos hormas.

Las piernas con los muslos a sí mismos
tal se unieron, que a poco la juntura
de ninguna manera se veía.

Tomó la cola hendida la figura
que perdía aquel otro, y su pellejo
se hacía blando y el de aquella, duro.

Ví los brazos entrar por las axilas,
y los pies de la fiera, que eran cortos,
tanto alargar como acortarse aquéllos.

Luego los pies de atrás, torcidos juntos,
el miembro hicieron que se oculta el hombre,
y el mísero del suyo hizo dos patas.

Mientras el humo al uno y otro empaña
de color nuevo, y pelo hace crecer
por una parte y por la otra depila,

cayó el uno y el otro levántose,
sin desviarse la mirada impía,
bajo la cual cambiaban sus hocicos.

El que era en pie lo trajo hacia las sienas,
y de mucha materia que allí había,
salió la oreja del carrillo liso;

lo que no fue detrás y se retuvo
de aquel sobrante, a la nariz dio forma,
y engrosó los dos labios, cual conviene.

El que yacía, el morro adelantaba,
y escondió en la cabeza las orejas,
como del caracol hacen los cuernos.

Y la lengua, que estaba unida y presta
para hablar antes, se partió; y la otra
partida, se cerró; y cesó ya el humo.

El alma que era en fiera convertida,
se echó a correr silbando por el valle,
y la otra, en pos de ella, hablando escupe.

Luego volvíole las espaldas nuevas,
y dijo al otro: «Quiero que ande Buso
como hice yo, reptando, su camino.»

Así yo ví la séptima zahúrda
mutar y trasmutar; y aquí me excuse
la novedad, si oscura fue la pluma.

Y sucedió que, aunque mi vista fuese
algo confusa, y encogido el ánimo,
no pudieron huir, tan a escondidas

que no les viese bien, Puccio Sciancato
-de los tres compañeros era el único
que no cambió de aquellos que vinieron-
era el otro a quien tú, Gaville, lloras,

CANTO XXVI

iGoza, Florencia, ya que eres tan grande,
que por mar y por tierra bate alas,
y en el infierno se expande tu nombre!

Cinco nobles hallé entre los ladrones
de tus vecinos, de donde me vino
vergüenza, y para tí no mucha honra.

Mas si el soñar al alba es verdadero,
conocerás, de aquí a no mucho tiempo,
lo que Prato, no ya otras, te aborrece.

No fuera prematuro, si ya fuese:
¡ojalá fuera ya, lo que ser debe!
que más me pesará, cuanto envejezco.

Nos marchamos de allí, y por los peldaños
que en la bajada nos sirvieron antes,
subió mi guía y tiraba de mí.

Y siguiendo el camino solitario,
por los picos y rocas del escollo,
sin las manos, el pie no se valía.

Entonces me dolió, y me duele ahora,
cuando, el recuerdo a lo que ví dirijo,
y el ingenio refreno más que nunca,

porque sin guía de virtud no corra;
tal que, si buena estrella, o mejor cosa,
me ha dado el bien, yo mismo no lo enturbie.

Cuantas el campesino que descansa
en la colina, cuando aquel que alumbra
el mundo, oculto menos tiene el rostro,

cuando a las moscas siguen los mosquitos,
luciérnagas contempla allá en el valle,
en el lugar tal vez que ara y vendimía;

toda resplandecía en llamaradas
la bolsa octava, tal como advirtiera
desde el sitio en que el fondo se veía.

Y como aquel que se vengó con osos,
vío de Elías el carro al remontarse,
y erguidos los caballos a los cielos,

que con los ojos seguir no podía,
ní alguna cosa ver salvo la llama,
como una nubecilla que subiese;

tal se mueven aquéllas por la boca
del foso, más ninguna enseña el hurto,
y encierra un pecador cada centella.

Yo estaba tan absorto sobre el puente,
que sí una roca no hubiese agarrado,
sin empujarme hubiérame caído.

Y viéndome mí guía tan atento
dijo: «Dentro del fuego están las almas,
todas se ocultan en donde se queman.»

«Maestro -le repuse-, al escucharte
estoy más cierto, pero ya he notado
que así fuese, y decírtelo quería:

¿quién viene en aquel fuego dividido,
que parece surgido de la pira
donde Eteocles fue puesto con su hermano?»

Me respondió: «Allí dentro se tortura
a Ulises y a Diomedes, y así juntos
en la venganza van como en la ira;

y dentro de su llama se lamenta
del caballo el ardíd, que abrió la puerta
que fue gentil semilla a los romanos.

Se llora la traición por la que, muerta,
aún Daídamia se duele por Aquiles,
y por el Paladión se halla el castigo.»

«Sí pueden dentro de aquellas antorchas
hablar -le dije- pídote, maestro,
y te suplico, y valga mil mí súplica,

que no me impidas que aguardar yo pueda
a que la llama cornuda aquí llegue;
míra cómo a ellos lleva mí deseo.»

Y él me repuso: «Es digno lo que pides
de mucha loa, y yo te lo concedo;
pero procura reprimir tu lengua.

Déjame hablar a mí, pues que comprendo
lo que quíeres; ya que serán esquivos
por ser griegos, tal vez, a tus palabras.»

Cuando la llama hubo llegado a donde
lugar y tiempo pareció a mí guía,
yo le escuché decir de esta manera:

«¡Oh vosotros que soís dos en un fuego,
sí os merecí, mientras que estaba vivo,
sí os merecí, bien fuera poco o mucho,

cuando altos versos escribí en el mundo,
no os alejéis; mas que alguno me diga
dónde, por él perdido, halló la muerte.»

El mayor cuerno de la antigua llama
empezó a retorcerse murmurando,
tal como aquella que el viento fatiga;

luego la punta aquí y acá moviendo,
cual si fuese una lengua la que hablara,
fuera sacó la voz, y dijo: «Cuando

me separé de Circe, que sustrajo-
me más de un año allí junto a Gaeta,
antes de que así Eneas la llamase,

ní la filial dulzura, ní el cariño
del viejo padre, ní el amor debido,
que debiera alegrar a Penélope,

vencer pudieron el ardor interno
que tuve yo de conocer el mundo,
y el vicio y la virtud de los humanos;

más me arrojé al profundo mar abierto,
con un leño tan sólo, y la pequeña
tripulación que nunca me dejaba.

un litoral y el otro ví hasta España,
y Marruecos, y la isla de los sardos,
y las otras que aquel mar baña en torno.

viejos y tardos ya nos encontrábamos,
al arribar a aquella boca estrecha
donde Hércules plantara sus columnas,

para que el hombre más allá no fuera:
a mano diestra ya dejé Sevilla,
y la otra mano se quedaba Ceuta.»

«Oh hermanos -dije-, que tras de cien mil
peligros a occidente habéis llegado,
ahora que ya es tan breve la vigilia

de los pocos sentidos que aún nos quedan,
negaros no queráis a la experiencia,
siguiendo al sol, del mundo inhabitado.

Considerar cuál es vuestra progenie:
hechos no estáis a vivir como brutos,
mas para conseguir virtud y ciencia.»

A mis hombres les hice tan ansiosos
del camino con esta breve arenga,
que no hubiera podido detenerlos;

y vuelta nuestra proa a la mañana,
alas locas hicimos de los remos,
inclinándose siempre hacia la izquierda.

Del otro polo todas las estrellas
ví ya la noche, y el nuestro tan bajo
que del suelo marino no surgía.

Cinco veces ardiendo y apagada
era la luz debajo de la luna,
desde que al alto paso penetramos,

cuando vimos una montaña, oscura
por la distancia, y pareció tan alta
cual nunca hubiera visto monte alguno.

Nos alegramos, mas se volvió llanto:
pues de la nueva tierra un torbellino
nació, y le golpeó la proa al leño.

Le hizo girar tres veces en las aguas;
a la cuarta la popa alzó a lo alto,
bajó la proa -como Aquél lo quiso-
hasta que el mar cerró sobre nosotros.

CANTO XXVII

Quieta estaba la llama ya y derecha
para no decir más, y se alejaba
con la licencia del dulce poeta,

cuando otra, que detrás de ella venía,
hizo volver los ojos a su punta,
porque salía de ella un son confuso.

Como mugía el toro siciliano
que primero mugió, y eso fue justo,
con el llanto de aquel que con su lima

lo templó, con la voz del afligido,
que, aunque estuviese forjado de bronce,
de dolor parecía traspasado;

así, por no existir hueco ni vía
para salir del fuego, en su lenguaje
las palabras amargas se tornaban.

Mas luego al encontrar ya su camino
por el extremo, con el movimiento
que la lengua le diera con su paso,

escuchamos: «Oh tú, a quien yo dirijo
la voz y que has hablado cual lombardo,
diciendo: "vete ya; más no te incito",

aunque he llegado acaso un poco tarde,
no te pese el quedarte a hablar conmigo:
¡mira que no me pesa a mí, que ardo!

Si tú también en este mundo ciego
has oído de aquella dulce tierra
latina, en que yo fui culpable, dime

si tiene la Romana paz o guerra;
pues yo nací en los montes entre urbino
y el yugo del que el Tíber se desata.»

Inclinado y atento aún me encontraba,
cuando al costado me tocó mi guía,
diciéndome: «Habla tú, que éste es latino.»

Yo, que tenía la respuesta pronta,
comencé a hablarle sin demora alguna:
«Oh alma que te escondes allá abajo,

tu Romaña no está, no estuvo nunca,
sin guerra en el afán de sus tiranos;
más palpable ninguna déjé ahora.

Rávena está como está ha muchos años:
le los Polenta el águila allí anida,
al que a Cervia recubre con sus alas.

La tierra que sufrió la larga prueba
hizo de francos un montón sangriento,
bajo las garras verdes permanece.

El mastín viejo y joven de verruchio,
que mala guardia dieron a Montaña,
clavan, donde solían, sus colmillos.

Las villas del Santerno y del Camone
manda el leoncito que campea en blanco,
que de verano a invierno el bando muda;

y aquella cuyo flanco el Savio baña,
como entre llano y monte se sitúa,
vive entre estado libre y tiranía.

Ahora quién eres, pido que me cuentes:
no seas más duro que lo fueron otros;
tu nombre así en el mundo tenga fama.»

Después que el fuego crepitó un momento
a su modo, movió la aguda punta
de aquí, de allí, y después lanzó este soplo:

«Si creyera que diese mi respuesta
a persona que al mundo regresara,
dejaría esta llama de agitarse;

pero, como jamás desde este fondo
nadie vivo volvió, si bien escucho,
sin temer a la infamia, te contestó:

Querrero fui, y después fui cordelero,
creyendo, así ceñido, hacer enmienda,
y hubiera mi deseo realizado,

si a las primeras culpas, el gran Preste,
que mal haya, tornado no me hubiese;
y el cómo y el porqué, quiero que escuches:

Mientras que forma fui de carne y huesos
que mi madre me dio, fueron mis obras
no leoninas sino de vulpeja;

las acechanzas, las ocultas sendas
todas las supe, y tal llevé su arte,
que iba su fama hasta el confín del mundo.

Cuando vi que llegaba a aquella parte
de mi vida, en la que cualquiera debe
arriar las velas y lanzar amarras,

lo que antes me plació, me pesó entonces,
y arrepentido me volví y confeso,
¡ah miserable!, y me hubiera salvado.

El príncipe de nuevos fariseos,
haciendo guerra cerca de Letrán,
y no con sarracenos ni judíos,

que su enemigo todo era cristiano,
y en la toma de Acre nadie estuvo
ni comerciando en tierras del Sultán;

ni el sumo oficio ni las sacras órdenes
en sí guardó, ni en mí el cordón aquel
que suele hacer delgado a quien lo ciñe.

Pero, como a Silvestre Constantino,
allí en Sirati a curarle de lepra,
así como doctor me llamó éste

para curarle la soberbia fiebre:
pidiome mi consejo, y yo callaba,
pues sus palabras ebrías parecían.

Luego volvió a decir: «Tu alma no tema;
de antemano te absuelvo; enséñame
la forma de abatir a Penestrino.

El cielo puedo abrir y cerrar puedo,
porque son dos las llaves, como sabes,
que mi predecesor no tuvo aprecio.»

Los graves argumentos me punzaron
y, pues callar peor me parecía,
le dije: «Padre, ya que tú me lavas

de aquel pecado en el que caigo ahora,
larga promesa de cumplir escaso
hará que triunfes en el alto solío.»

Luego cuando morí, vino Francisco,
más uno de los negros querubines
le dijo: "No lo lles: no me enfades.

Ha de venirse con mis condenados,
puesto que dio un consejo fraudulento,
y le agarro del pelo desde entonces;

que a quien no se arrepiente no se absuelve,
ní se puede querer y arrepentirse,
pues la contradicción no lo consiente."

¡Oh miserable, cómo me aterraba
al agarrarme diciéndome: "¿Acaso
no pensabas que lógico yo fuese?"

A Minos me condujo, y ocho veces
al duro lomo se ciñó la cola,
y después de morderse enfurecido,

dijo: "Este es reo de rabiosa llama",
por lo cual donde ves estoy perdido
y, así vestido, andando me lamento.»

Cuando hubo terminado su relato,
se retiró la llama dolorida,
torciendo y debatiendo el cuerno agudo.

A otro lado pasamos, yo y mi guía,
por cima del escollo al otro arco
que cubre el foso, donde se castiga
a los que, discordiando, adquieren pena.

CANTO XXVIII

Aun sí en prosa lo hiciese, ¿quién podría
de tanta sangre y plagas como ví
hablar, aunque contase mochas veces?

En verdad toda lengua fuera escasa
porque nuestro lenguaje y nuestra mente
no tienen juicio para abarcar tanto.

Aunque reuniesen a todo aquel gentío
que allí sobre la tierra infortunada
de Apulia, fue de su sangre doliente

por los troyanos y la larga guerra
que tan grande despojo hizo de anillos,
cual Livio escribe, y nunca se equivoca;

y quien sufrió los daños de los golpes
por oponerse a Roberto Guiscardo;
y la otra cuyos huesos aún se encuentran

en Caperano, donde fue traidor
todo el pullés; y la de Tegliacozzo,
que venció desarmado el viejo Alardo,

y cuál cortado y cuál roto su miembro
mostrase, vanamente imitaría
de la novena bolsa el modo inmundo.

una cuba, que duela o fondo pierde,
como a uno yo ví, no se vacía,
de la barbilla abierto al bajo vientre;

por las piernas las tripas le colgaban,
vela la asadura, el triste saco
que hace mierda de todo lo que engulle.

Mientras que en verlo todo me ocupaba,
me miró y con la mano se abrió el pecho
diciendo: «¡Mira cómo me desgarró!

y mira qué tan maltrecho está Mahoma!
Delante de mí Alí llorando marcha,
rota la cara del cuello al copete.

Todos los otros que tú ves aquí,
sembradores de escándalo y de cisma
vivos fueron, y así son desgarrados.

Hay detrás un demonio que nos abre,
tan crudamente, al tajo de la espada,
cada cual de esta fila sometiendo,

cuando la vuelta damos al camino;
porque nuestras heridas se nos cierran
antes que otros delante de él se pongan.

Más ¿quién eres, que husmeas en la roca,
tal vez por retrasar ir a la pena,
con que son castigadas tus acciones?»

«Ní le alcanza aún la muerte, ní el castigo
-respondió mi maestro- le atormenta;
más, por darle conocimiento pleno,

yo, que estoy muerto, debo conducirlo
por el infierno abajo vuelta a vuelta:
y esto es tan cierto como que te hablo.»

Mas de cien hubo que, cuando lo oyeron,
en el foso a mirarme se pararon
llenos de asombro, olvidando el martirio.

«Pues bien, dí a Fray Dolcín que se abastezca,
tú que tal vez verás el sol en breve,
sí es que no quiere aquí seguirme pronto,

tanto, que, rodeado por la nieve,
no deje la victoria al de Novara,
que no sería fácil de otro modo.»

Después de alzar un pie para girarse,
estas palabras díjome Mahoma;
luego al marcharse lo fijó en la tierra.

Otro, con la garganta perforada,
cortada la nariz hasta las cejas,
que una oreja tenía solamente,

con los otros quedó, maravillado,
y antes que los demás, abrió el gáznate,
que era por fuera rojo por completo;

y dijo: «Oh tú a quien culpa no condena
y a quien yo he visto en la tierra latina,
sí mucha semejanza no me engaña,

acuérdate de Pier de Medicina,
sí es que vuelves a ver el dulce llano,
que de Vercelli a Marcabó descende.

Y haz saber a los dos grandes de Fano,
a maese Guido y a maese Angiolello,
que, sí no es vana aquí la profecía,

arrojados serán de su bajel,
y agarrotados cerca de Cattolica,
por traición de tirano fementido.

Entre la isla de Chipre y de Mallorca
no vio nunca Neptuno tal engaño,
no de piratas, no de gente argólica.

Aquel traidor que ve con sólo uno,
y manda en el país que uno a mí lado
quisiera estar ayuno de haber visto,

ha de hacerles venir a una entrevista;
luego hará tal, que al viento de Focara
no necesitarán preces ni votos.»

Y yo le dije: «Muéstrame y declara,
sí quieres que yo lleve tus noticias,
quién es el de visita tan amarga.»

Puso entonces la mano en la mejilla
de un compañero, y abríole la boca,
gritando: «Es éste, pero ya no habla;

éste, exiliado, sembraba la duda,
diciendo a César que el que está ya listo
siempre con daño el esperar soporta.»

¡Oh cuán acobardado parecía,
con la lengua cortada en la garganta,
Curión que en el hablar fue tan osado!

Y uno, con una y otra mano mochas,
que alzaba al aire oscuro los muñones,
tal que la sangre le ensuciaba el rostro,

gritó: «Te acordarás también del Mosca,
que dijo: “Lo empezado fin requiere”,
que fue mala simiente a los toscanos.»

Y yo le dije: «Y muerte de tu raza.»
Y él, dolor a dolor acumulado,
se fue como persona triste y loca.

Más yo quedé para mirar el grupo,
y vi una cosa que me diera miedo,
sin más pruebas, contarla solamente,

sí no me asegurase la conciencia,
esa amiga que al hombre fortifica
en la confianza de sentirse pura.

Yo vi de cierto, y parece que aún vea,
un busto sin cabeza andar lo mismo
que iban los otros del rebaño triste;

la testa trunca agarraba del pelo,
cual un farol llevándola en la mano;
y nos miraba, y «¡Ay de mí!» decía.

De sí se hacía a sí mismo lucerna,
y había dos en uno y uno en dos:
cómo es posible sabe quien tal manda.

Cuando llegado hubo al pie del puente,
alzó el brazo con toda la cabeza,
para decir de cerca sus palabras,

que fueron: «Mira mi pena tan cruda
tú que, inspirando vas viendo a los muertos;
mira si alguna hay grande como es ésta.

Y para que de mi noticia lleves
sabrás que soy Bertrand de Born, aquel
que diera al joven rey malos consejos.

Yo hice al padre y al hijo enemistarse:
Aquitael no hizo más de Absalón
y de David con perversas punzadas:

Y como gente unida así he partido,
partido llevo mi cerebro, ¡ay triste!,
de su principio que está en este tronco.
Y en mí se cumple la contrapartida.»

CANTO XXIX

La mucha gente y las diversas plagas,
tanto habían mis ojos embriagado,
que quedarse llorando deseaban;

mas Virgilio me dijo: «¿En qué te fijas?
¿Por qué tu vista se detiene ahora
tras de las tristes sombras mutiladas?

Tú no lo hiciste así en las otras bolsas;
piensa, si enumerarlas crees posible,
que millas veintidós el valle abarca.

Y bajo nuestros pies ya está la luna:
Del tiempo concedido queda poco,
y aún nos falta por ver lo que no has visto.»

«Si tú hubieras sabido -le repuse-
la razón por la cual miraba, acaso
me hubieses permitido detenerme.»

Ya se marchaba, y yo detrás de él,
mi guía, respondiendo a su pregunta
y añadiéndole: «Dentro de la cueva,

donde los ojos tan atento puse,
creo que un alma de mi sangre llora
la culpa que tan caro allí se paga.»

Dijo el maestro entonces: «No entretengas
de aquí adelante en ello el pensamiento:
piensa otra cosa, y él allá se quede;

que yo le he visto al pie del puentecillo
señalarte, con dedo amenazante,
y llamarlo escuché Geri del Bello.

Tan distraído tú estabas entonces
con el que tuvo Altaforte a su mando,
que se fue porque tú no le atendías.»

«Oh guía mío, la violenta muerte
que aún no le ha vengado -yo repuse-
ninguno que comparta su vergüenza,

hácele desdeñoso; y sin hablarme
se ha marchado, del modo que imagino;
con él por esto he sido más piadoso.»

Conversamos así hasta el primer sitio
que desde el risco el otro valle muestra,
si hubiese allí más luz, todo hasta el fondo.

Cuando estuvimos ya en el postrer claustro
de Malasbolsas, y que sus profesos
a nuestra vista aparecer podían,

lamentos saeteáronme diversos,
que herrados de piedad dardos tenían;
y me tapé por ello los oídos.

Como el dolor, si con los hospitales
de Valdiquiana entre junio y septiembre,
los males de Maremma y de Cerdeña,

en una fosa juntos estuvieran,
tal era aquí; y tal hedor desprendía,
como suele venir de miembros muertos.

Descendimos por la última ribera
del largo escollo, a la siniestra mano;
y entonces pude ver más claramente

allí hacia el fondo, donde la ministra
del alto Sir, inefable justicia,
castiga al falseador que aquí condena.

Yo no creo que ver mayor tristeza
en Egina pudiera el pueblo enfermo,
cuando se llenó el aire de ponzoña,

pues, hasta el gusanillo, perecieron
los animales; y la antigua gente,
según que los poeta aseguran,

se engendró de la estirpe de la hormiga;
como era viendo por el valle oscuro
languidecer las almas a montones.

Cuál sobre el vientre y cuál sobre la espalda,
yacía uno del otro, y como a gatas,
por el triste sendero caminaban.

Muy lentamente, sin hablar, marchábamos,
mirando y escuchando a los enfermos,
que levantar sus cuerpos no podían.

Ví sentados a dos que se apoyaban,
como al cocer se apoyan téja y téja,
de la cabeza al pie llenos de pústulas.

Y nunca ví moviendo la almohaza
a muchacho esperado por su amo,
ní a aquel que con desgana está aún en vela,

como éstos se mordían con las uñas
a ellos mismos a causa de la saña
del gran pícor, que no tiene remedio;

y arrancaban la sarna con las uñas,
como escamas de meros el cuchillo,
o de otro pez que las tenga más grandes.

«Oh tú que con los dedos te desuellas
-se dirigió mí guía a uno de aquéllos-
y que a veces tenazas de ellos haces,

díme si algún latino hay entre éstos
que están aquí, así te duren las uñas
eternamente para esta tarea.»

«Latinos somos quienes tan gastados
aquí nos ves -llorando uno repuso-;
¿y quién tú, que preguntas por nosotros?»

Y el guía dijo: «Soy uno que baja
con este vivo aquí, de grada en grada,
y enseñarle el infierno yo pretendo.»

Entonces se rompió el común apoyo;
y temblando los dos a mí vinieron
con otros que lo oyeron de pasada.

El buen maestro a mí se volvió entonces,
diciendo: «Díles todo lo que quieras»;
y yo empecé, pues que él así quería:

«Así vuestra memoria no se borre
de las humanas mentes en el mundo,
mas que perviva bajo muchos soles,

decidme quiénes sois y de qué gente:
vuestra asquerosa y fastidiosa pena
el confesarlo espanto no os produzca.»

«Yo fui de Arezzo, y Alberio el de Siena
-repuso uno- púsome en el fuego,
pero no me condena aquella muerte.

Verdad es que le dije bromeando:
“Yo sabré alzar me en vuelo por el aire”
y aquél, que era curioso a insensato,

quiso que le enseñase el arte; y sólo
porque no le hice Dédalo, me hizo
arder así como lo hizo su hijo.

Mas en la última bolsa de las diez,
por la alquímia que yo en el mundo usaba,
me echó Mínos, que nunca se equivoca.»

Y yo dije al maestro: «¿Ha habido nunca
gente tan vana como la sienesa?
cierto, ní la francesa llega a tanto.»

Como el otro leproso me escuchara,
repuso a mis palabras: «Quita a Stricca,
que supo hacer tan moderados gastos;

y a Niccolò, que el uso dispendioso
del clavo descubrió antes que ninguno,
en el huerto en que tal simiente crece;

y quita la pandilla en que ha gastado
Caccia d'Ascian la viña y el gran bosque,
y el Abbagliato ha perdido su juicio.

Más por que sepas quién es quien te sigue
contra el sienés, en mí la vista fija,
que mí semblante habrá de responderte:

verás que soy la sombra de Capoccio,
que falseé metales con la alquímia;
y debes recordar, si bien te miro,
que por naturaleza fui una mona.»

CANTO XXX

Cuando Juno por causa de Semele
odio tenía a la estirpe tebana,
como lo demostró en tantos momentos,

Atamante volvióse tan demente,
que, viendo a su mujer con los dos hijos
que en cada mano a uno conducía,

gritó: «¡Tendamos redes, y atrapemos
a la leona al pasar y a los leoncitos!»;
y luego con sus garras despiadadas.

agarró al que Learco se llamaba,
le volteó y le dio contra una piedra;
y ella se ahogó cargada con el otro.

Y cuando la fortuna echó por tierra
la soberbia de Troya tan altiva,
tal que el rey junto al reino fue abatido,

Hécuba triste, mísera y cautiva,
luego de ver a Polixena muerta,
y a Polidoro allí, junto a la orilla

del mar, pudo advertir con tanta pena,
desgarrada ladró tal como un perro;
tanto el dolor su mente trastornaba.

Mas ni de Tebas furias ni troyanas
se vieron nunca en nadie tan crueles,
ni a las bestias hiriendo, ni a los hombres,

cuanto en dos almas pálidas, desnudas,
que mordiendo corrían, ví, del modo
que el cerdo cuando deja la pocilga.

Una cogió a Capocchio, y en el nudo
del cuello le mordió, y al empujarle,
le hizo arañar el suelo con el vientre.

Y el aretino, que quedó temblando,
me dijo: «El loco aquel es Gianní Schichi,
que rabioso a los otros así ataca.»

«Oh -le dije- así el otro no te hínque
los dientes en la espalda, no te importe
el decirme quién es antes que escape.»

Y él me repuso: «El alma antigua es ésa
de la perversa Mirra, que del padre
lejos del recto amor, se hizo querida.

El pecar con aquél consiguió ésta
falsificándose en forma de otra,
igual que osó aquel otro que se marcha,

por ganarse a la reina de las yeguas,
falsificar en sí a Buoso Donati,
testando y dando norma al testamento.»

Y cuando ya se fueron los rabiosos,
sobre los cuales puse yo la vista,
la volví por mirar a otros malditos.

Ví a uno que un laúd parecería
sí le hubieran cortado por las ingles
del sitio donde el hombre se bifurca.

La grave hidropesía, que deforma
los miembros con humores retenidos,
no casado la cara con el vientre,

le obliga a que los labios tenga abiertos,
tal como a causa de la sed el hético,
que uno al mentón, y el otro lleva arriba.

«Ah vosotros que andáis sin pena alguna,
y yo no sé por qué, en el mundo bajo
-él nos dijo-, mirad y estad atentos

a la miseria de maese Adamo:
mientras viví yo tuve cuanto quise,
y una gota de agua, ¡ay triste!, ansío.

Los arroyuelos que en las verdes lomas
de Casentino bajan hasta el Arno,
y hacen sus cauces fríos y apacibles,

siempre tengo delante, y no es en vano;
porque su imagen aún más me reseca
que el mal con que mi rostro se descarna.

La rígida justicia que me hiere
se sirve del lugar en que pequé
para que ponga en fuga más suspiros.

Está Romena allí, donde hice falsa
la aleación sigilada del Bautista,
por lo que el cuerpo quemado dejé.

Pero si viese aquí el ánima triste
de Guido o de Alejandro o de su hermano,
Fuente Branda, por verlos, no cambiase.

Una ya dentro está, si las rabiosas
sombras que van en torno no se engañan,
¿mas de qué sirve a mis miembros ligados?

Si acaso fuese al menos tan ligero
que anduviese en un siglo una pulgada,
en el camino ya me habría puesto,

buscándole entre aquella gente infame,
aunque once millas abarque esta fosa,
y no menos de media de través.

Por aquellos me encuentro en tal familia:
pues me indujeron a acuñar florines
con tres quilates de oro solamente.»

Y yo dije: «¿Quién son los dos mezquinos
que humean, cual las manos en invierno,
apretados yaciendo a tu derecha?»

«Aquí los encontré, y no se han movido
-me repuso- al llover yo en este abismo
ni eternamente creo que se muevan.

Una es la falsa que acusó a José;
otro el falso Sinón, griego de Troya:
por una fiebre aguda tanto hieden.»

Y uno de aquéllos, lleno de fastidio
tal vez de ser nombrados con desprecio,
le dio en la dura panza con el puño.

Ésta sonó cual si fuese un tambor;
y maese Adamo le pegó en la cara
con su brazo que no era menos duro,

diciéndole: «Aunque no pueda moverme,
porque pesados son mis miembros, suelto
para tal menester tengo mi brazo.»

Y aquél le respondió: «Al encaminarte
al fuego, tan veloz no lo tuviste:
pero sí, y más, cuando falsificabas.»

Y el hidrópico dijo: «Eso es bien cierto;
más tan veraz testimonio no diste
al requerirte la verdad en Troya.»

«Si yo hablé en falso, el cuño falseaste
-dijo Sinón- y aquí estoy por un yerro,
y tú por más que algún otro demonio.»

«Acuérdate, perjuro, del caballo
-repuso aquel de la barriga hinchada-;
y que el mundo lo sepa y lo castigue.»

«Y te castigue a ti la sed que agrieta
-dijo el griego- la lengua, el agua inmunda
que al vientre le hace valla ante tus ojos.»

Y el monedero dilo: «Así se abra
la boca por tu mal, como acostumbra;
que si sed tengo y me hincha el humor,

te duele la cabeza y tienes fiebre;
y a lamer el espejo de Narciso,
te invitarían muy pocas palabras.»

Yo me estaba muy quieto para oírles
cuando el maestro dijo: «¡vamos, mira!
no comprendo qué te hace tanta gracia.»

Al oír que me hablaba con enojo,
hacia él me volví con tal vergüenza,
que todavía gira en mi memoria.

Como ocurre a quien sueña su desgracia,
que soñando aún desea que sea un sueño,
tal como es, como si no lo fuese,

así yo estaba, sin poder hablar,
deseando excusarme, y excusábame
sin embargo, y no pensaba hacerlo.

«Falta mayor menor vergüenza lava
-dijo el maestro-, que ha sido la tuya;
así es que ya descarga tu tristeza.

Y piensa que estaré siempre a tu lado,
si es que otra vez te lleva la fortuna
donde haya gente en pleitos semejantes:
pues el querer oír eso es vil deseo.»

CANTO XXXI

La misma lengua me mordió primero,
haciéndome teñir las dos mejillas,
y después me aplicó la medicina:

así escuché que solía la lanza
de Aquiles y su padre ser causante
primero de dolor, después de alivio,

Dímos la espalda a aquel mísero valle
por la ribera que en torno le ciñe,
y sin ninguna charla lo cruzamos.

No era allí ni de día ni de noche,
y poco penetraba con la vista;
pero escuché sonar un alto cuerno,

tanto que habría a los truenos callado,
y que hacía él su camino siguiéndolo,
me dirigió la vista sólo a un punto.

Tras la derrota dolorosa, cuando
Carlomagno perdió la santa gesta,
Orlando no tocó con tanta furia.

A poco de volver allí mí rostro,
muchas torres muy altas creí ver;
y yo: «Maestro, dí, ¿qué muro es éste?»

Y él a mí: «Como cruzas las tinieblas
demasiado a lo lejos, te sucede
que en el imaginar estás errado.

Bien lo verás, si llegas a su vera,
cuánto el seso de lejos se confunde;
así que marcha un poco más aprisa.»

Y con cariño cogíome la mano,
y dijo: «Antes que hayamos avanzado,
para que menos raro te parezca,

sabe que no son torres, más gigantes,
y en el pozo al que cerca esta ribera
están metidos, del ombligo abajo.»

Como al irse la niebla disipando,
la vista reconoce poco a poco
lo que esconde el vapor que arrastra el aire,

así horadando el aura espesa y negra,
más y más acercándonos al borde,
se iba el error y el miedo me crecía;

pues como sobre la redonda cerca
Monterregión de torres se corona,
así aquel margen que el pozo circunda

con la mitad del cuerpo torreaban
los horribles gigantes, que amenaza
aún desde el cielo Júpiter tronando.

Y yo miraba ya de alguno el rostro,
la espalda, el pecho y gran parte del vientre,
y los brazos cayendo a los costados.

Cuando dejó de hacer Naturaleza
aquellos animales, muy bien hizo,
porque tales ayudas quitó a Marte;

Y si ella de elefantes y ballenas
no se arrepiente, quien atento mira,
más justa y más discreta ha de tenerla;

pues donde el argumento de la mente
al mal querer se junta y a la fuerza,
el hombre no podría defenderse.

Su cara parecía larga y gruesa
como la Píña de San Pedro, en Roma,
y en esta proporción los otros huesos;

y así la orilla, que les ocultaba
del medio abajo, les mostraba tanto
de arriba, que alcanzar su cabellera

tres frisiones en vano pretendiesen;
pues treinta grandes palmos les veía
de abajo al sitio en que se anuda el manto.

«Raphel may amech zabi almi»,
a gritar empezó la fiera boca,
a quien más dulces salmos no convienen.

Y mí guía hacia él: «¡Alma insensata,
coge tu cuerno, y desfoga con él
cuanta ira o pasión así te agita!

Mírate al cuello, y hallarás la sogá
que amarrado lo tiene, alma turbada,
mira cómo tu enorme pecho aprieta.»

Después me dijo: «A sí mismo se acusa.
Este es Nembrot, por cuya mala idea
sólo un lenguaje no existe en el mundo.

Déjemosle, y no hablemos vanamente,
porque así es para él cualquier lenguaje,
cual para otros el suyo: nadie entiende.»

Seguímos el viaje caminando
a la izquierda, y a un tiro de ballesta,
otro encontramos más feroz y grande.

Para ceñirlo quién fuera el maestro,
decir no sé, pero tenía atados
delante el otro, atrás el brazo diestro,

una cadena que le rodeaba
del cuello a abajo, y por lo descubierto
le daba vueltas hasta cinco veces.

«Este soberbio quiso demostrar
contra el supremo Jove su potencia
-dijo mi guía- y esto ha merecido.

Se llama Efialte; y su intentona hizo
al dar miedo a los dioses los gigantes:
los brazos que movió, ya más no mueve.»

Y le dije: «Quisiera, si es posible,
que del desmesurado Briareo
puedan tener mis ojos experiencia.»

Y él me repuso: «A Anteo ya verás
cerca de aquí, que habla y está libre,
que nos pondrá en el fondo del infierno.

Aquel que quieres ver, está muy lejos,
y está amarrado y puesto de igual modo,
salvo que aún más feroz el rostro tiene.»

No hubo nunca tan fuerte terremoto,
que moviese una torre con tal fuerza,
como Efialte fue pronto en revolverse.

Más que nunca temí la muerte entonces,
y el miedo solamente bastaría
aunque no hubiese visto las cadenas.

Seguímos caminando hacia adelante
y llegamos a Anteo: cinco alas
salían de la fosa, sin cabeza.

«Oh tú que en el afortunado valle
que heredero a Escipión de gloria hizo,
al escapar Aníbal con los suyos,

mil leones cazaste por botín,
y que si hubieses ido a la alta lucha
de tus hermanos, hay quien ha pensado

que vencieran los hijos de la Tierra;
bájanos, sin por ello despreciarnos,
donde al Cocito encierra la friura.

A Ticio y a Tífeo no nos mandes;
éste te puede dar lo que desees;
inclínate, y no tuerzas el semblante.

Aún puede darte fama allá en el mundo,
pues que está vivo y larga vida espera,
si la Gracia a destiempo no le llama.»

Así dijo el maestro; y él deprisa
tendió la mano, y agarró a mi guía,
con la que a Hércules diera el fuerte abrazo.

Virgilio, cuando se sintió cogido,
me dijo: «Ven aquí, que yo te coja»;
luego hizo tal que un haz éramos ambos.

Cual parece al mirar la Carisenda
donde se inclina, cuando va una nube
sobre ella, que se venga toda abajo;

tal parecióme Anteo al observarle
y ver que se inclinaba, y fue en tal hora
que hubiera preferido otro camino.

Más levemente al fondo que se traga
a Lucifer con Judas, nos condujo;
y así inclinado no hizo más demora,
y se alzó como el mástil en la nave.

CANTO XXXII

Si rimas broncas y ásperas tuviese,
como merecería el agujero
sobre el que apoyan las restantes rocas

exprimiría el jugo de mi tema
más plenamente; más como no tengo,
no sin miedo a contarlo me dispongo;

que no es empresa de tomar a juego
de todo el orbe describir el fondo,
ni de lengua que diga «mama» o «papa».

Más a mi verso ayuden las mujeres
que a Anfión a cerrar Tebas ayudaron,
y del hecho el decir no sea diverso.

¡Oh sobre todas mal creada plebe,
que el sitio ocupas del que hablar es duro,
mejor sería ser cabras u ovejas!

Cuando estuvimos ya en el negro pozo,
de los pies del gigante aún más abajo,
y yo miraba aún la alta muralla,

oí decirme: «Mira dónde pisas:
anda sin dar patadas a la triste
cabeza de mi hermano desdichado.»

Por lo cual me volví, y vi por delante
y a mis plantas un lago que, del hielo,
de vidrio, y no de agua, tiene el rostro.

A su corriente no hace tan espeso
velo, en Austria, el Danubio en el invierno,
ni bajo el frío cielo allá el Tanais,

como era allí; porque si el Pietrapana
o el Tambernio, encima le cayese,
ni «crac» hubiese hecho por el golpe.

Y tal como croando está la rana,
fuera del agua el morro, cuando sueña
con frecuencia espigar la campesina,

lívidas, hasta el sitio en que aparece
la vergüenza, en el hielo había sombras,
castañeteando el diente cual cigüeñas.

Hacia abajo sus rostros se volvían:
el frío con la boca, y con los ojos
el triste corazón testimoniaban.

Después de haber ya visto un poco en torno,
miré, a mis pies, a dos tan estrechados,
que mezclados tenían sus cabellos.

«Decidme, los que así apretáis los pechos
-les dije- ¿quiénes sois?» Y el cuello irguieron;
y al alzar la cabeza, chorrearon

sus ojos, que antes eran sólo blandos
por dentro, hasta los labios, y ató el hielo
las lágrimas entre ellos, encerrándolos.

Leño con leño grapa nunca une
tan fuerte; por lo que, como dos chivos,
los dos se golpearon iracundos.

Y uno, que sin orejas se encontraba
por la friura, con el rostro gacho,
dijo: «¿Por qué nos miras de ese modo?

Si saber quieres quién son estos dos,
el valle en que el Bisenzo se derrama
fue de Alberto, su padre, y de estos hijos.

De igual cuerpo salieron; y en Caína
podrás buscar, y no encontrarás sombra
más digna de estar puesta en este hielo;

no aquel a quien rompiera pecho y sombra,
por la mano de Arturo, un solo golpe;
no Focaccia; y no éste, que me tapa

con la cabeza y no me deja ver,
y fue llamado Sassol Mascheroni:
si eres toscano bien sabrás quién fue.

Y porque en más sermones no me metas,
sabe que fui Camincion dei Pazzi;
y espero que Carlino me haga bueno.»

Luego yo vi mil rostros por el frío
amoratados, y terror me viene,
y siempre me vendrá de aquellos hielos.

Y mientras que hacía el centro caminábamos,
en el que toda gravedad se aúna,
y yo en la eterna lobreguez temblaba,

si el azar o el destino o Dios lo quiso,
no sé; mas paseando entre cabezas,
golpeé con el pie el rostro de una.

Llorando me gritó: «¿Por qué me pisas?
Si a aumentar tú no vienes la venganza
de Monteperti, ¿por qué me molestas?»

Y yo: «Maestro mío, espera un poco
pues quiero que me saque éste de dudas;
y luego me darás, si quieres, prisa.»

El guía se detuvo y dije a aquel
que blasfemaba aún muy duramente:
«¿Quién eres tú que así reprendes a otros?»

«Y tú ¿quién eres que por la Antenora
vas golpeando -respondió- los rostros,
de tal forma que, aun vivo, mucho fuera?»

«Yo estoy vivo, y acaso te convenga
-fue mi respuesta-, si es que quieres fama,
que yo ponga tu nombre entre los otros.»

Y él a mí: «Lo contrario desearía;
márchate ya de aquí y no me molestes,
que halagar sabes mal en esta gruta.»

Entonces le cogí por el cogote,
y dije: «Deberás decir tu nombre,
o quedarte sin pelo aquí debajo.»

Por lo que dijo: «Aunque me descabelles,
no te diré quién soy, ni he de decirlo,
aunque mil veces golpees mi cabeza.»

Ya enroscados tenía sus cabellos,
y ya más de un mechón le había arrancado,
mientras ladraba con la vista gacha,

cuando otro le gritó: «¿Qué tienes, Bocca?
¿No te basta sonar con las quíjadas,
sino que ladras? ¿quién te da tormento?»

«Ahora -le dije yo- no quiero oírte,
oh malvado traidor: que en tu deshonra,
he de llevar de ti veraces nuevas.»

«Vete -repuso- y di lo que te plazca,
pero no calles, si de aquí salieras,
de quien tuvo la lengua tan ligera.

Él llora aquí el dinero del francés:
“Yo vi -podrás decir- a aquel de Duera,
donde frescos están los pecadores.”

Si fuera preguntado “¿y esos otros?”,
tienes al lado a aquel de Beccaría,
del cual segó Florencia la garganta.

Gianni de Soldanier creo que está
allá con Ganelón y Teobaldo,
que abrió Faenza mientras que dormía.»

Nos habíamos de estos alejado,
cuando vi a dos helados en un hoyo,
y una cabeza de otra era sombrero;

y como el pan con hambre se devora,
así el de arriba le mordía al otro
donde se juntan nuca con cerebro.

No de otra forma Tideo roía
la sien a Menalipo por despecho,
que aquél el cráneo y las restantes cosas.

«Oh tú, que muestras por tan brutal signo
un odio tal por quien así devoras,
dime el porqué -le dije- de ese trato,

que si tú con razón te quejas de él,
sabiendo quiénes sois, y su pecado,
aún en el mundo pueda yo vengarte,
si no se seca aquella con la que hablo.»

CANTO XXXIII

De la feroz comida alzó la boca
el pecador, limpiándola en los pelos
de la cabeza que detrás roía.

Luego empezó: «Tú quieres que renueve
el amargo dolor que me atenaza
sólo al pensarlo, antes que de ello hable.

Más si han de ser simiente mis palabras
que dé frutos de infamia a este traidor
que muerdo, al par verás que lloro y hablo.

Ignoro yo quién seas y en qué forma
has llegado hasta aquí, mas de Florencia
de verdad me pareces al oírte.

Debes saber que fui el conde Ugolino
y este ha sido Ruggieri, el arzobispo;
por qué soy tal vecino he de contarte.

Que a causa de sus malos pensamientos,
y fiándome de él fui puesto preso
y luego muerto, no hay que relatarlo;

mas lo que haber oído no pudiste,
quiero decir, lo cruel que fue mi muerte,
escucharás: sabrás si me ha ofendido.

Un pequeño agujero de «la Muda»
que por mí ya se llama «La del Hambre»,
y que conviene que a otros aún encierre,

enseñado me había por su hueco
muchas lunas, cuando un mal sueño tuve
que me rasgó los velos del futuro.

Éste me apareció señor y dueño,
a la caza del lobo y los lobeznos
en el monte que a Pisa oculta Lucca.

Con perros flacos, sabios y amaestrados,
los Qualandís, Lanfrancos y Sismondís
al frente se encontraban bien dispuestos.

Tras de corta carrera ví rendidos
a los hijos y al padre, y con colmillos
agudos ví morderles los costados.

Cuando me desperté antes de la aurora,
llorar sentí en el sueño a mis hijitos
que estaban junto a mí, pidiendo pan.

Muy cruel serás sí no te dueles de esto,
pensando lo que en mi alma se anunciaba:
y sí no lloras, ¿de qué llorar sueles?

Se despertaron, y llegó la hora
en que solían darnos la comida,
y por su sueño cada cual dudaba.

Y oí clavar la entrada desde abajo
de la espantosa torre; y yo miraba
la cara a mis hijitos sin moverme.

Yo no lloraba, tan de piedra era;
lloraban ellos; y Anselmuccio dijo:
«Cómo nos miras, padre, ¿qué te pasa?»

Pero yo no lloré ni le repuse
en todo el día ni al llegar la noche,
hasta que un nuevo sol salía a mundo.

Como un pequeño rayo penetrase
en la penosa cárcel, y mirara
en cuatro rostros mi apariencia misma,

ambas manos de pena me mordía;
y al pensar que lo hacía yo por ganas
de comer, bruscamente levantaron,

diciendo: «Padre, menos nos doliera
sí comes de nosotros; pues vestiste
estas miséras carnes, las despoja.»

Por más no entrístecerlos me calmaba;
ese día y al otro nada hablamos:
Ay, dura tierra, ¿por qué no te abriste?

Cuando hubieron pasado cuatro días,
caddo se me arrojó a los pies tendido,
diciendo: «Padre, ¿por qué no me ayudas?»

Allí murió: y como me estás viendo,
ví morir a los tres uno por uno
al quinto y sexto día; y yo me daba

ya ciego, a andar a tientas sobre ellos.
Dos días les llamé aunque estaban muertos:
después más que el dolor pudo el ayuno.»

Cuando esto dijo, con torcidos ojos
volvió a morder la mísera cabeza,
y los huesos tan fuerte como un perro.

¡Ah Pisa, vituperio de las gentes
del hermoso país donde el «sí» suena!,
pues tardos al castigo tus vecinos,

muévanse la Gorgona y la Capraia,
y hagan presas allí en la hoz del Arno,
para anegar en tí a toda persona;

pues sí al conde Ugolino se acusaba
por la traición que hizo a tus castillos,
no debiste a los hijos dar tormento.

Inocentes hacía la edad nueva,
nueva Tebas, a Uguicción y al Brigada
y a los otros que el canto ya ha nombrado.»

A otro lado pasamos, y a otra gente
envolvía la helada con crudeza,
y no cabeza abajo sino arriba.

El llanto mismo el lloro no permite,
y la pena que encuentra el ojo lleno,
vuelve hacia atrás, la angustia acrecentando;

pues hacen muro las primeras lágrimas,
y así como viseras cristalinas,
llenan bajo las cejas todo el vaso.

Y sucedió que, aun como encallecido
por el gran frío cualquier sentimiento
hubiera abandonado ya mi rostro,

me parecía ya sentir un viento,
por lo que yo: «Maestro, ¿quién lo hace?,
¿No están extintos todos los vapores?»

Y él me repuso: «En breve será cuando
a esto darán tus ojos la respuesta,
viendo la causa que este soplo envía.»

Y un triste de esos de la fría costra
gritó: «Ah vosotras, almas tan crueles,
que el último lugar os ha tocado,

del rostro levantar mis duros velos,
que el dolor que me oprime expulsar pueda,
un poco antes que el llanto se congele.»

Y le dije: «Si quieres que te ayude,
dime quién eres, y si no te libro,
merezca yo ir al fondo de este hielo.»

Me respondió: «Yo soy fray Alberigo;
soy aquel de la fruta del mal huerto,
que por el higo el dátíl he cambiado.»

«Oh, ¡ya estás muerto --díjale yo- entonces?
Y él repuso: «De cómo esté mi cuerpo
en el mundo, no tengo ciencia alguna.

Tal ventaja tiene esta Tolomea,
que muchas veces caen aquí las almas
antes de que sus dedos mueva Atropos;

y para que de grado tú me quites
las lágrimas vídriosas de mi rostro,
sabe que luego que el alma traiciona,

como yo hiciera, el cuerpo le es quitado
por un demonio que después la rige,
hasta que el tiempo suyo todo acabe.

Ella cae en cisterna semejante;
y es posible que arriba esté aún el cuerpo
de la sombra que aquí detrás inverna.

Tú lo debes saber, si ahora has venido:
que es Branca Doria, y ya han pasado muchos
años desde que fuera aquí encerrado.»

«Creo -le dije yo- que tú me engañas;
Branca Doria no ha muerto todavía,
y come y bebe y duerme y paños viste.»

«Al pozo -él respondió- de Malasgarras,
donde la pez rebulle pegajosa,
aún no había caído Miguel Zaque,

cuando éste le dejó al diablo un sitio
en su cuerpo, y el de un pariente suyo
que la traición junto con él hiciera.

Más extiende por fin aquí la mano;
abre mis ojos.» Y no los abrí;
y cortesía fue el villano serle.

¡Ah genoveses, hombres tan distantes
de todo bien, de toda lacra llenos!
¡por qué no soís del mundo desterrados?

Porque con la peor alma de Romaña
hallé a uno de vosotros, por sus obras
su espíritu bañando en el Cocito,
y aún en la tierra vivo con el cuerpo.

CANTO XXXIV

«Vexilla regis prodeunt inferni
contra nosotros, mira, pues, delante
-dijo el maestro- a ver si los distingues.»

Como cuando una espesa niebla baja,
o se oscurece ya nuestro hemisferio,
girando lejos vemos un molino,

una máquina tal creí ver entonces;
luego, por aquel viento, busqué abrigo
tras de mi guía, pues no hallé otra gruta.

Ya estaba, y con terror lo pongo en verso,
donde todas las sombras se cubrían,
traspareciendo como paja en vidrio:

unas yacen; y están erguidas otras,
con la cabeza aquella o con las plantas;
otra, tal arco, el rostro a los pies vuelve.

Cuando avanzamos ya lo suficiente,
que a mi maestro le plació mostrarme
la criatura que tuvo hermosa cara,

se me puso delante y me detuvo,
«Mira a Dite -diciendo-, y mira el sitio
donde tendrás que armarte de valor.»

De cómo me quedé helado y atónito,
no lo inquietas, lector, que no lo escribo,
porque cualquier hablar poco sería.

Yo no morí, más vivo no quedé:
piensa por tí, si algún ingenio tienes,
cual me puse, privado de ambas cosas.

El monarca del doloroso reino,
del hielo aquel sacaba el pecho afuera;
y más con un gigante me comparo,

que los gigantes con sus brazos hacen:
mira pues cuánto debe ser el todo
que a semejante parte corresponde.

Si igual de bello fue como ahora es feo,
y contra su hacedor alzó los ojos,
con razón de él nos viene cualquier luto.

¡Qué asombro tan enorme me produjo
cuando ví su cabeza con tres caras!
una delante, que era toda roja:

las otras eran dos, a aquella unidas
por encima del uno y otro hombro,
y uníanse en el sitio de la cresta;

entre amarilla y blanca la derecha
parecía; y la izquierda era tal los que
vienen de allí donde el Nilo discurre.

Bajo las tres salía un gran par de alas,
tal como convenía a tanto pájaro:
velas de barco no ví nunca iguales.

No eran plumosas, sino de murciélago
su aspecto; y de tal forma aleteaban,
que tres vientos de aquello se movían:

por éstos congelábase el Cocito;
con seis ojos lloraba, y por tres barbas
corría el llanto y baba sanguinosa.

En cada boca hería con los dientes
a un pecador, como una agramadera,
tal que a los tres atormentaba a un tiempo.

Al de delante, el morder no era nada
comparado a la espalda, que a zarpazos
toda la piel habíale arrancado.

«Aquella alma que allí más pena sufre
-dijo el maestro- es Judas Iscariote,
con la cabeza dentro y piernas fuera.

De los que la cabeza afuera tienen,
quien de las negras fauces cuelga es Bruto:
-¡mírale retorcerse! ¡y nada dice!-

Casío es el otro, de aspecto membrudo.
Más retorna la noche, y ya es la hora
de partir, porque todo ya hemos visto.»

Como él lo quiso, al cuello le abracé;
y escogió el tiempo y el lugar preciso,
y, al estar ya las alas bien abiertas,

se sujetó de los peludos flancos:
y descendió después de pelo en pelo,
entre pelambre hirsuta y costra helada.

Cuando nos encontramos donde el muslo
se ensancha y hace gruesas las caderas,
el guía, con fatiga y con angustia,

la cabeza volvió hacia los zancajos,
y al pelo se agarró como quien sube,
tal que al infierno yo creí volver.

«Cógete bien, ya que por esta escala
-dijo el maestro exhausto y jadeante
es preciso escapar de tantos males.»

Luego salió por el hueco de un risco,
y junto a éste me dejó sentado;
y puso junto a mí su pie prudente.

Yo alcé los ojos, y pensé mirar
a Lucifer igual que lo dejamos,
y le ví con las piernas para arriba;

y si desconcertado me ví entonces,
el vulgo es quien lo piensa, pues no entiende
cuál es el trago que pasado había.

«Ponte de pie -me dijo mi maestro-:
la ruta es larga y el camino es malo,
y el sol ya cae al medio de la tercia.»

No era el lugar donde nos encontrábamos
pasillo de palacio, más caverna
que poca luz y mal suelo tenía.

«Antes que del abismo yo me aparte,
maestro -dije cuando estuve en pie-,
por sacarme de error háblame un poco:

¿Dónde está el hielo?, ¡y cómo éste se encuentra
tan boca abajo, y en tan poco tiempo,
de noche a día el sol ha caminado?»

Y él me repuso: « Piensas todavía
que estás allí en el centro, en que agarré
el pelo del gusano que perfora

el mundo: allí estuviste en la bajada;
cuando yo me volví, cruzaste el punto
en que converge el peso de ambas partes:

y has alcanzado ya el otro hemisferio
que es contrario de aquel que la gran seca
recubre, en cuya cima consumido

fue el hombre que nació y vivió sin culpa;
tienes los pies sobre la breve esfera
que a la Judea forma la otra cara.

Aquí es mañana, cuando allí es de noche:
y aquél, que fue escalera con su pelo,
aún se encuentra plantado igual que antes.

Del cielo se arrojó por esta parte;
y la tierra que aquí antes se extendía,
por miedo a él, del mar hizo su velo,

y al hemisferio nuestro vino; y puede
que por huir dejara este vacío
eso que allí se ve, y arriba se alza.»

Un lugar hay de Belcebú alejado
tanto cuanto la cárcava se alarga,
que el sonido denota, y no la vista,

de un arroyuelo que hasta allí desciende
por el hueco de un risco, al que perfora
su curso retorcido y sin pendiente.

Mi guía y yo por esa oculta senda
fuimos para volver al claro mundo;
y sin preocupación de descansar,

subimos, él primero y yo después,
hasta que nos dejó mirar el cielo
un agujero, por el cual salimos
a contemplar de nuevo las estrellas.



El Infierno de Alberto Fernández

El documento que poseía el actor Don Alberto Fernández como regalo del impresor Don Tadeo Escriba para representar la obra en los mejores Corrales de la Villa y Corte, y del que se apropió Fray Emilio Bocanegra.

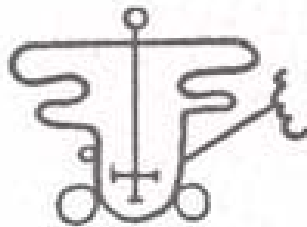
Dentro del libro se contendrá la manera de poder crear una Poción (Tinta Prodigiosa de Aquelarre) y estará explicado en las letras en cursiva y teniendo en cuenta que deben leerse de atrás hacia adelante, dejándolo así no demasiado fáciles de apreciar entre el texto habitual...

Tipo:	Poción.
Componentes:	Oro, Plata, Piedra de Imán, Carbón, Opalo Negro reducido a polvo, Tinta de Calamar, Hojas de Olivo y Agua de Lluvia.
Caducidad:	1D3 meses.
Duración:	Permanente.
Descripción:	Se produce una tinta de tono dorado y una vez escrito algo con esta tinta, se ejecuta el hechizo y al secarse la tinta, desaparece. Se hace invisible. Se puede hacer visible de tres maneras: usar Polvos Elementales, exponerla a la luna llena o volver a realizar el hechizo.

Se encontrará escrito lo siguiente entre los versos del Infierno y para descubrir lo siguiente:

"El poder de Purson conseguirá mezclar polvo de oro, de plata, de carbón y de ópalo negro con un destilado de tinta de calamar, hojas de olivo y agua de lluvia. El resplandor dorado podrá esconder los secretos que no deseen ser revelados."

Infierno De Alberto Fernández





INFIERNO

CANTO I

A mitad del camino de la vida, en una selva oscura me encontraba porque mi ruta había extraviado.

¡Cuán dura cosa es decir cuál era esta salvaje selva, áspera y fuerte que me vuelve el temor al pensamiento! Es tan amarga casi cual la muerte; mas por tratar del bien que allí encontré, de otras cosas diré que me ocurrieron.

Yo no sé repetir cómo entré en ella pues tan dormido me hallaba en el punto que abandoné la senda verdadera. Mas cuando hube llegado al pie de un monte, allí donde aquel valle terminaba que el corazón había me aterrado, hacia lo alto miré, y vi que su cima ya vestían los rayos del planeta que lleva recto por cualquier camino.

Entonces se calmó aquel miedo un poco, que en el lazo del alma había entrado la noche que pasé con tanta angustia.

Y como quien con aliento anhelante, ya salido del piélago a la orilla, se vuelve y mira al agua peligrosa, tal mi ánimo, huyendo todavía, se volvió por mirar de nuevo el sitio que a los que viven traspasar no deja.

Repuesto un poco el cuerpo fatigado, seguí el camino por la yerma loma, siempre afirmando el pie de más abajo.

Y vi, casi al principio de la cuesta, una onza ligera y muy veloz, que de una piel con pintas se cubría; y de delante no se me apartaba, más de tal modo me cortaba el paso, que muchas veces quise dar la vuelta.

Entonces comenzaba un nuevo día, y el sol se alzaba al par que las estrellas que junto a él el gran amor divino sus bellezas movió por vez primera; así es que no auguraba nada malo de aquella fiera de la piel manchada la hora del día y la dulce estación; más no tal que terror no produjese la imagen de un león que luego vi.

Me pareció que contra mí venía, con la cabeza erguida y hambre fiera, y hasta temerle parecía el aire.

Y una loba que todo el apetito parecía cargar en su flaqueza, que ha hecho vivir a muchos en desgracia.

Tantos pesares ésta me produjo, con el pavor que verla me causaba que perdí la esperanza de la sombra.

Y como aquel que alegre se hace ríco y llega luego un tiempo en que se arruina, y en todo pensamiento sufre y llora: tal la bestia me hacía sin dar tregua, pues,

viniendo hacia mí muy lentamente, me empujaba hacia allí donde el sol caía.

Mientras que yo bajaba por la cuesta, se me mostró delante de los ojos alguien que, en su silencio, era mudo. Cuando vi a aquel en ese gran desierto «Apídate de mí -yo le grité-, seas quien seas, sombra a hombre vivo.»

Me dijo: «Hombre no soy, mas hombre fui, y a mis padres dio una Lombardía pues Mantua fue la patria de los dos.

Nací sub julio César, aunque tarde, y viví en Roma bajo el buen Augusto: tiempos de falsos dioses mentirosos.

Poeta fui, y ante de aquel justo hijo de Anquises que vino de Troya, cuando Ilión la soberbia fue abrasada.

¿Por qué retornas a tan grande pena, y no subes al monte deleitoso que es principio y razón de toda dicha?»

«¿Eres Virgilio, pues, y aquella fuente de quien mana tal río de elocuencia? -respondí yo con frente avergonzada-.

Oh luz y honor de todos los poetas, válgame el gran amor y el gran trabajo que me han hecho estudiar tu gran volumen.

Eres tú mi modelo y mi maestro; el único eres tú de quien tomé el bello estilo que me ha dado honra.

Mira la bestia por la cual me he vuelto: sabio famoso, de ella ponme a salvo, pues hace que me tiembles pulso y venas.»

«Es menester que sigas otra ruta -me repuso después que vio mi llanto-, si quieres irte del lugar salvaje; pues esta bestia, que gritar te hace, no deja a nadie andar por su camino, más tanto se lo impide que los mata; y es su instinto tan cruel y tan malvado, que nunca sacia su ansia codiciosa y después de comer más hambre aún tiene.

Con muchos animales se amanceba, y serán muchos más hasta que venga el Lebre que la hará morir con duelo.

Éste no comerá tierra ni peltre, sino virtud, amor, sabiduría, y su cuna estará entre Fielto y Fielto.

Ha de salvar a aquella humilde Italia por quien murió Camila, la doncella, Turno, Euríalo y Niso con heridas.

Éste la arrojará de pueblo en pueblo, hasta que dé con ella en el abismo, del que la hizo salir el Envidioso.

Por lo que, por tu bien, pienso y decido que vengas tras de mí, y seré tu guía, y he de llevarte por lugar eterno, donde oirás el aullar desesperado, verás, dolientes, las antiguas sombras, gritando todas la segunda muerte; y podrás ver a aquellas que contenta el fuego, pues confían en llegar a bienaventuras cualquier día; y si ascender deseas junto a éstas, más digna que la mía allí hay un alma: te dejaré con ella cuando marche; que

aquel Emperador que arriba reina, puesto que yo a sus leyes fui rebelde, no quiere que por mí a su reino subas. En toda parte impera y allí rige; allí está su ciudad y su alto trono. ¡Cuán feliz es quien él allí destina!»

Yo contesté: «Poeta, te requiero por aquel Dios que tú no conociste, para huir de éste o de otro mal más grande, que me lleves allí donde me has dicho, y pueda ver la puerta de San Pedro y aquellos infelices de que me hablas.» Entonces se echó a andar, y yo tras él.

CANTO II

El día se marchaba, el aire oscuro a los seres que habitan en la tierra quitaba sus fatigas; y yo sólo me disponía a sostener la guerra, contra el camino y contra el sufrimiento que sin error evocará mi mente.

¡Oh musas! ¡Oh alto ingenio, sostenedme! ¡Memoria que escribiste lo que vi, aquí se advertirá tu gran nobleza!

Yo comencé: «Poeta que me guías, mira si mi virtud es suficiente antes de comenzar tan ardua empresa.

Tú nos contaste que el padre de Silvio, sin estar aún corrupto, al inmortal reino llegó, y lo hizo en cuerpo y alma.

Pero si el adversario del pecado le hizo el favor, pensando el gran efecto que de aquello saldría, el qué y el cuál, no le parece indigno al hombre sabio; pues fue de la alma Roma y de su imperio eseogido por padre en el Empíreo.

La cual y el cual, a decir la verdad, como el lugar sagrado fue elegida, que habita el sucesor del mayor Pedro.

En el viaje por el cual le alabas escuchó cosas que fueron motivo de su triunfo y del manto de los papas.

Allí fue luego el Vaso de Elección, para llevar conforto a aquella fe que de la salvación es el principio.

Más yo, ¿por qué he de ir? ¿quién me lo otorga? Yo no soy Pablo ni tampoco Eneas: y ni yo ni los otros me creen digno.

Pues temo, si me entrego a ese viaje, que ese camino sea una locura; eres sabio; ya entiendes lo que callo.»

Y cual quien ya no quiere lo que quiso cambiando el parecer por otro nuevo, y deja a un lado aquello que ha empezado, así hice yo en aquella cuesta oscura: porque, al pensarlo, abandoné la empresa que tan aprisa había comenzado.

«Si he comprendido bien lo que me has dicho --respondió del magnánimo la sombra la cobardía te ha ataeado el alma;

la cual estorba al hombre muchas veces, y de empresas honradas le desvía, cual reses que ven cosas en la sombra.

A fin de que te libres de este miedo, te diré por qué vine y qué entendí desde el punto en que lástima te tuve.

Me hallaba entre las almas suspendidas y me llamó una dama santa y bella, de forma que a sus órdenes me puse.

Brillaban sus pupilas más que estrellas; y a hablarme comenzó, elara y suave, angelica voz, en este modo:

“Alma cortés de Mantua, de la cual aún en el mundo dura la memoria, y ha de durar a lo largo del tiempo: mi amigo, pero no de la ventura, tal obstáculo encuentra en su camino por la montaña, que asustado vuelve: y temo que se encuentre tan perdido que tarde me haya dispuesto al socorro, según lo que escuché de él en el cielo.

Ve pues, y con palabras elocuentes, y cuanto en su remedio necesite, ayúdale, y consuérame con ello.

Yo, Beatriz, soy quien te hace caminar; vengo del sitio al que volver deseo; amor me mueve, amor me lleva a hablarte.

Cuando vuelva a presencia de mi Dueño le hablaré bien de ti frecuentemente.” Entonces se calló y yo le repuse:

“Oh dama de virtud por quien supera tan sólo el hombre cuanto se contiene con bajo el cielo de esfera más pequeña, de tal modo me agrada lo que mandas, que obedecer, si fuera ya, es ya tarde; no tienes más que abrirme tu deseo.

Más dime la razón que no te impide descender aquí abajo y a este centro, desde el lugar al que volver ansías.”

“Lo que quieres saber tan por entero, te diré brevemente --me repuso por qué razón no temo haber bajado.

Temer se debe sólo a aquellas cosas que pueden causar algún tipo de daño; mas a las otras no, pues mal no hacen.

Dios con su gracia me ha hecho de tal modo que la miseria vuestra no me toea, ni llama de este incendio me consume.

Una dama gentil hay en el cielo que compadece a aquel a quien te envió, mitigando allí arriba el duro juicio.

Ésta llamó a Lucía a su presencia; y dijo: «necesita tu devoto ahora de ti, y yo a ti te lo encomiendo».

Lucía, que aborrece el sufrimiento, se alzó y vino hasta el sitio en que yo estaba, sentada al par de la antigua Raquel.

Dijo: «Beatriz, de Dios vera alabanza, cómo no ayudas a quien te amó tanto, y por ti se apartó de los vulgares?

¿Es que no escuchas su llanto doliente? ¿no ves la muerte que ahora le amenaza en el torrente al que el mar no supera?»

No hubo en el mundo nadie tan ligero, buscando el bien o huyendo del peligro, como yo al escuchar esas palabras.

«Así bajé desde mi dulce escaño, confiando en tu discurso virtuoso que te honra a ti y aquellos que lo oyeron.»

Después de que dijera estas palabras volvió llorando los lucientes ojos, haciéndome venir aún más aprisa; y vine a ti como ella lo quería; te aparté de delante de la fiera, que alcanzar te impedía el monte bello.

¿Qué pasa pues?, ¿por qué, por qué vacilas? ¿por qué tal cobardía hay en tu pecho? ¿por qué no tienes audacia ni arrojo?

Si en la corte del cielo te apadrinan tres mujeres tan bienaventuradas, y mis palabras tanto bien prometen.»

Qual florecillas, que el nocturno hielo abate y cierra, luego se levantan, y se abren cuando el sol las ilumina, así hice yo con mi valor cansado; y tanto se encendió mi corazón, que comencé como alguien valeroso:

«¡Ah, cuán piadosa aquella que me ayuda! y tú, cortés, que pronto obedeciste a quien dijo palabras verdaderas.

El corazón me has puesto tan ansioso de echar a andar con eso que me has dicho que he vuelto ya al propósito primero.

Vamos, que mi deseo es como el tuyo. Sé mi guía, mi jefe, y mi maestro.» Así le dije, y luego que echó a andar, entré por el camino arduo y silvestre.

CANTO III

POR MÍ SE VA HASTA LA CIUDAD DOLIENTE. POR MÍ SE VA AL ETERNO SUFRIMIENTO. POR MÍ SE VA A LA GENTE CONDENADA. LA JUSTICIA MOVIO A MÍ ALTO ARQUITECTO. HIZOME LA DIVINA POTESTAD. EL SABER SUMO Y EL AMOR PRIMERO.

ANTES DE MÍ NO FUE COSA CREADA SINO LO ETERNO Y DURO ETERNAMENTE. DEJAD, LOS QUE AQUÍ ENTRÁIS, TODA ESPERANZA.

Estas palabras de color oscuro vi escritas en lo alto de una puerta; y yo: «Maestro, es grave su sentido.»

Y, cual persona cauta, él me repuso: «Debes aquí dejar todo recelo; debes dar muerte aquí a tu cobardía.

Hemos llegado al sitio que te he dicho en que verás las gentes doloridas, que perdieron el bien del intelecto.»

Luego tomó mi mano con la suya con gesto alegre, que me confortó, y en las cosas secretas me introdujo.

Allí suspiros, llantos y altos ayes resonaban al aire sin estrellas, y yo me eché a llorar al escucharlo.

Diversas lenguas, horribas blasfemias, palabras de dolor, acentos de ira, roneos gritos al son de manotazos, un tumulto formaban, el cual gira siempre en el aire eternamente oscuro, como arena al soplar el torbellino.

Con el terror eñendo mi cabeza dije: «Maestro, qué es lo que yo escucho, y quién son éstos que el dolor abate?»

Y él me repuso: «Esta mísera suerte tienen las tristes almas de esas gentes que vivieron sin gloria y sin infamia.

Están mezcladas con el coro infame de ángeles que no se rebelaron, no por lealtad a Dios, sino a ellos mismos.

Los echa el cielo, porque menos bello no sea, y el infierno los rechaza, pues podrían dar gloria a los caídos.»

Y yo: «Maestro, ¿qué les pesa tanto y provoca lamentos tan amargos?» Respondió: «Brevemente he de decirlo.

No tienen éstos de muerte esperanza, y su vida obcecada es tan rastrera, que envidiosos están de cualquier suerte.

Ya no tiene memoria el mundo de ellos, compasión y justicia les desdeña; de ellos no hablemos, sino mira y pasa.»

Y entonces pude ver un estandarte, que corría girando tan ligero, que parecía indigno de reposo.

Y venía detrás tan larga fila de gente, que creído nunca hubiera que hubiese a tantos la muerte deshecho.

Y tras haber reconocido a alguno, vi y conocí la sombra del que hizo por cobardía aquella gran renuncia.

Al punto comprendí, y estuve cierto, que ésta era la secta de los reos a Dios y a sus contrarios displacientes.

Los desgraciados, que nunca vivieron, iban desnudos y azuzados siempre de moseones y avispa que allí había. Éstos de sangre el rostro les bañaban, que, mezclada con llanto, repugnantes gusanos a sus pies la recoñían.

Y luego que a mirar me puse a otros, vi gentes en la orilla de un gran río y yo dije: «Maestro, te suplico que me digas quién son, y qué designio les hace tan ansiosos de cruzar como desierto entre la luz escasa.»

Y él repuso: «La cosa he de contarte cuando hayamos parado nuestros pasos en la triste ribera de Aqueronte.»

Con los ojos ya bajos de vergüenza, temiendo molestarle con preguntas dejé de hablar hasta llegar al río.

Y he aquí que viene en bote hacia nosotros un viejo cano de cabello antiguo, gritando: «¡Ay de vosotras, almas pravas!

No esperéis nunca contemplar el cielo; venid a llevaros hasta la otra orilla, a la eterna tiniebla, al hielo, al fuego.

Y tú que aquí te encuentras, alma viva, aparta de éstos otros ya difuntos.» Pero viendo que yo no me marchaba, dijo: «Por otra vía y otros puertos a la playa has de ir, no por aquí; más leve leño tendrá que llevarte.»

Y el guía a él: «Caronte, no te irrites: así se quiere allí donde se puede lo que se quiere, y más no me preguntes.»

Las peludas mejillas del barquero del lívido pantano, cuyos ojos rodeaban las llamas, se calmaron.

Mas las almas desnudas y contritas, cambiaron el color y rechinaban, cuando escucharon las palabras crudas.

Blasfemaban de Dios y de sus padres, del hombre, el sitio, el tiempo y la simiente que los sembrara, y de su nacimiento.

Luego se recoñieron todas juntas, llorando fuerte en la orilla malvada que aguarda a todos los que a Dios no temen.

Carón, demonio, con ojos de fuego, llamándolos a todos recoñía: da con el remo si alguno se atrasa.

Como en otoño se vuelan las hojas unas tras otras, hasta que la rama ve ya en la tierra todos sus despojos, de este modo de Adán las malas siembras se arrojan de la orilla de una en una, a la señal, cual pájaro al reelamo.

Así se fueron por el agua oscura, y aún antes de que hubieran descendido ya un nuevo grupo se había formado.

«Hijo mío -ortés dijo el maestro los que en ira de Dios hallan la muerte llegan aquí de todos los países: y están ansiosos de cruzar el río, pues la justicia santa les empuja, y así el temor se transforma en deseo.

Aquí no cruza nunca un alma justa, por lo cual si Carón de ti se enoja, comprenderás qué cosa significa.»

Y dicho esto, la región oscura tembló con fuerza tal, que del espanto la frente de sudor aún se me baña.

La tierra lagrimsa lanzó un viento que hizo brillar un relámpago rojo y, veniéndome todos los sentidos, me caí como el hombre que se duerme.

CANTO IV

Rompí el profundo sueño de mi mente un gran trueno, de modo que cual hombre que a la fuerza despierta, me repuse; la vista recobrada volví en torno ya puesto en pie, mirando fijamente, pues quería saber en dónde estaba.

En verdad que me hallaba justo al borde del valle del abismo doloroso, que atronaba con ayes infinitos.

Oscuro y hondo era y nebuloso, de modo que, aun mirando fijo al fondo, no distinguía allí cosa ninguna.

«Descendamos ahora al ciego mundo --dijo el poeta todo amortecido: yo iré primero y tú vendrás detrás.»

Y al darme cuenta yo de su color, dije: «¿Cómo he de ir si tú te asustas, y tú a mis dudas sueles dar consuelo?»

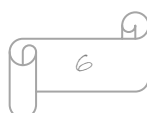
Y me dijo: «La angustia de las gentes que están aquí en el rostro me ha pintado la lástima que tú piensas que es miedo.

Vamos, que larga ruta nos espera.» Así me dijo, y así me hizo entrar al primer cerco que el abismo ciñe.

Allí, según lo que escuchar yo pude, llanto no había, mas suspiros sólo, que al aire eterno le hacían temblar.

Lo causaba la pena sin tormento que sufría una grande muchedumbre de mujeres, de niños y de hombres.

El buen Maestro a mí: «¿No me preguntas qué espíritus son estos que estás viendo? Quiero que sepas, antes de seguir, que no pecaron: y aunque tengan méritos, no basta, pues están sin el bautismo, donde la fe en que crees principio tiene.



Al cristianismo fueron anteriores, y a Dios debidamente no adoraron: a éstos tales yo mismo pertenezco.

Por tal defecto, no por otra culpa, perdidos somos, y es nuestra condena vivir sin esperanza en el deseo.»

Sentí en el corazón una gran pena, puesto que gentes de mucho valor vi que en el limbo estaba suspendidos.

«Dime, maestro, dime, mi señor -yo comencé por querer estar cierto de aquella fe que venee la ignorancia: ¿salió alguno de aquí, que por sus méritos o los de otro, se hiciera luego santo?» Y éste, que comprendió mi hablar cubierto, respondió: «Yo era nuevo en este estado, cuando vi aquí bajar a un poderoso, coronado con signos de victoria.

Sacó la sombra del padre primero, y las de Abel, su hijo, y de Noé, del legista Moisés, el obediente; del patriarca Abraham, del rey David, a Israel con sus hijos y su padre, y con Raquel, por la que tanto hizo, y de otros muchos; y les hizo santos; y debes de saber que antes de eso, ni un espíritu humano se salvaba.»

No dejamos de andar porque él hablase, más aún por la selva caminábamos, la selva, digo, de almas apiñadas

No estábamos aún muy alejados del sitio en que dormí, cuando vi un fuego, que al fúnebre hemisferio derrotaba.

Aún nos encontramos distantes, más no tanto que en parte yo no viese cuán digna gente estaba en aquel sitio.

«Oh tú que honoras toda ciencia y arte, éstos ¿quién son, que tal grandeza tienen, que de todos los otros les separa?»

Y respondió: «Su honrosa nombradía, que allí en tu mundo sigue resonando gracia adquiere del cielo y recompensa.»

Entre tanto una voz pude escuchar: «Honremos al altísimo poeta; vuelve su sombra, que marchado había.»

Cuando estuvo la voz quieta y callada, vi cuatro grandes sombras que venían: ni triste, ni feliz era su rostro.

El buen maestro comenzó a decirme: «Fíjate en ése con la espada en mano, que como el jefe va delante de ellos:

Es Homero, el mayor de los poetas; el satírico Horacio luego viene; tercero, Ovidio; y último, Lucano.

Y aunque a todos igual que a mí les cuadra el nombre que sonó en aquella voz, me hacen honor, y con esto hacen bien.»

Así reunida vi a la escuela bella de aquel señor del altísimo canto, que sobre el resto cual águila vuela.

Después de haber hablado un rato entre ellos, con gesto favorable me miraron: y mi maestro, en tanto, sonreía.

Y todavía aún más honor me hicieron porque me condujeron en su hilera, siendo yo el sexto entre tan grandes sabios.

Así anduvimos hasta aquella luz, hablando cosas que callar es bueno, tal como era el hablarlas allí mismo.

Al pie llegamos de un castillo noble, siete veces creado de altos muros, guardado entorno por un bello arroyo.

Lo cruzamos igual que tierra firme; crucé por siete puertas con los sabios: hasta llegar a un prado fresco y verde.

Gente había con ojos graves, lentos, con gran autoridad en su semblante: hablaban poco, con voces suaves.

Nos apartamos a uno de los lados, en un claro lugar alto y abierto, tal que ver se podían todos ellos.

Erigido allí sobre el esmalte verde, las magnas sombras fueronme mostradas, que de placer me colma haberlas visto.

A Electra vi con muchos compañeros, y entre ellos conocí a Héctor y a Eneas, y armado a César, con ojos grifanos.

Vi a Pantasilea y a Camila, y al rey Latino vi por la otra parte, que se sentaba con su hija Lavinia.

Vi a Bruto, aquel que destruyó a Tarquino, a Cornelia, a Lucrecia, a Julia, a Marcia; y a Saladino vi, que estaba solo; y al levantar un poco más la vista, vi al maestro de todos los que saben, sentado en filosófica familia.

Todos le miran, todos le dan honra: y a Sócrates, que al lado de Platón, están más cerca de él que los restantes;

Demócrito, que el mundo pone en duda, Anaxágoras, Tales y Diógenes, Empédocles, Heráclito y Zenón;

y al que las plantas observó con tino, Dioscórides, digo; y vía Orfeo, Julio, Livio y al moralista Séneca; al

geómetra Euclides, Tolomeo, Hipócrates, Galeno y Avicena, y a Averroes que hizo el «Comentario».

No puedo detallar de todos ellos, porque así me enredaba el largo tema, que dicho y hecho no se corresponden.

El grupo de los seis se partió en dos: por otra senda me llevó mi guía, de la quietud al aire tembloroso y llegué a un sitio en donde nada luce.

Así bajé del círculo primero al segundo que menos lugar eñe, y tanto más dolor, que al llanto mueve.

Allí el horrible Minos rechinaba. A la entrada examina los pecados: juzga y ordena según se relíe.

Digo que cuando un alma mal nacida llega delante, todo lo confiesa; y aquel conoecedor de los pecados ve el lugar del infierno que merece: tantas veces se eñe con la eola, cuantos grados él quiere que sea echada.

Siempre delante de él se encuentran muchos; van esperando cada uno su juicio, hablan y escuchan, después las arrojan.

«Oh tú que vienes al doloso albergue -me dijo Minos en cuanto me vio, dejando el acto de tan alto oficio-; mira cómo entras y de quién te fías: no te engañe la anchura de la entrada.» Y mi guía: «¿Por qué le gritas tanto?

No le entorpezcas su fatal camino; así se quiso allí donde se puede lo que se quiere, y más no me preguntes.»

Ahora comienzan las dolientes notas a hacérseme sentir; y llego entonces allí donde un gran llanto me golpea.

Llegué a un lugar de todas luces mudo, que mugía eual mar en la tormenta, si los vientos contrarios le combaten.

La borrasca infernal, que nunca cesa, en su rapiña lleva a los espíritus; volviendo y golpeando les acosa.

Cuando llegan delante de la ruina, allí los gritos, el llanto, el lamento; allí blasfeman del poder divino.

Comprendí que a tal clase de martirio los lujuriosos eran condenados, que la razón someten al deseo.

Y eual los estorninos forman de alas en invierno bandada larga y prieta, así aquel viento a los malos espíritus: arriba, abajo, acá y allí les lleva; y ninguna esperanza les conforta, no de descanso, mas de menor pena.

Y eual las grullas cantando sus lays largas hileras hacen en el aire, así las vi venir lanzando ayes, a las sombras llevadas por el viento. Y yo dije: «Maestro, quién son esas gentes que el aire negro así castiga?»

«La primera de la que las noticias quieres saber --me dijo aquel entonces- fue emperatriz sobre muchos idiomas.

Se inclinó tanto al vicio de lujuria, que la lascivia licitó en sus leyes, para ocultar el aseó al que era dada. Semíramis es ella, de quien dicen que sucediera a Nino

y fue su esposa: mandó en la tierra que el sultán gobierna.

Se mató aquella otra, enamorada, traicionando el recuerdo de Siqueo: la que sigue es Cleopatra lujuriosa.

A Elena ve, por la que tanta víctima el tiempo se llevó, y ve al gran Aquiles que por Amor al cabo combatiera; ve a Paris, a Tristán.» Y a más de mil sombras me señaló, y me nombró, a dedo, que Amor de nuestra vida les privara.

Y después de escuchar a mí maestro nombrar a antiguas damas y caudillos, les tuve pena, y casi me desmayo.

Yo comencé: «Poeta, muy gustoso hablaría a esos dos que vienen juntos y parecen al viento tan ligeros.»

Y él a mí: «Los verás cuando ya estén más cerca de nosotros; si les ruegas en nombre de su amor, ellos vendrán.»

Tan pronto como el viento allí los trajo alcé la voz: «Oh almas afanadas, hablad, si no os lo impiden, con nosotros.»

Tal palomas llamadas del deseo, al dulce nido con el ala alzada, van por el viento del querer llevadas, ambos dejaron el grupo de Dido y en el aire malsano se acercaron, tan fuerte fue mi grito afectuoso:

«Oh criatura graciosa y compasiva que nos visitas por el aire perso a nosotras que el mundo ensangrentamos; si el Rey del Mundo fuese nuestro amigo rogaríamos de él tu salvación, ya que te apiada nuestro mal perverso.

De lo que oír o lo que hablar os guste, nosotros oiremos y hablaremos mientras que el viento, como ahora, calle. La tierra en que nací está situada en la Marina donde el Po desciende y con sus afluentes se reúne.

Amor, que al noble corazón se agarra, a éste prendió de la bella persona que me quitaron; aún me ofende el modo.

Amor, que a todo amado a amar le obliga, prendió por éste en mí pasión tan fuerte que, como ves, aún no me abandona.

El Amor nos condujo a morir juntos, y a aquel que nos mató Caína espera.» Estas palabras ellos nos dijeron.

Cuando escuché a las almas doloridas bajé el rostro y tan bajo lo tenía, que el poeta me dijo al fin: «¿Qué piensas?»

Al responderle comencé: «Qué pena, cuánto duelen pensar, cuánto deseo, a éstos condujo a paso tan dañoso.»

Después me volví a ellos y les dije, y comencé: «Franceses, tus pesares llorar me hacen triste y compasivo; dime, en la edad de los dulces suspiros ¿cómo o por qué el Amor os concedió que conocieses tan turbios deseos?»

Y repuso: «Ningún dolor más grande que el de acordarse del tiempo dichoso en la desgracia; y tu guía lo sabe.

Más si saber la primera raíz de nuestro amor deseas de tal modo, hablaré como aquel que llora y habla:

CANTO VI

Cuando cobré el sentido que perdí antes por la piedad de los euñados, que todo en la tristeza me sumieron, nuevas condenas, nuevos condenados veía en cualquier sitio en que anduviera y me volviese y a donde mirase. Era el tenebroso recinto, el de la lluvia eterna, maldecida, fría y densa: de regla y calidad no cambia nunca.

Grueso granizo, y agua sucia y nieve descienden por el aire tenebroso; hiede la tierra cuando esto recibe.

Cerberos, fiera monstruosa y cruel, capinamente ladra con tres fauces sobre la gente que aquí es sumergida.

Rojos los ojos, la barba untada y negra, y anejo su vientre, y uñas sus manos: elava a las almas, desgarras y desuella.

Los hace aullar la lluvia como a perros, de un lado hacen al otro su refugio, los míseros profanos se revuelven.

Al advertirnos Cerberos, el gusano, la boca abrió y nos mostró los colmillos, no había un miembro que tuviese quieto.

Extendiendo las palmas de las manos, cogió tierra mi guía y a puñadas la tiró dentro del bramante tubo.

Qual hace el perro que ladrando rabia, y mordiendo comida se apacigua, que ya sólo se afana en devorarla, de igual manera las bocas impuras del demonio Cerberos, que así atruena las almas, que quisieran verse sordas.

Íbamos sobre sombras que atería la densa lluvia, poniendo las plantas en sus fantasmas que parecen cuerpos.

En el suelo yacían todas ellas, salvo una que se alzó a sentarse al punto que pudo vernos pasar por delante.

Leíamos un día por deleite, cómo hería el amor a Lanzarote; solos los dos y sin recelo alguno.

Muchas veces los ojos suspendieron la lectura, y el rostro emblanquecía, pero tan sólo nos veneció un pasaje.

Al leer que la risa deseada era besada por tan gran amante, éste, que de mí nunca ha de apartarse, la boca me besó, todo él temblando. Galeotto fue el libro y quien lo hizo; no seguimos leyendo ya ese día.»

Y mientras un espíritu así hablaba, lloraba el otro, tal que de piedad desfallecí como si me muriese; y así como un cuerpo muerto cae.

«Oh tú que a estos infiernos te han traído -me dijo- reconóceme si puedes: tú fuiste, antes que yo deshecho, hecho.»

«La angustia que tú sientes -yo le dije- tal vez te haya sacado de mi mente, y así creo que no te he visto nunca.

Dime quién eres pues que en tan penoso lugar te han puesto, y a tan grandes males, que si hay más grandes no serán tan tristes.»

Y él a mí «Tu ciudad, que tan repleta de envidia está que ya rebosa el saco, en sí me tuvo en la vida serena.

Los ciudadanos Cíaceos me llamasteis; por la dañosa culpa de la gula, como estás viendo, en la lluvia me arrastro.

Mas yo, alma triste, no me encuentro sola, que éstas se hallan en pena semejante por semejante culpa», y más no dijo.

Yo le repuse: «Cíaceo, tu tormento tanto me pesa que a llorar me invita, pero dime, si sabes, qué han de hacerse de la ciudad partida los vecinos, si alguno es justo; y dime la razón por la que tanta guerra la ha assolado.»

Y él a mí: «Tras de largas disensiones ha de haber sangre, y el bando salvaje echará al otro con grandes ofensas; después será preciso que éste caiga y el otro ascienda, luego de tres soles, con la fuerza de Aquel que tanto alaban.

Alta tendrá largo tiempo la frente, teniendo al otro bajo grandes pesos, por más que de esto se avergüence y llore.

Hay dos justos, mas nadie les escucha: son avaricia, soberbia y envidia las tres antorchas que arden en los pechos.»

Puso aquí fin al lagrimoso dicho. Y yo le dije: «Aún quiero que me informes, y que me hagas merced de más palabras; Farinata y Tegghiaio, tan honrados, Jacobo Rusticucci, Arrigo y Mosea, y los otros que en bien obrar pensaron, dime en qué sitio están y hazme saber, pues me aprieta el deseo, si el infierno los amarga, o el cielo los endulza.»

Y aquel: «Están entre las negras almas; culpas varias al fondo los arrojan; los podrás ver si sigues más abajo. Pero cuando hayas vuelto al dulce mundo, te pido que a otras mentes me recuerdes; más no te digo y más no te respondo.» Entonces desvió los ojos fijos, me miró un poco, y agachó la cara; y a la par que los otros cayó ciego.

CANTO VII

«¡Papé Satán, Papé Satán aleppel!» dijo Pluto con voz enronquecida; y aquel sabio gentil que todo sabe, me quiso confortar: «No te detenga el miedo, que por mucho que pudiese no impedirá que bajes esta roca.»

Luego volvióse a aquel hocico hinchado, y dijo: «Cállate maldito lobo, consúmeme tú mismo con tu rabia.

No sin razón por el infierno vamos: se quiso en lo alto allá donde Miguel tomó venganza del soberbio estupro.» Cual las velas hinchadas por el viento revueltas caen cuando se rompe el mástil, tal cayó a tierra la fiera cruel.

Así bajamos por la cuarta fosa, entrando más en el doliente valle que traça todo el mal del universo.

¡Ah justicia de Dios!, ¿quién amontona nuevas penas y males cuales vi, y por qué nuestra culpa así nos triza? Como la ola que sobre Caribdis, se destroza con la otra que se encuentra, así viene a chocarse aquí la gente.

Vi aquí más gente que en las otras partes, y desde un lado al otro, con echillidos, haciendo rodar pesos con el pecho.

Entre ellos se golpean; y después cada uno volvíase hacia atrás, gritando «¿Por qué agarras?, ¿por qué tiras?»

Así giraban por el foso tétrico de cada lado a la parte contraria, siempre gritando el verso vergonzoso.

Y el guía dijo: «Ya no se levanta hasta que suene la angélica trompa, y venga la enemiga autoridad.

Cada cual volverá a su triste tumba, retomarán su carne y su apariencia, y oirán aquello que atruena por siempre.»

Así pasamos por la sucia mezcla de sombras y de lluvia a paso lento, tratando sobre la vida futura.

Y yo dije: «Maestro, estos tormentos crecerán luego de la gran sentencia, serán menores o tan dolorosos?»

Y él contestó: «Recorre a lo que sabes: pues cuanto más perfecta es una cosa más siente el bien, y el dolor de igual modo.

Y por más que esta gente maldecida la verdadera perfección no encuentre, entonces, más que ahora, esperan serlo.»

En redondo seguimos nuestra ruta, hablando de otras cosas que no cuento; y al llegar a aquel sitio en que se baja encontramos a Pluto: el enemigo.

Al llegar luego todos se volvían para otra justa, a la mitad del círculo, y yo, que estaba casi conmovido, dije: «Maestro, quiero que me expliques quienes son éstos, y si fueron elérgicos todos los tnsurados de la izquierda.»

Y él a mí. «Fueron todos tan escasos de la razón en la vida primera, que ningún gasto hicieron con mesura.

Bastante claro ládranlo sus voces, al llegar a los dos puntos del círculo donde culpa contraria los separa.

Clérgicos fueron los que en la cabeza no tienen pelo, papas, cardenales, que están bajo el poder de la avaricia.»

Y yo: «Maestro, entre tales sujetos debiera yo conocer bien a algunos, que inmundos fueron de tan grandes males.»

Y él repuso: «Es en vano lo que piensas: la vida torpe que los ha ensueiado, a cualquier conocer los hace oscuros.

Se han de chocar los dos eternamente; éstos han de surgir de sus sepuleros con el puño cerrado, y éstos, mondos; mal dar y mal tener, el bello mundo les ha quitado y puesto en esta lucha: no empleo más palabras en contarlo.

Hijo, ya puedes ver el corto aliento, de los bienes fiados a Fortuna, por los que así se enzarzan los humanos; que todo el oro que hay bajo la luna, y existió ya, a ninguna de estas almas fatigadas podría dar reposo.»

«Maestro --dije yo-, dime ¿quién es esta Fortuna a la que te refieres que el bien del mundo tiene entre sus garras?»

Y él me repuso: «Oh locas criaturas, qué grande es la ignorancia que os ofende; quiero que tú mis palabras incorpores.

Aquel cuyo saber traseiendo todo, los cielos hizo y les dio quien los mueve tal que unas partes a otras se iluminan, distribuyendo igualmente la luz; de igual modo en las glorias mundanales dispuso una ministra que cambiase los bienes vanos cada cierto tiempo de gente en gente y de una a la otra sangre, aunque el seso del hombre no lo entienda; por lo que imperan unos y otros caen, siguiendo los dictámenes de aquella que está oculta en la yerba tal serpiente.

Vuestro saber no puede conocerla; y en su reino provee, juzga y dispone cual las otras deidades en el suyo.

No tienen trezua nunca sus mudanzas, necesidad la obliga a ser ligera; y aún hay algunos que el triunfo consiguen.

Esta es aquella a la que ultrajan tanto, aquellos que debieran alabarla, y sin razón la vejan y maldicen.

Más ella en su alegría nada escucha; feliz con las primeras criaturas mueve su esfera y alegre se goza.

Ahora bajemos a mayor castigo; caen las estrellas que salían cuando eché a andar, y han prohibido entretenerse.»

Del círculo pasamos a otra orilla sobre una fuente que hierve y rebosa por un canal que en ella da comienzo.

Aquel agua era negra más que persa; y, siguiendo sus ondas tan oscuras, por extraño camino descendimos.

Hasta un pantano va, llamado Estigia, este arroyuelo triste, cuando baja al pie de la maligna cuesta gris.

Y yo, que por mirar estaba atento, gente enfançada vi en aquel pantano toda desnuda, con airado rostro.

No sólo con las manos se pegaban, mas con los pies, el pecho y la cabeza, trozo a trozo arrancando con los dientes.

Y el buen maestro: «Hijo, mira ahora las almas de esos que venió la cólera, y también quiero que por cierto tengas que bajo el agua hay gente que suspira, y al agua hacen hervir la superficie, como dice tu vista a donde mire.

Desde el limo exclamaban: «Triste hicimos el aire dulce que del sol se alegra, llevando dentro acidoso humo: tristes estamos en el negro cieno.» Se atraviesa este himno en su gárgate, y enteras no les salen las palabras.

Así dimos la vuelta al sucio pozo, entre la esearpa seca y lo de en medio; mirando a quien del fango se atraganta; y al fin llegamos al pie de una torre.

CANTO VIII

Dijo, para seguir, que mucho antes de llegar hasta el pie de la alta torre, se encamino a su cima nuestra vista, porque vimos allí dos lucecitas, y otra que tan de lejos daba señas, que apenas nuestros ojos la veían.

Y yo le dije al mar de todo seso: «Esto ¿qué significa? y ¿qué responde el otro foco, y quién es quien lo hace?»

Y él respondió: «Por estas ondas sucias ya podrás divisar lo que se espera, si no lo oculta el humo del pantano.»

Queda no lanzó nunca una saeta que tan ligera fuese por el aire, como yo vi una nave pequeñita por el agua venir hacia nosotros, al gobierno de un solo galeote, gritando: «Al fin llegaste, alma alevosa.»

«Flegrías, Flegrías, en vano estás gritando díjole mi señor en este punto-; tan sólo nos tendrás cruzando el lodo.»

Cual es aquel que gran engaño escucha que le hayan hecho, y luego se contiene, así hizo Flegrías consumido en ira.

Subió mi guía entonces a la barea, y luego me hizo entrar detrás de él; y sólo entonces pareció cargada.

Cuando estuvimos ambos en el leño, hendiendo se mareó la antigua proa el agua más que suele con los otros.

Mientras que el muerto cauce recorriamos uno, lleno de fango vino y dijo: «¿Quién eres tú que vienes a destiempo?» . Y le dije: «Si vengo, no me quedo; pero ¿quién eres tú que estás tan sucio?» Dijo: «Ya ves que soy uno que llora.»

Yo le dije: «Con lutos y con llanto, puedes quedarte, espíritu maldito, pues aunque estés tan sucio te conozco.»

Entonces tendió al leño las dos manos; mas el maestro lo evitó prudente, diciendo: «Vete con los otros perros.» Al cuello luego los brazos me echó, besome el rostro y dijo: «¡Oh desdeñoso, bendita la que estuvo de ti eneiñta! Aquel fue un orgulloso para el mundo; y no hay bondad que su memoria honre: por ello está su sombra aquí furiosa.

Cuantos por reyes tiéñense allá arriba, aquí estarán cual puercos en el eieño, dejando de ellos un desprecio horrible.»

Y yo: «Maestro, mucho desearía el verle zambullirse en este caldo, antes que de este lago nos marchemos.»

Y él me repuso: «Aún antes que la orilla de ti se deje ver, serás saciado: de tal deseo conviene que goces.»

Al poco vi la gran carnicería que de él hacían las fanzosas gentes; a Dios por ello alabo y doy las gracias.

«¡A por Felipe Argentil!», se gritaban, y el florentino espíritu altanero contra sí mismo volvía los dientes.

Lo dejamos allí, y de él más no cuento. Mas el oído golpeome un llanto, y miré atentamente hacia adelante.

Exclamó el buen maestro: «Ahora, hijo, se acerca la ciudad llamada Dite, de graves habitantes y mesnadas.»

Y yo dije: «Maestro, sus mezquitas en el valle distingó elaramente, rojas cual si salido de una fragua hubieran.»

Y él me dijo: «El fuego eterno que dentro arde, rojas nos las muestra, como estás viendo en este bajo infierno.»

Así llegamos a los hondos fosos que ciñen esa tierra sin consuelo; de hierro aquellos muros parecían.

No sin dar antes un rodeo grande, llegamos a una parte en que el barquero «Salid -gritó con fuerza- aquí es la entrada.»

Yo vi a más de un millar sobre la puerta de llovidos del cielo, que con rabia decían: «¿Quién es este que sin muerte va por el reino de la gente muerta?» Y mi sabio maestro hizo una seña de quererles hablar secretamente.

Contuvieron un poco el gran desprecio y dijeron: «Ven solo y que se marche quien tan osado entró por este reino; que vuelva solo por la loca senda; pruebe, si sabe, pues que tú te quedas, que le enseñaste tan oscura zona.»

Pienso, lector, el miedo que me entró al escuchar palabras tan malditas, que pensé que ya nunca volvería.

«Guía querido, tú que más de siete veces me has confortado y hecho libre de los grandes peligros que he encontrado, no me dejéis -le dije- así perdido; y si seguir más lejos nos impiden, juntos volvamos hacia atrás los pasos.»

Y aquel señor que allí me condujera «No temas -dijo- porque nuestro paso nadie puede parar: tal nos lo otorga. Mas espérame aquí, y tu ánimo flaco conforta y alimenta de esperanza, que no te dejaré en el bajo mundo.»

Así se fue, y allí me abandonó el dulce padre, y yo me quedé en duda pues en mi mente el no y el sí luchaban.

No pude oír qué fue lo que les dijo: más no habló mucho tiempo con aquéllos, pues hacia adentro todos se marcharon.

Cerráronle las puertas los demonios en la cara a mi guía, y quedó afuera, y se vino hacia mí con pasos lentos.

Gacha la vista y privado su rostro de osadía ninguna, y suspiraba: «¡Quién las dolientes casa me ha cerrado!»

Y él me dijo: «Tú, porque yo me irrite, no te asustes, pues veréeré la prueba, por mucho que se empeñen en prohibirlo.

No es nada nueva esta insolencia suya, que ante menos secreta puerta usaron, que hasta el momento se halla sin cerrojos.

Sobre ella contemplaste el triste eserito: y ya baja el camino desde aquélla, pasando por los cereos sin escolta, quien la ciudad al fin nos hará franca.

CANTO IX

El color que sacó a mi cara el miedo cuando vi que mi guía se tornaba, lo quitó de la suya con presteza.

Atento se paró como escuchando, pues no podía atravesar la vista el aire negro y la neblina densa.

«Deberemos veréer en esta lucha -comenzó él- si no... Es la promesa. ¡Cuánto tarda en llegar quien esperamos.»

Y me di cuenta de que me ocultaba lo del principio con lo que siguió, pues palabras distintas fueron éstas; pero no menos miedo me causaron, porque pensaba que su frase trunca tal vez peor sentido contuviese.

«¿En este fondo de la triste hoya bajó algún otro, desde el purgatorio donde es pena la falta de esperanza?»

Esta pregunta le hice y: «Raramente -él respondió- sucede que otro alguno haga el camino por el que yo ando.

Verdad es que otra vez estuve aquí, por la cruel Eritone conjurado, que a sus cuerpos las almas reelamaba.

De mí recién desnuda era mi sombrío, cuando ella me hizo entrar tras de aquel muro, a traer un alma del pozo de Judas.

Aquel es el más bajo, el más sombrío, y el lugar de los cielos más lejano; bien sé el camino, puedes ir sin miedo.

Este pantano que gran peste exhala en torno aïñe la ciudad doliente, donde entrar no podemos ya sin ira.»

Dijo algo más, pero no lo recuerdo, porque mi vista se había fijado en la alta torre de cima ardorosa, donde al punto aparecieron tres sangüinosas furias infernales que cuerpo y porte de mujer tenían, se ceñían con serpientes verdes; su pelo eran eulebras y cerastas con que peinaban sus horribles sienas: Y él que bien conocía a las esclavas de la reina del llanto sempiterno Las Feroces Erinias -dijo- mira: Mequera es esa del izquierdo lado, esa que llora al derecho es Aleto; Tesfone está en medio.» Y más no dijo.

Con las uñas el pecho se rasgaban, y se azotaban, gritando tan alto, que me estreché al poeta, temeroso.

«Ah, que venga Medusa a hacerle piedra -las tres decían mientras me miraban- malo fue el no vernáñnos de Teseo.»

«Date la vuelta y cierra bien los ojos; si viniera Gorgona y la mirases nunca podrías regresar arriba.»

Así dijo el Maestro, y en persona me volvió, sin fiarse de mis manos, que con las suyas aún no me tapase.

Vosotros que tenéis la mente sana, observad la doctrina que se esconde bajo el velo de versos enigmáticos.

Mas ya venía por las turbias olas el estruendo de un son de espanto lleno, por lo que retemblaron ambas márgenes; hecho de forma semejante a un viento que, impetuoso a causa de contrarios ardores, hiere el bosque y, sin descanso, las ramas troncha, abate y lejos lleva; delante polvoroso va soberbio, y hace escapar a fieras y a pastores.

Me destapó los ojos: «Lleva el nervio de la vista por esa espuma antigua, hacia allí donde el humo es más acerbo.»

Como las ranas ante la enemiga bieta, en el agua se sumergen todas, hasta que todas se juntan en tierra, más de un millar de almas destruidas vi que huían ante uno, que a su paso cruzaba Estigia con los pies enjutos. Del rostro se apartaba el aire espeso de vez en cuando con la mano izquierda; y sólo esa molestia le cansaba. Bien noté que del cielo era enviado, y me volví al maestro que hizo un signo de que estuviera quieto y me inclinase.

¡Cuán lleno de desdén me parecía! Llegó a la puerta, y con una varita la abrió sin encontrar impedimento.

«¡Oh, arrojados del cielo, despreciados! -gritales él desde el umbral horrible-. ¿Cómo es que aún conserváis esta arrogancia?

¿Y por qué os resistís a aquel deseo cuyo fin nunca pueda detenerse, y que más veces acrece el castigo?

¿De qué sirve al destino dar de coes? Vuestro Cerbero, si bien recordáis, aún hocio y mentón lleva pelados.»

Luego tomó el camino cenagoso, sin decirnos palabra, mas con cara de a quien otro cuidado apremia y muerde, y no el de aquellos que tiene delante. A la ciudad los pasos dirigimos, seguros ya tras sus palabras santas.

Dentro, sin guerra alguna, penetramos; y yo, que de mirar estaba ansioso todas las cosas que el castillo encierra, al estar dentro miro en torno mío; y veo en todas partes un gran campo, lleno de pena y reo de tormentos.

Como en Arlés donde se estanca el Ródano, o como el Pola cerca del Carnaro, que Italia cierra y sus límites baña, todo el sitio ondulado hacen las tumbas, de igual manera allí por todas partes, salvo que de manera aún más amarga, pues llamaradas hay entre las fosas; y tanto ardían que en ninguna fragua, el hierro necesita tanto fuego.

Sus lápidas estaban removidas, y salían de allí tales lamentos, que parecían de almas condenadas.

Y yo: «Maestro, qué gentes son esas que, sepultadas dentro de esas tumbas, se hacen oír con dolientes suspiros?»

Y dijo: «Están aquí los heresiarcas, sus secuaces, de toda secta, y llenas están las tumbas más de lo que piensas.

El igual con su igual está enterrado, y los túmulos arden más o menos.» Y luego de volverse a la derecha, cruzamos entre fosas y altos muros.

Seguíó entónces por una oculta senda entre aquella muralla y los martirios mi Maestro, y yo fui tras de sus pasos.

«Oh virtud suma, que en los infernales círculos me conduces a tu gusto, háblame y satisface mis deseos: a la gente que yace en los sepuleros ¿la podré ver?, pues ya están levantadas todas las losas, y nadie vigila.»

Y él repuso: «Cerrados serán todos cuando aquí vuelvan desde Josafat con los cuerpos que allá arriba dejaron.

Su cementerio en esta parte tienen con Epicuro todos sus secuaces que el alma, dicen, con el cuerpo muere.

Pero aquella pregunta que me hiciste pronto será aquí mismo satisfecha, y también el deseo que me callas.»

Y yo: «Buen guía, no te oculta nada mi corazón, si no es por hablar poco; y tú me tienes a ello predispuesto.»

«Oh toseano que en la ciudad del fuego caminas vivo, hablando tan humilde, te plazca detenerte en este sitio, porque tu acento demuestra que eres natural de la noble patria aquella a la que fui, tal vez, harto dañoso.»

Este son escapó súbitamente desde una de las areas; y temiendo, me arrimé un poco más a mi maestro. Pero él me dijo: «Vuélvete, ¿qué haces? mira allí a Farinata que se ha alzado; le verás de cintura para arriba.»

Fijado en él había ya mi vista; y aquél se erguía con el pecho y frente cual si al infierno mismo despreciase.

Y las valientes manos de mi guía me empujaron a él entre las tumbas, diciendo: «Sé medido en tus palabras.»

Como al pie de su tumba yo estuviese, me miró un poco, y como con desdén, me preguntó: «¿Quién fueron tus mayores?»

Yo, que de obedecer estaba ansioso, no lo oculté, sino que se lo dije, y él levantó las cejas levemente.

«Con fiereza me fueron adversarios a mí y a mi partido y mis mayores, y así dos veces tuve que expulsarles.»

«Si les echaste -dije- regresaron de todas partes, una y otra vez; mas los vuestros tal arte no aprendieron.»

Surció entónces al borde de su foso otra sombra, a su lado, hasta la barba: creo que estaba puesta de rodillas.

Miró a mi alrededor, cual si propósito tuviese de encontrar conmigo a otro, y cuando fue apagada su sospecha, llorando dijo: «Si por esta ciega cárcel vas tú por nobleza de ingenio, ¿y mi hijo?, ¿por qué no está contigo?»

Y yo dije: «No vengo por mí mismo, el que allá aguarda por aquí me lleva a quien Guido, tal vez, fue indiferente.»

Sus palabras y el modo de su pena su nombre ya me habían revelado; por eso fue tan clara mi respuesta.

Súbitamente alzado gritó: «¿Cómo has dicho?, ¿Fue?, ¿Es que entónces ya no vive? ¿La dulce luz no hiere ya sus ojos?»

Y al advertir que una cierta demora antes de responderle yo mostraba, cayó de espaldas sin volver a alzarse.

Mas el otro gran hombre, a cuyo ruego yo me detuve, no alteró su rostro, ni movió el cuello, ni inclinó su cuerpo.

Y así, continuando lo de antes, «Que aquel arte -me dijo- mal supieran, eso, más que este lecho, me tortura.

Pero antes que cincuenta veces arda la faz de la señora que aquí reina, tú has de saber lo que tal arte pesa.

Y así regreses a ese dulce mundo, dime, ¿por qué ese pueblo es tan impío contra los míos en todas sus leyes?»

Y yo dije: «El estrago y la matanza que teñirse de rojo al Arbia hizo, obliga a tal decreto en nuestros templos.»

Me respondió moviendo la cabeza: «No estuve solo allí, ni ciertamente sin razón me moví con esos otros: mas estuve yo solo, cuando todos en destruir Florencia consentían, defendiéndola a rostro descubierto.»

«Ah, que repose vuestra descendencia -yo le rogué-, este nudo desatadme que ha enmarañado aquí mi pensamiento.

Parece que sabéis, por lo que escucho, lo que nos trae el tiempo de antemano, mas usáis de otro modo en lo de ahora.»

«Vemos, como quien tiene mala luz, las cosas -dijo- que se encuentran lejos, gracias a lo que resplande el Sumo Guía.

Cuando están cecia, o son, vano es del todo nuestro intelecto; y si otros no nos cuentan, nada sabemos del estado humano.

Y comprender podrás que muerto quede nuestro conocimiento en aquel punto que se cierre la puerta del futuro.»

Arrepentido entónces de mí falta, dije: «Diréis ahora a aquel yacente que su hijo aún se encuentra con los vivos; y si antes mudo estuve en la respuesta, hazle

saber que fue porque pensaba ya en esa duda que me habéis resuelto.»

Y ya me reclamaba mi maestro; y yo rogué al espíritu que rápido me refiriese quién con él estaba.

Díjome: «Aquí con más de mil me encuentro; dentro se halla el segundo Federico, y el Cardenal, y de los otros callo.»

Entonces se ocultó; y yo hacia el antiguo poeta volví el paso, repensando esas palabras que creí enemigas.

CANTO XI

Por el extremo de un acantilado, que en círculo formaban peñas rotas, llegamos a un gentío aún más doliente; y allí, por el exceso tan horrible de la peste que sale del abismo, al abrigo detrás nos colocamos de un gran sepulcro, donde vi un eserito «Aquí el papa Anastasio está encerrado que Fotino apartó del buen camino.»

«Conviene que bajemos lentamente, para que nuestro olfato se acostumbre al triste aliento; y luego no moleste.»

Así el Maestro, y yo: «Compensación -díjele- encuentra, pues que el tiempo en balde no pase.» Y él: «Ya ves que en eso pienso.

Dentro, hijo mío, de estos pedregales -luego empezó a decir- tres son los círculos que van bajando, como los que has visto.

Todos llenos están de condenados, más porque luego baste que los mires, oye cómo y por qué se les encierra:

Toda maldad, que el odio causa al cielo, tiene por fin la injuria, y ese fin o con fuerza o con fraude a otros contrista; mas siendo el fraude un vicio sólo humano, más lo odia Dios, por ello son al fondo los fraudulentos aún más castigados.

De los violentos es el primer círculo; más como se hace fuerza a tres personas, en tres recintos está dividido; a Dios, y a sí, y al prójimo se puede forzar; digo a ellos mismos y a sus cosas, como ya claramente he de explicarte.

Muerte por fuerza y dolientes heridas al prójimo se dan, y a sus haberes ruinas, incendios y robos dañosos; y así a homicidas y a los que mal hieren, ladrones e incendiarios, atormenta el recinto primero en varios grupos.

Puede el hombre tener violenta mano contra él mismo y sus cosas; y es preciso que en el segundo recinto lo

Él echó a andar y luego, caminando, me dijo: «¿Por qué estás tan abatido?» Y yo le satisface la pregunta.

«Conserva en la memoria lo que oíste contrario a ti -me aconsejó aquel sabio- y atiende ahora -y levantó su dedo-: cuando delante estés del dulce rayo de aquella cuyos ojos lo ven todo de ella sabrás de tu vida el viaje. Luego volvió los pies a mano izquierda: dejando el muro, fuimos hacia el centro por un sendero que conduce a un valle, cuyo hedor hasta allí desagradaba.

purque el que se priva a sí de vuestro mundo, juega y derrocha aquello que posee, y llora allí donde debió alegrarse.

Puede hacer fuerza contra la deidad, blasfemando, negándola en su alma, despreciando el amor de la natura; y el recinto menor lleva la marea del signo de Cahors y de Sodoma, y del que habla de Dios con menosprecio.

El fraude, que cualquier conciencia muerde, se puede hacer a quien de uno se fía, o a aquel que la confianza no ha mostrado.

Se diría que de esta forma matan el vínculo de amor que hace natura; y en el segundo círculo se esconden hipocresía, adulación, quien hace falsedad, latrocinio y simonía, rufianes, barateros y otros tales.

De la otra forma aquel amor se olvida de la naturaleza, y lo que crea, de donde se genera la confianza; y al Círculo menor, donde está el centro del universo, donde asienta Dite, el que traiciona por siempre es llevado.»

Y yo: «Maestro, muy clara procede tu razón, y bastante bien distingue este lugar y el pueblo que lo ocupa; pero ahora dime: aquellos de la ciénaga, que lleva el viento, y que azota la lluvia, y que chocan con voces tan acerbas, ¿por qué no dentro de la ciudad roja son castigados, si a Dios enojaron? y si no, ¿por qué están en tal suplicio?»

Y entonces él: «¿Por qué se aleja tanto -dijo- tu ingenio de lo que acostumbra?, ¿o es que tu mente mira hacia otra parte?

¿Ya no te acuerdas de aquellas palabras que reflejan en tu ÉTICA las tres ineludibles que no quiere el cielo, incontinencia, malicia y la loca bestialidad? ¿y cómo incontinencia menos ofende y menos se castiga?

Y si miras atento esta sentencia, y a la mente preguntas quién son esos que allí fuera reciben su castigo, comprenderás por qué de estos felones están

aparte, y a menos erudeza la divina venganza les somete.»

«Oh sol que curas la vista turbada, tú me contentas tanto resolviendo, que no sólo el saber, dudar me gusta. Un poco más atrás vuélvete ahora -díjete--, allí donde que usura ofende a Dios dijiste, y quítame el enredo.»

«A quien la entiende, la Filosofía hace notar, no sólo en un pasaje cómo natura su carrera toma del divino intelecto y de su arte; y si tú FÍSICA miras despacio, encontrarás, sin mucho que lo busques, que el arte

vuestro a aquélla, cuanto pueda, sigue como al maestro su discípulo, tal que vuestro arte es como de Dios nieto. Con estas dos premisas, si recuerdas el principio del Génesis, debemos ganarnos el sustento con trabajo.

Y al seguir el avaro otro camino, por éste, a la natura y a sus frutos, desprecia, y pone en lo otro su esperanza. Más sígueme, porque avanzar me place; que Piseis ya remonta el horizonte y todo el Carro yace sobre el Coro, y el barrajeo a otro sitio se despeña.

CANTO XII

Era el lugar por el que descendimos alpestre y, por aquel que lo habitaba, cualquier mirada hubiéralo esquivado.

Como son esas ruinas que al costado de acá de Trento azota el río Adigio, por terremoto o sin tener cimientos, que de lo alto del monte, del que bajan al llano, tan hendida está la roca que ningún paso ofrece a quien la sube; de aquel barrajeo igual era el descenso; y allí en el borde de la abierta sima, el oprobio de Creta estaba echado que concebido fue en la falsa vaea; cuando nos vio, a sí mismo se mordía, tal como aquel que en ira se consume.

Mi sabio entonces le gritó: «Por suerte piensas que viene aquí el duque de Atenas, que allí en el mundo la muerte te trajo?

Aparta, bestia, porque éste no viene siguiendo los consejos de tu hermana, sino por contemplar vuestros pesares.»

Y como el toro se deslaza cuando ha recibido ya el golpe de muerte, y huir no puede, más de aquí a allí salta, así yo vi que hacía el Minotauro; y aquel prudente gritó: «Corre al paso; bueno es que bajes mientras se enfurece.»

Descendimos así por el derrumbe de las piedras, que a veces se movían bajo mis pies con esta nueva carga.

Iba pensando y díjome: «Tú piensas tal vez en esta ruina, que vigila la ira bestial que ahora he derrotado.

Has de saber que en la otra ocasión que descendí a lo hondo del infierno, esta roca no estaba aún desgarrada; pero sí un poco antes, si bien juzgo, de que viniese Aquel que la gran presa quitó a Dite del círculo primero, tembló el infecto valle de tal modo que pensé que sintiese el universo amor, por el que alguno cree que el mundo muchas veces en caos vuelve a trocarse; y fue

entonces cuando esta vieja roca se partió por aquí y por otros lados.

Mas mira el valle, pues que se aproxima aquel río sangriento, en el cual hierve aquel que con violencia al otro daña.»

¡Oh tú, ciega codicia, oh loca furia, que así nos mueves en la corta vida, y tan mal en la eterna nos sumerges! Vi una amplia fosa que toreía en arco, y que abrazaba toda la llanura, según lo que mi guía había dicho.

Y por su pie corrían los centauros, en hilera y armados de saetas, como cazar solían en el mundo.

Viéndonos descender, se detuvieron, y de la fila tres se separaron con los arcos y flechas preparadas.

Y uno gritó de lejos: «¿A qué pena venís vosotros bajando la cuesta? Decidlo desde allí, o si no disparo.»

«La respuesta -le dijo mi maestro- daremos a Quirón cuando esté cerca: tu voluntad fue siempre impetuosa.»

Después me tocó, y dijo: «Aquel es Neso, que murió por la bella Deyanira, contra sí mismo tomó la venganza.

Y aquel del medio que al pecho se mira, el gran Quirón, que fue el ayo de Aquiles; y el otro es Folo, el que habló tan airado.

Van a millares rodeando el foso, flechando a aquellas almas que abandonan la sangre, más que su culpa permite.»

Nos acercamos a las raudas fieras: Quirón cogió una flecha, y con la punta, de la mejilla retiró la barba.

Cuando hubo descubierto la gran boca, dijo a sus compañeros: «¿No os dais cuenta que el de detrás remueve lo que pisa?

No lo suelen hacer los pies que han muerto.» Y mi buen guía, llegándole al pecho, donde sus dos naturas se entremezclan, respondió: «Está bien vivo, y a él tan sólo

debo enseñarle el tenebroso valle: necesidad le trae, no complacencia.

Alguien cesó de cantar Aleluya, y ésta nueva tarea me ha encargado: él no es ladrón ni yo alma condenada.

Más por esta virtud por la cual muevo los pasos por camino tan salvaje, danos alguno que nos acompañe, que nos muestre por dónde se vadea, y que a éste lleve encima de su grupa, pues no es alma que viaje por el aire.»

Quirón se volvió atrás a la derecha, y dijo a Neso: «Vuelve y dales guía, y hazles pasar si otro grupo se encuentran.»

Y nos marchamos con tan fiel escolta por la ribera del bullir rojizo, donde mucho gritaban los que hervían.

Gente vi sumergida hasta las cejas, y el gran centauro dijo: «Son tiranos que vivieron de sangre y de rapiña: lloran aquí sus daños despiadados; está Alejandro, y el feroz Dionisio que a Sicilia causó tiempos peñosos. Y aquella frente de tan negro pelo, es Azolino; y aquel otro rubio, es Opizzo de Este, que de veras fue muerto por

su hijastro allá en el mundo.» Me volví hacia el poeta y él me dijo: «Ahora éste es el primero, y yo el segundo.» Al poco rato se fijó el Centauro en unas gentes, que hasta la garganta parecían, salir del hervidero.

Díjonos de una sombra ya apartada: «En la casa de Dios aquél hirió - el corazón que al Támesis chorrea.»

Luego vi gentes que sacaban fuera del río la cabeza, y hasta el pecho; y yo reconocí a bastantes de ellos.

Así iba descendiendo poco a poco aquella sangre que los pies coeja, y por allí pasamos aquel foso.

«Así como tú ves que de esta parte el hervidero siempre va bajando, -dijo el centauro- quiero que conozcas que por la otra más y más aumenta su fondo, hasta que al fin llega hasta el sitio en donde están gimiendo los tiranos.

La divina justicia aquí castiga a aquel Atila azote de la tierra y a Pirro y Sexto; y para siempre ordeña las lágrimas, que arrancan los hervores, a Rinier de Corneto, a Rinier Pazzo que en los caminos tanta guerra hicieron.» Volviose luego y franqueó aquel vado.

CANTO XIII

Neso no había aún vuelto al otro lado, cuando entramos nosotros por un bosque al que ningún sendero señalaba. No era verde su fronda, sino oscura; ni sus ramas derechas, mas torcidas; sin frutas, mas con púas venenosas.

Tan tupidos, tan ásperos matojos no conocen las fieras que aborrecen entre Corneto y Ceína los campos.

Hacen allí su nido las arpías, que de Estrófane echaron al Troyano con triste anejo de futuras euitas.

Alas muy grandes, cuello y rostro humanos y garras tienen, y el vientre con plumas; en árboles tan raros se lamentan.

Y el buen Maestro: «Antes de adentrarte, sabrás que este recinto es el segundo -me comenzó a decir- y estarás hasta que puedas ver el horrible arenal; mas mira atentamente; así verás cosas que si te digo no creerías.»

Yo escuchaba por todas partes ayes, y no vela a nadie que los diese, por lo que me detuve muy asustado.

Yo creí que él creyó que yo creía que tanta voz salía del follaje, de gente que a nosotros se ocultaba.

Y por ello me dijo: «Si tronchases cualquier manojito de una de estas plantas, tus pensamientos también romperías.»

Entonces extendí un poco la mano, y corté una ramita a un gran endrino; y su troneo gritó: «¿Por qué me hieres?

Y haciéndose después de sangre oscuro volvió a decir: «Por qué así me desgarras? ¿es que no tienes compasión alguna?

Hombres fuimos, y ahora matorrales; más piadosa debiera ser tu mano, aunque fuéramos almas de serpientes.»

Como, una astilla verde que encendida por un lado, gotea por el otro, y ehirría el vapor que sale de ella, así del roto esqueje salen juntas sangre y palabras: y dejé la rama caer y me quedé como quien teme.

«Si él hubiese creído de antemano -le respondió mi sabio-, ánima herida, aquello que en mis rimas ha leído, no hubiera puesto sobre ti la mano: más me ha llevado la increíble cosa a induirle a hacer algo que me pesa: mas dile quién has sido, y de este modo algún aumento renueve tu fama allí en el mundo, al que volver él puede.»

Y el troneo: «Son tan dulces tus lisonjas que no puedo callar; y no os moleste si en hablaros un poco me entretengo:

Yo soy aquel que tuvo las dos llaves que el corazón de Federico abría y cerraba, de forma tan suave, que a casi todos les negó el secreto; tanta fidelidad puse en servirle que mis noches y días perdí en ello.

La meretriz que jamás del palacio del César quita la mirada impúdica, muerte común y vicio de las cortes, encendió a todos en mi contra; y tanto encendieron a Augusto esos incendios que el gozo y el honor trocose en lutos; mi ánimo, al sentirse despreciado, creyendo con morir huir del desprecio, culpable me hizo contra mí inocente.

Por las raras raíces de este leño, os juro que jamás rompí la fe a mi señor, que fue de honor tan digno. Y si uno de los dos regresa al mundo, rehabilite el recuerdo que se duele aún de ese golpe que asesta la envidia.»

Paró un poco, y después: «Ya que se calla, no pierdas tiempo -díjome el poeta- habla y pregúntale si más deseas.»

Yo respondí: «Pregúntale tú entonces lo que tú piensas que pueda gustarme; pues, con tanta aflicción, yo no podría.»

Y así volvió a empezar: «Para que te haga de buena gana aquello que pediste, encañelado espíritu, aún te plazca decirnos cómo el alma se encaña en estos troneos; dínos, si es que puedes, si alguna se despega de estos miembros.»

Sopló entonces el troneo firmemente trocándose aquel viento en estas voces: «Brevemente yo quiero responderos; cuando un alma feroz ha abandonado el cuerpo que ella misma ha desunido. Minos la manda a la séptima fosa.

Cae a la selva en parte no elegida; más donde la fortuna la dispara, como un grano de espelta allí germina; surge en retoño y en planta silvestre: y al converse sus hojas las Arpías, dolor le causan y al dolor ventana.

Como las otras, por nuestros despojos, vendremos, sin que vistan a ninguna; pues no es justo tener lo que se tira.

A rastras los traeremos, y en la triste selva serán los cuerpos suspendidos, del endrino en que sufre cada sombra.»

Aún pendientes estábamos del troneo creyendo que quisiera más contarnos, cuando de un ruido fuimos sorprendidos.

Igual que aquel que venir desde el puesto escucha al jabalí y a la jauría y oye a las bestias y un ruido de frondas;

Y miro a dos que vienen por la izquierda, desnudos y arañados, que en la huida, de la selva rompían toda mata. Y el de delante: «¡Acude, acude, muerte!» Y el otro, que más lento parecía, gritaba: «Lano, no fueron tan raudas en la batalla de Toppo tus piernas.» Y cuando ya el aliento le faltaba, de él mismo y de un arbusto formó un nudo.

La selva estaba llena detrás de ellos de negros canes, corriendo y ladrando cual lebreles soltados de trailla.

El diente echaron al que estaba oculto y lo despedazaron trozo a trozo; luego llevaron los miembros dolientes.

Cogiome entonces de la mano el guía, y me llevó al arbusto que lloraba, por los sangrantes rotos, vanamente.

Decía: «Oh Giácomo de Sant' Andrea, ¿qué te ha valido de mí hacer refugio? ¿qué culpa tengo de tu mala vida?» Cuando el maestro se paró a su lado, dijo: «¿Quién fuiste, que por tantas puntas con sangre exhalas tu habla dolorosa?»

Y él a nosotros: «Oh almas que llegadas sois a mirar el vergonzoso estrago, que mis frondas así me ha desunido, reoquedlas al pie del triste arbusto. Yo fui de la ciudad que en el Bautista cambió el primer patrón; el cual, por esto con sus artes por siempre la hará triste; y de no ser porque en el puente de Arno aún permanece de él algún vestigio, esas gentes que la reedificaron sobre las ruinas que Atila dejó, habrían trabajado vanamente. Yo de mi casa hice mi cadalso.»

CANTO XIV

Y como el gran amor del lugar patrio me conmovió, reuní la rota fronda, y se la devolví a quien ya callaba.

Al límite llegamos que divide el segundo recinto del tercero, y vi de la justicia horrible modo.

Por bien manifestar las nuevas cosas, he de decir que a un páramo llegamos, que de su seno cualquier planta ahuyenta.

La dolorosa selva es su guirnalda, como para ésta lo es el triste foso; justo al borde los pasos detuvimos.

Era el sitio una arena espesa y seca, hecha de igual manera que esa otra que oprimiera Catón con su pisada. ¡Oh venganza divina, cuánto debes ser temida de todo aquel que lea cuanto a mis ojos fuera manifiesto!

De almas desnudas vi muchos rebaños, todas llorando llenas de miseria, y en diversas posturas colocadas: unas gentes yacían boca arriba; encojidas algunas se sentaban, y otras andaban incesantemente.

Eran las más las que iban dando vueltas, menos las que yacían en tormento, pero más se quejaban de sus males.

Por todo el arenal, muy lentamente, llueven copos de fuego dilatados, como nieve en los Alpes si no hay viento.

Como Alejandro en la caliente zona de la India vio llamas que caían hasta la tierra sobre sus ejércitos; por lo cual ordenó pisar el suelo a sus soldados, puesto que ese fuego se apagaba mejor si estaba aislado, así bajaba aquel ardor eterno; y encendía la arena, tal la yesea bajo eslabón, y el tormento doblaba.

Nunca reposo hallaba el movimiento de las miserables manos, repeliendo aquí o allá de sí las nuevas llamas.

Yo comencé: «Maestro, tú que venes todas las cosas, salvo a los demonios que al entrar por la puerta nos salieron,

¿Quién es el grande que no se preocupa del fuego y yace despectivo y fiero, cual si la lluvia no le madurase?»

Y él mismo, que se había dado cuenta que preguntaba por él a mi guía, gritó: «Como fui vivo, tal soy muerto. Aunque Jove cansara a su artesano de quien, fiero, tomó el fulgor agudo con que me golpeó el último día, o a los demás cansase uno tras otro, de Mongibelo en esa negra fragua, clamando: “Buen Vulcano, ayuda, ayuda” tal como él hizo en la lucha de Flegra, y me asateara con sus fuerzas, no podría vengarse alegremente.»

Mi guía entonces contestó con fuerza tanta, que nunca le hube así escuchado: «Oh Capaneo, mientras no se calme tu soberbia, serás más afligido: ningún martirio, aparte de tu rabia, a tu furor dolor será adeudado.»

Después se volvió a mí con mejor tono, «Éste fue de los siete que asediaron a Tebas; tuvo a Dios, y me parece que aún le tenga, desdén, y no le implora; más como yo le dije, sus despechos son en su pecho galardón bastante.

Sígueme ahora y cuida que tus pies no pisen esta arena tan ardiente, mas camina pegado siempre al bosque.»

En silencio llegamos donde corre fuera ya de la selva un arroyuelo, cuyo rojo color aún me horripila: como del Bulicán sale el arroyo que reparten después las peadoras, al correr a través de aquella arena.

El fondo de éste y ambas dos paredes eran de piedra, igual que las orillas; y por ello pensé que ése era el paso.

«Entre todo lo que yo te he enseñado, desde que atravesamos esa puerta cuyos umbrales a nadie se niegan, ninguna cosa has visto más notable como el presente río que las llamas apaga antes que lleguen a tocarle.»

Esto dijo mi guía, por lo cual yo le rogué que acrecentase el pasto, del que acrecido me había el deseo.

«Hay en medio del mar un devastado país -me dijo- que se llama Creta; bajo su rey fue el mundo virtuoso.

Hubo allí una montaña que alegraban aguas y frondas, se llamaba Ida: cual cosa vieja se halla ahora desierta.

La excelsa Rea la escogió por cuna para su hijo y, por mejor guardarlo, cuando lloraba, mandaba dar gritos.

Se alza un gran viejo dentro de aquel monte, que hacia Damiata vuelve las espaldas y al igual que a un espejo a Roma mira.

Está hecha su cabeza de oro fino, y plata pura son brazos y pecho, se hace luego de cobre hasta las ingles; y del hierro mejor de aquí hasta abajo, salvo el pie diestro que es barro cocido: y más en éste que en el otro apoya.

Sus partes, salvo el oro, se hallan rotas por una raja que gotea lágrimas, que horadan, al juntarse, aquella gruta; su curso en este valle se derrama: forma Aqueronte, Estigia y Flegetonte; corre después por esta estrecha espita al fondo donde más no se desciende: forma Coeito; y cuál sea ese pantano ya lo verás; y no te lo describo.»

Yo contesté: «Si el presente riachuelo tiene así en nuestro mundo su principio, ¿Cómo puede encontrarse en este margen?»

Respondió: «Sabes que es redondo el sitio, y aunque hayas caminado un largo trecho hacia la izquierda descendiendo al fondo, aún la vuelta completa no hemos dado; por lo que si aparecen cosas nuevas, no debes contemplarlas con asombro.»

Y yo insistí «Maestro, ¿dónde se hallan Flegetonte y Leteo?; a uno no nombras, y el otro dices que lo hace esta lluvia.»

«Me agradan ciertamente tus preguntas -dijo-, mas el bullir del agua roja debía resolverte la primera. Fuera de aquí podrás ver el Leteo, allí donde a lavarse van las almas, cuando la culpa purgada se borra.»

CANTO XV

Caminamos por uno de los bordes, y tan denso es el humo del arroyo, que del fuego protege agua y orillas. Tal los flamencos entre Gante y Brujas, temiendo el viento que en invierno sopla, a fin de que huya el mar hacen sus diques; y como junto al Brenta los paduanos por defender sus villas y castillos, antes que Chiarentana el calor sienta;

de igual manera estaban hechos éstos, sólo que ni tan altos ni tan gruesos, fuese el que fuese quien los construyera.

Ya estábamos tan lejos de la selva que no podría ver dónde me hallaba, aunque hacia atrás yo me diera la vuelta, cuando encontramos un tropel de almas que andaban junto al dique, y todas ellas nos miraban cual suele por la noche mirarse el uno al otro en luna nueva; y para vernos frunecían las cejas como hace el sastre viejo con la aguja.

Examinado así por tal familia, de uno fui reconocido, que agarró mi túnica y gritó: «¡Qué maravilla!» y yo, al verme reconocido por su mano fijé la vista en su quemado rostro, para que, aun abrasado, no impidiera, su reconocimiento a mi memoria; e inclinando la mía hacia su cara respondí: «¿Estáis aquí, señor Brunetto?»

«Hijo, no te disguste -me repuso- si Brunetto Latino deja un rato a su grupo y contigo se detiene.»

Y yo le dije: «Os lo pido gustoso; y si queréis que yo, con vos me pare, lo haré si place a aquel con el que ando.»

«Hijo -repuso-, aquel de este rebaño que se para, después cien años yace, sin defenderse cuando el fuego quema.

Camina pues: yo marcharé a tu lado; y alcanzaré más tarde a mi mesnada, que va llorando sus eternos males.»

Yo no osaba bajarme del camino y andar con él; más gacha la cabeza tenía como el hombre reverente.

Él comenzó: «¿Qué fortuna o destino antes de postrer día aquí te trae? ¿y quién es éste que muestra el camino?»

Dijo después: «Ya es tiempo de apartarse del bosque; ven caminando detrás: dan paso las orillas, pues no quemar, y sobre ellas se extingue cualquier fuego.»

Y yo: «Allá arriba, en la vida serena -le respondí- me perdí por un valle, antes de que mi edad fuese perfecta. Lo dejé atrás ayer por la mañana; éste se apareció cuando a él volvía, y me lleva al hogar por esta ruta.»

Y él me repuso: «Si sigues tu estrella glorioso puerto alcanzarás sin falta, si de la vida hermosa bien me acuerdo; y si no hubiese muerto tan temprano, viendo que el cielo te es tan favorable, dado te habría ayuda en la tarea.

Más aquel pueblo ingrato y malicioso que desciende de Fiesole de antiguo, y aún tiene en él del monte y del peñaseo, si obras bien ha de hacerse tu contrario: y es con razón, que entre ásperos serbales no debe madurar el dulce higo.

Vieja fama en el mundo llama ciegos, gente es avara, envidiosa y soberbia: líbrate siempre tú de sus costumbres.

Tanto honor tú fortuna te reserva, que la una parte y la otra tendrán hambre de ti; más lejos pon del chivo el pasto.

Las bestias fiesolanas se apacienten de ellas mismas, y no toquen la planta, si alguna surge aún entre su estiércol, en que reviva la simiente santa de los romanos que quedaron, cuando hecho fue el nido de tan gran malicia.»

«Si pudiera cumplirse mi deseo aún no estaríais vos -le repliqué- de la humana natura separado; que en mi mente está fija y aún me apeña, querida y buena, la paterna imagen vuestra, cuando en el mundo hora tras hora me enseñabais que el hombre se hace eterno; y cuánto os lo agradezco, mientras viva, conviene que en mi lengua se proelame.

Lo que narráis de mi carrera escribo, para hacerlo glosar, junto a otro texto, si hasta ella llego, a la mujer que sabe.

Sólo quiero que os sea manifiesto que, con estar tranquila mi conciencia, me doy, sea cual sea, a la Fortuna.

No es nuevo a mis oídos tal augurio: mas la Fortuna hace girar su rueda como gusta, y el labrador su azada.»

Entonces mi maestro la mejilla derecha volvió atrás, y me miró; dijo después: «Bien oye el precavido.» Pero yo no dejé de hablar por eso con ser Brunetto, y pregunto quién son sus compañeros de más alta fama. Y él me dijo: «Saber de alguno es bueno; de los demás será mejor que calle, que a tantos como son el tiempo es corto.

Sabe, en suma, que todos fueron elérgicos y literatos grandes y famosos, al mundo sueños de un igual pecado. Prisciano va con esa turba mísera, y Francesco D'Accorso; y ver con éste, si de tal tiña tuvieses deseo,

CANTO XVI

Ya estaba donde el resonar se oía del agua que caía al otro círculo, como el que hace la abeja en la colmena; cuando tres sombras juntas se salieron, corriendo, de una turba que pasaba bajo la lluvia de la áspera pena.

Hacia nosotros gritando venían: «Detente quien parece por el traje ser uno de la patria depravada.» ¡Ah, cuántas llagas vi en aquellos miembros, viejas y nuevas, de la llama ardidas! me siento aún dolorido al recordarlo. A sus gritos mi guía se detuvo; volvió el rostro hacia mí, y me dijo: «Espera, pues hay que ser cortés con esta gente.

Y si no fuese por el crudo fuego que este sitio asaetea, te diría que te apresures tú mejor que ellos.»

Ellos, al detenernos, reemprendieron su antiguo verso; y cuando ya llegaron, hacen un corro de sí aquellos tres, cual desnudos y untados campeones, acechando a su presa y su ventaja, antes de que se enzarzen entre ellos; y con la cara vuelta, cada uno me miraba de modo que al contrario iba el cuello del pie continuamente.

«Si el horror de este suelo movedizo vuelve nuestras plegarias despreciables -uno empezó- y la faz negra y quemada, nuestra fama a tu ánimo suplique que nos digas quién eres, que los vivos pies tan seguro en el infierno arrastras.

Éste, de quien me ves pisar las huellas, aunque desnudo y sin pellejo vaya, fue de un grado mayor de lo que piensas, pues nieto fue de la bella Gualdrada; se llamó Guido Guerra, y en su vida mucho obró con su espada y con su juicio.

El otro, que tras mí la arena pisa, es Tegghiaio Aldobrandi, cuya voz en el mundo debiera agradecerse; y yo, que en el suplicio voy con ellos, Jacopo Rusticucci; y fiera esposa más que otra cosa alguna me condena.»

podrás a quien el Siervo de los Siervos hizo mudar del Arno al Barchiglione, donde dejó los nervios mal usados. De otros diría, mas charla y camino no pueden alargarse, pues ya veo surgir del arenal un nuevo humo. Gente viene con la que estar no debo: mi “Tesoro” te dejo encomendado, en el que vivo aún, y más no digo.»

Luego se fue, y parecía de aquellos que el verde lienzo corren en Verona por el campo; y entre éstos parecía de los que ganan, no de los que pierden.

Si hubiera estado a cubierto del fuego, me hubiera ido detrás de ellos al punto, y no creo que al guía le importase; mas me hubiera abrasado, y de ese modo veneció el miedo al deseo que tenía, pues de abrazarles yo me hallaba ansioso. Luego empecé: «No desprecio, mas pena en mi interior me causa vuestro estado, y es tanta que no puedo desprenderla, desde el momento en que mi guía dijo palabras, por las cuales yo pensaba que, como sois, se merecía tal gente.

De vuestra tierra soy, y desde siempre vuestras obras y nombres tan honrados, con afecto he escuchado y retenido.

Dejo la hiel y voy al dulce fruto que mi guía veraz me ha prometido, pero antes tengo que llegar al centro.»

«Muy largamente el alma te conduzcan todavía -me dijo aquél- tus miembros, y resplandece luego tu memoria, di si el valor y cortesía aún se hallan en nuestra patria tal como solían, o si del todo han sido ya expulsados; que Giuglielmo Borsiere, el cual se duele desde hace poco en nuestro mismo grupo, con sus palabras mucho nos aflige.»

«Las nuevas gentes, las ganancias súbitas, orgullo y desmesura han generado, en ti, Florencia, y de ello te lamentas.»

Así grité levantando la cara; y los tres, que esto oyeron por respuesta, se miraron como ante las verdades.

«Si en otras ocasiones no te cuesta satisfacer a otros -me dijeron-, dichoso tú qué dices lo que quieres.

Pero si sales de este mundo ciego y vuelves a mirar los bellos astros, cuando decir “estuve allí” te plazca, háblale de nosotros a la gente.» Rompieron luego el círculo y, huyendo, alas sus raudas piernas parecían.

Un amén no podría haberse dicho antes de que ellos se hubiesen perdido; por lo que el guía quiso que partiésemos.

Yo iba detrás, y no avanzamos mucho cuando el agua sonaba tan de cerca, que apenas se escuchaban las palabras.

Como aquel río sigue su carrera primero desde el Veso hacia el levante, a la vertiente izquierda de Apenino, que Acquaqueta se llama abajo, antes de que en un fondo lecho se desplome, y en Forlì ya ese nombre no conserva, resuena allí sobre San Benedetto, de la roca cayendo en la cascada en donde mil debieran recibirle; así en lo fondo de un despeñadero, oímos resonar el agua roja, que el oído ofendía al poco tiempo.

Yo llevaba una cuerda a la cintura con la que alguna vez hube pensado cazar la onza de la piel pintada.

Luego de haberme toda desdiseñado, como mi guía lo había mandado, se la entrefuè recoñida en un rollo.

Entonces se volvió hacia la derecha y, alejándose un trecho de la orilla, la arrojó al fondo de la escarpadura.

«Alguna novedad ha de venirnos -pensaba para mí- del nuevo signo, que el maestro así busca con los ojos.»

¿Cuán cautos deberían ser los hombres junto a aquellos que no sólo las obras, mas por dentro el pensar también conocen!

«Pronto -dijo- verás sobradamente lo que espero, y en lo que estás pensando: pronto conviene que tú lo descubras.»

La verdad que parece una mentira debe el hombre callarse mientras pueda, porque sin tener culpa se avergüenese: pero callar no puedo; y por las notas, lector, de esta Comedia, yo te juro, así no estén de larga gracia llenas, que vi por aquel aire oscuro y denso venir nadando arriba una figura, que asustaría el alma más valiente, tal como vuelve aquel que va al fondo a desprender el ancla que se agarra a escollos y otras cosas que el mar vela, que el cuerpo extiende y los pies se recoge.

CANTO XVII

«Mira la bestia con la cola aguda, que pasa montes, rompe muros y armas; mira aquella que apesta todo el mundo.»

Así mi guía comenzó a decirme; y le ordenó que se acercase al borde donde acababa el camino de piedra.

Y aquella sucia imagen del engaño se acercó, y sacó el busto y la cabeza, mas a la orilla no trajo la cola.

Su cara era la cara de un buen hombre, tan benigno tenía lo de afuera, y de serpiente todo lo restante.

Garras peludas tiene en las axilas; y en la espalda y el pecho y ambos flancos pintados tiene ruedas y lazadas.

Con más color debajo y superpuesto no hacen tapices tártaros ni tureos, ni fue tal tela hilada por Araña.

Como a veces hay lancharas en la orilla, que parte están en agua y parte en seco; o allá entre los glotoneros alemanes el castor se dispone a hacer su caza, se hallaba así la fiera detestable al borde pétreo, que la arena aíñe.

Al aire toda su cola movía, cerrando arriba la horea venenosa, que a guisa de escorpión la punta armaba.

El guía dijo: «Es preciso torcer nuestro camino un poco, junto a aquella malvada bestia que está allí tendida.»

Y descendimos al lado derecho, caminando diez pasos por su borde, para evitar las llamas y la arena.

Y cuando ya estuvimos a su lado, sobre la arena vi, un poco más lejos, gente sentada al borde del abismo.

Aquí el maestro: «Porque toda entera de este recinto la experiencia lleves -me dijo-, ve y contempla su castigo. Allí sé breve en tus razonamientos: mientras que vuelvas hablaré con ésta, que sus fuertes espaldas nos torçue.»

Así pues por el borde de la cima de aquel séptimo círculo yo solo anduve, hasta llegar a los penados.

Ojos afuera estallaba su pena, de aquí y de allí con la mano evitaban tan pronto el fuego como el suelo ardiente: como los perros hacen en verano, con el hocico, con el pie, mordidos de pulgas o de moseas o de tábanos.

Y después de mirar el rostro a algunos, a los que el fuego doloroso azota, a nadie conoñí; pero me acuerdo que en el cuello tenía una bolsa con un cierto color y ciertos signos, que parecían complacer su vista.

Y como yo anduviéralos mirando, algo azulado vi en una amarilla, que de un león tenía cara y porte.

Luego, siguiendo de mi vista el curso, otra advertí como la roja sangre, y una oca blanquea más que la manteca.

Y uno que de una cerda azul preñada señalado tenía el blanqueo sacó, dijo: «¿Qué andas haciendo en esta fosa?

Vete de aquí; y puesto que estás vivo, sabe que mi vecino Vitaliano aquí se sentará a mi lado izquierdo; de Padua soy entre estos florentinos: y las orejas me atruenan sin tasa gritando: "¡Veniga el noble caballero que llenará la bolsa con tres ehivos!"» Aquí toreió la boea y se sacaba la lengua, como el buey que el belfo lame.

Y yo, temiendo importunar tardando a quien de no tardar me había advertido, atrás dejé las almas lastimadas.

A mi guía encontre, que ya subido sobre la grupa de la fiera estaba, y me dijo: «Sé fuerte y arrojado.

Ahora bajamos por tal escaleira: sube delante, quiero estar en medio, porque su cola no vaya a dañarte.»

Como está aquel que tiene los temblores de la cuartana, con las uñas pálidas, y tiembla entero viendo ya el relente, me puse yo escuchando sus palabras; pero me avergüenceé con su advertencia, que ante el buen amo el siervo se hace fuerte.

En cima me senté de la espaldaza: quise decir, más la voz no me vino como creí: «No dejes de abrazarme.»

Mas aquel que otras veces me ayudara en otras dudas, luego que monté, me sujetó y sostuvo con sus brazos.

Y le dijo: «Gerión, muévete ahora: las vueltas largas, y el bajar sea lento: piensa en qué nueva carga estás llevando.»

Como la naveilla deja el puerto detrás, detrás, así ésta se alejaba; y luego que ya a gusto se sentía, en donde el pecho, ponía la cola, y tiesa, como anguila, la agitaba, y con los brazos recogía el aire.

No creo que más grande fuese el miedo cuando Faetón abandonó las riendas, por lo que el cielo ardió, como aún parece; ni cuando la cintura el pobre Ícaro sin alas se notó, ya derretidas, gritando el padre: «¡Mal camino llevas!»; que el mío fue, cuando noté que estaba rodeado de aire, y apagada cualquier visión que no fuese la fiera; ella nadando va lenta, muy lenta; gira y desciende, pero yo no noto sino el viento en el rostro y por debajo.

Oía a mi derecha la cascada que hacía por encima un ruido horrible, y abajo miro y la cabeza asomo.

Entonces temí aún más el precipicio, pues fuego pude ver y escuchar llantos; por lo que me encojé temblando entero.

Y vi después, que aún no lo había visto, al bajar y girar los grandes males, que se acercaban de diversos lados.

Como el haleón que asaz tiempo ha volado, y que sin ver ni señuelo ni pájaro hace decir al halenero: «¡Ah, baja!», lento desciende tras su grácil vuelo, en cien vueltas, y a lo lejos se pone de su maestro, airado y desdeñoso, de tal modo Gerión se posó al fondo, al mismo pie de la cortada roca, y descargadas nuestras dos personas, se disparó como de cuerda tensa.

CANTO XVIII

Hay un lugar llamado Malasbolsas en el infierno, pétreo y ferrugiento, igual que el muro que le ciñe entorno.

Justo en el medio del campo maligno se abre un pozo bastante largo y hondo, del cual a tiempo contaré las partes.

Es redondo el espacio que se forma entre el pozo y el pie del duro abismo, y en diez valles su fondo se divide. Como donde, por guarda de los muros, más y más fosos ciñen los castillos, el sitio en donde estoy tiene el aspecto; tal imagen los valles aquí tienen. Y como del umbral de tales fuertes a la orilla contraria hay puentecillos, así del borde de la roca, escollos conducen, dividiendo foso y márgenes, hasta el pozo que les corta y les une.

En este sitio, ya de las espaldas de Gerión nos bajamos; y el poeta tomó a la izquierda, y yo me fui tras él.

A la derecha vi nuevos pesares, nuevos castigos y verdugos nuevos, que la bolsa primera abarrotaban.

Allí estaban desnudos los malvados; una mitad iba dando la espalda, otra de frente, con pasos más grandes; tal como en Roma la gran muchedumbre, del año jubilar, allí en el puente precisa de cruzar en doble vía, que por un lado todos van de cara hacia el castillo y a San Pedro marchan; y de otro lado marchan hacia el monte.

De aquí, de allí, sobre la oscura roca, vi demonios cornudos con flagelos, que azotaban cruelmente sus espaldas.

¡Ay, cómo hacían levantar las piernas a los primeros golpes! pues ninguno el segundo esperaba ni el tercero. Mientras andaba, en uno mi mirada vino a caer; y al punto yo me dije: «De haberle visto ya no estoy ayuno.» Y así paré mi paso para verlo: y mi guía conmigo se detuvo, y consintió en que atrás retrocediera.

Y el condenado creía ocultarse bajando el rostro; mas sirvió de poco, pues yo le dije: «Oh tú que el rostro agachas, si los rasgos que llevas no son falsos,

Venedico eres tú Caeianemico; mas ¿qué te trae a salsas tan picantes?»

Y repuso: «Lo digo de mal grado; pero me fuerzan tus elaras palabras, que me hacen recordar el mundo antiguo.

Fui yo mismo quien a Ghisolabella indujo a hacer el gusto del marqués, como relaten la sueia noticia.

Y bolognes no lloró aquí tan sólo, mas tan repleto está este sitio de ellos, que ahora tantas lenguas no se escuchan que digan "Sipa" entre Savena y Reno; y si fe o testimonio de esto quieres, trae a tu mente nuestro seno avaro.»

Hablando así le golpeó un demonio con su zurriago, y dijo: «Lárgate rufián, que aquí no hay hembras que se vendan.»

Yo me reuní al momento con mi escolta; luego, con pocos pasos, alcanzamos un escollo saliente de la esearpa.

Con mucha ligereza lo subimos y, vueltos a derecha por su dorso, de aquel círculo eterno nos marchamos.

Cuando estuvimos ya donde se ahueca debajo, por dar paso a los penados, el guía dijo: «Espera, y haz que pongan la vista en ti esos otros malnacidos, a los que aún no les viste el semblante, porque en nuestro sentido caminaban.»

Desde el puente mirábamos el grupo que al otro lado hacia nosotros iba, y que de igual manera azota el látigo. Y sin yo preguntarle el buen Maestro «Mira aquel que tan grande se aproxima, que no le causa lágrimas el daño.

¡Qué soberano aspecto aún conserva! Es Jasón, que por ánimo y astucia dejó privada del carnero a Cólquida.

Éste pasó por la isla de Lemnos, luego que osadas hembras despiadadas muerte dieran a todos sus varones: con tretas y palabras halagüeñas a Isifile engañó, la muchachita que antes había a todas engañado.

Allí la dejó eneiñta, abandonada; tal culpa le condena a tal martirio; también se hace venganza de Medea.

Con él están los que en tal modo engañan: y del valle primero esto te baste conocer, y de los que en él castiga.»

Nos hallábamos ya donde el sendero con el margen segundo se entreeruzza, que a otro arco le sirve como apoyo.

Aquí escuchamos gentes que ocupaban la otra bolsa y soplaban por el morro, pegándose a sí mismas con las manos.

Las orillas estaban engumadas por el vapor que abajo se hace espeso, y ofendía a la vista y al olfato.

Tan oscuro es el fondo, que no deja ver nada si no subes hasta el dorso del arco, en que la roca es más saliente.

Allí subimos; y de allá, en el foso vi gente zambullida en el estiércol, cual de humanas letrinas recogido.

Y mientras yo miraba hacia allá abajo, vi una cabeza tan de mierda llena, que no sabía si era laico o fraile.

Él me gritó: «¿Por qué te satisface mirarme más a mí que a otros tan sucios?» Le dije yo: «Porque, si bien recuerdo, con los cabellos secos ya te he visto, y eres Alesio Interminei de Lucea: por eso más que a todos te miraba.»

Y él dijo, golpeándose la chola: «Aquí me han sumergido las lisonjas, de las que nunca se cansó mi lengua.»

Luego de esto, mi guía: «Haz que penetre -dijo- tu vista un poco más delante, tal que tus ojos vean bien el rostro de aquella sucia y desgreñada esclava, que allí se rasea con uñas mierdosas, y ahora se tumba y ahora en pie se pone: es Thais, la prostituta, que repuso a su amante, al decirle "¿Tengo prendas bastantes para ti?": "aún más, exceelsas". Y sea aquí saciada nuestra vista.»

CANTO XIX

¡Oh Simón Maño! Oh míseros secueles que las cosas de Dios, que de los buenos esposas deben ser, como rapaces por el oro y la plata adulteráis! sonar debe la trompa por vosotros, puesto que estáis en la tercera bolsa.

Ya estábamos en la siguiente tumba, subidos en la parte del escollo que cae justo en el medio de aquel foso.

¡Suma sabiduría! ¡Qué arte muestras en el cielo, en la tierra y el mal mundo, cuán justamente tu virtud repartes!

Yo vi, por las orillas y en el fondo, llena la piedra lívida de hoyos, todos redondos y de igual tamaño.

No los vi menos amplios ni mayores que esos que hay en mi bello San Juan, y son el sitio para los bautismos; uno de los que no hace aún mucho tiempo yo rompí

porque en él uno se ahogaba: sea esto seña que a todos conviene.

A todos les salían por la boca de un pecador los pies, y de las piernas hasta el muslo, y el resto estaba dentro.

Ambas plantas a todos les ardían; y tan fuerte agitaban las coyundas, que habrían destrozado sogas y cuerdas.

Qual suele el llamear en cosas grasas moverse por la extrema superficie, así era allí del talón a la punta.

«Quién es, maestro, aquel que se enfurece pateando más que sus consortes -dije- y a quien más roja llama quema?»

Y él me dijo: «Si quieres que te lleve allí por la pendiente que desciende, él te hablará de sí y de sus pecados.»

Y yo: «Lo que tú quieras será bueno, eres tú mi señor y no me aparto de tu querer: y lo que oílo sabes.»

Caminábamos pues el cuarto margen: volvimos y bajamos a la izquierda al fondo estrecho y agujereado.

Entonces el maestro de su lado no me apartó, hasta vernos junto al hoyo de aquel que se dolía con las zaneas.

«Oh tú que tienes lo de arriba abajo, alma triste clavada cual madero, -le dije yo-, contéstame si puedes.»

Yo estaba como el fraile que confiesa al pérfido asesino, que, ya hincado, por retrasar su muerte le reelama.

Y él me gritó: «¿Ya estás aquí plantado?, ¿ya estás aquí plantado, Bonifacio? En pocos años me mintió lo escrito. ¿Ya te cansaste de aquellas riquezas por las que hacer engaña no temiste, y atormentar después a tu Señora?»

Me quedé como aquellos que se encuentran, por no entender lo que alguien les responde, confundidos, y contestar no saben.

Dijo entonces Virgilio: «Dile pronto: “No soy aquel, no soy aquel que piensas.”» Yo respondí como me fue indicado.

Toreió los pies entonces el espíritu, luego gimiendo y con voces llorosas, me dijo: «¿Entonces, para qué me buscas?

si te interesa tanto el conocerme, que has recorrido así toda la roca, sabe que fui investido del gran manto, y en verdad fui retoño de la Osa, y tan ansioso de engordar oseznos, que allí el caudal, aquí yo, me he embolsado.

Y bajo mi cabeza están los otros que a mí, por simonía, precedieron, y que lo estrecho de la piedra aplasta.

Allí habré yo de hundirme también cuando venga aquel que creía que tú fueses, al hacerte la súbita pregunta.

Pero mis pies se abrasan ya más tiempo y más estoy yo puesto boca abajo, del que estarán plantados sus pies rojos, pues vendrá luego de él, aún más manchado, desde el poniente, un pastor sin entrañas, tal que conviene que a los dos recubra.

Nuevo Jasón será, como nos muestra MACABEOS, y como a aquel fue blando su rey, así ha de hacer quien Francia rige.»

No sé si fui yo loco en demasía, pues que le respondí con tales versos: «Ah, dime ahora, qué tesoros quiso Nuestro Señor antes de que a San Pedro le pusiese las llaves a su cargo? Únicamente dijo: “Ven conmigo”; ni Pedro ni los otros de Matías oro ni plata, cuando sortearon el puesto que perdió el alma traidora.

Quédate ahí, que estás bien castigado, y guarda las riquezas mal cogidas, que atrevido te hicieron contra Carlos.

Y si no fuera porque me lo veda el respeto a las llaves soberanas que fueron tuyas en la alegre vida, usaría palabras aún más duras; porque vuestra avaricia daña al mundo, hundiendo al bueno y ensalzando al malo.

Pastores, os oíó el evangelista, cuando aquella que asienta sobre el agua él vio prostituida con los reyes: aquella que nació con siete testas, y tuvo autoridad con sus diez cuernos, mientras que su virtud plació al marido.

Os habéis hecho un Dios de oro y de plata: y qué os separa ya de los idólatras, sino que a ciento honráis y ellos a uno?

Constantino, ¡de cuánto mal fue madre, no que te convirtieses, mas la dote que por ti enriqueció al primer patriarca!»

Y mientras yo cantaba tales notas, mordido por la ira o la conciencia, con fuerza las dos piernas sacudía.

Yo ereo que a mi guía le gustaba, pues con rostro contento había escuchado mis palabras sinceramente dichas.

Entonces me cogió con los dos brazos; y luego de subirme hasta su pecho, volvió a ascender la senda que bajamos.

No se cansó llevándome agarrado, hasta ponerme en la cima del puente que del cuarto hasta el quinto margen cruza.

Con suavidad aquí dejó la carga, suave, en el escollo áspero y pino que a las cabras sería mala trocha. Desde ese sitio descubrí otro valle.

De nueva pena he de escribir los versos y dar materia al vigésimo canto de la primer canción, que es de los reos.

Estaba yo dispuesto totalmente a mirar en el fondo descubierta, que me bañaba de angustioso llanto; por el redondo valle vi a unas gentes venir, calladas y llorando, al paso con que en el mundo van las procesiones.

Cuando bajé mi vista aún más a ellas, vi que estaban torcidas por completo desde el mentón al principio del pecho; porque vuelto a la espalda estaba el rostro, y tenían que andar hacia atrás, pues no podían ver hacia delante.

Por la fuerza tal vez de perlesía alguno habrá en tal forma retorcido, mas no lo vi, ni creo esto que pase.

Si Dios te deja, lector, coges fruto de tu lectura, piensa por ti mismo si podría tener el rostro seco, cuando vi ya de cerca nuestra imagen tan torcida, que el llanto de los ojos les bañaba las nálgas por la raja.

Lloraba yo, apoyado en una roca del duro escollo, tal que dijo el guía: «¿Es que eres tú de aquellos insensatos?, vive aquí la piedad cuando está muerta: ¿Quién es más criminal de lo que es ése que al designio divino se adelanta?

Alza tu rostro y mira a quien la tierra a la vista de Tebas se tragó; y de allí le gritaban: “¿Dónde caes Anfiareo?, ¿por qué la guerra dejas?” Y no dejó de rodar por el valle hasta Minos, que a todos los agarra.

Mira cómo hizo pecho de su espalda: pues mucho quiso ver hacia adelante, mira hacia atrás y marcha reculando.

Mira a Tiresias, que mudó de aspecto al hacerse mujer siendo varón cambiándose los miembros uno a uno; y después, golpear debía antes las unidas serpientes, con la vara, que sus viriles plumas recobrarse.

Aronte es quien al vientre se le acerea, que en los montes de Luni, que cultiva el carrarés que vive allí debajo, tuvo entre blancos mármoles la cueva como mansión; donde al mirar los astros y el mar, nada la vista le impedía.

Y aquella que las tetas se recubre, que tú no ves, con trenzas desatadas, y todo el cuerpo cubre con su pelo, fue Mantos, que corrió por muchas tierras; y luego se afineó donde nació, por lo que un poco quiero que me escuches: Después de que su padre hubiera muerto, y la

ciudad de Baco esclavizada, ella gran tiempo anduvo por el mundo.

En el norte de Italia se halla un lago, al pie del Alpe que ciñe Alemania sobre el Tirol, que Benago se llama.

Por mil fuentes, y aún más, el Apenino entre Garda y Camónica se baña, por el agua estancada en dicho lago.

En su medio hay un sitio, en que el trentino pastor y el de Verona, y el de Breseia, si ese camino hiciese, bendijera.

Se halla Pesquiera, arnés hermoso y fuerte, frontera a bergamescos y breseianos, en la ribera que en el sur le cerea.

En ese sitio se desborda todo lo que el Benago contener no puede, y entre verdes praderas se hace un río.

Tan pronto como el agua aprisa corre, no ya Benago, mas Meneio se llama hasta Governo, donde cae al Po.

Tras no mucho correr, encuentra un valle, en el cual se dilata y empanaña; y en el estío se vuelve insalubre.

Pasando por allí la virgen fiera, vio tierra en la mitad de aquel pantano, sin cultivo y desnuda de habitantes.

Allí, para escapar de los humanos, con sus siervas quedose a hacer sus artes, y vivió, y dejó allí su vano cuerpo.

Los hombres luego que vivían cerca, se acogieron al sitio, que era fuerte, pues el pantano aquel lo rodeaba.

Fundaron la ciudad sobre sus huesos; y por quien eseñó primero el sitio, Mantua, sin otro augurio, la llamaron.

Sus moradores fueron abundantes, antes que la torpeza de Casoldi, de Pinamonte engañó recibiese.

Esto te advierto por si acaso oyeras que se fundó de otro modo mi patria, que a la verdad mentira alguna oculte.»

Y yo: «Maestro, tus razonamientos me son tan ciertos y tan bien los creo, que apagados carbones son los otros.

Mas dime, de la gente que camina, si ves alguna digna de noticia, pues sólo en eso mi mente se ocupa.»

Entonces dijo: «Aquel que desde el rostro la barba ofrece por la espalda oscura, fue, cuando Grecia falta de varones tanto, que había apenas en las eunas augur, y con Calante dio la orden de cortar en Aulide las amarras.

Se llamaba Euripilo, y así canta algún pasaje de mi gran tragedia: tú bien lo sabes pues la sabes toda.
Aquel otro en los flaneos tan eseaso, Miguel Escoto fue, quien en verdad de los mágicos fraudes supo el juego.
Mira a Guido Bonatti, mira a Asdente, que haber tomado el euerio y el bramante ahora querría, mas tarde se acuerda;

Y a las tristes que el huso abandonaron, las agujas y ruecas, por ser mañas y hechieeras con hierbas y figuras.
Mas ahora ven, que llega ya al confín de los dos hemisferios, y a las ondas bajo Sevilla, Caín con las zarzas, y la luna ayer noche estaba llena: bien lo recordará, que no fue estorbo alguna vez en esa selva oscura.» Así me hablaba, y mientras caminábamos.

CANTO XXI

Así de puente en puente, conversando de lo que mi Comedia no se ocupa, subimos, y al llegar hasta la cima nos paramos a ver la otra hondonada de Malasbolsas y otros llantos vanos; y la vi tenebrosamente oscura.
Como en los arsenales de Venecia bulle pez pegajosa en el invierno al reparar sus leños averiados, que navegar no pueden; y a la vez quién hace un nuevo leño, y quién embrea los costados a aquel que hizo más rutas; quién remacha la popa y quién la proa; hacen otros los remos y otros cuerdas; quién repara mesanas y trinquetas; así, sin fuego, por divinas artes, bullía abajo una espesa resina, que la orilla impregnaba en todos lados.
La veía, mas no veía en ella más que burbujas que el hervor alzaba, todas hincharse y explotarse luego.
Mientras allá miraba fijamente, el poeta, diciendo: «¡Atento, atento!» a él me atrajo del sitio en que yo estaba.

Me volví entonces como aquel que tarda en ver aquello de que huir conviene, y a quien de pronto le acobarda el miedo, y, por mirar, no demora la marcha; y un diablo negro vi tras de nosotros, que por la roca corriendo venía.

¡Ah, qué fiera tenía su apariencia, y parecían cuán amenazantes sus pies ligeros, sus abiertas alas!

En su hombro, que era anguloso y soberbio, cargaba un pecaador por ambas aneas, agarrando los pies por los tendones.

«¡Oh Malasgarras --dijo desde el puente-, os mando a un regidor de Santa Zita! Ponedlo abajo, que voy a por otro a esa tierra que tiene un buen surtido: salvo Bonturo todos son venales; del "sí" allí hacen "no" por el dinero.»

Abajo lo tiró, y por el escollo se volvió, y nunca fue un mastín soltado persiguiendo a un ladrón con tanta prisa.
Aquél se hundió, y se salía de nuevo; mas los demonios que albergaba el puente gritaron: «¡No está aquí la Santa

Faz, y no sé nada aquí como en el Serquio! así que, si no quieres nuestros garfios, no te aparezcas sobre la resina.»

Con más de cien arpones le pinchaban, dicen: «¿Cubierto bailar aquí debes, tal que, si puedes, a escondidas hurtas.»

No de otro modo al pinche el cocinero hace meter la carne en la caldera, con los tridentes, para que no flote.
Y el buen Maestro: «Para que no sepan que estás aquí --me dijo- ve a esconderte tras una roca que sirva de abrigo; y por ninguna ofensa que me hagan, debes temer, que bien conozco esto, y otras veces me he visto en tales líos.»

Después pasó del puente a la otra parte; y cuando ya alcanzó la sexta fosa, le fue preciso un ánimo templado.
Con la ferocidad y con la saña que los perros atacan al mendigo, que de pronto se para y limosnea, del puenteillo aquéllos se arrojaron, y en contra de él volvieron los arpones; mas él gritó: «¡Que ninguno se atreva!

Antes de que me pinchen los tridentes, que se adelante alguno para oírme, pensad bien si debéis arponearme.»

«¡Que vaya Malaeola!» --se gritaron; y uno salió de entre los otros quietos, y vino hasta él diciendo: «¿De qué sirve?»

«Es que crees, Malaeola, que me habrías visto venir --le dijo mi maestro- seguro ya de todas vuestras armas, sin el querer divino y diestro hado? Déjame andar, que en el cielo se quiere que el camino salvaje enseñe a otros.»

Su orgullo entonces fue tan abatido que el tridente dejó caer al suelo, y a los otros les dijo: «No tocarlo.»

Y el guía a mí: «Oh tú que allí te encuentras tras las rocas del puente agazapado, puedes venir conmigo ya seguro.»

Por lo que yo avancé hasta él deprisa; y los diablos se echaron adelante, tal que temí que el pacto no guardaran;

así yo vi temer a los infantes yéndose, tras rendirse, de Caprona, al verse ya entre tantos enemigos.

Yo me arrimé con toda mi persona a mi guía, y los ojos no apartaba de sus caras que no eran nada buenas. Inclínaban los garfios: «¿Que le pinche -decíanse- queréis, en el trasero?» Y respondían: «Sí, pinchale fuerte.»

Pero el demonio aquel que había hablado con mi guía, volviose raudamente, y dijo: «Para, para, Arrañapelos.»

Luego nos dijo: «Más andar por este escollo no se puede, pues que yace todo despedazado el arco sexto; y si queréis seguir más adelante podéis andar aquí, por esta esearpa: hay otro escollo cerea, que es la ruta.

Ayer, cinco horas más que en esta hora, mil y doseientos y sesenta y seis años hizo, que aquí se hundió el camino.

Hacía allá mando a alguno de los míos para ver si se esearpa alguno de esos; id con ellos, que no han de molestaros.

¡Adelante Aliñacho, Patasfrías, -él comenzó a decir- y tú, Malehuevo; y Barbatiesa guíe la decena.

Vayan detrás Salido y Ponzoñoso, jabalí Colmilludo, Arañaperros, el Tartaja y el loco del Berruñas.

Mirad en torno de la pez hirviente; éstos a salvo llequen al escollo que todo entero va sobre la fosa.»

«¡Ay maestro, qué es esto que estoy viendo! -dije- vayamos solos sin escolta, si sabes ir, pues no la necesito.

Si eres tan avisado como sueles, ¿no ves cómo sus dientes les rechinan, y su entrecejo males amenaza?»

Y él me dijo: «No quiero que te asustes; déjalos que rechinan a su gusto, pues hacen eso por los condenados.»

Dieron la vuelta por la orilla izquierda, mas primero la lengua se mordieron hacia su jefe, a manera de seña, y él hizo una trompeta de su culo.

CANTO XXII

Caballeros he visto alzar el campo, comenzar el combate, o la revista, y alguna vez huir para salvarse; en vuestra tierra he visto exploradores, ¡Oh aretinos! y he visto las mesnadas, hacer torneos y correr las justas, ora con trompas, y ora con campanas, con tambores, y hogueras en castillos, con cosas propias y también ajenas; mas nunca con tan rara cornamusa, moverse caballeros ni pendones, ni nave al ver una estrella o la tierra.

Caminábamos con los diez demonios, ¡fiera compañía!, mas en la taberna con borrachos, con santos en la iglesia.

Mas a la pez volvía la mirada, por ver lo que la bolsa contenía y a la gente que adentro estaba ardiendo.

Qual los delfines hacen sus señales con el arco del lomo al marinero, que le preparan a que el leño salve, por aliviar su pena, de este modo enseñaban la espalda algunos de ellos, escondiéndose en menos que hace el rayo.

Y como al borde del agua de un charco hay renacuajos con el morro fuera, con el tronco y las aneas escondidas, se encontraban así los pecadores; mas, como se acereaba Barbatiesa, bajo el hervor volvieron a meterse.

Yo vi, y el corazón se me acongoja, que uno esperaba, así como sucede que una rana se queda y otra salta; Y Arañaperros, que a su lado estaba, le agarró por el pelo empujotado y le sacó cual si fuese una nutria.

Ya de todos el nombre conocía, pues lo aprendí cuando fueron nombrados, y atento estuve cuando se llamaban.

«Ahora, Berruñas, puedes ya elavarle los garfios en la espalda y desollarlo» gritaban todos juntos los malditos.

Y yo: «Maestro, intenta, si es que puedes, saber quién es aquel desventurado, llegado a manos de sus enemigos.»

Y junto a él se aproximó mi guía; preguntó de dónde era, y él repuso: «Fui nacido en el reino de Navarra.

Criado de un señor me hizo mi madre, que me había engendrado de un bellaco, destructor de sí mismo y de sus cosas.

Después fui de la corte de Teobaldo: allí me puse a hacer baratertas; y en este caldo estoy rindiendo cuentas.»

Y Colmilludo a cuya boca asoman, tal jabalí, un colmilludo a cada lado, le hizo sentir cómo uno deseeosía.

Cayó el ratón entre malvados gatos; mas le agarró en sus brazos Barbatiesa, y dijo: «Estaros quietos un momento.»

Y volviendo la cara a mi maestro «Pregunta -dijo- aún, si más deseas de él saber, antes que esos lo destroeen».

El guía entonces: «De los otros reos, di ahora si de algún latino sabes que esté bajo la pez.» Y él: «Hace poco a uno dejé que fue de allí vecino. ¡Si estuviese con él aún recubierto no temería tridentes ni garras!»

Y el Salido: «Esperamos ya bastante», dijo, y cogióle el brazo con el gañcho, tal que se llevó un trozo desgarrado.

También quiso agarrarle Ponzoñoso piernas abajo; mas el deurión miró a su alrededor con mala cara.

Cuando estuvieron algo más calmados, a aquel que aún contemplaba sus heridas le preguntó mi guía sin tardanza: «¿Y quién es ése a quien enhoramala dejaste, has dicho, por salir a flote?» Y aquél repuso: «Fue el fraile Gomita, el de Gallura, vaso de mil fraudes; que apresó a los rivales de su amo, consiguiendo que todos lo alabasen.

Cogió el dinero, y soltoles de plano, como dice; y fue en otros menesteres, no ehíeo, mas eximio baratero.

Trata con él maese Miguel Zanque de Logodoro; y hablan Cerdeña sin que sus lenguas nunca se fatiguen.

¡Ay de mí! ved que aquél rechina el diente: más te diría pero tengo miedo que a rascarme la tiña se aparezcan.»

Y vuelto hacia el Tartaja el gran preboste, cuyos ojos herirle amenazaban, dijo: «Hazte a un lado, pájaro malvado.»

«Si queréis conocerles o escucharles -volvió a empezar el preso temeroso- haré venir toseanos o lombardos; pero quietos estén los Malasgarras para que éstos no teman su venganza, y yo, siguiendo en este mismo sitio, por uno que soy yo, haré venir siete cuando les silbe, como acostumbramos hacer cuando del fondo sale alguno.»

Malehecho en ese instante alzó el hocieo, moviendo la cabeza, y dijo: «Ved qué malicia pensó para escaparse.» Mas él, que muchos trucos conocía respondió: «¿Malicioso soy acaso, cuando buseo a los míos más tristeza?»

No se aguantó Aligaño, y, al contrario de los otros, le dijo: «Si te tiras, yo no iré tras de ti con buen galope, mas batiré sobre la pez las alas; deja la orilla y corre tras la roca; ya veremos si tú nos aventajas.»

Oh tú que lees, oirás un nuevo juego: todos al otro lado se volvieron, y el primero aquel que era más contrario.

Aprovechó su tiempo el de Navarra; fijó la planta en tierra, y en un punto dio un salto y se escapó de su preboste.

Y por esto, culpables se sintieron, más aquel que fue causa del desastre, que se marchó gritando: «Ya te tengo.»

Mas de poco valió, pues que al miedoso no alcanzaron las alas: se hundió éste, y aquél alzó volando arriba el pecho.

No de otro modo el ánade de golpe, cuando el haleón se aereca, se sumerge, y éste, roto y cansado, se remonta.

Airado Patasfrías por la broma, volando atrás, lo cogió, deseando que aquél huyese para armar camorra; y al desaparecer el baratero, volvió las garras a su camarada, tal que con él se enzarzó sobre el foso.

Fue el otro gavilán bien amaestrado, sujetándole bien, y ambos cayeron en la mitad de aquel pantano hirviente.

Los separó el calor a toda prisa, pero era muy difícil remontarse, pues tenían las alas pegajosas.

Barbatiesa, enfadado cual los otros, a cuatro hizo volar a la otra parte, todos con garfios y muy prestamente.

Por un lado y por otro descendieron: echaron garfios a los atrapados, que cocidos estaban en la costra, y así enredados los abandonamos.

CANTO XXIII

Callados, solos y sin compañía caminábamos uno tras del otro, lo mismo que los frailes franciscanos.

Vuelto había a la fábula de Esopo mi pensamiento la presente riña, donde él habló del ratón y la rana, porque igual que «enseguida» y «al instante», se parecen las dos si se compara el principio y el fin atentamente.

Y, cual de un pensamiento el otro sale, así nació de aquel otro después, que mi primer espanto redoblaba.

Yo así pensaba: «Si estos por nosotros quedan burlados con daño y con befa, supongo que estarán muy resentidos.

Si sobre el mal la ira se acrecienta, ellos vendrán detrás con más crueldad que el can lleva una liebre con los dientes.»

Ya sentía erizados los cabellos por el miedo y atrás atento estaba cuando dije: «Maestro, si escondite no

encontras enseguida, me amedrentan los Malasgaras: vienen tras nosotros: tanto los imagino que los siento.» Y él: «Si yo fuese de azogado vidrio, tu imagen exterior no copiaría tan pronto en mí, cual la de dentro veo; tras mi pensar el tuyo ahora venía, con igual acto y con la misma cara, que un único consejo haço de entrambos. Si hacia el lado derecho hay una cuesta, para poder bajar a la otra bolsa, huiremos de la eaza imaginada.» Este consejo apenas proferido, los vi venir con las alas extendidas, no muy de lejos, para capturarlos. De súbito mi guía me cogió cual la madre que al ruido se despierta y ve cerca de sí la llama ardiente, que coge al hijo y huye y no se para, teniendo, más que de ella, de él cuidado, aunque tan sólo vista una camisa. Y desde lo alto de la dura margen, de espaldas resbaló por la pendiente, que cierra la otra bolsa por un lado. No corre por la aeeña agua tan rauda, para mover la rueda del molino, cuando más a los palos se aproxima, cual mi maestro por aquel barranco, sosteniéndome en cima de su pecho, como a su hijo, y no cual compañero. Y llegaron sus pies al lecho apenas del fondo, cuando aquéllos a la cima sobre nosotros; pero no temíamos, pues la alta providencia que los quiere hacer ministros de la quinta fosa, poder salir de allí no les permite. Allí encontramos a gente pintada que alrededor marchaba a lentos pasos, llorando fatigados y abatidos. Tenían capas con capuchas bajas hasta los ojos, hechas del tamaño que se hacen en Luní para los monjes: por fuera son de oro y deslumbrantes, mas por dentro de plomo, y tan pesadas que Federico de paja las puso. ¡Oh eternamente fatigoso manto! Nosotros aún seguimos por la izquierda a su lado, esuchando el triste lloro; mas cansados aquéllos por el peso, venían tan despacio, que con nuevos compañeros a cada paso estábamos. Por lo que dije al guía: «Ve si encuentras a quien de nombre o de hechos se conozca, y los ojos, andando, mueve entorno.» Uno entonces que oyó mi hablar toseano, de detrás nos gritó: «Parad los pasos, los que corréis por entre el aire oscuro. Tal vez tendrás de mí lo que buscabas.» Y el guía se volvió y me dijo: «Espera, y luego anda conforme con sus pasos.»

Me detuve, y vi a dos que una gran ansia mostraban, en el rostro, de ir conmigo, mas la carga pesaba y el sendero. Cuando estuvieron cerca, torvamente, me remiraron sin decir palabra; luego así se volvieron y decían: «Ése parece vivo en la garganta; y, si están muertos ¿por qué privilegio van descubiertos de la gran estola?» Dijéronme: «Oh Toseano, que al colegio de los tristes hipócritas viniste, dínos quién eres sin tener reparo.» «He nacido y crecido -les repuse- en la gran villa sobre el Arno bello, y con el cuerpo estoy que siempre tuve. ¿Quién sois vosotros, que tanto os destila el dolor, que así veo por el rostro, y cuál es vuestra pena que reluce?» «Estas doradas capas -uno dijo- son de plomo, tan gruesas, que los pesos hacen así ehirriar a sus balanzas. Frailes gozosos fuimos, boloñeses; yo Catalano y éste Loderingo llamados, y elegidos en tu tierra, como suele nombrarse a un imparcial por conservar la paz; y fuimos tales que en torno del Gardingo aún puede verse.» Yo comencé: «Oh hermanos, vuestros males » No dije más, porque vi por el suelo a uno crucificado con tres palos. Al verme, por entero se agitaba, soplándose en la barba con suspiros; y el fraile Catalán que lo advirtió, me dijo: «El condenado que tú miras, dijo a los fariseos que era justo ajusticiar a un hombre por el pueblo. Desnudo está y elavado en el camino como ves, y que sienta es necesario el peso del que pasa por encima; y en tal modo se encuentra aquí su suegro en este foso, y los de aquel consejo que a los judíos fue mala semilla.» Vi que Virgilio entonces se asombraba por quien se hallaba allí crucificado, en el eterno exilio tan vilmente. Después dirigió al fraile estas palabras: «No os desagrade, si podéis, decirnos si existe alguna trocha a la derecha, por la cual ambos dos salir podamos, sin obligar a los ángeles negros, a que nos saquen de este triste foso.» Repuso entonces: «Antes que lo esperes, hay un peñaseo, que de la gran roca sale, y que cruza los terribles valles, salvo aquí que está roto y no lo salva. Subir podréis arriba por la ruina que yace al lado y el fondo recubre.» El guía inclinó un poco la cabeza: dijo después: «Contaba mal el caso quien a los pecadores allí ensarta.»

Y el fraile: « Ya en Bolonia oí contar muchos viejos del diablo, y entre otros que es mentiroso y padre del embuste.»

CANTO XXIV

En ese tiempo en el que el año es joven y el sol sus erines bajo Aeuario temple, y las noches se igualan con los días, cuando la esearcha en tierra se asemeja a aquella imagen de su blanca hermana, mas poco dura el temple de su pluma; el campesino falto de forraje, se levanta y contempla la campiña toda blanca, y el muslo se golpea, vuelve a casa, y aquí y allá se duele, tal mezquino que no sabe qué hacerse; sale de nuevo, y cobra la esperanza, viendo que al monte ya le cambió el rostro en pocas horas, toma su cayado, y a paecer fuera saca las ovejas.

De igual manera me asustó el maestro cuando vi que su frente se turbaba, mas pronto al mal siguió la medicina; pues, al llegar al derruido puente, el guía se volvió a mí con el rostro dulce que vi al principio al pie del monte; abrió los brazos, tras de haber tomado una resolución, mirando antes la ruina bien, y se acercó a empujarme.

Y como el que trabaja y que calcula, que parece que todo lo prevea, igual, enarmandome a la cima de un peñaseco, otra roca examinaba, diciendo: «Ágárrate luego de aquella; pero antes ve si puede sostenerte.»

No era un camino para alguien con capa, pues apenas, él leve, yo sujeto, podíamos subir de piedra en piedra.

Y si no fuese que en aquel recinto más corto era el camino que en los otros, no sé de él, pero yo veniendo fuera.

Mas como hacia la boca Malasbolsas del pozo más profundo toda pende, la situación de cada valle hace que se eleve un costado y otro baje; y así llegamos a la punta extrema, donde la última piedra se destaca.

Tan ordeñado del pulmón estaba mi aliento en la subida, que sin fuerzas busqué un asiento en cuanto que llegamos.

«Ahora es preciso que te despercees -dijo el maestro-, pues que andando en plumas no se consigue fama, ni entre colehas; el que la vida sin ella malgasta tal vestigio en la tierra de sí deja, cual humo en aire o en agua la espuma.

Así que arriba: venee la pereza con ánimo que venee cualquier lucha, si con el cuerpo grave no lo impide.

Rápidamente el guía se marejó, con el rostro turbado por la ira; y yo me separé de los cargados, detrás siguiendo las queridas plantas.

Hay que subir una escala aún más larga; haber huido de éstos no es bastante: si me entiendes, procura que te sirva.»

Aleé entonces, mostrándome provisto de un ánimo mayor del que tenía, «Vamos -dije-. Estoy fuerte y animoso.»

Por el derrumbe empezamos a andar, que era esearpado y rocoso y estrecho, y mucho más pendiente que el de antes.

Hablando andaba para hacerme el fuerte; cuando una voz salió del otro foso, que incomprensibles voces profería. No le entendí, por más que sobre el lomo ya estuviese del arco que cruzaba: mas el que hablaba parecía airado.

Miraba al fondo, mas mis ojos vivos, por lo oscuro, hasta el fondo no llegaban, por lo que yo: «Maestro alcanza el otro recinto, y descendamos por el muro; pues, como eseueho a alguno que no entiendo, miro así al fondo y nada reconozco.

«Otra respuesta -dijo- no he de darte más que hacerlo; pues que demanda justa se ha de cumplir con obras, y callando.»

Desde lo alto del puente descendimos donde se cruza con la octava orilla, luego me fue la bolsa manifiesta; y yo vi dentro terrible maleza de serpientes, de especies tan distintas, que la sangre aún me hiela el recordarlo.

Más no se ufane Libia con su arena; que si quelidras, yáculos y faras produce, y caneros con anfisibenas, ni tantas pestileneias, ni tan malas, mostró jamás con la Etiopía entera, ni con aquel que está sobre el mar Rojo.

Entre el montón tristísimo corrian gentes desnudas y aterrorizadas, sin refugio esperar o heliotropía: esposados con sierpes a la espalda; les hincaban la cola y la cabeza en los riñones, en cima montadas.

De pronto a uno que se hallaba cerea, se lanzó una serpiente y le mordió donde el cuello se anuda con los hombros.

Ni la O tan pronto, ni la I, se escribe, cual se encendió y ardió, y todo en cenizas se convirtió cayendo todo entero; y luego estando así deshecho en tierra amontonose el polvo por sí solo, y en aquel mismo se tornó de súbito.

Así los grandes sabios aseguran que muere el Fénix y después renace, cuando a los cinco siglos ya se acerca: no pae en vida eebada ni hierba, sólo de inieñso lágrimas y amomo, y nardo y mirra son su último nido. Y como aquel que eae sin saber cómo, porque fuerza diabólica lo tira, o de otra opilación que liga el ánimo, que levantado mira alrededor, muy conturbado por la gran angustia que le ha ocurrido, y suspira al mirar: igual el peador al levantarse. ¡Oh divina potencia, cuán severa, que tales golpes das en tu venganza!

El guía preguntó luego quién era: y él respondió: «Lloví de la Joseana, no ha mucho tiempo, en este fiero abismo.

Vida de bestia me plaeió, no de hombre, como al mulo que fui: soy Vanni Fueei bestia, y Pistoya me fue buena cuadra.»

Y yo a mi guía: «Dile que no huya, y pregunta qué culpa aquí le arroja; que hombre le vi de maldad y de sanjre.»

CANTO XXV

El ladrón al final de sus palabras, alzó las manos con un par de hijas, gritando: «Toma, Dios, te las dedico.»

Desde entonces me agradan las serpientes, pues una le envolvió entonces el cuello, cual si dijese: «No quiero que sigas»; y otra a los brazos, y le sujetó eññéndose a sí misma por delante, que no pudo con ella ni moverse.

¡Ah Pistoya, Pistoya, por qué niegas inieñerarte, así que más no dures, pues superas en mal a tus mayores!

En todas las regiones del infierno no vi a Dios tan soberbio algún espíritu, ni e/ que cayó de la muralla en Tebas.

Aquel huyó sin decir más palabra; y vi venir a un centauro rabioso, llamando: «¿Dónde, dónde está el soberbio?»

No ereo que Maremma tantas tenga, cuantas biehas tenía por la grupa, hasta donde comienzan nuestras formas.

Eneima de los hombros, tras la nuea, con las alas abiertas, un dragón tenía; y éste quema cuanto toa.

Mi maestro me dijo: «Aquel es Caeo, que, bajo el muro del monte Aventino, hizo un lago de sanjre muchas veces.

No va con sus hermanos por la senda, por el hurto que fraudulento hizo del rebaño que fue de su vecino; hasta acabar sus obras tan inieuas bajo la hereulea maza, que tal vez ciento le dio, mas no sintió el deeno.»

Y el peador, que oyó, no se escondía, más volvió contra mí el ánimo y rostro, y de triste vergüenza enrojéió; y dijo: «Más me duele que me halles en la miseria en la que me estás viendo, que cuando fui arrañado en la otra vida.

Yo no puedo ocultar lo que preguntas: aquí estoy porque fui en la saeristía ladrón de los hermosos ornamentos, y acusaron a otro hombre falsamente; mas porque no disfrutes al mirarme, si del lugar oscuro tal vez sales, abre el oído y este aneio esueha: Pistoya de los negros enflaquee: luego en Florencia cambian gente y modos.

De Val de Magra Marte manda un rayo rodeado de turbios nubarrones; y en agria tempestad impetuosa, sobre el campo Piceño habrá un combate; y de repente rasgará la niebla, de modo que herirá a todos los blancos. ¡Esto te digo para hacerte daño!»

Mientras que así me hablaba, se marehó, y a nuestros pies llegaron tres espíritus, sin que ni yo ni el guía lo advirtiésemos, hasta que nos gritaron: «¿Quiénes sois?»: por lo cual dimos fin a nuestra charla, y entonces nos volvimos hacia ellos.

Yo no les conoeí, pero ocurrió, como suele ocurrir en ocasiones, que tuvo el uno que llamar al otro, diciendo: «Cianfa, ¿dónde te has metido?» Y yo, para que el guía se fijase, del mentón puse el dedo a la nariz.

Si ahora fueras, lector, lento en ereerte lo que diré, no será nada raro, pues yo lo vi, y apenas me lo ereo.

A ellos tenía alzada la mirada, y una serpiente con seis pies a uno, se le tira, y entera se le enrosea.

Los pies de en medio cogieronle el vientre, los de delante prendieron sus brazos, y después le mordió las dos mejillas.

Los delanteros lanzole a los muslos y le metió la cola entre los dos, y la trabó detrás de los riñones.

Hiedra tan arraigada no fue nunca a un árbol, como aquella horrible fiera por otros miembros enroseó los suyos.

Se juntan luego, tal si cera ardiente fueran, y mezclan así sus colores, no parecían ya lo que antes eran, como se extiende a causa del ardor, por el papel, ese color oscuro, que aún no es negro y ya deja de ser blanco.

Los otros dos miraban, cada cual gritando: «¡Añel, ay, cómo estás cambiando! ¡mira que ya no sois ni dos ni uno!

Las dos cabezas eran ya una sola, y mezcladas se vieron dos figuras en una cara, donde se perdían.

Cuatro miembros hicieronse dos brazos; los muslos con las piernas, vientre y tronco en miembros nunca vistos se tornaron.

Ya no existían las antiguas formas: dos y ninguna la perversa imagen parecía; y se fue con paso lento.

Como el lazo bajo el gran azote de la cánicula, al cambiar de seto, parece un rayo si cruza el camino; tal parecía, yendo a las barrigas de los restantes, una serpiente airada, tal grano de pimienta negra y lívida; y en aquel sitio que primero toma nuestro alimento, a uno le golpea; luego al suelo cayó a sus pies tendida.

El herido miró, mas nada dijo; antes, con los pies quietos, bostezaba, como si fiebre o sueño le asaltase.

Él a la serpiente, y ella a él miraba; él por la llaça, la otra por la boca humeaban, el humo confundiendo.

Calle Lucano ahora donde habla del mísero Sabello y de Nasidio, y espere a oír aquello que describo.

Calle Ovidio de Cadmo y de Aretusa; que si aquél en serpiente, en fuente a ésta convirtió, poetizando, no le envidio; que frente a frente dos naturalezas no trasmutó, de modo que ambas formas a cambiar dispusieran sus materias.

Se respondieron juntos de tal modo, que en dos partió su cola la serpiente, y el herido juntaba las dos formas.

Las piernas con los muslos a sí mismos tal se unieron, que a poco la juntura de ninguna manera se veía.

Tomó la cola hendida la figura que perdía aquel otro, y su pellejo se hacía blando y el de aquélla, duro.

Vi los brazos entrar por las axilas, y los pies de la fiera, que eran cortos, tanto alargar como acortarse aquéllos.

Luego los pies de atrás, torcidos juntos, el miembro hicieron que se oculta el hombre, y el mísero del suyo hizo dos patas.

Mientras el humo al uno y otro empañaba de color nuevo, y pelo hace crecer por una parte y por la otra depila, cayó el uno y el otro levantose, sin desviarse la mirada impía, bajo la cual cambiaban sus hocieos.

El que era en pie lo trajo hacia las sienas, y de mucha materia que allí había, salió la oreja del carrillo liso; lo que no fue detrás y se retuvo de aquel sobrante, a la nariz dio forma, y engrosó los dos labios, cual conviene. El que yacía, el morro adelantaba, y escondió en la cabeza las orejas, como del caracol hacen los cuernos.

Y la lengua, que estaba unida y presta para hablar antes, se partió; y la otra partida, se cerró; y cesó ya el humo.

El alma que era en fiera convertida, se echó a correr silbando por el valle, y la otra, en pos de ella, hablando eseupe.

Luego volviere las espaldas nuevas, y dijo al otro: «Quiero que ande Buso como hice yo, reptando, su camino.»

Así yo vi la séptima zahúrda mutar y trasmutar; y aquí me excuse la novedad, si oscura fue la pluma.

Y sucedió que, aunque mi vista fuese algo confusa, y enojado el ánimo, no pudieron huir, tan a escondidas que no les viese bien. Pucio Scianeco -de los tres compañeros era el único que no cambió de aquellos que vinieron- era el otro a quien tú, Gaville, lloras,

CANTO XXVI

¡Goza, Florencia, ya que eres tan grande, que por mar y por tierra bate alas, y en el infierno se expande tu nombre!

Cineo nobles hallé entre los ladrones de tus vecinos, de donde me vino vergüenza, y para ti no mucha honra.

Mas si el soñar al alba es verdadero, conocerás, de aquí a no mucho tiempo, lo que Prato, no ya otras, te aborrece.

No fuera prematuro, si ya fuese: ¡ojalá fuera ya, lo que ser debe! que más me pesará, cuanto envejezca.

Nos marchamos de allí, y por los peldaños que en la bajada nos sirvieron antes, subió mi guía y tiraba de mí. Y siguiendo el camino solitario, por los piecos y rocas del escollo, sin las manos, el pie no se valía.

Entonces me dolió, y me duele ahora, cuando, el recuerdo a lo que vi dirijo, y el ingenio refreno más que nunca, porque sin guía de virtud no corra; tal que, si buena estrella, o mejor cosa, me ha dado el bien, yo mismo no lo enturbie.

Cuantas el campesino que desea en la colina, cuando aquel que alumbra el mundo, oculto menos tiene el

rostro, cuando a las moseas siguen los mosquitos, luciéranlas contempla allá en el valle, en el lugar tal vez que ara y vendimia; toda resplandecía en llamaradas la bolsa octava, tal como advirtiera desde el sitio en que el fondo se veía.

Y como aquel que se venzó con osos, vio de Elías el carro al remontarse, y erguidos los caballos a los cielos, que con los ojos seguir no podía, ni alguna cosa ver salvo la llama, como una nubeilla que subiese; tal se mueven aquéllas por la boca del foso, más ninguna enseña el hurto, y encierra un pecador cada centella.

Yo estaba tan absorto sobre el puente, que si una roca no hubiese agarrado, sin empujarme hubiérame caído.

Y viéndome mi guía tan atento dijo: «Dentro del fuego están las almas, todas se ocultan en donde se queman.»

«Maestro -le repuse-, al escucharte estoy más cierto, pero ya he notado que así fuese, y decírtelo quería: ¿quién viene en aquel fuego dividido, que parece surgido de la pira donde Eteocles fue puesto con su hermano?»

Me respondió: «Allí dentro se tortura a Ulises y a Diomedes, y así juntos en la venganza van como en la ira; y dentro de su llama se lamenta del caballo el ardid, que abrió la puerta que fue gentil semilla a los romanos. Se llora la traición por la que, muerta, aún Daidamia se duele por Aquiles, y por el Paladion se halla el castigo.»

«Si pueden dentro de aquellas antorchas hablar -le dije- pídate, maestro, y te suplico, y valga mil mi súplica, que no me impidas que aguardar yo pueda a que la llama cornuda aquí llegue; mira cómo a ellos lleva mi deseo.»

Y él me repuso: «Es digno lo que pides de mucha loa, y yo te lo concedo; pero procura reprimir tu lengua.

Déjame hablar a mí, pues que comprendo lo que quieres; ya que serán esquivos por ser griegos, tal vez, a tus palabras.»

Cuando la llama hubo llegado a donde lugar y tiempo pareció a mi guía, yo le escuché decir de esta manera: «¡Oh vosotros que sois dos en un fuego, si os merecí, mientras que estaba vivo, si os merecí, bien fuera poco o mucho, cuando altos versos escribí en el mundo, no os alejéis; mas que alguno me diga dónde, por él perdido, halló la muerte.»

El mayor uerno de la antigua llama empezó a retorse murmurando, tal como aquella que el viento fatiga; luego la punta aquí y acá moviendo, cual si fuese una lengua la que hablara, fuera sacó la voz, y dijo: «Cuando me separé de Ciree, que sustrajo- me más de un año allí junto a Gaeta, antes de que así Eneas la llamase, ni la filial dulzura, ni el cariño del viejo padre, ni el amor debido, que debiera alegrar a Penélope, vencer pudieron el ardor interno que tuve yo de conocer el mundo, y el vicio y la virtud de los humanos; más me arrojé al profundo mar abierto, con un leño tan sólo, y la pequeña tripulación que nunca me dejaba.

Un litoral y el otro vi hasta España, y Marruecos, y la isla de los sardos, y las otras que aquel mar baña en torno.

Viejos y tardos ya nos encontrábamos, al arribar a aquella boca estrecha donde Hércules plantara sus columnas, para que el hombre más allá no fuera: a mano diestra ya dejé Sevilla, y la otra mano se quedaba Ceuta.»

«Oh hermanos -dije-, que tras de cien mil peligros a occidente habéis llegado, ahora que ya es tan breve la vigilia de los pocos sentidos que aún nos quedan, negaros no queráis a la experiencia, siguiendo al sol, del mundo inhabitable.

Considerar cuál es vuestra progenie: hechos no estáis a vivir como brutos, mas para conseguir virtud y ciencia.»

A mis hombres les hice tan ansiosos del camino con esta breve arenga, que no hubiera podido detenerlos; y vuelta nuestra proa a la mañana, alas locas hicimos de los remos, inclinandose siempre hacia la izquierda.

Del otro polo todas las estrellas vio ya la noche, y el nuestro tan bajo que del suelo marino no surgía.

Cinco veces ardiendo y apagada era la luz debajo de la luna, desde que al alto paso penetramos, cuando vimos una montaña, oscura por la distancia, y pareció tan alta cual nunca hubiera visto monte alguno.

Nos alegramos, mas se volvió llanto: pues de la nueva tierra un torbellino nació, y le golpeó la proa al leño.

Le hizo girar tres veces en las aguas; a la cuarta la popa alzó a lo alto, bajó la proa -como Aquél lo quiso- hasta que el mar cerró sobre nosotros.

CANTO XXVII

Quieta estaba la llama ya y derecha para no decir más, y se alejaba con la leñe del dulce poeta, cuando otra,

que detrás de ella venía, hizo volver los ojos a su punta, porque salía de ella un son confuso.

Como mugía el toro siciliano que primero mugió, y eso fue justo, con el llanto de aquel que con su lima lo templó, con la voz del afligido, que, aunque estuviese forjado de bronce, de dolor parecía traspasado; así, por no existir hueco ni vía para salir del fuego, en su lengüaje las palabras amargas se tornaban.

Mas luego al encontrar ya su camino por el extremo, con el movimiento que la lengua le diera con su paso, escuchamos: «Oh tú, a quien yo dirijo la voz y que has hablado cual lombardo, diciendo: “Vete ya; más no te ineito”, aunque he llegado acaso un poco tarde, no te pese el quedarte a hablar conmigo: ¡Mira que no me pesa a mí, que ardo!

Si tú también en este mundo ciego has oído de aquella dulce tierra latina, en que yo fui culpable, dime si tiene la Romana paz o guerra; pues yo naí en los montes entre Urbino y el yugo del que el Tiber se desata.»

Inclinado y atento aún me encontraba, cuando al estado me tocó mi guía, diciéndome: «Habla tú, que éste es latino.»

Yo, que tenía la respuesta pronta, comencé a hablarle sin demora alguna: «Oh alma que te escondes allá abajo, tu Romana no está, no estuvo nunca, sin guerra en el afán de sus tiranos; más palpable ninguna dejé ahora.

Ravena está como está ha muchos años: le los Polenta el águila allí anida, al que a Cervia recubre con sus alas.

La tierra que sufrió la larga prueba hizo de franços un montón sangriento, bajo las garras verdes permanece.

El mastín viejo y joven de Verrucchio, que mala guardia dieron a Montaña, elavan, donde solían, sus colmillos.

Las villas del Santerno y del Camone manda el leoneito que campea en blanco, que de verano a invierno el bando muda; y aquella cuyo flanco el Savio baña, como entre llano y monte se sitúa, vive entre estado libre y tiranía.

Ahora quién eres, pido que me cuentes: no seas más duro que lo fueron otros; tu nombre así en el mundo tenga fama.»

Después que el fuego crepitó un momento a su modo, movió la aguda punta de aquí, de allí, y después lanzó este soplo: «Si creyera que diese mi respuesta a persona que al mundo regresara, dejaría esta llama de agitarse; pero, como jamás desde este fondo nadie vivo volvió, si bien escuchó, sin temer a la infamia, te contestó: Guerrero fui, y después fui cordelero, creyendo, así ceñido, hacer enmienda, y hubiera mi deseo realizado, si a las primeras culpas, el gran Preste, que mal haya, tornado no me hubiese; y el cómo y el

porqué, quiero que escuches: Mientras que forma fui de carne y huesos que mi madre me dio, fueron mis obras no leoninas sino de vulpeja; las asechanzas, las ocultas sendas todas las supe, y tal llevé su arte, que ha su fama hasta el confín del mundo.

Cuando vi que llegaba a aquella parte de mi vida, en la que cualquiera debe arriar las velas y lanzar amarras, lo que antes me plació, me pesó entonces, y arrepentido me volví y confeso, ¡ah miserable!, y me hubiera salvado.

El príncipe de nuevos fariseos, haciendo guerra ceca de Letrán, y no con sarracenos ni judíos, que su enemigo todo era cristiano, y en la toma de Aere nadie estuvo ni comereando en tierras del Sultán; ni el sumo oficio ni las saeras órdenes en sí guardó, ni en mí el cordón aquel que suele hacer delgado a quien lo ciñe.

Pero, como a Silvestre Constantino, allí en Sirati a curarle de lepra, así como doctor me llamó éste para curarle la soberbia fiebre: pidíome mi consejo, y yo callaba, pues sus palabras ebrias parecían.

Luego volvió a decir: «Tu alma no tema; de antemano te absuelvo; enséñame la forma de abatir a Penestrino.

El cielo puedo abrir y cerrar puedo, porque son dos las llaves, como sabes, que mi predecesor no tuvo aprecio.»

Los graves argumentos me punzaron y, pues callar peor me parecía, le dije: “Padre, ya que tú me lavas de aquel pecado en el que caigo ahora, larga promesa de cumplir eseas hará que triunfes en el alto solio.”

Luego cuando morí, vino Franeiseo, más uno de los negros querubines le dijo: “No lo lloves; no me enfades. Ha de venirse con mis condenados, puesto que dio un consejo fraudulento, y le agarró del pelo desde entonces; que a quien no se arrepiente no se absuelve, ni se puede querer y arrepentirse, pues la contradicción no lo consiente.”

¡Oh miserable, cómo me aterraba al agarrarme diciéndome: “¿Acaso no pensabas que lógico yo fuese?”

A Minos me condujo, y ocho veces al duro lomo se ciñó la cola, y después de morderse enfurecido, dijo: “Este es reo de rabiosa llama”, por lo cual donde ves estoy perdido y, así vestido, andando me lamento.»

Cuando hubo terminado su relato, se retiró la llama dolorida, torciendo y debatiendo el cuerpo agudo.

A otro lado pasamos, yo y mi guía, por cima del escollo al otro arco que cubre el foso, donde se castiga a los que, disordinando, adquieren pena.

Aun si en prosa lo hiciese, ¿quién podría de tanta sangre y plagas como vi hablar, aunque contase muchas veces? En verdad toda lengua fuera eseasa porque nuestro lenguaje y nuestra mente no tienen juicio para abatear tanto.

Aunque reuniesen a todo aquel gentío que allí sobre la tierra infortunada de Apulia, fue de su sangre doliente por los troyanos y la larga guerra que tan grande despojo hizo de anillos, cual Livio escribe, y nunca se equivoca; y quien sufrió los daños de los golpes por oponerse a Roberto Guiscardo; y la otra cuyos huesos aún se encuentran en Caprano, donde fue traidor todo el pullés; y la de Tegliacozzo, que veneció desarmado el viejo Alardo, y cuál cortado y cuál roto su miembro mostrase, vanamente imitaría de la novena bolsa el modo inmundo.

Una caba, que duela o fondo pierda, como a uno yo vi, no se vacía, de la barbilla abierto al bajo vientre; por las piernas las tripas le colgaban, vela la asadura, el triste saeo que hace mierda de todo lo que engulle.

Mientras que en verlo todo me ocupaba, me miró y con la mano se abrió el pecho diciendo: «¡Mira cómo me desgarró!

y mira qué tan maltrecho está Mahoma! Delante de mí Allí llorando marcha, rota la cara del cuello al copete.

Todos los otros que tú ves aquí, sembradores de eseándalo y de eisma vivos fueron, y así son desgarrados.

Hay detrás un demonio que nos abre, tan crudamente, al tajo de la espada, cada cual de esta fila sometiendo, cuando la vuelta damos al camino; porque nuestras heridas se nos cierran antes que otros delante de él se pongan.

Más ¿quién eres, que husmeas en la roca, tal vez por retrasar ir a la pena, con que son castigadas tus acciones?»

«Ni le alcanza aún la muerte, ni el castigo -respondió mi maestro- le atormenta; más, por darle conocimiento pleno, yo, que estoy muerto, debo conducirlo por el infierno abajo vuelta a vuelta: y esto es tan cierto como que te hablo.»

Mas de cien hubo que, cuando lo oyeron, en el foso a mirarme se pararon llenos de asombro, olvidando el martirio.

«Pues bien, di a Fray Doleín que se abastezca, tú que tal vez verás el sol en breve, si es que no quiere aquí seguirme pronto, tanto, que, rodeado por la nieve, no deje la victoria al de Novara, que no sería fácil de otro modo.»

Después de alzar un pie para girarse, estas palabras díjome Mahoma; luego al marcharse lo fijó en la tierra. Otro, con la garganta perforada, cortada la nariz hasta las cejas, que una oreja tenía solamente, con los otros quedó, maravillado, y antes que los demás, abrió el gaznate, que era por fuera rojo por completo; y dijo: «Oh tú a quien culpa no condena y a quien yo he visto en la tierra latina, si mucha semejanza no me engaña, acuérdate de Pier de Medicina, si es que vuelves a ver el dulce llano, que de Vereelli a Mareabó deseíste.

Y haz saber a los dos grandes de Fano, a maese Guido y a maese Angiolello, que, si no es vana aquí la profecía, arrojados serán de su bajel, y agarrados cerea de Cattolicea, por traición de tirano fementido.

Entre la isla de Chipre y de Mallorca no vio nunca Neptuno tal engaño, no de piratas, no de gente argólica. Aquel traidor que ve con sólo uno, y manda en el país que uno a mi lado quisiera estar ayuno de haber visto, ha de hacerles venir a una entrevista; luego hará tal, que al viento de Focara no necesitarán preces ni votos.»

Y yo le dije: «Muéstrame y declara, si quieres que yo lleve tus noticias, quién es el de visita tan amarga.»

Puso entonces la mano en la mejilla de un compañero, y abriole la boca, gritando: «Es éste, pero ya no habla; éste, exiliado, sembraba la duda, diciendo a César que el que está ya listo siempre con daño el esperar soporta.»

¡Oh cuán acobardado parecía, con la lengua cortada en la garganta, Curión que en el hablar fue tan osado!

Y uno, con una y otra mano muchas, que alzaba al aire oscuro los muñones, tal que la sangre le ensuciaba el rostro, gritó: «Te acordarás también del Mosea, que dijo: “Lo empezado fin requiere”, que fue mala simiente a los toseanos.»

Y yo le dije: «Y muerte de tu raza.» Y él, dolor a dolor acumulado, se fue como persona triste y loca.

Más yo quedé para mirar el grupo, y vi una cosa que me diera miedo, sin más pruebas, contarla solamente, si no me asegurase la conciencia, esa amiga que al hombre fortifica en la confianza de sentirse pura.

Yo vi de eierto, y parece que aún vea, un busto sin cabeza andar lo mismo que iban los otros del rebaño triste; la testa trupea agarraba del pelo, cual un farol llevándola en la mano; y nos miraba, y «¡Ay de mí!» decía.

De sí se hacía a sí mismo lucerna, y había dos en uno y uno en dos: cómo es posible sabe Quien tal manda.

Cuando llegado hubo al pie del puente, alzó el brazo con toda la cabeza, para decir de cerca sus palabras, que fueron: «Mira mi pena tan cruda tú que, inspirando vas

viendo a los muertos; mira si alguna hay grande como es ésta.

Y para que de mí noticia lleves sabrás que soy Bertrand de Born, aquel que dió al joven rey malos consejos.

Yo hice al padre y al hijo enemistarse: Aquitael no hizo más de Absalón y de David con perversas punzadas: Y como gente unida así he partido, partido llevo mi cerebro, ¡ay triste!, de su principio que está en este tronco. Y en mí se cumple la contrapartida.»

CANTO XXIX

La mucha gente y las diversas plagas, tanto habían mis ojos embriagado, que quedarse llorando deseaban; mas Virgilio me dijo: «¿En qué te fijas? ¿Por qué tu vista se detiene ahora tras de las tristes sombras mutiladas?

Tú no lo hiciste así en las otras bolsas; piensa, si enumerarlas crees posible, que millas veintidós el valle abarca.

Y bajo nuestros pies ya está la luna: Del tiempo coneedido queda poco, y aún nos falta por ver lo que no has visto.»

«Si tú hubieras sabido -le repuse- la razón por la cual miraba, acaso me hubieses permitido detenerme.»

Ya se marchaba, y yo detrás de él, mi guía, respondiendo a su pregunta y añadiéndole: «Dentro de la cueva, donde los ojos tan atento puse, creo que un alma de mi sangre llora la culpa que tan caro allí se paga.»

Dijo el maestro entonces: «No entretengas de aquí adelante en ello el pensamiento: piensa otra cosa, y él allá se quede; que yo le he visto al pie del puenteillo señalarte, con dedo amenazante, y llamarlo eseuché Geri del Bello.

Tan distraído tú estabas entonces con el que tuvo Altaforte a su mando, que se fue porque tú no le atendías.»

«Oh guía mío, la violenta muerte que aún no le ha vengado -yo repuse- ninguno que comparta su vergüenza, hácele desdeñoso; y sin hablarme se ha marchado, del modo que imagino; con él por esto he sido más piadoso.»

Conversamos así hasta el primer sitio que desde el riseo el otro valle muestra, si hubiese allí más luz, todo hasta el fondo.

Cuando estuvimos ya en el postrer claustro de Malasbolsas, y que sus profesos a nuestra vista

aparecer podían, lamentos saeteáronme diversos, que herrados de piedad dardos tenían; y me tapé por ello los oídos.

Como el dolor, si con los hospitales de Valdiquiana entre junio y septiembre, los males de Maremma y de Cerdeña, en una fosa juntos estuvieran, tal era aquí; y tal hedor desprendía, como suele venir de miembros muertos.

Deseendimos por la última ribera del largo escollo, a la siniestra mano; y entonces pude ver más claramente allí hacía el fondo, donde la ministra del alto Sir, inflexible justicia, castiga al falseador que aquí condena.

Yo no creo que ver mayor tristeza en Egipto pudiera el pueblo enfermo, cuando se llenó el aire de ponzoña, pues, hasta el gusanillo, perecieron los animales; y la antigua gente, según que los poeta aseguran, se engendró de la estirpe de la hormiga; como era viendo por el valle oscuro languidecer las almas a montones.

Cuál sobre el vientre y cuál sobre la espalda, yacía uno del otro, y como a gatas, por el triste sendero caminaban.

Muy lentamente, sin hablar, marchábamos, mirando y eseuchando a los enfermos, que levantar sus cuerpos no podían.

Ví sentados a dos que se apoyaban, como al coeer se apoyan teja y teja, de la cabeza al pie llenos de pústulas. Y nunca vi moviendo la almohaza a muchaño esperado por su amo, ni a aquel que con desdicha está aún en vela, como éstos se mordían con las uñas a ellos mismos a causa de la saña del gran pieor, que no tiene remedio; y arrañaban la sarna con las uñas, como escamas de meros el cuechillo, o de otro pez que las tenga más grandes.

«Oh tú que con los dedos te desuellas -se dirigió mi guía a uno de aquellos- y que a veces tenazas de ellos haces, dime si algún latino hay entre éstos que están aquí, así te duren las uñas eternamente para esta tarea.»

«Latinos somos quienes tan gastados aquí nos ves -llorando uno repuso-; ¿y quién tú, que preguntas por nosotros?»

Y el guía dijo: «Soy uno que baja con este vivo aquí, de grada en grada, y enseñarle el infierno yo pretendo.»

Entonces se rompió el común apoyo; y temblando los dos a mí vinieron con otros que lo oyeron de pasada.

El buen maestro a mí se volvió entonces, diciendo: «Diles todo lo que quieras»; y yo empecé, pues que él así quería: «Así vuestra memoria no se borre de las humanas mentes en el mundo, mas que perviva bajo muchos soles, decíme quiénes sois y de qué gente: vuestra asquerosa y fastidiosa pena el confesarlo espanto no os produzca.»

«Yo fui de Arezzo, y Alberio el de Siena -repuso uno- púsome en el fuego, pero no me condena aquella muerte.

Verdad es que le dije bromeando: “Yo sabré alzar me en vuelo por el aire” y aquél, que era curioso a insensato, quiso que le enseñase el arte; y sólo porque no le hice Dédalo, me hizo arder así como lo hizo su hijo.

Mas en la última bolsa de las diez, por la alquimia que yo en el mundo usaba, me echó Minos, que nunca se equivoca.»

Y yo dije al maestro: «¿Ha habido nunca gente tan vana como la sienesa? cierto, ni la francesa llega a tanto.»

Como el otro leproso me esuechara, repuso a mis palabras: «Quita a Stricea, que supo hacer tan moderados gastos; y a Niccolò, que el uso dispendioso del elavo desecó antes que ninguno, en el huerto en que tal simiente crece; y quita la pandilla en que ha gastado Caccia d’Aseian la viña y el gran bosque, y el Abbagliato ha perdido su juicio.

Más por que sepas quién es quien te sigue contra el sienés, en mí la vista fija, que mi semblante habrá de responderte: verás que soy la sombra de Capocchio, que falseé metales con la alquimia; y debes recordar, si bien te miro, que por naturaleza fui una mona.»

CANTO XXX

Cuando Juno por causa de Semele odio tenía a la estirpe tebana, como lo demostró en tantos momentos, Atamante volviase tan demente, que, viendo a su mujer con los dos hijos que en cada mano a uno conducía, gritó: «¡Tendamos redes, y atrapemos a la leona al pasar y a los leoneitos!»; y luego con sus garras despiadadas, agarró al que Leareo se llamaba, le volteó y le dio contra una piedra; y ella se ahogó cargada con el otro.

Y cuando la fortuna echó por tierra la soberbia de Troya tan altiva, tal que el rey junto al reino fue abatido, Hécula triste, mísera y cautiva, luego de ver a Polixena muerta, y a Polidoro allí, junto a la orilla del mar, pudo advertir con tanta pena, desgarrada ladró tal como un perro; tanto el dolor su mente trastornaba.

Mas ni de Tebas furias ni troyanas se vieron nunca en nadie tan crueles, ni a las bestias hiriendo, ni a los hombres, cuanto en dos almas pálidas, desnudas, que mordiendo corrían, vi, del modo que el cerdo cuando deja la pocilga.

Una cogió a Capocchio, y en el nudo del cuello le mordió, y al empujarle, le hizo arañar el suelo con el vientre.

Y el aretino, que quedó temblando, me dijo: «El loco aquel es Gianni Schicchi, que rabioso a los otros así ataca.»

«Oh -le dije- así el otro no te hinque los dientes en la espalda, no te importe el decirme quién es antes que escape.»

Y él me repuso: «El alma antigua es ésta de la perversa Mirra, que del padre lejos del recto amor, se hizo querida.

El peear con aquél consiguió ésta falsificándose en forma de otra, igual que osó aquel otro que se mareja, por ganarse a la reina de las yeguas, falsificar en sí a Buoso Donati, testando y dando norma al testamento.»

Y cuando ya se fueron los rabiosos, sobre los cuales puse yo la vista, la volví por mirar a otros malditos.

Ví a uno que un laúd parecería si le hubieran cortado por las ingles del sitio donde el hombre se bifurea.

La grave hidropesía, que deforma los miembros con humores retenidos, no casado la cara con el vientre, le obliga a que los labios tenga abiertos, tal como a causa de la sed el hético, que uno al mentón, y el otro lleva arriba.

«Ah vosotros que andáis sin pena alguna, y yo no sé por qué, en el mundo bajo -él nos dijo-, mirad y estad atentos a la miseria de maese Adamo: mientras viví yo tuve cuanto quise, y una gota de agua, ¡ay triste!, ansío. Los arroyuelos que en las verdes lomas de Casentino bajan hasta el Arno, y hacen sus cauces fríos y apacibles, siempre tengo delante, y no es en vano; porque su imagen aún más me reseca que el mal con que mi rostro se descarna.

La rígida justicia que me hiere se sirve del lugar en que pequé para que ponga en fuga más suspiros. Está Roma allí, donde hice falsa la alabación sigilada del Bautista, por lo que el cuerpo quemado dejé.

Pero si viese aquí el ánima triste de Guido o de Alejandro o de su hermano, Fuente Branda, por verlos, no cambiase.

Una ya dentro está, si las rabiosas sombras que van en torno no se enñañan, ¿mas de qué sirve a mis miembros ligados?

Si acaso fuese al menos tan ligero que anduviese en un siglo una pulgada, en el camino ya me habría puesto, buseándole entre aquella gente infame, aunque once millas abarque esta fosa, y no menos de media de través.

Por aquellos me encuentro en tal familia: pues me indujeron a acunhar florines con tres quilates de oro solamente.»

Y yo dije: «¿Quién son los dos mezquinos que humean, cual las manos en invierno, apretados yaciendo a tu derecha?»

«Aquí los encontré, y no se han movido -me repuso- al llover yo en este abismo ni eternamente creo que se muevan.

Una es la falsa que acusó a José: otro el falso Sinón, griego de Troya: por una fiebre aguda tanto hieden.»

Y uno de aquéllos, lleno de fastidio tal vez de ser nombrados con desprecio, le dio en la dura panza con el puño.

Esta sonó cual si fuese un tambor; y maese Adamo le pegó en la cara con su brazo que no era menos duro, diciéndole: «Aunque no pueda moverme, porque pesados son mis miembros, suelto para tal menester tengo mi brazo.»

Y aquél le respondió: «Al enearnarte al fuego, tan veloz no lo tuviste: pero sí, y más, cuando falsificabas.»

Y el hidrópico dijo: «Eso es bien cierto; más tan veraz testimonio no diste al requerirte la verdad en Troya.»

«Si yo hablé en falso, el cuño falseaste -dijo Sinón- y aquí estoy por un yerro, y tú por más que algún otro demonio.»

«Acuérdate, perjurio, del caballo -repuso aquel de la barriga hinchada-; y que el mundo lo sepa y lo castigue.»

«Y te castigue a ti la sed que agrieta -dijo el griego- la lengua, el agua inmunda que al vientre le hace valla ante tus ojos.»

Y el monedero dilo: «Así se abra la boca por tu mal, como acostumbra; que si sed tengo y me hincha el humor, te duele la cabeza y tienes fiebre; y a lamer el espejo de Narciso, te invitarían muy pocas palabras.»

Yo me estaba muy quieto para oírles cuando el maestro dijo: «¡Vamos, mira! no comprendo qué te hace tanta gracia.»

Al oír que me hablaba con enojo, hacía él me volví con tal vergüenza, que todavía gira en mi memoria.

Como ocurre a quien sueña su desgracia, que soñando aún desea que sea un sueño, tal como es, como si no lo fuese, así yo estaba, sin poder hablar, deseando excusarme, y excusábame sin embarco, y no pensaba hacerlo.

«Falta mayor mejor vergüenza lava -dijo el maestro-, que ha sido la tuya; así es que ya descarga tu tristeza.

Y piensa que estaré siempre a tu lado, si es que otra vez te lleva la fortuna donde haya gente en pleitos semejantes: pues el querer oír eso es vil deseo.»

CANTO XXXI

La misma lengua me mordió primero, haciéndome teñir las dos mejillas, y después me aplicó la medicina: así escuché que solía la lanza de Aquiles y su padre ser causante primero de dolor, después de alivio. Dimos la espalda a aquel mísero valé por la ribera que en torno le ciñe, y sin ninguna charla lo cruzamos.

No era allí ni de día ni de noche, y poco penetraba con la vista; pero escuché sonar un alto cuerno, tanto que habría a los truenos callado, y que hacía él su camino siguiendo, me dirigió la vista sólo a un punto.

Tras la derrota dolorosa, cuando Carlomagno perdió la santa gesta, Orlando no tocó con tanta furia.

A poco de volver allí mi rostro, muchas torres muy altas creí ver; y yo: «Maestro, di, ¿qué muro es éste?» Y él a mí: «Como cruzas las tinieblas demasiado a lo lejos, te sucede que en el imaginar estás errado. Bien lo verás, si llegas a su vera, cuánto el seso de lejos se confunde; así que marcha un poco más aprisa.» Y con cariño cogíome la mano, y dijo: «Antes que hayamos avanzado, para que menos raro te parezca, sabe que no son torres, más gigantes, y en el pozo al que cerea esta ribera están metidos, del ombligo abajo.» Como al irse la niebla disipando, la vista reconoce poco a poco lo que esconde el vapor que arrastra el aire, así horadando el aura espesa y negra, más y más acercándonos al borde, se iba el error y el miedo me crecía; pues como sobre la redonda cerea Monterrección de torres se corona, así aquel marcen que el pozo circunda con la mitad del cuerpo torreaban los horribles gigantes, que amenaza aún desde el cielo Júpiter tronando.

Y yo miraba ya de alguno el rostro, la espalda, el pecho y gran parte del vientre, y los brazos cayendo a los costados.

Cuando dejó de hacer Naturaleza aquellos animales, muy bien hizo, porque tales ayudas quitó a Marte; Y si ella de elefantes y ballenas no se arrepiente, quien atento mira, más justa y más discreta ha de tenerla; pues donde el argumento de la mente al mal querer se junta y a la fuerza, el hombre no podría defenderse.

Su cara parecía larga y gruesa como la Piña de San Pedro, en Roma, y en esta proporción los otros huesos; y así la orilla, que les ocultaba del medio abajo, les mostraba tanto de arriba, que alcanzar su cabellera tres frisiones en vano pretendiesen; pues treinta grandes palmos les veía de abajo al sitio en que se anuda el manto.

«Raphel may ameeh zabi almi», a gritar empezó la fiera boea, a quien más dulces salmos no convienen.

Y mi guía hacia él: «¡Alma insensata, coge tu cuerpo, y desfogá con él cuanto ira o pasión así te agita! Mírate al cuello, y hallarás la sogá que amarrado lo tiene, alma turbada, mira cómo tu enorme pecho aprieta.»

Después me dijo: «A sí mismo se acusa. Este es Nembrot, por cuya mala idea sólo un lenguaje no existe en el mundo.

Dejémosle, y no hablemos vanamente, porque así es para él cualquier lenguaje, cual para otros el suyo: nadie entiende.»

Seguimos el viaje caminando a la izquierda, y a un tiro de ballesta, otro encontramos más feroz y grande.

Para cernirlo quién fuera el maestro, decir no sé, pero tenía atados delante el otro, atrás el brazo diestro, una cadena que le rodeaba del cuello a abajo, y por lo descubierto le daba vueltas hasta cinco veces.

«Este soberbio quiso demostrar contra el supremo Jove su potencia -dijo mi guía- y esto ha merecido.

Se llama Efialte; y su intención hizo al dar miedo a los dioses los gigantes: los brazos que movió, ya más no mueve.»

Y le dije: «Quisiera, si es posible, que del desmesurado Briareo puedan tener mis ojos experiencia.»

Y él me repuso: «A Anteó ya verás cerea de aquí, que habla y está libre, que nos pondrá en el fondo del infierno.

Aquel que quieres ver, está muy lejos, y está amarrado y puesto de igual modo, salvo que aún más feroz el rostro tiene.»

No hubo nunca tan fuerte terremoto, que moviese una torre con tal fuerza, como Efialte fue pronto en revolverse.

Más que nunca temí la muerte entonces, y el miedo solamente bastaría aunque no hubiese visto las cadenas.

Seguimos caminando hacia adelante y llegamos a Anteó: cinco alas salían de la fosa, sin cabeza.

«Oh tú que en el afortunado valle que heredero a Ezequiel de gloria hizo, al escapar Aníbal con los suyos, mil leones cazaste por botín, y que si hubieses ido a la alta lucha de tus hermanos, hay quien ha pensado que veneraran los hijos de la Tierra; bájanos, sin por ello despreciarnos, donde al Cocito encierra la friura.

A Ticio y a Tifeo no nos mandes; éste te puede dar lo que deseas; inclínate, y no tuerzas el semblante.

Aún puede darte fama allá en el mundo, pues que está vivo y larga vida espera, si la Gracia a destiempo no le llama.»

Así dijo el maestro; y él deprisa tendió la mano, y agarró a mi guía, con la que a Hércules diera el fuerte abrazo.

Virgilio, cuando se sintió cogido, me dijo: «Ven aquí, que yo te coja»; luego hizo tal que un haz éramos ambos.

Cual parece al mirar la Garisenda donde se inclina,
cuando va una nube sobre ella, que se venga toda abajo;
tal pareciome Anfeo al observarle y ver que se inclinaba,
y fue en tal hora que hubiera preferido otro camino.

CANTO XXXII

Si rimas bronceas y ásperas tuviese, como merecería el
agujero sobre el que apoyan las restantes rocas
exprimiría el jugo de mi tema más plenamente; más
como no tengo, no sin miedo a contarle me dispongo;
que no es empresa de tomar a juego de todo el orbe
describir el fondo, ni de lengua que diga «mama» o
«papa».

Más a mi verso ayuden las mujeres que a Anfión a
cerrar Tebas ayudaron, y del hecho el decir no sea
diverso.

¡Oh sobre todas mal creada plebe, que el sitio ocupas del
que hablar es duro, mejor sería ser cabras u ovejas!

Cuando estuvimos ya en el negro pozo, de los pies del
gigante aún más abajo, y yo miraba aún la alta muralla,
oí decirme: «Mira dónde pisas: anda sin dar patadas a la
triste cabeza de mi hermano desdichado.»

Por lo cual me volví, y vi por delante y a mis plantas un
lago que, del hielo, de vidrio, y no de agua, tiene el
rostro.

A su corriente no hace tan espeso velo, en Austria, el
Danubio en el invierno, ni bajo el frío cielo allá el
Tanais, como era allí; porque si el Pietrapana o el
Tambernie, en cima le cayese, ni «era» hubiese hecho
por el golpe.

Y tal como eroando está la rana, fuera del agua el
morro, cuando sueña con frecuencia espigar la
campesina, lívidas, hasta el sitio en que aparece la
verguenza, en el hielo había sombras, eastañeteando el
diente cual cigüeñas.

Hacia abajo sus rostros se volvían: el frío con la boca, y
con los ojos el triste corazón testimoniaban.

Después de haber ya visto un poco en torno, miré, a
mis pies, a dos tan estrechados, que mezclados tenían
sus cabellos.

«Decidme, los que así apretáis los pechos -les dije-
¿Quiénes sois?» Y el cuello irguieron; y al alzar la
cabeza, horrearón sus ojos, que antes eran sólo blandos
por dentro, hasta los labios, y ató el hielo las lágrimas
entre ellos, encerrándolos.

Más levemente al fondo que se traga a Lucifer en
Judas, nos condujo; y así inclinado no hizo más demora,
y se alzó como el mástil en la nave.

Leño con leño gropa nunca una tan fuerte; por lo que,
como dos ehivos, los dos se golpearon iracundos.

Y uno, que sin orejas se encontraba por la friura, con el
rostro gacho, dijo: «¿Por qué nos miras de ese modo?

Si saber quieres quién son estos dos, el valle en que el
Bisenzo se derrama fue de Alberto, su padre, y de estos
hijos.

De igual cuerpo salieron; y en Caína podrás buscar, y no
encontrarás sombra más digna de estar puesta en este
hielo; no aquel a quien rompiera pecho y sombra, por la
mano de Arturo, un solo golpe; no Focaccia; y no éste,
que me tapa con la cabeza y no me deja ver, y fue
llamado Sassol Mascheroni: si eres toscano bien sabrás
quién fue.

Y porque en más sermones no me metas, sabe que fui
Camineion dei Pazzi; y espero que Carliño me haga
bueno.»

Luego yo vi mil rostros por el frío amoratados, y terror
me viene, y siempre me vendrá de aquellos hielos.

Y mientras que hacia el centro caminábamos, en el que
toda gravedad se aúna, y yo en la eterna lobrequeza
temblaba, si el azar o el destino o Dios lo quiso, no sé;
mas paseando entre cabezas, golpeé con el pie el rostro
de una.

Llorando me gritó: «¿Por qué me pisas? Si a aumentar
tú no vienes la venganza de Monteperti, ¿por qué me
molestas?»

Y yo: «Maestro mío, espera un poco pues quiero que
me saque éste de dudas; y luego me darás, si quieres,
prisa.»

El guía se detuvo y dije a aquel que blasfemaba aún
muy duramente: «¿Quién eres tú que así reprendes a
otros?»

«Y tú ¿quién eres que por la Antenora vas golpeando
-respondió- los rostros, de tal forma que, aun vivo,
mucho fuera?»

«Yo estoy vivo, y acaso te convenza -fue mi
respuesta-, si es que quieres fama, que yo ponga tu
nombre entre los otros.»

Y él a mí: «Lo contrario desearía; márchate ya de aquí y no me molestes, que halarar sabes mal en esta gruta.» Entonces le cogí por el cogote, y dije: «Deberás decir tu nombre, o quedarte sin pelo aquí debajo.»

Por lo que dijo: «Aunque me deseables, no te diré quién soy, ni he de decirlo, aunque mil veces golpees mi cabeza.»

Ya enroscados tenía sus cabellos, y ya más de un mechón le había arrancado, mientras ladraba con la vista gacha, cuando otro le gritó: «¿Qué tienes, Boeca? ¿No te basta sonar con las quijadas, sino que ladras? ¿Quién te da tormento?»

«Ahora -le dije yo- no quiero oírte, oh malvado traidor: que en tu deshonra, he de llevar de ti veraces nuevas.»

«Vete -repuso- y di lo que te plazca, pero no calles, si de aquí salieras, de quien tuvo la lengua tan ligera.

Él llora aquí el dinero del francés: “Yo vi -podrás decir- a aquel de Duera, donde frescos están los pecadores.”

Si fuera preguntado “¿y esos otros?”, tienes al lado a aquel de Beccaría, del cual segó Florencia la garganta.

Gianni de Soldanier creo que está allá con Ganelón y Teobaldelo, que abrió Faenza mientras que dormía.»

Nos habíamos de estos alejado, cuando vi a dos helados en un hoyo, y una cabeza de otra era sombrero; y como el pan con hambre se devora, así el de arriba le mordía al otro donde se juntan nueva con cerebro.

No de otra forma Tideo roía la sien a Menalipo por despecho, que aquél el eráneo y las restantes cosas.

«Oh tú, que muestras por tan brutal signo un odio tal por quien así devoras, dime el porqué -le dije- de ese trato, que si tú con razón te quejas de él, sabiendo quiénes sois, y su pecado, aún en el mundo pueda yo vengarte, si no se sea aquella con la que hablo.»

CANTO XXXIII

De la feroz comida alzó la boca el pecador, limpiándola en los pelos de la cabeza que detrás roía.

Luego empezó: «Tú quieres que renueve el amargo dolor que me atenaza sólo al pensarlo, antes que de ello hable. Más si han de ser simiente mis palabras que dé frutos de infamia a este traidor que muerdo, al par verás que lloro y hablo.

Ignoro yo quién seas y en qué forma has llegado hasta aquí, mas de Florencia de verdad me parecees al oírte.

Debes saber que fui el conde Ugolino y este ha sido Ruggieri, el arzobispo; por qué soy tal veaño he de contarte.

Que a causa de sus malos pensamientos, y fiándome de él fui puesto preso y luego muerto, no hay que relatarlo; mas lo que haber oído no pudiste, quiero decir, lo cruel que fue mi muerte, escucharás: sabrás si me ha ofendido.

Un pequeño agujero de «la Muda» que por mí ya se llama «La del Hambre», y que conviene que a otros aún enquierre, enseñado me había por su hueco muchas lunas, cuando un mal sueño tuve que me rasgó los velos del futuro.

Éste me apareció señor y dueño, a la eaza del lobo y los lobeznos en el monte que a Pisa oculta lucea.

Con perros flacos, sabios y amaestrados, los Gualandis, Lanfrancos y Sisondis al frente se encontraban bien dispuestos.

Tras de corta carrera vi rendidos a los hijos y al padre, y con colmillos agudos vi morderles los costados.

Cuando me desperté antes de la aurora, llorar sentí en el sueño a mis hijitos que estaban junto a mí, pidiendo pan. Muy cruel serás si no te dueles de esto, pensando lo que en mi alma se anqueiaba: y si no lloras, ¿de qué llorar sueles?

Se despertaron, y llegó la hora en que solían darnos la comida, y por su sueño cada cual dudaba.

Y oí elavar la entrada desde abajo de la espantosa torre; y yo miraba la cara a mis hijitos sin moverme.

Yo no lloraba, tan de piedra era; lloraban ellos; y Anselmuccio dijo: «¿Cómo nos miras, padre, ¿qué te pasa?»

Pero yo no lloré ni le repuse en todo el día ni al llegar la noche, hasta que un nuevo sol salía a mundo.

Como un pequeño rayo penetrase en la penosa cárcel, y mirara en cuatro rostros mi apariencia misma, ambas manos de pena me mordía; y al pensar que lo hacía yo por ganas de comer, bruscamente levantaron, diciendo: «Padre, menos nos doliera si comes de nosotros; pues vestiste estas miseras carnes, las despoja.»

Por más no entristecerlos me calmaba; ese día y al otro nada hablamos: Ay, dura tierra, ¿por qué no te abriste?

Cuando hubieron pasado cuatro días, Gaddo se me arrojó a los pies tendido, diciendo: «Padre, ¿por qué no me ayudas?»

Allí murió: y como me estás viendo, vi morir a los tres uno por uno al quinto y sexto día; y yo me daba ya miedo, a andar a tientas sobre ellos. Dos días les llamé aunque estaban muertos: después más que el dolor pudo el ayuno.»

Cuando esto dijo, con torcidos ojos volvió a morder la mísera cabeza, y los huesos tan fuerte como un perro. ¡Ah Pisa, vituperio de las gentes del hermoso país donde el «sí» sueña!, pues tardos al castigo tus vecinos, muévanse la Gorgona y la Capraia, y hagan presas allí en la hoz del Arno, para anegar en ti a toda persona; pues si al conde Ugolino se acusaba por la traición que hizo a tus castillos, no debiste a los hijos dar tormento.

Inocentes hacía la edad nueva, nueva Tebas, a Ugueción y al Brigada y a los otros que el canto ya ha nombrado.» A otro lado pasamos, y a otra gente envolvía la helada con crudeza, y no cabeza abajo sino arriba.

El llanto mismo el lloro no permite, y la pena que encuentra el ojo lleno, vuelve hacia atrás, la angustia acrecentando; pues hacen muro las primeras lágrimas, y así como viseras cristalinas, llenan bajo las cejas todo el vaso.

Y sucedió que, aun como emalleado por el gran frío cualquier sentimiento hubiera abandonado ya mi rostro, me parecía ya sentir un viento, por lo que yo: «Maestro, ¿quién lo hace?, ¿No están extintos todos los vapores?»

Y él me repuso: «En breve será cuando a esto darán tus ojos la respuesta, viendo la causa que este soplo envía.»

Y un triste de esos de la fría costra gritó: «Ah vosotras, almas tan crueles, que el último lugar os ha tocado, del rostro levantar mis duros velos, que el dolor que me oprime expulsar pueda, un poco antes que el llanto se congele.»

Y le dije: «Si quieres que te ayude, dime quién eres, y si no te libro, merezca yo ir al fondo de este hielo.»

Me respondió: «Yo soy fray Alberigo; soy aquel de la fruta del mal huerto, que por el hijo el dátil he cambiado.»

«Oh, ¿ya estás muerto --díjeme yo- entonces? Y él repuso: «De cómo esté mi cuerpo en el mundo, no tengo ciencia alguna.

Tal ventaja tiene esta Tolomea, que muchas veces caen aquí las almas antes de que sus dedos mueva Atropos; y para que de grado tú me quites las lágrimas vidriosas de mi rostro, sabe que luego que el alma traiciona, como yo hiciera, el cuerpo le es quitado por un demonio que después la riñe, hasta que el tiempo suyo todo acabe.

Ella cae en cisterna semejante; y es posible que arriba esté aún el cuerpo de la sombra que aquí detrás invernara. Tú lo debes saber, si ahora has venido: que es Branca Doria, y ya han pasado muchos años desde que fuera aquí encerrado.»

«Creo -le dije yo- que tú me engañas; Branca Doria no ha muerto todavía, y come y bebe y duerme y paños viste.»

«Al pozo -él respondió- de Malasgaras, donde la pez rebulle pegajosa, aún no había caído Miguel Zaque, cuando éste le dejó al diablo un sitio en su cuerpo, y el de un pariente suyo que la traición junto con él hiciera.

Más extiende por fin aquí la mano; abre mis ojos.» Y no los abrí; y cortesía fue el villano serle.

¡Ah genoveses, hombres tan distantes de todo bien, de toda laera llenos!, ¿por qué no sois del mundo desterrados?

Porque con la peor alma de Romaña hallé a uno de vosotros, por sus obras su espíritu bañando en el Cielo, y aún en la tierra vivo con el cuerpo.

CANTO XXXIV

«Vexilla regis prodeunt inferni contra nosotros, mira, pues, delante -dijo el maestro- a ver si los distingues.»

Como cuando una espesa niebla baja, o se oscurece ya nuestro hemisferio, girando lejos vemos un molino, una máquina tal creí ver entonces; luego, por aquel viento, busqué abrigo tras de mi guía, pues no hallé otra fruta.

Ya estaba, y con terror lo pongo en verso, donde todas las sombras se eubrían, traspareciendo como paja en vidrio: Unas yacen; y están erguidas otras, con la cabeza

aquella o con las plantas; otra, tal arco, el rostro a los pies vuelve.

Cuando avanzamos ya lo suficiente, que a mi maestro le pareció mostrarme la eriatra que tuvo hermosa cara, se me puso delante y me detuvo, «Mira a Dite -diciendo-, y mira el sitio donde tendrás que armarte de valor.»

De cómo me quedé helado y atónito, no lo inquietas, lector, que no lo escribo, porque cualquier hablar poco sería.

Yo no morí, más vivo no quedé: piensa por ti, si algún ingenio tienes, cual me puse, privado de ambas cosas. El monarca del doloroso reino, del hielo aquel sacaba el pecho afuera; y más con un gigante me comparo, que los gigantes con sus brazos hacen: mira pues cuánto debe ser el todo que a semejante parte corresponde. Si igual de bello fue como ahora es feo, y contra su hacedor alzó los ojos, con razón de él nos viene cualquier luto.

¡Qué asombro tan enorme me produjo cuando vi su cabeza con tres caras! Una delante, que era toda roja: las otras eran dos, a aquella unidas por encima del uno y otro hombro, y uníanse en el sitio de la cresta; entre amarilla y blanca la derecha parecía; y la izquierda era tal los que vienen de allí donde el Nilo discurrir.

Bajo las tres salía un gran par de alas, tal como convenía a tanto pájaro: velas de barco no vi nunca iguales.

No eran plumosas, sino de murelago su aspecto; y de tal forma aleteaban, que tres vientos de aquello se movían: por éstos congelábase el Cocito; con seis ojos lloraba, y por tres barbas corría el llanto y baba sanguijosa.

En cada boca hería con los dientes a un pecador, como una agremadera, tal que a los tres atormentaba a un tiempo.

Al de delante, el morder no era nada comparado a la espalda, que a zarpazos toda la piel habíale arrancado.

«Aquella alma que allí más pena sufre -dijo el maestro- es Judas Iscariote, con la cabeza dentro y piernas fuera. De los que la cabeza afuera tienen, quien de las negras fauces cuelga es Bruto: -mírale retorcerse! ¡y nada dice!- Casio es el otro, de aspecto membrudo. Más retorna la noche, y ya es la hora de partir, porque todo ya hemos visto.»

Como él lo quiso, al cuello le abracé; y escogió el tiempo y el lugar preciso, y, al estar ya las alas bien abiertas, se sujetó de los peludos flancos: y descendió después de pelo en pelo, entre pelambre hirsuta y estra helada.

Cuando nos encontramos donde el muslo se ensancha y hace gruesas las caderas, el guía, con fatiga y con angustia, la cabeza volvió hacia los zanajos, y al pelo se agarró como quien sube, tal que al infierno yo creí volver.

«Cógete bien, ya que por esta escala -dijo el maestro exhausto y jadeante es preciso escapar de tantos males.»

Luego salió por el hueco de un riseo, y junto a éste me dejó sentado; y puso junto a mí su pie prudente.

Yo alcé los ojos, y pensé mirar a Lucifer igual que lo dejamos, y le vi con las piernas para arriba; y si desconcertado me vi entonces, el vulgo es quien lo piensa, pues no entiende cuál es el trazo que pasado había. «Ponte de pie -me dijo mi maestro-: la ruta es larga y el camino es malo, y el sol ya cae al medio de la tereia.»

No era el lugar donde nos encontrábamos pasillo de palacio, más caverna que poca luz y mal suelo tenía.

«Antes que del abismo yo me aparte, maestro -dije cuando estuve en pie-, por sacarme de error hálame un poco: ¿Dónde está el hielo?, ¿y cómo éste se encuentra tan boca abajo, y en tan poco tiempo, de noche a día el sol ha examinado?»

Y él me repuso: «Piensas todavía que estás allí en el centro, en que agarré el pelo del gusano que perfora el mundo: allí estuviste en la bajada; cuando yo me volví, cruzaste el punto en que converge el peso de ambas partes: y has alcanzado ya el otro hemisferio que es contrario de aquel que la gran seca recubre, en cuya cima consumido fue el hombre que nació y vivió sin culpa: tienes los pies sobre la breve esfera que a la Judea forma la otra cara.

Aquí es mañana, cuando allí es de noche: y aquél, que fue escalera con su pelo, aún se encuentra plantado igual que antes.

Del cielo se arrojó por esta parte; y la tierra que aquí antes se extendía, por miedo a él, del mar hizo su velo, y al hemisferio nuestro vino; y puede que por huir dejara este vacío eso que allí se ve, y arriba se alza.»

Un lugar hay de Becebú alejado tanto cuanto la cárcava se alarga, que el sonido depota, y no la vista, de un arroyuelo que hasta allí desciende por el hueco de un riseo, al que perfora su curso retorcido y sin pendiente.

Mi guía y yo por esa oculta senda fuimos para volver al claro mundo; y sin preocupación de descansar, subimos, él primero y yo después, hasta que nos dejó mirar el cielo un agujero, por el cual salimos a contemplar de nuevo las estrellas.



El Infierno de Hernando de Montesinos

El documento que poseía Fray Hernando de Montesinos y del que averiguó que escondía un mensaje... Lo entregó a Fray Emilio Bocanegra y ahora solo desea vengarse de la manera más cruel de su traidor "hermano".

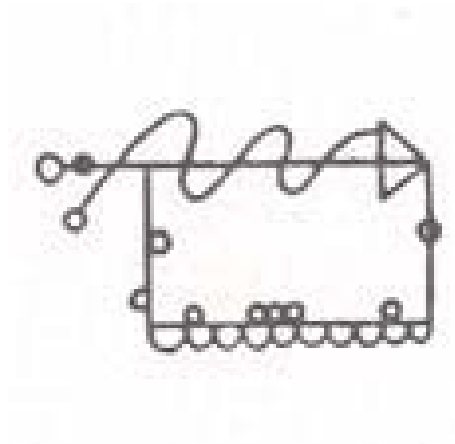
Dentro del libro se contendrá la manera de poder crear un Talismán (Arma Invencible de Aquelarre) y estará explicado en las letras que tengan color grisáceo, y no negro como es habitual, y por ello muy claras entre el texto habitual... Decir también que hay letras de diferentes tamaños y que equivocarán a los que también las encuentren, pues no está el hechizo completo.

Tipo:	Talismán.
Componentes:	Placa de Zinc e Incienso de Olíbano.
Caducidad:	No pierde sus poderes con el paso del tiempo.
Duración:	1D10+3 asaltos.
Descripción:	Una vez activado el talismán hará que el arma ignore la armadura del enemigo, sin derecho a tirada de RR.

Se encontrará escrito lo siguiente entre los versos del Infierno y para descubrir lo siguiente:

"Al inscribir en una placa de Zinc el nombre de Eligos con un buril impregnado en incienso de olíbano, e incrustado en el pomo de un arma, concederá a esta el don de atravesar cualquier protección."

Infierno de Hernando Montesinos





INFIERNO

CANTO I

A mitad del camino de la vida,
en una selva oscura me encontraba
porque mi ruta había extraviado.

¡Cuán dura cosa es decir cuál era
esta salvaje selva, áspera y fuerte
que me vuelve el temor al pensamiento!

Es tan amarga casi cual la muerte;
mas por tratar del bien que allí encontré,
de otras cosas diré que me ocurrieron.

Yo no sé repetir cómo entré en ella
pues tan dormido me hallaba en el punto
que abandoné la senda verdadera.

Mas cuando hube llegado al pie de un monte,
allí donde aquel valle terminaba
que el corazón habíame aterrado,

hacia lo alto miré, y vi que su cima
ya vestían los rayos del planeta
que lleva recto por cualquier camino.

Entonces se calmó aquel miedo un poco,
que en el lago del alma había entrado
la noche que pasé con tanta angustia.

Y como quien con aliento anhelante,
ya salido del piélago a la orilla,
se vuelve y mira al agua peligrosa,

tal mi ánimo, huyendo todavía,
se volvió por mirar de nuevo el sitio
que a los que viven traspasar no deja.

Repuesto un poco el cuerpo fatigado,
seguí el camino por la yerma loma,
siempre afirmando el pie de más abajo.

Y vi, casi al principio de la cuesta,
una onza ligera y muy veloz,
que de una piel con pintas se cubría;

y de delante no se me apartaba,
más de tal modo me cortaba el paso,
que muchas veces quise dar la vuelta.

Entonces comenzaba un nuevo día,
y el sol se alzaba al par que las estrellas
que junto a él el gran amor divino

sus bellezas movió por vez primera;
así es que no auguraba nada malo
de aquella fiera de la piel manchada

la hora del día y la dulce estación;
más no tal que terror no produjese
la imagen de un león que luego vi.

Me pareció que contra mí venía,
con la cabeza erguida y hambre fiera,
y hasta temerle parecía el ajre.

Y una loba que todo el apetito
parecía cargar en su flaqueza,
que ha hecho vivir a muchos en desgracia.

Tantos pesares ésta me produjo,
con el pavor que verla me causaba
que perdí la esperanza de la cumbre.

Y como aquel que alegre se hace rico
y llega luego un tiempo en que se arruina,
y en todo pensamiento sufre y llora:

tal la bestia me hacía sin dar tregua,
pues, viniendo hacia mí muy lentamente,
me empujaba hacia allí donde el sol calla.

Mientras que yo bajaba por la cuesta,
se me mostró delante de los ojos
alguien que, en su silencio, creí mudo.

Cuando vi a aquel en ese gran desierto
«Apídate de mí -yo le grité-,
seas quien seas, sombra a hombre vivo.»

Me dijo: «Hombre no soy, mas hombre fui,
y a mis padres dio cuna Lombardía
pues Mantua fue la patria de los dos.

Nací sub julio César, aunque tarde,
y viví en Roma bajo el buen Augusto:
tiempos de falsos dioses mentirosos.

Poeta fui, y canté de aquel justo
hijo de Anquises que vino de Troya,
cuando Ilíón la soberbia fue abraçada.

¿Por qué retornas a tan grande pena,
y no subes al monte deleitoso
que es principio y razón de toda dicha?»

« ¿Eres Virgilio, pues, y aquella fuente
de quien mana tal río de elocuencia?
-respondí yo con frente avergonzada-

Oh luz y honor de todos los poetas,
válgame el gran amor y el gran trabajo
que me han hecho estudiar tu gran volumen.

Eres tú mi modelo y mi maestro;
el único eres tú de quien tomé
el bello estilo que me ha dado honra.

Mira la bestia por la cual me he vuelto:
sabio famoso, de ella ponme a salvo,
pues hace que me tiemblen pulso y venas.»

«Es menester que sigas otra ruta
-me repuso después que vio mi llanto-,
si quieres irte del lugar salvaje;

pues esta bestia, que gritar te hace,
no deja a nadie andar por su camino,
más tanto se lo impide que los mata;

y es su instinto tan cruel y tan malvado,
que nunca sacia su ansia codiciosa
y después de comer más hambre aún tiene.

Con muchos animales se amanceba,
y serán muchos más hasta que venga
el Lebre que la hará morir con duelo.

Éste no comerá tierra ni peltre,
sino virtud, amor, sabiduría,
y su cuna estará entre Fieltro y Fieltro.

Ha de salvar a aquella humilde Italia
por quien murió Camila, la doncella,
Turno, Eurialo y Niso con heridas.

Éste la arrojará de pueblo en pueblo,
hasta que dé con ella en el abismo,
del que la hizo salir el Envidioso.

Por lo que, por tu bien, pienso y decido
que vengas tras de mí, y seré tu guía,
y he de llevarte por lugar eterno,

donde oirás el aullar desesperado,
verás, dolientes, las antiguas sombras,
gritando todas la segunda muerte;

y podrás ver a aquellas que contenta
el fuego, pues confían en llegar
a bienaventuras cualquier día;

y si ascender deseas junto a éstas,
más digna que la mía allí hay un alma:
te dejaré con ella cuando marche;

que aquel Emperador que arriba reina,
puesto que yo a sus leyes fui rebelde,
no quiere que por mí a su reino subas.

En toda parte impera y allí rige;
allí está su ciudad y su alto trono.
¡Cuán feliz es quien él allí destina!»

Yo contesté: «Poeta, te requiero
por aquel Dios que tú no conociste,
para huir de éste o de otro mal más grande,

que me lleves allí donde me has dicho,
y pueda ver la puerta de San Pedro
y aquellos infelices de que me hablas.»
Entonces se echó a andar, y yo tras él.

CANTO II

El día se marchaba, el aire oscuro
a los seres que habitan en la tierra
quitaba sus fatigas; y yo sólo

me disponía a sostener la guerra,
contra el camino y contra el sufrimiento
que sin errar evocará mi mente.

¡Oh musas! ¡Oh alto ingenio, sostenedme!
¡Memoria que escribiste lo que vi,
aquí se advertirá tu gran nobleza!

Yo comencé: «Poeta que me guías,
mira si mi virtud es suficiente
antes de comenzar tan ardua empresa.

Tú nos contaste que el padre de Silvio,
sin estar aún corrupto, al inmortal
reino llegó, y lo hizo en cuerpo y alma.

Pero si el adversario del pecado
le hizo el favor, pensando el gran efecto
que de aquello saldría, el qué y el cuál,

no le parece indigno al hombre sabio;
pues fue de la alma Roma y de su imperio
escogido por padre en el Empireo.

La cual y el cual, a decir la verdad,
como el lugar sagrado fue elegida,
que habita el sucesor del mayor Pedro.

En el viaje por el cual le alabas
escuchó cosas que fueron motivo
de su triunfo y del manto de los papas.

Allí fue luego el Vaso de Elección,
para llevar conforto a aquella fe
que de la salvación es el principio.

Más yo, ¿por qué he de ir? ¿quién me lo otorga?
Yo no soy Pablo ni tampoco Eneas:
y ni yo ni los otros me creen digno.

Pues temo, si me entrego a ese viaje,
que ese camino sea una locura;
eres sabio; ya entiendes lo que callo.»

Y cual quien ya no quiere lo que quiso
cambiando el parecer por otro nuevo,
y deja a un lado aquello que ha empezado,

así hice yo en aquella cuesta oscura:
porque, al pensarlo, abandoné la empresa
que tan aprisa había comenzado.

«Si he comprendido bien lo que me has dicho
-respondió del magnánimo la sombra
la cobardía te ha atacado el alma;

la cual estorba al hombre muchas veces,
y de empresas honradas le desvía,
cual reses que ven cosas en la sombra.

A fin de que te libres de este miedo,
te diré por qué vine y qué entendí
desde el punto en que lástima te tuve.

Me hallaba entre las almas suspendidas
y me llamó una dama santa y bella,
de forma que a sus órdenes me puse.

Brillaban sus pupilas más que estrellas;
y a hablarme comenzó, clara y suave,
angélica voz, en este modo:

“Alma cortés de Mantua, de la cual
aún en el mundo dura la memoria,
y ha de durar a lo largo del tiempo:

mi amigo, pero no de la ventura,
tal obstáculo encuentra en su camino
por la montaña, que asustado vuelve:

y temo que se encuentre tan perdido
que tarde me haya dispuesto al socorro,
según lo que escuché de él en el cielo.

Ve pues, y con palabras elocuentes,
y cuanto en su remedio necesite,
ayúdale, y consuélame con ello.

Yo, Beatriz, soy quien te hace caminar;
vengo del sitio al que volver deseo;
amor me mueve, amor me lleva a hablarte.

Cuando vuelva a presencia de mi Dueño
le hablaré bien de ti frecuentemente.”
Entonces se calló y yo le repuse:

“Oh dama de virtud por quien supera
tan sólo el hombre cuanto se contiene
con bajo el cielo de esfera más pequeña,

de tal modo me agrada lo que mandas,
que obedecer, si fuera ya, es ya tarde;
no tienes más que abrirme tu deseo.

Más dime la razón que no te impide
descender aquí abajo y a este centro,
desde el lugar al que volver ansías.”

“ Lo que quieres saber tan por entero,
te diré brevemente --me repuso
por qué razón no temo haber bajado.

Temer se debe sólo a aquellas cosas
que pueden causar algún tipo de daño;
mas a las otras no, pues mal no hacen.

Dios con su gracia me ha hecho de tal modo
que la miseria vuestra no me toca,
ni llama de este incendio me consume.

Una dama gentil hay en el cielo
que compadece a aquel a quien te envió,
mitigando allí arriba el duro juicio.

Ésta llamó a Lucía a su presencia;
y dijo: «necesita tu devoto
ahora de ti, y yo a ti te lo encomiendo».

Lucía, que aborrece el sufrimiento,
se alzó y vino hasta el sitio en que yo estaba,
sentada al par de la antigua Raquel.

Dijo: “Beatriz, de Dios vera alabanza,
cómo no ayudas a quien te amó tanto,
y por ti se apartó de los vulgares?

¿Es que no escuchas su llanto doliente?
¿no ves la muerte que ahora le amenaza
en el torrente al que el mar no supera?”

No hubo en el mundo nadie tan ligero,
buscando el bien o huyendo del peligro,
como yo al escuchar esas palabras.

“Acá bajé desde mi dulce escaño,
confiando en tu discurso virtuoso
que te honra a ti y aquellos que lo oyeron.”

Después de que dijera estas palabras
volvió llorando los lucientes ojos,
haciéndome venir aún más aprisa;

y vine a ti como ella lo quería;
te aparté de delante de la fiera,
que alcanzar te impedía el monte bello.

¿Qué pasa pues?, ¿por qué, por qué vacilas?
¿por qué tal cobardía hay en tu pecho?
¿por qué no tienes audacia ni arrojo?

Si en la corte del cielo te apadrinan
tres mujeres tan bienaventuradas,
y mis palabras tanto bien prometen.»

Cual florecillas, que el nocturno hieló
abate y cierra, luego se levantan,
y se abren cuando el sol las ilumina,

así hice yo con mi valor cansado;
y tanto se encendió mi corazón,
que comencé como alguien valeroso:

«!Ah, cuán piadosa aquella que me ayuda!
y tú, cortés, que pronto obedeciste
a quien dijo palabras verdaderas.

El corazón me has puesto tan ansioso
de echar a andar con eso que me has dicho
que he vuelto ya al propósito primero.

Vamos, que mi deseo es como el tuyo.
Sé mi guía, mi jefe, y mi maestro.»
Así le dije, y luego que echó a andar,
entré por el camino arduo y silvestre.

CANTO III

POR MÍ SE VA HASTA LA CIUDAD DOLIENTE,
POR MÍ SE VA AL ETERNO SUFRIMIENTO,
POR MÍ SE VA A LA GENTE CONDENADA.

LA JUSTICIA MOVIÓ A MI ALTO ARQUITECTO.
HIZOME LA DIVINA POTESTAD,
EL SABER SUMO Y EL AMOR PRIMERO.

ANTES DE MÍ NO FUE COSA CREADA
SINO LO ETERNO Y DURO ETERNAMENTE.
DEJAD, LOS QUE AQUÍ ENTRÁIS, TODA ESPERANZA.

Estas palabras de color oscuro
vi escritas en lo alto de una puerta;
y yo: «Maestro, es grave su sentido.»

Y, cual persona cauta, él me repuso:
«Debes aquí dejar todo recelo;
debes dar muerte aquí a tu cobardía.

Hemos llegado al sitio que te he dicho
en que verás las gentes doloridas,
que perdieron el bien del intelecto.»

Luego tomó mi mano con la suya
con gesto alegre, que me confortó,
y en las cosas secretas me introdujo.

Allí suspiros, llantos y altos ayes
resonaban al aire sin estrellas,
y yo me eché a llorar al escucharlo.

Diversas lenguas, horridas blasfemias,
palabras de dolor, acentos de ira,
roncos gritos al son de manotazos,

un tumulto formaban, el cual gira
siempre en el aire eternamente oscuro,
como arena al soplar el torbellino.

Con el terror ciñendo mi cabeza

dije: «Maestro, qué es lo que yo escucho,
y quién son éstos que el dolor abate?»

Y él me repuso: «Esta mísera suerte
tienen las tristes almas de esas gentes
que vivieron sin gloria y sin infamia.

Están mezcladas con el coro infame
de ángeles que no se rebelaron,
no por lealtad a Dios, sino a ellos mismos.

Los echa el cielo, porque menos bello
no sea, y el infierno los rechaza,
pues podrían dar gloria a los caídos.»

Y yo: «Maestro, ¿qué les pesa tanto
y provoca lamentos tan amargos?»

Respondió: «Brevemente he de decirlo.

No tienen éstos de muerte esperanza,
y su vida obcecada es tan rastrera,
que envidiosos están de cualquier suerte.

Ya no tiene memoria el mundo de ellos,
compasión y justicia les desdeña;
de ellos no hablemos, sino mira y pasa.»

Y entonces pude ver un estandarte,
que corría girando tan ligero,
que parecía indigno de reposo.

Y venía detrás tan larga fila
de gente, que creído nunca hubiera
que hubiese a tantos la muerte deshecho.

Y tras haber reconocido a alguno,
vi y conocí la sombra del que hizo
por cobardía aquella gran renuncia.

Al punto comprendí, y estuve cierto,
que ésta era la secta de los reos
a Dios y a sus contrarios displacientes.

Los desgraciados, que nunca vivieron,
iban desnudos y azuzados siempre
de moscones y avispas que allí había.

Éstos de sangre el rostro les bañaban,
que, mezclada con llanto, repugnantes
gusanos a sus pies la recogían.

Y luego que a mirar me puse a otros,
vi gentes en la orilla de un gran río
y yo dije: «Maestro, te suplico

que me digas quién son, y qué designio
les hace tan ansiosos de cruzar
como discierno entre la luz escasa.»

Y él repuso: «La cosa he de contarte
cuando hayamos parado nuestros pasos
en la triste ribera de Aqueronte.»

Con los ojos ya bajos de vergüenza,
temiendo molestarle con preguntas
dejé de hablar hasta llegar al río.

Y he aquí que viene en bote hacia nosotros
un viejo cano de cabello antiguo,
gritando: «¡Ay de vosotras, almas pravas!

No esperéis nunca contemplar el cielo;
vengo a llevaros hasta la otra orilla,
a la eterna tiniebla, al hielo, al fuego.

Y tú que aquí te encuentras, alma viva,
aparta de éstos otros ya difuntos.»
Pero viendo que yo no me marchaba,

dijo: «Por otra vía y otros puertos
a la playa has de ir, no por aquí;
más leve leño tendrá que llevarte.»

Y el guía a él: «Caronte, no te irrites:
así se quiere allí donde se puede
lo que se quiere, y más no me preguntes.»

Las peludas mejillas del barquero
del lívido pantano, cuyos ojos
rodeaban las llamas, se calmaron.

Mas las almas desnudas y contritas,
cambiaron el color y rechinaban,
cuando escucharon las palabras crudas.

Blasfemaban de Dios y de sus padres,
del hombre, el sitio, el tiempo y la simiente
que los sembrara, y de su nacimiento.

Luego se recogieron todas juntas,
llorando fuerte en la orilla malvada
que aguarda a todos los que a Dios no temen.

Carón, demonio, con ojos de fuego,
llamándolos a todos recogía;
da con el remo si alguno se atrasa.

Como en otoño se vuelan las hojas
unas tras otras, hasta que la rama
ve ya en la tierra todos sus despojos,

de este modo de Adán las malas siembras
se arrojan de la orilla de una en una,
a la señal, cual pájaro al reclamo.

Así se fueron por el agua oscura,
y aún antes de que hubieran descendido
ya un nuevo grupo se había formado.

«Hijo mío -cortés dijo el maestro
los que en ira de Dios hallan la muerte
llegan aquí de todos los países:

y están ansiosos de cruzar el río,
pues la justicia santa les empuja,
y así el temor se transforma en deseo.

Aquí no cruza nunca un alma justa,
por lo cual si Carón de ti se enoja,
comprenderás qué cosa significa.»

Y dicho esto, la región oscura
tembló con fuerza tal, que del espanto
la frente de sudor aún se me baña.

La tierra lagrimosa lanzó un viento
que hizo brillar un relámpago rojo
y, venciéndome todos los sentidos,
me caí como el hombre que se duerme.

CANTO IV

Rompió el profundo sueño de mi mente
un gran trueno, de modo que cual hombre
que a la fuerza despierta, me repuse;

la vista recobrada volví en torno
ya puesto en pie, mirando fijamente,
pues quería saber en dónde estaba.

En verdad que me hallaba justo al borde
del valle del abismo doloroso,
que atronaba con ayes infinitos.

Oscuro y hondo era y nebuloso,
de modo que, aun mirando fijo al fondo,
no distinguía allí cosa ninguna.

«Descendamos ahora al ciego mundo
--dijo el poeta todo amortecido--:
yo iré primero y tú vendrás detrás.»

Y al darme cuenta yo de su color,
dije: «¿Cómo he de ir si tú te asustas,
y tú a mis dudas sueles dar consuelo?»

Y me dijo: «La angustia de las gentes
que están aquí en el rostro me ha pintado
la lástima que tú piensas que es miedo.

Vamos, que larga ruta nos espera.»
Así me dijo, y así me hizo entrar
al primer cerco que el abismo ciñe.

Allí, según lo que escuchar yo pude,
llanto no había, mas suspiros sólo,
que al aire eterno le hacían temblar.

Lo causaba la pena sin tormento
que sufría una grande muchedumbre
de mujeres, de niños y de hombres.

El buen Maestro a mí: «¿No me preguntas
qué espíritus son estos que estás viendo?
Quiero que sepas, antes de seguir,

que no pecaron: y aunque tengan méritos,
no basta, pues están sin el bautismo,
donde la fe en que crees principio tiene.

Al cristianismo fueron anteriores,
y a Dios debidamente no adoraron:
a éstos tales yo mismo pertenezco.

Por tal defecto, no por otra culpa,
perdidos somos, y es nuestra condena
vivir sin esperanza en el deseo.»

Sentí en el corazón una gran pena,
puesto que gentes de mucho valor
vi que en el limbo estaba suspendidos.

«Dime, maestro, dime, mi señor
-yo comencé por querer estar cierto
de aquella fe que vence la ignorancia-:

¿salíó alguno de aquí, que por sus méritos
o los de otro, se hiciera luego santo?»
Y éste, que comprendió mi hablar cubierto,

respondió: «Yo era nuevo en este estado,
cuando vi aquí bajar a un poderoso,
coronado con signos de victoria.

Sacó la sombra del padre primero,
y las de Abel, su hijo, y de Noé,
del legista Moisés, el obediente;

del patriarca Abraham, del rey David,
a Israel con sus hijos y su padre,
y con Raquel, por la que tanto hizo,

y de otros muchos; y les hizo santos;
y debes de saber que antes de eso,
ni un espíritu humano se salvaba.»

No dejamos de andar porque él hablase,
más aún por la selva caminábamos,
la selva, digo, de almas apiñadas

No estábamos aún muy alejados
del sitio en que dormí, cuando vi un fuego,
que al fúnebre hemisferio derrotaba.

Aún nos encontrábamos distantes,
más no tanto que en parte yo no viese
cuán digna gente estaba en aquel sitio.

«Oh tú que honoras toda ciencia y arte,
éstos ¿quién son, que tal grandeza tienen,
que de todos los otros les separa?»

Y respondió: «Su honrosa nombradía,
que allí en tu mundo sigue resonando
gracia adquiere del cielo y recompensa.»

Entre tanto una voz pude escuchar:
«Honremos al altísimo poeta;
vuelve su sombra, que marchado había.»

Cuando estuvo la voz quieta y callada,
vi cuatro grandes sombras que venían:
ni triste, ni feliz era su rostro.

El buen maestro comenzó a decirme:
«Fíjate en ése con la espada en mano,
que como el jefe va delante de ellos:

Es Homero, el mayor de los poetas;
el satírico Horacio luego viene;
tercero, Ovidio; y último, Lucano.

Y aunque a todos igual que a mí les cuadra
el nombre que sonó en aquella voz,
me hacen honor, y con esto hacen bien.»

Así reunida vi a la escuela bella
de aquel señor del altísimo canto,
que sobre el resto cual águila vuela.

Después de haber hablado un rato entre ellos,
con gesto favorable me miraron:
y mi maestro, en tanto, sonreía.

Y todavía aún más honor me hicieron
porque me condujeron en su hilera,
siendo yo el sexto entre tan grandes sabios.

Así anduvimos hasta aquella luz,
hablando cosas que callar es bueno,
tal como era el hablarlas allí mismo.

Al pie llegamos de un castillo noble,
siete veces cercado de altos muros,
guardado entorno por un bello arroyo.

Lo cruzamos igual que tierra firme;
crucé por siete puertas con los sabios:
hasta llegar a un prado fresco y verde.

Gente había con ojos graves, lentos,
con gran autoridad en su semblante:
hablaban poco, con voces suaves.

Nos apartamos a uno de los lados,
en un claro lugar alto y abierto,
tal que ver se podían todos ellos.

Erguido allí sobre el esmalte verde,
las magnas sombras fueronme mostradas,
que de placer me colma haberlas visto.

A Electra vi con muchos compañeros,
y entre ellos conocí a Héctor y a Eneas,
y armado a César, con ojos grifiaños.

Vi a Pantasilea y a Camila,
y al rey Latino vi por la otra parte,
que se sentaba con su hija Lavinia.

Vi a Bruto, aquel que destronó a Tarquino,
a Cornelia, a Lucrecia, a Julia, a Marcia;
y a Saladino vi, que estaba solo;

y al levantar un poco más la vista,
vi al maestro de todos los que saben,
sentado en filosófica familia.

Todos le miran, todos le dan honra:
y a Sócrates, que al lado de Platón,
están más cerca de él que los restantes;

Demócrito, que el mundo pone en duda,
Anaxágoras, Tales y Diógenes,
Empédocles, Heráclito y Zenón;

y al que las plantas observó con tino,
Dioscórides, digo; y vía Orfeo,
Tulio, Livio y al moralista Séneca;

al geómetra Euclides, Tolomeo,
Hipócrates, Galeno y Avicena,
y a Averroes que hizo el «Comentario».

No puedo detallar de todos ellos,
porque así me encadena el largo tema,
que dicho y hecho no se corresponden.

El grupo de los seis se partió en dos:
por otra senda me llevó mi guía,
de la quietud al aire tembloroso
y llegué a un sitio en donde nada luce.

CANTO V

Así bajé del círculo primero
al segundo que menos lugar ciñe,
y tanto más dolor, que al llanto mueve.

Allí el horrible Minos rechinaba.
A la entrada examina los pecados;
juzga y ordena según se relíe.

Digo que cuando un alma mal nacida
llega delante, todo lo confiesa;
y aquel conocedor de los pecados

ve el lugar del infierno que merece:
tantas veces se ciñe con la cola,
cuantos grados él quiere que sea echada.

Siempre delante de él se encuentran muchos;
van esperando cada uno su juicio,
hablan y escuchan, después las arrojan.

«Oh tú que vienes al doloso albergue
-me dijo Minos en cuanto me vio,
dejando el acto de tan alto oficio-;

mira cómo entras y de quién te fías:
no te engañe la anchura de la entrada.»
Y mi guía: «¿Por qué le gritas tanto?

No le entorpezcas su fatal camino;
así se quiso allí donde se puede
lo que se quiere, y más no me preguntes.»

Ahora comienzan las dolientes notas
a hacerse sentir; y llego entonces
allí donde un gran llanto me golpea.

Llegué a un lugar de todas luces mudo,
que mugía cual mar en la tormenta,
si los vientos contrarios le combaten.

La borrasca infernal, que nunca cesa,
en su rapiña lleva a los espíritus;
volviendo y golpeando les acosa.

Cuando llegan delante de la ruina,
allí los gritos, el llanto, el lamento;
allí blasfeman del poder divino.

Comprendí que a tal clase de martirio
los lujuriosos eran condenados,
que la razón someten al deseo.

Y cual los estorninos forman de alas
en invierno bandada larga y prieta,
así aquel viento a los malos espíritus:

arriba, abajo, acá y allí les lleva;
y ninguna esperanza les conforta,
no de descanso, mas de menor pena.

Y cual las grullas cantando sus lays
largas hileras hacen en el aire,
así las vi venir lanzando ayes,

a las sombras llevadas por el viento.
Y yo dije: «Maestro, quién son esas
gentes que el aire negro así castiga?»

«La primera de la que las noticias
quieres saber --me dijo aquel entonces--
fue emperatriz sobre muchos idiomas.

Se inclinó tanto al vicio de lujuria,
que la lascivia licitó en sus leyes,
para ocultar el asco al que era dada:

Semíramis es ella, de quien dicen
que sucediera a Nino y fue su esposa:
mandó en la tierra que el sultán gobierna.

Se mató aquella otra, enamorada,
traicionando el recuerdo de Siqueo;
la que sigue es Cleopatra lujuriosa.

A Elena ve, por la que tanta víctima
el tiempo se llevó, y ve al gran Aquiles
que por Amor al cabo combatiera;

ve a París, a Tristán.» Y a más de mil
sombras me señaló, y me nombró, a dedo,
que Amor de nuestra vida les privara.

Y después de escuchar a mí maestro
nombrar a antiguas damas y caudillos,
les tuve pena, y casi me desmayo.

Yo comencé: «Poeta, muy gustoso
hablaría a esos dos que vienen juntos
y parecen al viento tan ligeros.»

Y él a mí: «Los verás cuando ya estén
más cerca de nosotros; si les ruegas
en nombre de su amor, ellos vendrán.»

Tan pronto como el viento allí los trajo
alcé la voz: «Oh almas afanadas,
hablad, si no os lo impiden, con nosotros.»

Tal palomas llamadas del deseo,
al dulce nido con el ala alzada,
van por el viento del querer llevadas,

ambos dejaron el grupo de Dido
y en el aire malsano se acercaron,
tan fuerte fue mi grito afectuoso:

«Oh criatura graciosa y compasiva
que nos visitas por el aire perso
a nosotras que el mundo ensangrentamos;

si el Rey del Mundo fuese nuestro amigo
rogáramos de él tu salvación,
ya que te apiada nuestro mal perverso.

De lo que oír o lo que hablar os guste,
nosotros oiremos y hablaremos
mientras que el viento, como ahora, calle.

La tierra en que nací está situada
en la Marina donde el Po desciende
y con sus afluentes se reúne.

Amor, que al noble corazón se agarra,
a éste prendió de la bella persona
que me quitaron; aún me ofende el modo.

Amor, que a todo amado a amar le obliga,
prendió por éste en mí pasión tan fuerte
que, como ves, aún no me abandona.

El Amor nos condujo a morir juntos,
y a aquel que nos mató Caína espera.»
Estas palabras ellos nos dijeron.

Cuando escuché a las almas doloridas
bajé el rostro y tan bajo lo tenía,
que el poeta me dijo al fin: «¿Qué piensas?»

Al responderle comencé: «Qué pena,
cuánto dulce pensar, cuánto deseo,
a éstos condujo a paso tan dañoso.»

Después me volví a ellos y les dije,
y comencé: «Francesca, tus pesares
llorar me hacen triste y compasivo;

dime, en la edad de los dulces suspiros
¿cómo o por qué el Amor os concedió
que conocieses tan turbios deseos?»

Y repuso: «Ningún dolor más grande
que el de acordarse del tiempo dichoso
en la desgracia; y tu guía lo sabe.

Más si saber la primera raíz
de nuestro amor deseas de tal modo,
hablaré como aquel que llora y habla:

Leíamos un día por deleite,
cómo hería el amor a Lanzarote;
solos los dos y sin recelo alguno.

Muchas veces los ojos suspendieron
la lectura, y el rostro emblanquecía,
pero tan sólo nos venció un pasaje.

Al leer que la risa deseada
era besada por tan gran amante,
éste, que de mí nunca ha de apartarse,

la boca me besó, todo él temblando.
Galeotto fue el libro y quien lo hizo;
no seguimos leyendo ya ese día.»

Y mientras un espíritu así hablaba,
lloraba el otro, tal que de piedad
desfallecí como si me muriese;
y caí como un cuerpo muerto cae.

CANTO VI

Cuando cobré el sentido que perdí
antes por la piedad de los cuñados,
que todo en la tristeza me sumieron,

nuevas condenas, nuevos condenados
veía en cualquier sitio en que anduviera
y me volviese y a donde mirase.

Era el tercer recinto, el de la lluvia
eterna, maldecida, fría y densa:
de regla y calidad no cambia nunca.

Grueso granizo, y agua sucia y nieve
descienden por el aire tenebroso;
hiede la tierra cuando esto recibe.

Cerbera, fiera monstruosa y cruel,
caninamente ladra con tres fauces
sobre la gente que aquí es sumergida.

Rojos los ojos, la barba unta y negra,
y ancho su vientre, y uñas sus manos:
clava a las almas, desgarras y desuella.

Los hace aullar la lluvia como a perros,
de un lado hacen al otro su refugio,
los míseros profanos se revuelven.

Al advertirnos Cerbera, el gusano,
la boca abrió y nos mostró los colmillos,
no había un miembro que tuviese quieto.

Extendiendo las palmas de las manos,
cogió tierra mi guía y a puñadas
la tiró dentro del bramante tubo.

Cual hace el perro que ladrando rabia,
y mordiendo comida se apacigua,
que ya sólo se afana en devorarla,

de igual manera las bocas impuras
del demonio Cerbera, que así atruena
las almas, que quisieran verse sordas.

Íbamos sobre sombras que atería
la densa lluvia, poniendo las plantas
en sus fantasmas que parecen cuerpos.

En el suelo yacían todas ellas,
salvo una que se alzó a sentarse al punto
que pudo vernos pasar por delante.

«Oh tú que a estos infiernos te han traído
-me dijo- reconóceme si puedes:
tú fuiste, antes que yo deshecho, hecho.»

«La angustia que tú sientes -yo le dije-
tal vez te haya sacado de mi mente,
y así creo que no te he visto nunca.

Dime quién eres pues que en tan penoso
lugar te han puesto, y a tan grandes males,
que si hay más grandes no serán tan tristes.»

Y él a mí «Tu ciudad, que tan repleta
de envidia está que ya rebosa el saco,
en sí me tuvo en la vida serena.

Los ciudadanos Ciacco me llamasteis;
por la dañosa culpa de la gula,
como estás viendo, en la lluvia me arrastro.

Mas yo, alma triste, no me encuentro sola,
que éstas se hallan en pena semejante
por semejante culpa», y más no dijo.

Yo le repuse: «Ciacco, tu tormento
tanto me pesa que a llorar me invita,
pero dime, si sabes, qué han de hacerse

de la ciudad partida los vecinos,
si alguno es justo; y dime la razón
por la que tanta guerra la ha asolado.»

Y él a mí: «Tras de largas disensiones
ha de haber sangre, y el bando salvaje
echará al otro con grandes ofensas;

después será preciso que éste caiga
y el otro ascienda, luego de tres soles,
con la fuerza de Aquel que tanto alaban.

Alta tendrá largo tiempo la frente,
teniendo al otro bajo grandes pesos,
por más que de esto se avergüence y llore.

Hay dos justos, mas nadie les escucha;
son avaricia, soberbia y envidia
las tres antorchas que arden en los pechos.»

Puso aquí fin al lagrimoso dicho.
Y yo le dije: «Aún quiero que me informes,
y que me hagas merced de más palabras;

Farinatta y Tegghiaio, tan honrados,
Jacobo Rusticucci, Arrigo y Mosca,
y los otros que en bien obrar pensaron,

dime en qué sitio están y hazme saber,
pues me aprieta el deseo, si el infierno
los amarga, o el cielo los endulza.»

Y aquél: « Están entre las negras almas;
culpas varias al fondo los arrojan;
los podrás ver si sigues más abajo.

Pero cuando hayas vuelto al dulce mundo,
te pido que a otras mentes me recuerdes;
más no te digo y más no te respondo.»

Entonces desvió los ojos fijos,
me miró un poco, y agachó la cara;
y a la par que los otros cayó ciego.

Y el guía dijo: «Ya no se levanta
hasta que suene la angélica trompa,
y venga la enemiga autoridad.

Cada cual volverá a su triste tumba,
retomarán su carne y su apariencia,
y oirán aquello que atruena por siempre.»

Así pasamos por la sucia mezcla
de sombras y de lluvia a paso lento,
tratando sobre la vida futura.

Y yo dije: «Maestro, estos tormentos
crecerán luego de la gran sentencia,
serán menores o tan dolorosos?»

Y él contestó: «Recorre a lo que sabes:
pues cuanto más perfecta es una cosa
más siente el bien, y el dolor de igual modo,

Y por más que esta gente maldecida
la verdadera perfección no encuentre,
entonces, más que ahora, esperan serlo.»

En redondo seguimos nuestra ruta,
hablando de otras cosas que no cuento;
y al llegar a aquel sitio en que se baja
encontramos a Pluto: el enemigo.

CANTO VII

«¡Papé Satán, Papé Satán aleppe!»
dijo Pluto con voz enronquecida;
y aquel sabio gentil que todo sabe,

me quiso confortar: «No te detenga
el miedo, que por mucho que pudiese
no impedirá que bajes esta roca.»

Luego volvíose a aquel hocico hinchado,
y dijo: «Cállate maldito lobo,
consúmeme tú mismo con tu rabia.

No sin razón por el infierno vamos:
se quiso en lo alto allá donde Miguel
tomó venganza del soberbio estupro.»

Cual las velas hinchadas por el viento
revueltas caen cuando se rompe el mástil,
tal cayó a tierra la fiera cruel.

Así bajamos por la cuarta fosa,
entrando más en el doliente valle
que traga todo el mal del universo.

¡Ah justicia de Dios!, ¿quién amontona
nuevas penas y males cuales vi,
y por qué nuestra culpa así nos triza?

Como la ola que sobre Caribdis,
se destroza con la otra que se encuentra,
así viene a chocarse aquí la gente.

Vi aquí más gente que en las otras partes,
y desde un lado al otro, con chillidos,
haciendo rodar pesos con el pecho.

Entre ellos se golpean; y después
cada uno volvíase hacia atrás,
gritando «¿Por qué agarras?, ¿por qué tiras?»

Así giraban por el foso tétrico
de cada lado a la parte contraria,
siempre gritando el verso vergonzoso.

Al llegar luego todos se volvían
para otra justa, a la mitad del círculo,
y yo, que estaba casi conmovido,

dije: «Maestro, quiero que me expliques
quienes son éstos, y si fueron clérigos
todos los tonsurados de la izquierda.»

Y él a mí. «Fueron todos tan escasos
de la razón en la vida primera,
que ningún gasto hicieron con mesura.

Bastante claro ládranlo sus voces,
al llegar a los dos puntos del círculo
donde culpa contraria los separa.

Clérigos fueron los que en la cabeza
no tienen pelo, papas, cardenales,
que están bajo el poder de la avaricia.»

Y yo: «Maestro, entre tales sujetos
debiera yo conocer bien a algunos,
que inmundos fueron de tan grandes males.»

Y él repuso: «Es en vano lo que piensas:
la vida torpe que los ha ensuciado,
a cualquier conocer los hace oscuros.

Se han de chocar los dos eternamente;
éstos han de surgir de sus sepulcros
con el puño cerrado, y éstos, mondos;

mal dar y mal tener, el bello mundo
les ha quitado y puesto en esta lucha:
no empleo más palabras en contarlo.

Hijo, ya puedes ver el corto aliento,
de los bienes fiados a Fortuna,
por los que así se enzarzan los humanos;

que todo el oro que hay bajo la luna,
y existió ya, a ninguna de estas almas
fatigadas podría dar reposo.»

«Maestro --dije yo--, dime ¿quién es esta
Fortuna a la que te refieres
que el bien del mundo tiene entre sus garras?»

Y él me repuso: «Oh locas criaturas,
qué grande es la ignorancia que os ofende;
quiero que tú mis palabras incorpores.

Aquel cuyo saber trasciendo todo,
los cielos hizo y les dio quien los mueve
tal que unas partes a otras se iluminan,

distribuyendo igualmente la luz;
de igual modo en las glorias mundanales
dispuso una ministra que cambiase

los bienes vanos cada cierto tiempo
de gente en gente y de una a la otra sangre,
aunque el seso del hombre no Lo entienda;

por Lo que imperan unos y otros caen,
siguiendo los dictámenes de aquella
que está oculta en la yerba tal serpiente.

Vuestro saber no puede conocerla;
y en su reino provee, juzga y dispone
cual las otras deidades en el suyo.

No tienen tregua nunca sus mudanzas,
necesidad la obliga a ser ligera;
y aún hay algunos que el triunfo consiguen.

Esta es aquella a la que ultrajan tanto,
aquellos que debieran alabarla,
y sin razón la vejan y maldicen.

Más ella en su alegría nada escucha;
feliz con las primeras criaturas
mueve su esfera y alegre se goza.

Ahora bajemos a mayor castigo;
caen las estrellas que salían cuando
eché a andar, y han prohibido entretenerse.»

Del círculo pasamos a otra orilla
sobre una fuente que hierve y rebosa
por un canal que en ella da comienzo.

Aquel agua era negra más que persa;
y, siguiendo sus ondas tan oscuras,
por extraño camino descendimos.

Hasta un pantano va, llamado Estigia,
este arroyuelo triste, cuando baja
al pie de la maligna cuesta gris.

Y yo, que por mirar estaba atento,
gente enfangada vi en aquel pantano
toda desnuda, con airado rostro.

No sólo con las manos se pegaban,
mas con los pies, el pecho y la cabeza,
trozo a trozo arrancando con los dientes.

Y el buen maestro: «Hijo, mira ahora
las almas de esos que venció la cólera,
y también quiero que por cierto tengas

que bajo el agua hay gente que suspira,
y al agua hacen hervir la superficie,
como dice tu vista a donde mire.

Desde el limo exclamaban: «Triste hicimos
el aire dulce que del sol se alegra,
llevando dentro acidioso humo:

tristes estamos en el negro cieno.»
Se atraviesa este himno en su gáznate,
y enteras no les salen las palabras.

Así dimos la vuelta al sucio pozo,
entre la escarpa seca y lo de en medio;
mirando a quien del fango se atraganta:
y al fin llegamos al pie de una torre.

CANTO VIII

Digo, para seguir, que mucho antes
de llegar hasta el pie de la alta torre,
se encaminó a su cima nuestra vista,

porque vimos allí dos lucecitas,
y otra que tan de lejos daba señas,
que apenas nuestros ojos la veían.

Y yo le dije al mar de todo seso:
«Esto ¿qué significa? y ¿qué responde
el otro foco, y quién es quién lo hace?»

Y él respondió: «Por estas ondas sucias
ya podrás divisar lo que se espera,
si no lo oculta el humo del pantano.»

Cuerda no lanzó nunca una saeta
que tan ligera fuese por el aire,
como yo vi una nave pequeñita

por el agua venir hacia nosotros,
al gobierno de un solo galeote,
gritando: «Al fin llegaste, alma alevosa.»

«Flegias, Flegias, en vano estás gritando
dijole mi señor en este punto-;
tan sólo nos tendrás cruzando el lodo.»

Cual es aquel que gran engaño escucha
que le hayan hecho, y luego se contiene,
así hizo Flegias consumido en ira.

Subió mi guía entonces a la barca,
y luego me hizo entrar detrás de él;
y sólo entonces pareció cargada.

Cuando estuvimos ambos en el leño,
hendiendo se marchó la antigua proa
el agua más que suele con los otros.

Mientras que el muerto cauce recorríamos
uno, lleno de fango vino y dijo:
«¿Quién eres tú que vienes a destiempo?»
.

Y le dije: « Si vengo, no me quedo;
pero ¿quién eres tú que estás tan sucio?»
Dijo: «Ya ves que soy uno que llora.»

Yo le dije: «Con lutos y con llanto,
puedes quedarte, espíritu maldito,
pues aunque estés tan sucio te conozco.»

Entonces tendió al leño las dos manos;
mas el maestro lo evitó prudente,
diciendo: «Vete con los otros perros.»

Al cuello luego los brazos me echó,
besome el rostro y dijo: «!Oh desdeñoso,
bendita la que estuvo de ti encinta!

Aquel fue un orgulloso para el mundo;
y no hay bondad que su memoria honre:
por ello está su sombra aquí furiosa.

Cuanto por reyes tiénense allá arriba,
aquí estarán cual puercos en el cieno,
dejando de ellos un desprecio horrible.»

Y yo: «Maestro, mucho desearía
el verle zambullirse en este caldo,
antes que de este lago nos marchemos.»

Y él me repuso: «Aún antes que la orilla
de ti se deje ver, serás saciado:
de tal deseo conviene que goces.»

Al poco vi la gran carnicería
que de él hacían las fangosas gentes;
a Dios por ello alabo y doy las gracias.

«¡A por Felipe Argenti!», se gritaban,
y el florentino espíritu altanero
contra sí mismo volvía los dientes.

Lo dejamos allí, y de él más no cuento.
Mas el oído golpeome un llanto,
y miré atentamente hacia adelante.

Exclamó el buen maestro: «Ahora, hijo,
se acerca la ciudad llamada Dite,
de graves habitantes y mesnadas.»

Y yo dije: «Maestro, sus mezquitas
en el valle distingo claramente,
rojas cual si salido de una fragua

hubieran.» Y él me dijo: «El fuego eterno
que dentro arde, rojas nos las muestra,
como estás viendo en este bajo infierno.»

Así llegamos a los hondos fosos
que ciñen esa tierra sin consuelo;
de hierro aquellos muros parecían.

No sin dar antes un rodeo grande,
llegamos a una parte en que el barquero
«Salid -gritó con fuerza- aquí es la entrada.»

Yo vi a más de un millar sobre la puerta
de llovidos del cielo, que con rabia
decían: «¿Quién es este que sin muerte

va por el reino de la gente muerta?»
Y mi sabio maestro hizo una señal
de quererles hablar secretamente.

Contuvieron un poco el gran desprecio
y dijeron: « Ven solo y que se marche
quien tan osado entró por este reino;

que vuelva solo por la loca senda;
pruebe, si sabe, pues que tú te quedas,
que le enseñaste tan oscura zona.»

Piensa, lector, el miedo que me entró
al escuchar palabras tan malditas,
que pensé que ya nunca volvería.

«Guía querido, tú que más de siete
veces me has confortado y hecho libre
de los grandes peligros que he encontrado,

no me dejéis -le dije- así perdido;
y si seguir más lejos nos impiden,
juntos volvamos hacia atrás los pasos.»

Y aquel señor que allí me condujera
«No temas -dijo- porque nuestro paso
nadie puede parar: tal nos lo otorga.

Mas espérame aquí, y tu ánimo flaco
conforta y alimenta de esperanza,
que no te dejaré en el bajo mundo.»

Así se fue, y allí me abandonó
el dulce padre, y yo me quedé en duda
pues en mi mente el no y el sí luchaban.

No pude oír qué fue lo que les dijo:
más no habló mucho tiempo con aquéllos,
pues hacia adentro todos se marcharon.

Cerráronle las puertas los demonios
en la cara a mi guía, y quedó afuera,
y se vino hacia mí con pasos lentos.

Gacha la vista y privado su rostro
de osadía ninguna, y suspiraba:
« ¡Quién las dolientes casa me ha cerrado!»

Y él me dijo: «Tú, porque yo me irrite,
no te asustes, pues venceré la prueba,
por mucho que se empeñen en prohibirlo.

No es nada nueva esta insolencia suya,
que ante menos secreta puerta usaron,
que hasta el momento se halla sin cerrojos.

Sobre ella contemplaste el triste escrito:
y ya baja el camino desde aquella,
pasando por los cercos sin escolta,
quien la ciudad al fin nos hará franca.

CANTO IX

El color que sacó a mi cara el miedo
cuando vi que mi guía se tornaba,
lo quitó de la suya con presteza.

Atento se paró como escuchando,
pues no podía atravesar la vista
el aire negro y la neblina densa.

«Deberemos vencer en esta lucha
-comenzó él- si no... Es la promesa.
¡Cuánto tarda en llegar quien esperamos.»

Y me di cuenta de que me ocultaba
lo del principio con lo que siguió,
pues palabras distintas fueron éstas;

pero no menos miedo me causaron,
porque pensaba que su frase trunca
tal vez peor sentido contuviese.

« ¿En este fondo de la triste hoy a
bajó algún otro, desde el purgatorio
donde es pena la falta de esperanza?»

Esta pregunta le hice y: «Raramente
-él respondió- sucede que otro alguno
haga el camino por el que yo ando.

Verdad es que otra vez estuve aquí,
por la cruel Eritone conjurado,
que a sus cuerpos las almas reclamaba.

De mí recién desnuda era mi sombrío,
cuando ella me hizo entrar tras de aquel muro,
a traer un alma del pozo de Judas.

Aquel es el más bajo, el más sombrío,
y el lugar de los cielos más lejano;
bien sé el camino, puedes ir sin miedo.

Este pantano que gran peste exhala
en torno ciñe la ciudad doliente,
donde entrar no podemos ya sin ira.»

Dijo algo más, pero no lo recuerdo,
porque mi vista se había fijado
en la alta torre de cima ardorosa,

donde al punto de pronto aparecieron
tres sanguinosas furias infernales
que cuerpo y porte de mujer tenían,

se ceñían con serpientes verdes;
su pelo eran culebras y cerastas
con que peinaban sus horribles signos:

Y él que bien conocía a las esclavas
de la reina del llanto sempiterno
Las Feroces Erinias -dijo- mira:

Megara es esa del izquierdo lado,
esa que llora al derecho es Aletó;
Tessphone está en medio.» Y más no dijo.

Con las uñas el pecho se rasgaban,
y se azotaban, gritando tan alto,
que me estreché al poeta, temeroso.

«Ah, que venga Medusa a hacerle piedra
-las tres decían mientras me miraban-
malo fue el no vengarnos de Teseo.»

«Date la vuelta y cierra bien los ojos;
si viniera Gorgona y la mirases
nunca podrías regresar arriba.»

Así dijo el Maestro, y en persona
me volvió, sin fiarse de mis manos,
que con las suyas aún no me tapase.

Vosotros que tenéis la mente sana,
observad la doctrina que se esconde
bajo el velo de versos enigmáticos.

Mas ya venía por las turbias olas
el estruendo de un son de espanto lleno,
por lo que retemblaron ambas márgenes;

hecho de forma semejante a un viento
que, impetuoso a causa de contrarios
ardores, hiere el bosque y, sin descanso,

las ramas troncha, abate y lejos lleva;
delante polvoroso va soberbio,
y hace escapar a fieras y a pastores.

Me destapó los ojos: «Lleva el nervio
de la vista por esa espuma antigua,
hacia allí donde el humo es más acerbo.»

Como las ranas ante la enemiga
bicha, en el agua se sumergen todas,
hasta que todas se juntan en tierra,

más de un millar de almas destruidas
vi que huían ante uno, que a su paso
cruzaba Estigia con los pies enjutos.

Del rostro se apartaba el aire espeso
de vez en cuando con la mano izquierda;
y sólo esa molestia le cansaba.

Bien noté que del cielo era enviado,
y me volví al maestro que hizo un signo
de que estuviera quieto y me inclinase.

¡Cuán lleno de desdén me parecía!
Llegó a la puerta, y con una varita
la abrió sin encontrar impedimento.

«¡Oh, arrojados del cielo, despreciados!
-gritole el desde el umbral horrible-.
¿Cómo es que aún conserváis esta arrogancia?

¿Y por qué os resistís a aquel deseo
cuyo fin nunca pueda detenerse,
y que más veces acreció el castigo?

¿De qué sirve al destino dar de coces?
Vuestro Cerbero, si bien recordáis,
aún hocico y mentón lleva pelados.»

Luego tomó el camino cenagoso,
sin decirnos palabra, mas con cara
de a quien otro cuidado apremia y muerde,

y no el de aquellos que tiene delante.

A la ciudad los pasos dirigimos,
seguros ya tras sus palabras santas.

Dentro, sin guerra alguna, penetramos;
y yo, que de mirar estaba ansioso
todas las cosas que el castillo encierra,

al estar dentro miro en torno mío;
y veo en todas partes un gran campo,
lleno de pena y reo de tormentos.

Como en Arlés donde se estanca el Ródano,
o como el Pola cerca del Carnaro,
que Italia cierra y sus límites baña,

todo el sitio ondulado hacen las tumbas,
de igual manera allí por todas partes,
salvo que de manera aún más amarga,

pues llamaradas hay entre las fosas;
y tanto ardían que en ninguna fragua,
el hierro necesita tanto fuego.

Sus lápidas estaban removidas,
y salían de allí tales lamentos,
que parecían de almas condenadas.

Y yo: « Maestro, qué gentes son esas
que, sepultadas dentro de esas tumbas,
se hacen oír con dolientes suspiros?»

Y dijo: «Están aquí los heresiarcas,
sus secuaces, de toda secta, y llenas
están las tumbas más de lo que piensas.

El igual con su igual está enterrado,
y los túmulos arden más o menos.»
Y luego de volverse a la derecha,
cruzamos entre fosas y altos muros.

CANTO X

Siguió entonces por una oculta senda
entre aquella muralla y los martirios
mi Maestro, y yo fui tras de sus pasos.

«Oh virtud suma, que en los infernales
círculos me conduces a tu gusto,
háblame y satisface mis deseos:

a la gente que yace en los sepulcros
¿la podré ver?, pues ya están levantadas
todas las losas, y nadie vigila.»

Y él repuso: «Cerrados serán todos
cuando aquí vuelvan desde Josafat
con los cuerpos que allá arriba dejaron.

Su cementerio en esta parte tienen
con Epicuro todos sus secuaces
que el alma, dicen, con el cuerpo muere.

Pero aquella pregunta que me hiciste
pronto será aquí mismo satisfecha,
y también el deseo que me callas.»

Y yo: «Buen guía, no te oculta nada
mi corazón, si no es por hablar poco;
y tú me tienes a ello predispuesto.»

«Oh toscano que en la ciudad del fuego
caminas vivo, hablando tan humilde,
te plazca detenerte en este sitio,

porque tu acento demuestra que eres
natural de la noble patria aquella
a la que fui, tal vez, hartamente dañado.»

Este son escapó súbitamente
desde una de las arcas; y temiendo,
me arrimé un poco más a mi maestro.

Pero él me dijo: « Vuélvete, ¿qué haces?
mira allí a Farinata que se ha alzado;
le verás de cintura para arriba.»

Fijado en él había ya mi vista;
y aquél se erguía con el pecho y frente
cual si al infierno mismo despreciase.

Y las valientes manos de mi guía
me empujaron a él entre las tumbas,
diciendo: «Sé medido en tus palabras.»

Como al pie de su tumba yo estuviese,
me miró un poco, y como con desdén,
me preguntó: «¿Quién fueron tus mayores?»

Yo, que de obedecer estaba ansioso,
no lo oculté, sino que se lo dije,
y él levantó las cejas levemente.

«Con fiereza me fueron adversarios
a mí y a mi partido y mis mayores,
y así dos veces tuve que expulsarlos.»

« Si les echaste -dije- regresaron
de todas partes, una y otra vez;
mas los vuestros tal arte no aprendieron.»

Surgió entonces al borde de su foso
otra sombra, a su lado, hasta la barba:
creo que estaba puesta de rodillas.

Miró a mi alrededor, cual si propósito
tuviese de encontrar conmigo a otro,
y cuando fue apagada su sospecha,

llorando dijo: «Si por esta ciega
cárcel vas tú por nobleza de ingenio,
¿y mi hijo?, ¿por qué no está contigo?»

Y yo dije: «No vengo por mí mismo,
el que allá aguarda por aquí me lleva
a quien Guido, tal vez, fue indiferente.»

Sus palabras y el modo de su pena
su nombre ya me habían revelado;
por eso fue tan clara mi respuesta.

Súbitamente alzado gritó: «¿Cómo
has dicho?, ¿Fue?, ¿Es que entonces ya no vive?
¿La dulce luz no hiere ya sus ojos?»

Y al advertir que una cierta demora
antes de responderle yo mostraba,
cayó de espaldas sin volver a alzarse.

Mas el otro gran hombre, a cuyo ruego
yo me detuve, no alteró su rostro,
ni movió el cuello, ni inclinó su cuerpo.

Y así, continuando lo de antes,
«Que aquel arte -me dijo- mal supieran,
eso, más que este lecho, me tortura.

Pero antes que cincuenta veces arda
la faz de la señora que aquí reina,
tú has de saber lo que tal arte pesa.

Y así regrese a ese dulce mundo,
dime, ¿por qué ese pueblo es tan impío
contra los míos en todas sus leyes?»

Y yo dije: «El estrago y la matanza
que teñirse de rojo al Arbia hizo,
obliga a tal decreto en nuestros templos.»

Me respondió moviendo la cabeza:
«No estuve solo allí, ni ciertamente
sin razón me moví con esos otros:

mas estuve yo solo, cuando todos
en destruir Florencia consentían,
defendiéndola a rostro descubierto.»

«Ah, que repose vuestra descendencia
-yo le rogué-, este nudo desatadme
que ha enmarañado aquí mi pensamiento.

Parece que sabéis, por lo que escucho,
lo que nos trae el tiempo de antemano,
mas usáis de otro modo en lo de ahora.»

«Vemos, como quien tiene mala luz,
las cosas -dijo- que se encuentran lejos,
gracias a lo que esplende el Sumo Guía.

Cuando están cerca, o son, vano es del todo
nuestro intelecto; y si otros no nos cuentan,
nada sabemos del estado humano.

Y comprender podrás que muerto quede
nuestro conocimiento en aquel punto
que se cierre la puerta del futuro.»

Arrepentido entonces de mí falta,
dije: «Diréis ahora a aquel yacente
que su hijo aún se encuentra con los vivos;

y si antes mudo estuve en la respuesta,
hazle saber que fue porque pensaba
ya en esa duda que me habéis resuelto.»

Y ya me reclamaba mi maestro;
y yo rogué al espíritu que rápido
me refiriese quién con él estaba.

Dijome: «Aquí con más de mí me encuentro;
dentro se halla el segundo Federico,
y el Cardenal, y de los otros callo.»

Entonces se ocultó; y yo hacia el antiguo
poeta volví el paso, repensando
esas palabras que creí enemigas.

Él echó a andar y luego, caminando,
me dijo: «¿Por qué estás tan abatido?»
Y yo le satisface la pregunta.

« Conserva en la memoria lo que oíste
contrario a ti -me aconsejó aquel sabio-
y atiende ahora -y levantó su dedo:-

cuando delante estés del dulce rayo
de aquella cuyos ojos lo ven todo
de ella sabrás de tu vida el viaje.

Luego volví los pies a mano izquierda:
dejando el muro, fuimos hacia el centro
por un sendero que conduce a un valle,
cuyo hedor hasta allí desagrada.

CANTO XI

Por el extremo de un acantilado,
que en círculo formaban peñas rotas,
llegamos a un gentío aún más doliente;

y allí, por el exceso tan horrible
de la peste que sale del abismo,
al abrigo detrás nos colocamos

de un gran sepulcro, donde vi un escrito
«Aquí el papa Anastasio está encerrado
que Fotino apartó del buen camino.»

«Conviene que bajemos lentamente,
para que nuestro olfato se acostumbre
al triste aliento; y luego no moleste.»

Así el Maestro, y yo: «Compensación
-díjele- encuentra, pues que el tiempo en balde
no pase.» Y él: «Ya ves que en eso pienso.

Dentro, hijo mío, de estos pedregales
-luego empezó a decir- tres son los círculos
que van bajando, como los que has visto.

Todos llenos están de condenados,
más porque luego baste que los mires,
oye cómo y por qué se les encierra:

Toda maldad, que el odio causa al cielo,
tiene por fin la injuria, y ese fin
o con fuerza o con fraude a otros contrista;

mas siendo el fraude un vicio sólo humano,
más lo odia Dios, por ello son al fondo
los fraudulentos aún más castigados.

De los violentos es el primer círculo;
más como se hace fuerza a tres personas,
en tres recintos está dividido;

a Dios, y a sí, y al prójimo se puede
forzar; digo a ellos mismos y a sus cosas,
como ya claramente he de explicarte.

Muerte por fuerza y dolientes heridas
al prójimo se dan, y a sus haberes
ruinas, incendios y robos dañosos;

y así a homicidas y a los que mal hieren,
ladrones e incendiarios, atormenta
el recinto primero en varios grupos.

Puede el hombre tener violenta mano
contra él mismo y sus cosas; y es preciso
que en el segundo recinto lo purgue

el que se priva a sí de vuestro mundo,
juega y derrocha aquello que posee,
y llora allí donde debió alegrarse.

Puede hacer fuerza contra la deidad,
blasfemando, negándola en su alma,
despreciando el amor de la natura;

y el recinto menor lleva la marca
del signo de Cahors y de Sodoma,
y del que habla de Dios con menosprecio.

El fraude, que cualquier conciencia muerde,
se puede hacer a quien de uno se fía,
o a aquel que la confianza no ha mostrado.

Se diría que de esta forma matan
el vínculo de amor que hace natura;
y en el segundo círculo se esconden

hipocresía, adulación, quien hace
falsedad, latrocinio y simonía,
rufianes, barateros y otros tales.

De la otra forma aquel amor se olvida
de la naturaleza, y lo que crea,
de donde se genera la confianza;

y al Círculo menor, donde está el centro
del universo, donde asienta Dite,
el que traiciona por siempre es llevado.»

Y yo: «Maestro, muy clara procede
tu razón, y bastante bien distingue
este lugar y el pueblo que lo ocupa:

pero ahora dime: aquellos de la ciénaga,
que lleva el viento, y que azota la lluvia,
y que chocan con voces tan acerbadas,

¿por qué no dentro de la ciudad roja
son castigados, si a Dios enojaron?
y si no, ¿por qué están en tal suplicio?»

Y entonces él: «¿Por qué se aleja tanto
-dijo- tu ingenio de lo que acostumbra?,
¿o es que tu mente mira hacia otra parte?

¿Ya no te acuerdas de aquellas palabras
que reflejan en tu ÉTICA las tres
inclinaciones que no quiere el cielo,

incontinencia, malicia y la loca
bestialidad? ¿y cómo incontinencia
menos ofende y menos se castiga?

Y si miras atento esta sentencia,
y a la mente preguntas quién son esos
que allí fuera reciben su castigo,

comprenderás por qué de estos felones
están aparte, y a menos crudeza
la divina venganza les somete.»

«Oh sol que curas la vista turbada,
tú me contentas tanto resolviendo,
que no sólo el saber, dudar me gusta.

Un poco más atrás vuélvete ahora
-díjele--, allí donde que usura ofende
a Dios dijiste, y quítame el enredo.»

«A quien la entiende, la Filosofía
hace notar, no sólo en un pasaje
cómo natura su carrera toma

del divino intelecto y de su arte;
y si tú FÍSICA miras despacio,
encontrarás, sin mucho que lo busques,

que el arte vuestro a aquélla, cuanto pueda,
sigue como al maestro su discípulo,
tal que vuestro arte es como de Dios nieto.

Con estas dos premisas, si recuerdas
el principio del Génesis, debemos
ganarnos el sustento con trabajo.

Y al seguir el avaro otro camino,
por éste, a la natura y a sus frutos,
desprecia, y pone en lo otro su esperanza.

Más sígueme, porque avanzar me place;
que Piscis ya remonta el horizonte
y todo el Carro yace sobre el Coro,
y el barranco a otro sitio se despeña.

CANTO XII

Era el lugar por el que descendimos
alpestre y, por aquel que lo habitaba,
cualquier mirada hubiéralo esquivado.

Como son esas ruinas que al costado
de acá de Trento azota el río Adigio,
por terremoto o sin tener cimientos,

que de lo alto del monte, del que bajan
al llano, tan hendida está la roca
que ningún paso ofrece a quien la sube;

de aquel barranco igual era el descenso;
y allí en el borde de la abierta sima,
el oprobio de Creta estaba echado

que concebido fue en la falsa vaca;
cuando nos vio, a sí mismo se mordía,
tal como aquel que en ira se consume.

Mi sabio entonces le gritó: «Por suerte
piensas que viene aquí el duque de Atenas,
que allí en el mundo la muerte te trajo?

Aparta, bestia, porque éste no viene
siguiendo los consejos de tu hermana,
sino por contemplar vuestros pesares.»

Y como el toro se deslaza cuando
ha recibido ya el golpe de muerte,
y huir no puede, más de aquí a allí salta,

así yo vi que hacía el Minotauro;
y aquel prudente gritó: «Corre al paso;
bueno es que bajes mientras se enfurece.»

Descendimos así por el derrumbe
de las piedras, que a veces se movían
bajo mis pies con esta nueva carga.

Iba pensando y díjome: «Tú piensas
tal vez en esta ruina, que vigila
la ira bestial que ahora he derrotado.

Has de saber que en la otra ocasión
que descendí a lo hondo del infierno,
esta roca no estaba aún desgarrada;

pero sí un poco antes, si bien juzgo,
de que viniese Aquel que la gran presa
quitó a Dite del círculo primero,

tembló el infecto valle de tal modo
que pensé que sintiese el universo
amor, por el que alguno cree que el mundo

muchas veces en caos vuelve a trocarse;
y fue entonces cuando esta vieja roca
se partió por aquí y por otros lados.

Mas mira el valle, pues que se aproxima
aquel río sangriento, en el cual hierve
aquel que con violencia al otro daña.»

¡Oh tú, ciega codicia, oh loca furia,
que así nos mueves en la corta vida,
y tan mal en la eterna nos sumerges!

Vi una amplia fosa que torcía en arco,
y que abrazaba toda la llanura,
según lo que mi guía había dicho.

Y por su pie corrían los centauros,
en hilera y armados de saetas,
como cazar solían en el mundo.

Viéndonos descender, se detuvieron,
y de la fila tres se separaron
con los arcos y flechas preparadas.

Y uno gritó de lejos: «¿A qué pena
venís vosotros bajando la cuesta?
Decidlo desde allí, o si no disparo.»

«La respuesta -le dijo mi maestro-
daremos a Quirón cuando esté cerca:
tu voluntad fue siempre impetuosa.»

Después me tocó, y dijo: «Aquel es Neso,
que murió por la bella Deyanira,
contra sí mismo tomó la venganza.

Y aquel del medio que al pecho se mira,
el gran Quirón, que fue el ayo de Aquiles;
y el otro es Folo, el que habló tan airado.

Van a millares rodeando el foso,
flechando a aquellas almas que abandonan
la sangre, más que su culpa permite.»

Nos acercamos a las raudas fieras:
Quirón cogió una flecha, y con la punta,
de la mejilla retiró la barba.

Cuando hubo descubierto la gran boca,
dijo a sus compañeros; «¿No os dais cuenta
que el de detrás remueve lo que pisa?

No lo suelen hacer los pies que han muerto.»
Y mi buen guía, llegándole al pecho,
donde sus dos naturas se entremezclan,

respondió: «Está bien vivo, y a él tan sólo
debo enseñarle el tenebroso valle:
necesidad le trae, no complacencia.

Alguien cesó de cantar Aleluya,
y ésta nueva tarea me ha encargado:
él no es ladrón ni yo alma condenada.

Más por esta virtud por la cual muevo
los pasos por camino tan salvaje,
danos alguno que nos acompañe,

que nos muestre por dónde se vadea,
y que a éste lleve encima de su grupa,
pues no es alma que viaje por el aire.»

Quirón se volvió atrás a la derecha,
y dijo a Neso: «Vuelve y dales guía,
y hazles pasar si otro grupo se encuentran.»

Y nos marchamos con tan fiel escolta
por la ribera del bullir rojizo,
donde mucho gritaban los que hervían.

Gente vi sumergida hasta las cejas,
y el gran centauro dijo: « Son tiranos
que vivieron de sangre y de rapaña:

lloran aquí sus daños despiadados;
está Alejandro, y el feroz Dionisio
que a Sicilia causó tiempos penosos.

Y aquella frente de tan negro pelo,
es Azólino; y aquel otro rubio,
es Opizzo de Este, que de veras

fue muerto por su hijastro allá en el mundo.»
Me volví hacia el poeta y él me dijo:
«Ahora éste es el primero, y yo el segundo.»

Al poco rato se fijó el Centauro
en unas gentes, que hasta la garganta
parecían, salir del hervidero.

Dijonos de una sombra ya apartada:
«En la casa de Dios aquí hirió -
el corazón que al Támesis chorrea.»

Luego vi gentes que sacaban fuera
del río la cabeza, y hasta el pecho;
y yo reconocí a bastantes de ellos.

Así iba descendiendo poco a poco
aquella sangre que los pies cocía,
y por allí pasamos aquel foso.

«Así como tú ves que de esta parte
el hervidero siempre va bajando,
-dijo el centauro- quiero que conozcas

que por la otra más y más aumenta
su fondo, hasta que al fin llega hasta el sitio
en donde están gimiendo los tiranos.

La divina justicia aquí castiga
a aquel Atila azote de la tierra
y a Pirro y Sexto; y para siempre ordeña

las lágrimas, que arrancan los hervores,
a Rinier de Corneto, a Rinier Pazzo
qué en los caminos tanta guerra hicieron.»

Volvióse luego y franqueó aquel vado.

CANTO XIII

Neso no había aún vuelto al otro lado,
cuando entramos nosotros por un bosque
al que ningún sendero señalaba.

No era verde su fronda, sino oscura;
ni sus ramas derechas, mas torcidas;
sin frutas, mas con púas venenosas.

Tan tupidos, tan ásperos matorros
no conocen las fieras que aborrecen
entre Corneto y Cécina los campos.

Hacen allí su nido las arpías,
que de Estrófane echaron al Troyano
con triste anuncio de futuras cuitas.

Alas muy grandes, cuello y rostro humanos
y garras tienen, y el vientre con plumas;
en árboles tan raros se lamentan.

Y el buen Maestro: «Antes de adentrarte,
sabrás que este recinto es el segundo
-me comenzó a decir- y estarás hasta

que puedas ver el horrible arenal;
mas mira atentamente; así verás
cosas que si te digo no creerías.»

Yo escuchaba por todas partes ayes,
y no vela a nadie que los diese,
por lo que me detuve muy asustado.

Yo creí que él creyó que yo creía
que tanta voz salía del follaje,
de gente que a nosotros se ocultaba.

Y por ello me dijo: «Si tronchases
cualquier manojo de una de estas plantas,
tus pensamientos también romperías.»

Entonces extendí un poco la mano,
y corté una ramita a un gran endrino;
y su tronco gritó: «¿Por qué me hieres?

Y haciéndose después de sangre oscuro
volvió a decir: «Por qué así me desgarras?
¿es que no tienes compasión alguna?

Hombres fuimos, y ahora matorrales;
más piadosa debiera ser tu mano,
aunque fuéramos almas de serpientes.»

Como una astilla verde que encendida
por un lado, gotea por el otro,
y chirría el vapor que sale de ella,

así del roto esqueje salen juntas
sangre y palabras: y dejé la rama
caer y me quedé como quien teme.

«Si él hubiese creído de antemano
-le respondió mi sabio-, ánima herida,
aquello que en mis rimas ha leído,

no hubiera puesto sobre ti la mano:
más me ha llevado la increíble cosa
a inducirle a hacer algo que me pesa:

mas dile quién has sido, y de este modo
algún aumento renueve tu fama
allí en el mundo, al que volver él puede.»

Y el tronco: «Son tan dulces tus lisonjas
que no puedo callar; y no os moleste
si en hablaros un poco me entretengo:

Yo soy aquel que tuvo las dos llaves
que el corazón de Federico abrían
y cerraban, de forma tan suave,

que a casi todos les negé el secreto;
tanta fidelidad puse en servirle
que mis noches y días perdí en ello.

La meretriz que jamás del palacio
del César quita la mirada impúdica,
muerte común y vicio de las cortes,

encendió a todos en mi contra; y tanto
encendieron a Augusto esos incendios
que el gozo y el honor trocose en lutos;

mi ánimo, al sentirse despreciado,
creyendo con morir huir del desprecio,
culpable me hizo contra mí inocente.

Por las raras raíces de este leño,
os juro que jamás rompí la fe
a mi señor, que fue de honor tan digno.

Y si uno de los dos regresa al mundo,
rehabilite el recuerdo que se duele
aún de ese golpe que asesta la envidia.»

Paró un poco, y después: «Ya que se calla,
no pierdas tiempo -díjome el poeta-
habla y pregúntale si más deseas.»

Yo respondí: «Pregúntale tú entonces
lo que tú pienses que pueda gustarme;
pues, con tanta aflicción, yo no podría.»

Y así volvió a empezar: «Para que te haga
de buena gana aquello que pediste,
encarcelado espíritu, aún te plazca

decirnos cómo el alma se encadena
en estos troncos; dinos, si es que puedes,
si alguna se despegas de estos miembros.»

Sopló entonces el tronco firmemente
trocándose aquel viento en estas voces:
«Brevemente yo quiero responderos;

cuando un alma feroz ha abandonado
el cuerpo que ella misma ha desunido
Minos la manda a la séptima fosa.

Cae a la selva en parte no elegida;
más donde la fortuna la dispara,
como un grano de espelta allí germina;

surge en retoño y en planta silvestre:
y al converse sus hojas las Arpías,
dolor le causan y al dolor ventana.

Como las otras, por nuestros despojos,
vendremos, sin que vistan a ninguna;
pues no es justo tener lo que se tira.

A rastras los traeremos, y en la triste
selva serán los cuerpos suspendidos,
del endrino en que sufre cada sombra.»

Aún pendientes estábamos del tronco
creyendo que quisiera más contarnos,
cuando de un ruido fuimos sorprendidos,

Igual que aquel que venir desde el puesto
escucha al jabalí y a la jauría
y oye a las bestias y un ruido de frondas;

Y miro a dos que vienen por la izquierda,
desnudos y arañados, que en la huida,
de la selva rompían toda mata.

Y el de delante: «¡Acude, acude, muerte!»
Y el otro, que más lento parecía,
gritaba: «Lano, no fueron tan raudas

en la batalla de Toppo tus piernas.»
Y cuando ya el aliento le faltaba,
de él mismo y de un arbusto formó un nudo.

La selva estaba llena detrás de ellos
de negros canes, corriendo y ladrando
cual lebreles soltados de trailla.

El diente echaron al que estaba oculto
y lo despedazaron trozo a trozo;
luego llevaron los miembros dolientes.

Cogiome entonces de la mano el guía,
y me llevó al arbusto que lloraba,
por los sangrantes rotos, vanamente.

Decía: «Oh Giácomo de Sant' Andrea,
¿qué te ha valido de mí hacer refugio?
¿qué culpa tengo de tu mala vida?»

Cuando el maestro se paró a su lado,
dijo: «¿Quién fuiste, que por tantas puntas
con sangre exhalas tu habla dolorosa?»

Y él a nosotros: «Oh almas que llegadas
sois a mirar el vergonzoso estrago,
que mis frondas así me ha desunido,

recogedlas al pie del triste arbusto.
Yo fui de la ciudad que en el Bautista
cambió el primer patrón: el cual, por esto

con sus artes por siempre la hará triste;
y de no ser porque en el puente de Arno
aún permanece de él algún vestigio,

esas gentes que la reedificaron
sobre las ruinas que Atila dejó,
habrían trabajado vanamente.
Yo de mi casa hice mi cadalso.»

CANTO XIV

Y como el gran amor del lugar patrio
me conmovió, reuní la rota fronda,
y se la devolví a quien ya callaba.

Al límite llegamos que divide
el segundo recinto del tercero,
y vi de la justicia horrible modo.

Por bien manifestar las nuevas cosas,
he de decir que a un páramo llegamos,
que de su seno cualquier planta ahuyenta.

La dolorosa selva es su guirnalda,
como para ésta lo es el triste foso;
justo al borde los pasos detuvimos.

Era el sitio una arena espesa y seca,
hecha de igual manera que esa otra
que oprimiera Catón con su pisada.

¡Oh venganza divina, cuánto debes
ser temida de todo aquel que lea
cuanto a mis ojos fuera manifiesto!

De almas desnudas vi muchos rebaños,
todas llorando llenas de miseria,
y en diversas posturas colocadas:

unas gentes yacían boca arriba;
encogidas algunas se sentaban,
y otras andaban incesantemente.

Eran las más las que iban dando vueltas,
menos las que yacían en tormento,
pero más se quejaban de sus males.

Por todo el arenal, muy lentamente,
llueven copos de fuego dilatados,
como nieve en los Alpes si no hay viento.

Como Alejandro en la caliente zona
de la India vio llamas que caían
hasta la tierra sobre sus ejércitos;

por lo cual ordenó pisar el suelo
a sus soldados, puesto que ese fuego
se apagaba mejor si estaba aislado,

así bajaba aquel ardor eterno;
y encendía la arena, tal la yesca
bajo eslabón, y el tormento doblaba.

Nunca reposo hallaba el movimiento
de las miserables manos, repeliendo
aquí o allá de sí las nuevas llamas.

Yo comencé: «Maestro, tú que vences
todas las cosas, salvo a los demonios
que al entrar por la puerta nos salieron,

¿Quién es el grande que no se preocupa
del fuego y yace despectivo y fiero,
cual si la lluvia no le madurase?»

Y él mismo, que se había dado cuenta
que preguntaba por él a mi guía,
gritó: « Como fui vivo, tal soy muerto.

Aunque Jove cansara a su artesano
de quien, fiero, tomó el fulgor agudo
con que me golpeó el último día,

o a los demás cansase uno tras otro,
de Mongibelo en esa negra fragua,
clamando: “Buen Vulcano, ayuda, ayuda”

tal como él hizo en la lucha de Flegra,
y me asañeara con sus fuerzas,
no podría vengarse alegremente.»

Mi guía entonces contestó con fuerza
tanta, que nunca le hube así escuchado:

«Oh Capaneo, mientras no se calme

tu soberbia, serás más afligido:
ningún martirio, aparte de tu rabia,
a tu furor dolor será adecuado.»

Después se volvió a mí con mejor tono,
«Éste fue de los siete que asediaron
a Tebas; tuvo a Dios, y me parece

que aún le tenga, desdén, y no le implora;
más como yo le dije, sus despechos
son en su pecho galardón bastante.

Sígueme ahora y cuida que tus pies
no pisen esta arena tan ardiente,
mas camina pegado siempre al bosque.»

En silencio llegamos donde corre
fuera ya de la selva un arroyuelo,
cuyo rojo color aún me horripila:

como del Bulicán sale el arroyo
que reparten después las pecadoras,
al correr a través de aquella arena.

El fondo de éste y ambas dos paredes
eran de piedra, igual que las orillas;
y por ello pensé que ése era el paso.

«Entre todo lo que yo te he enseñado,
desde que atravesamos esa puerta
cuyos umbrales a nadie se niegan,

ninguna cosa has visto más notable
como el presente río que las llamas
apaga antes que lleguen a tocarle.»

Esto dijo mi guía, por lo cual
yo le rogué que acrecentase el pasto,
del que acrecido me había el deseo.

«Hay en medio del mar un devastado
país -me dijo- que se llama Creta;
bajo su rey fue el mundo virtuoso.

Hubo allí una montaña que alegraban
aguas y frondas, se llamaba Ida:
cual cosa vieja se halla ahora desierta.

La excelsa Rea la escogió por cuna
para su hijo y, por mejor guardarlo,
cuando lloraba, mandaba dar gritos.

Se alza un gran viejo dentro de aquel monte,
que hacia Damiata vuelve las espaldas
y al igual que a un espejo a Roma mira.

Está hecha su cabeza de oro fino,
y plata pura son brazos y pecho,
se hace luego de cobre hasta las ingles;

y del hierro mejor de aquí hasta abajo,
salvo el pie diestro que es barro cocido:
y más en éste que en el otro apoya.

Sus partes, salvo el oro, se hallan rotas
por una raja que gotea lágrimas,
que horadan, al juntarse, aquella gruta;

su curso en este valle se derrama:
forma Aqueronte, Estigia y Flegetonte;
corre después por esta estrecha espita

al fondo donde más no se desciende:
forma Cocito; y cuál sea ese pantano
ya lo verás; y no te lo describo.»

Yo contesté: «Si el presente riachuelo
tiene así en nuestro mundo su principio,
¿Cómo puede encontrarse en este margen?»

Respondió: «Sabes que es redondo el sitio,
y aunque hayas caminado un largo trecho
hacia la izquierda descendiendo al fondo,

aún la vuelta completa no hemos dado;
por lo que si aparecen cosas nuevas,
no debes contemplarlas con asombro.»

Y yo insistí «Maestro, ¿dónde se hallan
Flegetonte y Leteo?; a uno no nombras,
y el otro dices que lo hace esta lluvia.»

«Me agradan ciertamente tus preguntas
-dijo-, mas el bullir del agua roja
debía resolverte la primera.

Fuera de aquí podrás ver el Leteo,
allí donde a lavarse van las almas,
cuando la culpa purgada se borra.»

Dijo después: «Ya es tiempo de apartarse
del bosque; ven caminando detrás:
dan paso las orillas, pues no queman,
y sobre ellas se extingue cualquier fuego.»

CANTO XV

Caminamos por uno de los bordes,
y tan denso es el humo del arroyo,
que del fuego protege agua y orillas.

Tal los flamencos entre Gante y Brujas,
temiendo el viento que en invierno sopla,
a fin de que huya el mar hacen sus diques;

y como junto al Brenta los paduanos
por defender sus villas y castillos,
antes que Chiarentana el calor sienta;

de igual manera estaban hechos éstos,
sólo que ni tan altos ni tan gruesos,
fuese el que fuese quien los construyera.

Ya estábamos tan lejos de la selva
que no podría ver dónde me hallaba,
aunque hacia atrás yo me diera la vuelta,

cuando encontramos un tropel de almas
que andaban junto al dique, y todas ellas
nos miraban cual suele por la noche

mirarse el uno al otro en luna nueva;
y para vernos fruncían las cejas
como hace el sastre viejo con la aguja.

Examinado así por tal familia,
de uno fui conocido, que agarró
mi túnica y gritó: «¡Qué maravilla!»

y yo, al verme cogido por su mano
fijé la vista en su quemado rostro,
para que, aun abrasado, no impidiera,

su reconocimiento a mi memoria;
e inclinando la mía hacia su cara
respondí: «¿Estáis aquí, señor Brunetto?»

«Hijo, no te disguste -me repuso-
si Brunetto Latino deja un rato
a su grupo y contigo se detiene.»

Y yo le dije: «Os lo pido gustoso;
y si queréis que yo, con vos me pare,
lo haré si place a aquel con el que ando.»

«Hijo -repuso-, aquel de este rebaño
que se para, después cien años yace,
sin defenderse cuando el fuego quema.

Camina pues: yo marcharé a tu lado;
y alcanzaré más tarde a mi mesnada,
que va llorando sus eternos males.»

Yo no osaba bajarme del camino
y andar con él; más gacha la cabeza
tenía como el hombre reverente.

Él comenzó: «¿Qué fortuna o destino
antes de postrer día aquí te trae?
¿Y quién es éste que muestra el camino?»

Y yo: «Allá arriba, en la vida serena
-le respondí- me perdí por un valle,
antes de que mi edad fuese perfecta.

Lo dejé atrás ayer por la mañana;
éste se apareció cuando a él volvía,
y me lleva al hogar por esta ruta.»

Y él me repuso: «Si sigues tu estrella
glorioso puerto alcanzarás sin falta,
si de la vida hermosa bien me acuerdo;

y si no hubiese muerto tan temprano,
viendo que el cielo te es tan favorable,
dado te habría ayuda en la tarea.

Más aquel pueblo ingrato y malicioso
que descende de Fiesole de antiguo,
y aún tiene en él del monte y del peñasco,

si obras bien ha de hacerse tu contrario:
y es con razón, que entre ásperos serbales
no debe madurar el dulce higo.

Vieja fama en el mundo llama ciegos,
gente es avara, envidiosa y soberbia:
líbrate siempre tú de sus costumbres.

Tanto honor tú fortuna te reserva,
que la una parte y la otra tendrán hambre
de ti; más lejos pon del chivo el pasto.

Las bestias fiesolanas se apacienten
de ellas mismas, y no toquen la planta,
si alguna surge aún entre su estiércol,

en que reviva la simiente santa
de los romanos que quedaron, cuando
hecho fue el nido de tan gran malicia.»

«Si pudiera cumplirse mi deseo
aún no estaríais vos -le repliqué-
de la humana natura separado;

que en mi mente está fija y aún me apena,
querida y buena, la paterna imagen
vuestra, cuando en el mundo hora tras hora

me enseñabais que el hombre se hace eterno;
y cuánto os lo agradezco, mientras viva,
conviene que en mi lengua se proclame.

Lo que narráis de mi carrera escribo,
para hacerlo glosar, junto a otro texto,
si hasta ella llego, a la mujer que sabe.

Sólo quiero que os sea manifiesto
que, con estar tranquila mí conciencia,
me doy, sea cual sea, a la Fortuna.

No es nuevo a mis oídos tal augurio:
mas la Fortuna hace girar su rueda
como gusta, y el labrador su azada.»

Entonces mi maestro la mejilla
derecha volvió atrás, y me miró;
dijo después: «Bien oye el precavido.»

Pero yo no dejé de hablar por eso
con ser Brunetto, y pregunto quién son
sus compañeros de más alta fama.

Y él me dijo: «Saber de alguno es bueno;
de los demás será mejor que calle,
que a tantos como son el tiempo es corto.

Sabe, en suma, que todos fueron clérigos
y literatos grandes y famosos,
al mundo sucios de un igual pecado.

Prisciano va con esa turba misera,
y Francesco D'Accorso; y ver con éste,
si de tal tiña tuvieses deseo,

podrás a quien el Siervo de los Siervos
hizo mudar del Arno al Bachiglión,
donde dejó los nervios mal usados.

De otros diría, mas charla y camino
no pueden alargarse, pues ya veo
surgir del arenal un nuevo humo.

Gente viene con la que estar no debo:
mi "Tesoro" te dejo encomendado,
en el que vivo aún, y más no digo.»

Luego se fue, y parecía de aquellos
que el verde lienzo corren en Verona
por el campo; y entre éstos parecía
de los que ganan, no de los que pierden.

CANTO XVI

Ya estaba donde el resonar se oía
del agua que caía al otro círculo,
como el que hace la abeja en la colmena;

cuando tres sombras juntas se salieron,
corriendo, de una turba que pasaba
bajo la lluvia de la áspera pena.

Hacia nosotros gritando venían:
«Detente quien parece por el traje
ser uno de la patria depravada.»

¡Ah, cuántas llagas vi en aquellos miembros,
viejas y nuevas, de la llama ardidas!
me siento aún dolorido al recordarlo.

A sus gritos mi guía se detuvo;
volvió el rostro hacia mí, y me dijo: « Espera,
pues hay que ser cortés con esta gente.

Y si no fuese por el crudo fuego
que este sitio asaetea, te diría
que te apresures tú mejor que ellos.»

Ellos, al detenernos, reemprendieron
su antiguo verso; y cuando ya llegaron,
hacen un corro de sí aquellos tres,

cual desnudos y untados campeones,
acechando a su presa y su ventaja,
antes de que se enzarcen entre ellos;

y con la cara vuelta, cada uno
me miraba de modo que al contrario
iba el cuello del pie continuamente.

«Si el horror de este suelo movedizo
vuelve nuestras plegarias despreciables
-uno empezó- y la faz negra y quemada,

nuestra fama a tu ánimo suplique
que nos digas quién eres, que los vivos
pies tan seguro en el infierno arrastras.

Éste, de quien me ves pisar las huellas,
aunque desnudo y sin pellejo vaya,
fue de un grado mayor de lo que piensas,

pues nieto fue de la bella Gualdrada;
se llamó Guido Guerra, y en su vida
mucho obró con su espada y con su juicio.

El otro, que tras mí la arena pisa,
es Tegghiaio Aldobrandi, cuya voz
en el mundo debiera agradecerse;

y yo, que en el suplicio voy con ellos,
Jacopo Rusticucci; y fiera esposa
más que otra cosa alguna me condena.»

Si hubiera estado a cubierto del fuego,
me hubiera ido detrás de ellos al punto,
y no creo que al guía le importase;

mas me hubiera abrasado, y de ese modo
venció el miedo al deseo que tenía,
pues de abrazarles yo me hallaba ansioso.

Luego empecé: «No desprecio, mas pena
en mi interior me causa vuestro estado,
y es tanta que no puedo desprenderla,

desde el momento en que mi guía dijo
palabras, por las cuales yo pensaba
que, como sois, se acercaba tal gente.

De vuestra tierra soy, y desde siempre
vuestras obras y nombres tan honrados,
con afecto he escuchado y retenido.

Dejo la hiel y voy al dulce fruto
que mi guía veraz me ha prometido,
pero antes tengo que llegar al centro.»

«Muy largamente el alma te conduzcan
todavía -me dijo aquél- tus miembros,
y resplandezca luego tu memoria,

di si el valor y cortesía aún se hallan
en nuestra patria tal como solían,
o si del todo han sido ya expulsados;

que Giuglielmo Borsiere, el cual se duele
desde hace poco en nuestro mismo grupo,
con sus palabras mucho nos aflige.»

«Las nuevas gentes, las ganancias súbitas,
orgullo y desmesura han generado,
en ti, Florencia, y de ello te lamentas.»

Así grité levantando la cara;
y los tres, que esto oyeron por respuesta,
se miraron como ante las verdades.

«Si en otras ocasiones no te cuesta
satisfacer a otros -me dijeron-,
dichoso tú qué dices lo que quieres.

Pero si sales de este mundo ciego
y vuelves a mirar los bellos astros,
cuando decir “estuve allí” te plazca,

háblale de nosotros a la gente.»
Rompieron luego el círculo y, huyendo,
alas sus raudas piernas parecían.

Un amén no podría haberse dicho
antes de que ellos se hubiesen perdido;
por lo que el guía quiso que partiésemos.

Yo iba detrás, y no avanzamos mucho
cuando el agua sonaba tan de cerca,
que apenas se escuchaban las palabras.

Como aquel río sigue su carrera
primero desde el Veso hacia el levante,
a la vertiente izquierda de Apenino,

que Acquaqueta se llama abajo, antes
de que en un hondo lecho se desplome,
y en Forlì ya ese nombre no conserva,

resuena allí sobre San Benedetto,
de la roca cayendo en la cascada
en donde mil debieran recibirle;

así en lo hondo de un despeñadero,
oímos resonar el agua roja,
que el oído ofendía al poco tiempo.

Yo llevaba una cuerda a la cintura
con la que alguna vez hube pensado
cazar la onza de la piel pintada.

Luego de haberme toda desceñido,
como mi guía lo había mandado,
se la entregué recogida en un rollo.

Entonces se volvió hacia la derecha
y, alejándose un trecho de la orilla,
la arrojó al fondo de la escarpadura.

«Alguna novedad ha de venirnos
-pensaba para mí- del nuevo signo,
que el maestro así busca con los ojos.»

¡Cuán cautos deberían ser los hombres
junto a aquellos que no sólo las obras,
mas por dentro el pensar también conocen!

«Pronto -dijo- verás sobradamente
lo que espero, y en lo que estás pensando:
pronto conviene que tú lo descubras.»

La verdad que parece una mentira
debe el hombre callarse mientras pueda,
porque sin tener culpa se avergüence:

pero callar no puedo; y por las notas,
lector, de esta Comedia, yo te juro,
así no estén de larga gracia llenas,

que vi por aquel aire oscuro y denso
venir nadando arriba una figura,
que asustaría el alma más valiente,

tal como vuelve aquel que va al fondo
a desprender el ancla que se agarra
a escollos y otras cosas que el mar cela,
que el cuerpo extiende y los pies se recoge.

CANTO XVII

«Mira la bestia con la cola aguda,
que pasa montes, rompe muros y armas;
mira aquella que apesta todo el mundo.»

Así mi guía comenzó a decirme;
y le ordenó que se acercase al borde
donde acababa el camino de piedra.

Y aquella sucia imagen del engaño
se acercó, y sacó el busto y la cabeza,
mas a la orilla no trajo la cola.

Su cara era la cara de un buen hombre,
tan benigno tenía lo de afuera,
y de serpiente todo lo restante.

Garras peludas tiene en las axilas;
y en la espalda y el pecho y ambos flancos
pintados tiene ruedas y lazadas.

Con más color debajo y superpuesto
no hacen tapices tártaros ni turcos,
ni fue tal tela hilada por Aracne.

Como a veces hay lanchas en la orilla,
que parte están en agua y parte en seco;
o allá entre los glotones alemanes

el castor se dispone a hacer su caza,
se hallaba así la fiera detestable
al borde pétreo, que la arena ciñe.

Al aire toda su cola movía,
cerrando arriba la horca venenosa,
que a guisa de escorpión la punta armaba.

El guía dijo: «Es preciso torcer
nuestro camino un poco, junto a aquella
malvada bestia que está allí tendida.»

Y descendimos al lado derecho,
caminando diez pasos por su borde,
para evitar las llamas y la arena.

Y cuando ya estuvimos a su lado,
sobre la arena vi, un poco más lejos,
gente sentada al borde del abismo.

Aquí el maestro: «Porque toda entera
de este recinto la experiencia lles
-me dijo-, ve y contempla su castigo.

Allí sé breve en tus razonamientos:
mientras que vuelvas hablaré con ésta,
que sus fuertes espaldas nos otorgue.»

Así pues por el borde de la cima
de aquel séptimo círculo yo solo
anduve, hasta llegar a los penados.

Ojos afuera estallaba su pena,
de aquí y de allí con la mano evitaban
tan pronto el fuego como el suelo ardiente:

como los perros hacen en verano,
con el hocico, con el pie, mordidos
de pulgas o de moscas o de tábanos.

Y después de mirar el rostro a algunos,
a los que el fuego doloroso azota,
a nadie conocí; pero me acuerdo

que en el cuello tenía una bolsa
con un cierto color y ciertos signos,
que parecían complacer su vista.

Y como yo anduviéramos mirando,
algo azulado vi en una amarilla,
que de un león tenía cara y porte.

Luego, siguiendo de mi vista el curso,
otra advertí como la roja sangre,
y una oca blanca más que la manteca.

Y uno que de una cerda azul preñada
señalado tenía el blanco saco,
dijo: «¿Qué andas haciendo en esta fosa?

Vete de aquí; y puesto que estás vivo,
sabe que mi vecino Vitaliano
aquí se sentará a mi lado izquierdo;

de Padua soy entre estos florentinos:
y las orejas me atruenan sin tasa
gritando: "¡Venga el noble caballero

que llenará la bolsa con tres chivos!"»
Aquí torció la boca y se sacaba
la lengua, como el buey que el belfo lame.

Y yo, temiendo importunar tardando
a quien de no tardar me había advertido,
atrás dejé las almas lastimadas.

A mi guía encontré, que ya subido
sobre la grupa de la fiera estaba,
y me dijo: «Sé fuerte y arrojado.»

Ahora bajamos por tal escalera:
sube delante, quiero estar en medio,
porque su cola no vaya a dañarte.»

Como está aquel que tiene los temblores
de la quartana, con las uñas pálidas,
y tiembla entero viendo ya el relente,

me puse yo escuchando sus palabras;
pero me avergoncé con su advertencia,
que ante el buen amo el siervo se hace fuerte.

Encima me senté de la espaldaza:
quise decir, más la voz no me vino
como creí: «No dejes de abrazarme.»

Mas aquel que otras veces me ayudara
en otras dudas, luego que monté,
me sujetó y sostuvo con sus brazos.

Y le dijo: «Gerión, muévete ahora:
las vueltas largas, y el bajar sea lento:
piensa en qué nueva carga estás llevando.»

Como la navecilla deja el puerto
detrás, detrás, así ésta se alejaba;
y luego que ya a gusto se sentía,

en donde el pecho, ponía la cola,
y tesa, como anguila, la agitaba,
y con los brazos recogía el aire.

No creo que más grande fuese el miedo
cuando Faetón abandonó las riendas,
por lo que el cielo ardió, como aún parece;

ni cuando la cintura el pobre Ícaro
sin alas se notó, ya derretidas,
gritando el padre: «¡Mal camino llevas!»;

que el mío fue, cuando noté que estaba
rodeado de aire, y apagada
cualquier visión que no fuese la fiera;

ella nadando va lenta, muy lenta;
gira y desciende, pero yo no noto
sino el viento en el rostro y por debajo.

Oía a mi derecha la cascada
que hacía por encima un ruido horrible,
y abajo miro y la cabeza asomo.

Entonces temí aún más el precipicio,
pues fuego pude ver y escuchar llantos;
por lo que me encogí temblando entero.

Y vi después, que aún no lo había visto,
al bajar y girar los grandes males,
que se acercaban de diversos lados.

Como el halcón que asaz tiempo ha volado,
y que sin ver ni señuelo ni pájaro
hace decir al halconero: «¡Ah, baja!»,

lento desciende tras su grácil vuelo,
en cien vueltas, y a lo lejos se pone
de su maestro, airado y desdeñoso,

de tal modo Gerión se posó al fondo,
al mismo pie de la cortada roca,
y descargadas nuestras dos personas,
se disparó como de cuerda tensa.

CANTO XVIII

Hay un lugar llamado Malasbolsas
en el infierno, pétreo y ferrugiento,
igual que el muro que le ciñe entorno.

Justo en el medio del campo maligno
se abre un pozo bastante largo y hondo,
del cual a tiempo contaré las partes.

Es redondo el espacio que se forma
entre el pozo y el pie del duro abismo,
y en diez valles su fondo se divide.

Como donde, por guarda de los muros,
más y más fosos ciñen los castillos,
el sitio en donde estoy tiene el aspecto;

tal imagen los valles aquí tienen.
Y como del umbral de tales fuertes
a la orilla contraria hay puentecillos,

así del borde de la roca, escollos
conducen, dividiendo foso y márgenes,
hasta el pozo que les corta y les une.

En este sitio, ya de las espaldas
de Gerión nos bajamos; y el poeta
tomó a la izquierda, y yo me fui tras él.

A la derecha vi nuevos pesares,
nuevos castigos y verdugos nuevos,
que la bolsa primera abarrotaban.

Allí estaban desnudos los malvados;
una mitad iba dando la espalda,
otra de frente, con pasos más grandes;

tal como en Roma la gran muchedumbre,
del año jubilar, allí en el puente
precisa de cruzar en doble vía,

que por un lado todos van de cara
hacia el castillo y a San Pedro marchan;
y de otro lado marchan hacia el monte.

De aquí, de allí, sobre la oscura roca,
vi demonios cornudos con flagelos,
que azotaban cruelmente sus espaldas.

¡Ay, cómo hacían levantar las piernas
a los primeros golpes!, pues ninguno
el segundo esperaba ni el tercero.

Mientras andaba, en uno mi mirada
vino a caer; y al punto yo me dije:
«De haberle visto ya no estoy ayuno.»

Y así paré mi paso para verlo:
y mi guía conmigo se detuvo,
y consintió en que atrás retrocediera.

Y el condenado creía ocultarse
bajando el rostro; mas sirvió de poco,
pues yo le dije: «Oh tú que el rostro agachas,

si los rasgos que llevas no son falsos,
Venedico eres tú Caccianemico;
mas ¿qué te trae a salsas tan picantes?»

Y repuso: «Lo digo de mal grado;
pero me fuerzan tus claras palabras,
que me hacen recordar el mundo antiguo.

Fui yo mismo quien a Ghisolabella
indujo a hacer el gusto del marqués,
como relaten la sucia noticia.

Y boloñés no lloró aquí tan sólo,
mas tan repleto está este sitio de ellos,
que ahora tantas lenguas no se escuchan

que digan "Sipa" entre Savena y Reno;
y si fe o testimonio de esto quieres,
trae a tu mente nuestro seno avaro.»

Hablando así le golpeó un demonio
con su zurriago, y dijo: « Lárgate
rufián, que aquí no hay hembras que se vendan.»

Yo me reuní al momento con mi escolta;
luego, con pocos pasos, alcanzamos
un escollo saliente de la escarpa.

Con mucha ligereza lo subimos
y, vueltos a derecha por su dorso,
de aquel círculo eterno nos marchamos.

Cuando estuvimos ya donde se ahueca
debajo, por dar paso a los penados,
el guía dijo: « Espera, y haz que pongan

la vista en ti esos otros malnacidos,
a los que aún no les viste el semblante,
porque en nuestro sentido caminaban.»

Desde el puente mirábamos el grupo
que al otro lado hacia nosotros iba,
y que de igual manera azota el látigo.

Y sin yo preguntarle el buen Maestro
«Mira aquel que tan grande se aproxima,
que no le causa lágrimas el daño.

¡Qué soberano aspecto aún conserva!
Es Jasón, que por ánimo y astucia
dejó privada del carnero a Cólquida.

Éste pasó por la isla de Lemnos,
luego que osadas hembras despiadadas
muerte dieran a todos sus varones:

con tretas y palabras halagüeñas
a Isifile engañó, la muchachita
que antes había a todas engañado.

Allí la dejó encinta, abandonada;
tal culpa le condena a tal martirio;
también se hace venganza de Medea.

Con él están los que en tal modo engañan:
y del valle primero esto te baste
conocer, y de los que en él castiga.»

Nos hallábamos ya donde el sendero
con el margen segundo se entrecruza,
que a otro arco le sirve como apoyo.

Aquí escuchamos gentes que ocupaban
la otra bolsa y soplaban por el morro,
pegándose a sí mismas con las manos.

Las orillas estaban engrumadas
por el vapor que abajo se hace espeso,
y ofendía a la vista y al olfato.

Tan oscuro es el fondo, que no deja
ver nada si no subes hasta el dorso
del arco, en que la roca es más saliente.

Allí subimos; y de allá, en el foso
vi gente zambullida en el estiércol,
cual de humanas letrinas recogido.

Y mientras yo miraba hacia allá abajo,
vi una cabeza tan de mierda llena,
que no sabía si era laico o fraile.

Él me gritó: « ¿Por qué te satisface
mirarme más a mí que a otros tan sucios?»
Le dije yo: « Porque, si bien recuerdo,

con los cabellos secos ya te he visto,
y eres Alesio Intermini de Lucca:
por eso más que a todos te miraba.»

Y él dijo, golpeándose la chola:

«Aquí me han sumergido las lisonjas,
de las que nunca se cansó mi lengua.»

Luego de esto, mi guía: «Haz que penetre
-dijo- tu vista un poco más delante,
tal que tus ojos vean bien el rostro

de aquella sucia y desgredada esclava,
que allí se rasca con uñas mierdosas,
y ahora se tumba y ahora en pie se pone:

es Thais, la prostituta, que repuso
a su amante, al decirle "¿Tengo prendas
bastantes para tí?": "aún más, excelsas".
Y sea aquí saciada nuestra vista.»

CANTO XIX

¡Oh Simón Mago! Oh míseros secuaces
que las cosas de Dios, que de los buenos
esposas deben ser, como rapaces

por el oro y la plata adulteráis!
sonar debe la trompa por vosotros,
puesto que estáis en la tercera bolsa.

Ya estábamos en la siguiente tumba,
subidos en la parte del escollo
que cae justo en el medio de aquel foso.

¡Suma sabiduría! ¡Qué arte muestras
en el cielo, en la tierra y el mal mundo,
cuán justamente tu virtud repartes!

Yo vi, por las orillas y en el fondo,
llena la piedra lívida de hoyos,
todos redondos y de igual tamaño.

No los vi menos amplios ni mayores
que esos que hay en mi bello San Juan,
y son el sitio para los bautismos;

uno de los que no hace aún mucho tiempo
yo rompí porque en él uno se ahogaba:
sea esto seña que a todos convenza.

A todos les salían por la boca
de un pecador los pies, y de las piernas
hasta el muslo, y el resto estaba dentro.

Ambas plantas a todos les ardían;
y tan fuerte agitaban las coyundas,
que habrían destrozado sogas y cuerdas.

Cual suele el llamear en cosas grasas
moverse por la extrema superficie,
así era allí del talón a la punta.

«Quién es, maestro, aquel que se enfurece
pataleando más que sus consortes
-dije- y a quien más roja llama quema?»

Y él me dijo: «Si quieres que te lleve
allí por la pendiente que descende,
él te hablará de sí y de sus pecados.»

Y yo: «Lo que tú quieras será bueno,
eres tú mi señor y no me aparto
de tu querer: y lo que callo sabes.»

Caminábamos pues el cuarto margen:
volvimos y bajamos a la izquierda
al fondo estrecho y agujereado.

Entonces el maestro de su lado
no me apartó, hasta vernos junto al hoyo
de aquel que se dolía con las zancas.

«Oh tú que tienes lo de arriba abajo,
alma triste clavada cual madero,
-le dije yo-, contéstame si puedes.»

Yo estaba como el fraile que confiesa
al pérfido asesino, que, ya hincado,
por retrasar su muerte le reclama.

Y él me gritó: «¿Ya estás aquí plantado?,
¿ya estás aquí plantado, Bonifacio?
En pocos años me mintió lo escrito.

¿Ya te cansaste de aquellas riquezas
por las que hacer engaño no temiste,
y atormentar después a tu Señora?»

Me quedé como aquellos que se encuentran,
por no entender lo que alguien les responde,
confundidos, y contestar no saben.

Dijo entonces Virgilio: «Dile pronto:
“No soy aquel, no soy aquel que piensas.”»
Yo respondí como me fue indicado.

Torció los pies entonces el espíritu,
luego gimiendo y con voces llorosas,
me dijo: «¿Entonces, para qué me buscas?

si te interesa tanto el conocerme,
que has recorrido así toda la roca,
sabe que fui investido del gran manto,

y en verdad fui retoño de la Osa,
y tan ansioso de engordar oseznos,
que allí el caudal, aquí yo, me he embolsado.

Y bajo mi cabeza están los otros
que a mí, por simonía, precedieron,
y que lo estrecho de la piedra aplasta.

Allí habré yo de hundirme también cuando
venga aquel que creía que tú fueses,
al hacerte la súbita pregunta.

Pero mis pies se abrasan ya más tiempo
y más estoy yo puesto boca abajo,
del que estarán plantados sus pies rojos,

pues vendrá luego de él, aún más manchado,
desde el poniente, un pastor sin entrañas,
tal que conviene que a los dos recubra.

Nuevo Jasón será, como nos muestra
MACABEOS, y como a aquel fue blando
su rey, así ha de hacer quien Francia rige.»

No sé si fui yo loco en demasía,
pues que le respondí con tales versos:
«Ah, dime ahora, qué tesoros quiso

Nuestro Señor antes de que a San Pedro
le pusiese las llaves a su cargo?
Únicamente dijo: “Ven conmigo”;

ni Pedro ni los otros de Matías
oro ni plata, cuando sortearon
el puesto que perdió el alma traidora.

Quédate ahí, que estás bien castigado,
y guarda las riquezas mal cogidas,
que atrevido te hicieron contra Carlos.

Y si no fuera porque me lo veda
el respeto a las llaves soberanas
que fueron tuyas en la alegre vida,

usaría palabras aún más duras;
porque vuestra avaricia daña al mundo,
hundiendo al bueno y ensalzando al malo.

Pastores, os citó el evangelista,
cuando aquella que asienta sobre el agua
él vio prostituida con los reyes:

aquella que nació con siete testas,
y tuvo autoridad con sus diez cuernos,
mientras que su virtud plació al marido.

Os habéis hecho un Dios de oro y de plata:
y qué os separa ya de los idólatras,
sino que a ciento honráis y ellos a uno?

Constantino, ¡de cuánto mal fue madre,
no que te convirtieses, mas la dote
que por ti enriqueció al primer patriarca!»

Y mientras yo cantaba tales notas,
mordido por la ira o la conciencia,
con fuerza las dos piernas sacudía.

Yo creo que a mi guía le gustaba,
pues con rostro contento había escuchado
mis palabras sinceramente dichas.

Entonces me cogió con los dos brazos;
y luego de subirme hasta su pecho,
volvió a ascender la senda que bajamos.

No se cansó llevándome agarrado,
hasta ponerme en la cima del puente
que del cuarto hasta el quinto margen cruza.

Con suavidad aquí dejó la carga,
suave, en el escollo áspero y pino
que a las cabras sería mala trocha.
Desde ese sitio descubrí otro valle.

CANTO XX

De nueva pena he de escribir los versos
y dar materia al vigésimo canto
de la primer canción, que es de los reos.

Estaba yo dispuesto totalmente
a mirar en el fondo descubierto,
que me bañaba de angustioso llanto;

por el redondo valle vi a unas gentes
venir, calladas y llorando, al paso
con que en el mundo van las procesiones.

Cuando bajé mi vista aún más a ellas,
vi que estaban torcidas por completo
desde el mentón al principio del pecho;

porque vuelto a la espalda estaba el rostro,
y tenían que andar hacia detrás,
pues no podían ver hacia delante.

Por la fuerza tal vez de perlesía
alguno habrá en tal forma retorcido,
mas no lo vi, ni creo esto que pase.

Si Dios te deja, lector, coger fruto
de tu lectura, piensa por ti mismo
si podría tener el rostro seco,

cuando vi ya de cerca nuestra imagen
tan torcida, que el llanto de los ojos
les bañaba las nalgas por la raja.

Lloraba yo, apoyado en una roca
del duro escollo, tal que dijo el guía:
«¿Es que eres tú de aquellos insensatos?,

vive aquí la piedad cuando está muerta:
¿Quién es más criminal de lo que es ése
que al designio divino se adelanta?

Alza tu rostro y mira a quien la tierra
a la vista de Tebas se tragó;
y de allí le gritaban: “¿Dónde caes

Anfiareo?, ¿por qué la guerra dejas?”
Y no dejó de rodar por el valle
hasta Minos, que a todos los agarra.

Mira cómo hizo pecho de su espalda:
pues mucho quiso ver hacia adelante,
mira hacia atrás y marcha reculando.

Mira a Tiresias, que mudó de aspecto
al hacerse mujer siendo varón
cambiándose los miembros uno a uno;

y después, golpear debía antes
las unidas serpientes, con la vara,
que sus viriles plumas recobrase.

Aronte es quien al vientre se le acerca,
que en los montes de Luni, que cultiva
el carrarés que vive allí debajo,

tuvo entre blancos mármoles la cueva
como mansión; donde al mirar los astros
y el mar, nada la vista le impedía.

Y aquella que las tetas se recubre,
que tú no ves, con trenzas desatadas,
y todo el cuerpo cubre con su pelo,

fue Manto, que corrió por muchas tierras;
y luego se afincó donde nació,
por lo que un poco quiero que me escuches:

Después de que su padre hubiera muerto,
y la ciudad de Baço esclavizada,
ella gran tiempo anduvo por el mundo.

En el norte de Italia se halla un lago,
al pie del Alpe que ciñe Alemania
sobre el Tiról, que Benago se llama.

Por mil fuentes, y aún más, el Apenino
ente Garda y Camónica se baña,
por el agua estancada en dicho lago.

En su medio hay un sitio, en que el trentino
pastor y el de Verona, y el de Brescia,
si ese camino hiciese, bendijera.

Se halla Pesquiera, arnés hermoso y fuerte,
frontera a bergamescos y brescianos,
en la ribera que en el sur le cerca.

En ese sitio se desborda todo
lo que el Benago contener no puede,
y entre verdes praderas se hace un río.

Tan pronto como el agua aprisa corre,
no ya Benago, mas Mencio se llama
hasta Governo, donde cae al Po.

Tras no mucho correr, encuentra un valle,
en el cual se dilata y empantana;
y en el estío se vuelve insalubre.

Pasando por allí la virgen fiera,
vio tierra en la mitad de aquel pantano,
sin cultivo y desnuda de habitantes.

Allí, para escapar de los humanos,
con sus siervas quedose a hacer sus artes,
y vivió, y dejó allí su vano cuerpo.

Los hombres luego que vivían cerca,
se acogieron al sitio, que era fuerte,
pues el pantano aquel lo rodeaba.

Fundaron la ciudad sobre sus huesos;
y por quien escogió primero el sitio,
Mantua, sin otro augurio, la llamaron.

Sus moradores fueron abundantes,
antes que la torpeza de Casoldi,
de Pinamonte engaño recibiese.

Esto te advierto por si acaso oyeras
que se fundó de otro modo mi patria,
que a la verdad mentira alguna oculte.»

Y yo: «Maestro, tus razonamientos
me son tan ciertos y tan bien los creo,
que apagados carbones son los otros.

Mas dime, de la gente que camina,
si ves alguna digna de noticia,
pues sólo en eso mi mente se ocupa.»

Entonces dijo: «Aquel que desde el rostro
la barba ofrece por la espalda oscura,
fue, cuando Grecia falta de varones

tanto, que había apenas en las cunas
augur, y con Calcante dio la orden
de cortar en Aulide las amarras.

Se llamaba Euripilo, y así canta
algún pasaje de mi gran tragedia:
tú bien lo sabes pues la sabes toda.

Aquel otro en los flancos tan escaso,
Miguel Escoto fue, quien en verdad
de los mágicos fraudes supo el juego.

Mira a Guido Bonatti, mira a Asdente,
que haber tomado el cuero y el bramante
ahora querría, mas tarde se acuerda;

Y a las tristes que el huso abandonaron,
las agujas y ruecas, por ser magas
y hechiceras con hierbas y figuras.

Mas ahora ven, que llega ya al confin
de los dos hemisferios, y a las ondas
bajo Sevilla, Caín con las zarzas,

y la luna ayer noche estaba llena:
bien lo recordarás, que no fue estorbo
alguna vez en esa selva oscura.»
Así me hablaba, y mientras caminábamos.

CANTO XXI

Así de puente en puente, conversando
de lo que mi Comedia no se ocupa,
subimos, y al llegar hasta la cima

nos paramos a ver la otra hondonada
de Malasbolsas y otros llantos vanos;
y la vi tenebrosamente oscura.

Como en los arsenales de Venecia
bulle pez pegajosa en el invierno
al reparar sus leños averiados,

que navegar no pueden; y a la vez
quién hace un nuevo leño, y quién embrea
los costados a aquel que hizo más rutas;

quién remacha la popa y quién la proa;
hacen otros los remos y otros cuerdas;
quién repara mesanas y trinquetas;

así, sin fuego, por divinas artes,
bullía abajo una espesa resina,
que la orilla impregnaba en todos lados.

La veía, mas no veía en ella
más que burbujas que el hervor alzaba,
todas hincharse y explotarse luego.

Mientras allá miraba fijamente,
el poeta, diciendo: «¡Atento, atento!»
a él me atrajo del sitio en que yo estaba.

Me volví entonces como aquel que tarda
en ver aquello de que huir conviene,
y a quien de pronto le acobarda el miedo,

y, por mirar, no demora la marcha;
y un diablo negro vi tras de nosotros,
que por la roca corriendo venía.

¡Ah, qué fiera tenía su apariencia,
y parecían cuán amenazantes
sus pies ligeros, sus abiertas alas!

En su hombro, que era anguloso y soberbio,
cargaba un pecador por ambas ancas,
agarrando los pies por los tendones.

«¡Oh Malasgarras --dijo desde el puente-,
os mando a un regidor de Santa Zita!
Ponedlo abajo, que voy a por otro

a esa tierra que tiene un buen surtido:
salvo Bonturo todos son venales;
del “sí” allí hacen “no” por el dinero.»

Abajo lo tiró, y por el escollo
se volvió, y nunca fue un mastín soltado
persiguiendo a un ladrón con tanta prisa.

Aquel se hundió, y se salía de nuevo;
mas los demonios que albergaba el puente
gritaron: «¡No está aquí la Santa Faz,

y no sé nada aquí como en el Serquio!
así que, si no quieres nuestros garfios,
no te aparezcas sobre la resina.»

Con más de cien arpones le pinchaban,
dicen: «Cubierto bailar aquí debes,
tal que, si puedes, a escondidas hurtas.»

No de otro modo al pinche el cocinero
hace meter la carne en la caldera,
con los tridentes, para que no flote.

Y el buen Maestro: «Para que no sepan
que estás aquí -me dijo- ve a esconderte
tras una roca que sirva de abrigo;

y por ninguna ofensa que me hagan,
debes temer, que bien conozco esto,
y otras veces me he visto en tales líos.»

Después pasó del puente a la otra parte;
y cuando ya alcanzó la sexta fosa;
le fue preciso un ánimo templado.

Con la ferocidad y con la saña
que los perros atacan al mendigo,
que de pronto se para y limosnea,

del puentecillo aquéllos se arrojaron,
y en contra de él volvieron los arpones;
mas él gritó: «¡Que ninguno se atreva!

Antes de que me pinchen los tridentes,
que se adelante alguno para oírme,
pensad bien si debéis arponearme.»

«¡Que vaya Malacola!» -se gritaron;
y uno salió de entre los otros quietos,
y vino hasta él diciendo: «¿De qué sirve?»

«Es que crees, Malacola, que me habrías
visto venir -le dijo mi maestro-
seguro ya de todas vuestras armas,

sin el querer divino y diestro hado?
Déjame andar, que en el cielo se quiere
que el camino salvaje enseñe a otros.»

Su orgullo entonces fue tan abatido
que el tridente dejó caer al suelo,
y a los otros les dijo: «No tocarlo.»

Y el guía a mí: «Oh tú que allí te encuentras
tras las rocas del puente agazapado,
puedes venir conmigo ya seguro.»

Por lo que yo avancé hasta él deprisa;
y los diablos se echaron adelante,
tal que temí que el pacto no guardaran;

así yo vi temer a los infantes
yéndose, tras rendirse, de Caprona,
al verse ya entre tantos enemigos.

Yo me arrimé con toda mi persona
a mi guía, y los ojos no apartaba
de sus caras que no eran nada buenas.

Inclinaban los garfios: «¿Que le pinche
-decíanse- queréis, en el trasero?»
Y respondían: «Sí, pínchale fuerte.»

Pero el demonio aquel que había hablado
con mi guía, volviose raudamente,
y dijo: «Para, para, Arrancapelos.»

Luego nos dijo: « Más andar por este
escollo no se puede, pues que yace
todo despedazado el arco sexto;

y si queréis seguir más adelante
podéis andar aquí, por esta escarpa:
hay otro escollo cerca, que es la ruta.

Ayer, cinco horas más que en esta hora,
mil y doscientos y sesenta y seis
años hizo, que aquí se hundió el camino.

Hacia allá mando a alguno de los míos
para ver si se escapa alguno de esos;
id con ellos, que no han de molestaros.

¡Adelante Aligacho, Patasfrías,
-él comenzó a decir- y tú, Malchucho;
y Barbatiesa guíe la decena.

Vayan detrás Salido y Ponzoñoso,
jabalí Colmilludo, Arañaperros,
el Tartaja y el loco del Berrugas.

Mirad en torno de la pez hirviente;
éstos a salvo lleguen al escollo
que todo entero va sobre la fosa.»

«¡Ay maestro, qué es esto que estoy viendo!
-dije- vayamos solos sin escolta,
si sabes ir, pues no la necesito.

Si eres tan avisado como sueles,
¿no ves cómo sus dientes les rechinan,
y su entrecejo males amenaza?»

Y él me dijo: «No quiero que te asustes;
déjalos que rechinen a su gusto,
pues hacen eso por los condenados.»

Dieron la vuelta por la orilla izquierda,
mas primero la lengua se mordieron
hacia su jefe, a manera de seña,
y él hizo una trompeta de su culo.

CANTO XXII

Caballeros he visto alzar el campo,
comenzar el combate, o la revista,
y alguna vez huir para salvarse;

en vuestra tierra he visto exploradores,
¡Oh aretinos! y he visto las mesnadas,
hacer torneos y correr las justas,

ora con trompas, y ora con campanas,
con tambores, y hogueras en castillos,
con cosas propias y también ajenas;

mas nunca con tan rara cornamusa,
moverse caballeros ni pendones,
ni nave al ver una estrella o la tierra.

Caminábamos con los diez demonios,
¡fiera compañía!, mas en la taberna
con borrachos, con santos en la iglesia.

Mas a la pez volvía la mirada,
por ver lo que la bolsa contenía
y a la gente que adentro estaba ardiendo.

Cual los delfines hacen sus señales
con el arco del lomo al marinero,
que le preparan a que el leño salve,

por aliviar su pena, de este modo
enseñaban la espalda algunos de ellos,
escondiéndose en menos que hace el rayo.

Y como al borde del agua de un charco
hay renacuajos con el morro fuera,
con el tronco y las ancas escondidas,

se encontraban así los pecadores;
mas, como se acercaba Barbatiesa,
bajo el hervor volvieron a meterse.

Yo vi, y el corazón se me acongoja,
que uno esperaba, así como sucede
que una rana se queda y otra salta;

Y Arañaperros, que a su lado estaba,
le agarró por el pelo empegotado
y le sacó cual si fuese una nutria.

Ya de todos el nombre conocía,
pues lo aprendí cuando fueron nombrados,
y atento estuve cuando se llamaban.

«Ahora, Berrugas, puedes ya clavarle
los garfios en la espalda y desollarlo»
gritaban todos juntos los malditos.

Y yo: «Maestro, intenta, si es que puedes,
saber quién es aquel desventurado,
llegado a manos de sus enemigos.»

Y junto a él se aproximó mi guía;
preguntó de dónde era, y él repuso:
«Fui nacido en el reino de Navarra.

Criado de un señor me hizo mi madre,
que me había engendrado de un bellaco,
destructor de sí mismo y de sus cosas.

Después fui de la corte de Teobaldo:
allí me puse a hacer baratertas;
y en este caldo estoy rindiendo cuentas.»

Y Colmilludo a cuya boca asoman,
tal jabalí, un colmillo a cada lado,
le hizo sentir cómo uno descosía.

Cayó el ratón entre malvados gatos;
mas le agarró en sus brazos Barbatiesa,
y dijo: «Estaros quietos un momento.»

Y volviendo la cara a mi maestro
«Pregunta -dijo- aún, si más deseas
de él saber, antes que esos lo destrocen».

El guía entonces: «De los otros reos,
di ahora si de algún latino sabes
que esté bajo la pez.» Y él: «Hace poco

a uno dejé que fue de allí vecino.
¡Si estuviese con él aún recubierto
no temería tridentes ni garras!»

Y el Salido: «Esperamos ya bastante»,
dijo, y cogióle el brazo con el gancho,
tal que se llevó un trozo desgarrado.

También quiso agarrarle Ponzoñoso
piernas abajo; mas el decurión
miró a su alrededor con mala cara.

Cuando estuvieron algo más calmados,
a aquel que aún contemplaba sus heridas
le preguntó mi guía sin tardanza:

«¿Y quién es ése a quien enhoramala
dejaste, has dicho, por salir a flote?»
Y aquél repuso: «Fue el fraile Gomita,

el de Gallura, vaso de mil fraudes;
que apresó a los rivales de su amo,
consiguiendo que todos lo alabasen.

Cogió el dinero, y soltoles de plano,
como dice; y fue en otros menesteres,
no chico, mas eximio baratero.

Trata con él maese Miguel Zaque
de Logodoro; y hablan Cerdeña
sin que sus lenguas nunca se fatiguen.

¡Ay de mí! ved que aquél rechina el diente:
más te diría pero tengo miedo
que a rascarme la tiña se aparezcan.»

Y vuelto hacia el Tartaja el gran preboste,
cuyos ojos herirle amenazaban,
dijo: «Hazte a un lado, pájaro malvado.»

«Si queréis conocerles o escucharles
-volvió a empezar el preso temeroso-
haré venir toscanos o lombardos;

pero quietos estén los Malasgarras
para que éstos no teman su venganza,
y yo, siguiendo en este mismo sitio,

por uno que soy yo, haré venir siete
cuando les silbe, como acostumbremos
hacer cuando del fondo sale alguno.»

Malchucho en ese instante alzó el hocico,
moviendo la cabeza, y dijo: «Ved
qué malicia pensó para escaparse.»

Mas él, que muchos trucos conocía
respondió: «¿Malicioso soy acaso,
cuando busco a los míos más tristeza?»

No se aguantó Aligacho, y, al contrario
de los otros, le dijo: «Si te tiras,
yo no iré tras de ti con buen galope,

mas batiré sobre la pez las alas;
deja la orilla y corre tras la roca;
ya veremos si tú nos aventajas.»

Oh tú que lees, oirás un nuevo juego:
todos al otro lado se volvieron,
y el primero aquel que era más contrario.

Aprovechó su tiempo el de Navarra;
fijó la planta en tierra, y en un punto
dio un salto y se escapó de su preboste.

Y por esto, culpables se sintieron,
más aquel que fue causa del desastre,
que se marchó gritando: «Ya te tengo.»

Mas de poco valió, pues que al miedoso
no alcanzaron las alas: se hundió éste,
y aquél alzó volando arriba el pecho.

No de otro modo el ánade de golpe,
cuando el halcón se acerca, se sumerge,
y éste, roto y cansado, se remonta.

Airado Patasfrías por la broma,
volando atrás, lo cogió, deseando
que aquél huyese para armar camorra;

y al desaparecer el baratero,
volvió las garras a su camarada,
tal que con él se enzarzó sobre el foso.

Fue el otro gavilán bien amaestrado,
sujetándole bien, y ambos cayeron
en la mitad de aquel pantano hirviente.

Los separó el calor a toda prisa,
pero era muy difícil remontarse,
pues tenían las alas pegajosas.

Barbatiesa, enfadado cual los otros,
a cuatro hizo volar a la otra parte,
todos con grafios y muy prestamente.

Por un lado y por otro descendieron:
echaron garfios a los atrapados,
que cocidos estaban en la costra,
y así enredados los abandonamos.

CANTO XXIII

Callados, solos y sin compañía
caminábamos uno tras del otro,
lo mismo que los frailes franciscanos.

Vuelto había a la fábula de Esopo
mi pensamiento la presente riña,
donde él habló del ratón y la rana,

porque igual que «enseguida» y «al instante»,
se parecen las dos si se compara
el principio y el fin atentamente.

Y, cual de un pensamiento el otro sale,
así nació de aquel otro después,
que mi primer espanto redoblaba.

Yo así pensaba: «Si estos por nosotros
quedan burlados con daño y con befa,
supongo que estarán muy resentidos.

Si sobre el mal la ira se acrecienta,
ellos vendrán detrás con más crueldad
que el can lleva una liebre con los dientes.»

Ya sentía erizados los cabellos
por el miedo y atrás atento estaba
cuando dije: «Maestro, si escondite

no encuentras enseguida, me amedrentan
los Malasgarras: vienen tras nosotros:
tanto los imagino que los siento.»

Y él: «Si yo fuese de azogado vidrio,
tu imagen exterior no copiaría
tan pronto en mí, cual la de dentro veo;

tras mi pensar el tuyo ahora venía,
con igual acto y con la misma cara,
que un único consejo hago de entrambos.

Si hacia el lado derecho hay una cuesta,
para poder bajar a la otra bolsa,
huiremos de la caza imaginada.»

Este consejo apenas proferido,
los vi venir con las alas extendidas,
no muy de lejos, para capturarnos.

De súbito mi guía me cogió
cual la madre que al ruido se despierta
y ve cerca de sí la llama ardiente,

que coge al hijo y huye y no se para,
teniendo, más que de ella, de él cuidado,
aunque tan sólo vista una camisa.

Y desde lo alto de la dura margen,
de espaldas resbaló por la pendiente,
que cierra la otra bolsa por un lado.

No corre por la aceña agua tan rauda,
para mover la rueda del molino,
cuando más a los palos se aproxima,

cual mi maestro por aquel barranco,
sosteniéndome encima de su pecho,
como a su hijo, y no cual compañero.

Y llegaron sus pies al lecho apenas
del fondo, cuando aquéllos a la cima
sobre nosotros; pero no temíamos,

pues la alta providencia que los quiere
hacer ministros de la quinta fosa,
poder salir de allí no les permite.

Allí encontramos a gente pintada
que alrededor marchaba a lentos pasos,
llorando fatigados y abatidos.

Tenían capas con capuchas bajas
hasta los ojos, hechas del tamaño
que se hacen en Cluní para los monjes:

por fuera son de oro y deslumbrantes,
mas por dentro de plomo, y tan pesadas
que Federico de paja las puso.

¡Oh eternamente fatigoso manto!
Nosotros aún seguimos por la izquierda
a su lado, escuchando el triste lloro;

mas cansados aquéllos por el peso,
venían tan despacio, que con nuevos
compañeros a cada paso estábamos.

Por lo que dije al guía: «Ve si encuentras
a quien de nombre o de hechos se conozca,
y los ojos, andando, mueve entorno.»

Uno entonces que oyó mi hablar toscano,
de detrás nos gritó: « Parad los pasos,
los que corréis por entre el aire oscuro.

Tal vez tendrás de mí lo que buscabas.»
Y el guía se volvió y me dijo: «Espera,
y luego anda conforme con sus pasos.»

Me detuve, y vi a dos que una gran ansia
mostraban, en el rostro, de ir conmigo,
mas la carga pesaba y el sendero.

Cuando estuvieron cerca, torvamente,
me remiraron sin decir palabra;
luego así se volvieron y decían:

«Ése parece vivo en la garganta;
y, si están muertos ¿por qué privilegio
van descubiertos de la gran estola?»

Dijéronme: «Oh Toscano, que al colegio
de los tristes hipócritas viniste,
dinos quién eres sin tener reparo.»

«He nacido y crecido -les repuse-
en la gran villa sobre el Arno bello,
y con el cuerpo estoy que siempre tuve.

¿Quién sois vosotros, que tanto os destila
el dolor, que así veo por el rostro,
y cuál es vuestra pena que reluce?»

«Estas doradas capas -uno dijo-
son de plomo, tan gruesas, que los pesos
hacen así chirriar a sus balanzas.

Frailles gozosos fuimos, boloñeses;
yo Catalano y éste Loderingo
llamados, y elegidos en tu tierra,

como suele nombrarse a un imparcial
por conservar la paz; y fuimos tales
que en torno del Gardingo aún puede verse.»

Yo comencé: «Oh hermanos, vuestros males »
No dije más, porque vi por el suelo
a uno crucificado con tres palos.

Al verme, por entero se agitaba,
soplándose en la barba con suspiros;
y el fraile Catalán que lo advirtió,

me dijo: «El condenado que tú miras,
dijo a los fariseos que era justo
ajusticiar a un hombre por el pueblo.

Desnudo está y clavado en el camino
como ves, y que sienta es necesario
el peso del que pasa por encima;

y en tal modo se encuentra aquí su suegro
en este foso, y los de aquel concilio
que a los judíos fue mala semilla.»

Vi que Virgilio entonces se asombraba
por quien se hallaba allí crucificado,
en el eterno exilio tan vilmente.

Después dirigió al fraile estas palabras:
«No os desagrade, si podéis, decírnos
si existe alguna trocha a la derecha,

por la cual ambos dos salir podamos,
sin obligar a los ángeles negros,
a que nos saquen de este triste foso.»

Repuso entonces: «Antes que lo esperes,
hay un peñasco, que de la gran roca
sale, y que cruza los terribles valles,

salvo aquí que está roto y no lo salva.
Subir podréis arriba por la ruina
que yace al lado y el fondo recubre.»

El guía inclinó un poco la cabeza:
dijo después: «Contaba mal el caso
quien a los pecadores allí ensarta.»

Y el fraile: «Ya en Bolonia oí contar
muchos vicios del diablo, y entre otros
que es mentiroso y padre del embuste.»

Rápidamente el guía se marchó,
con el rostro turbado por la ira;
y yo me separé de los cargados,
detrás siguiendo las queridas plantas.

CANTO XXIV

En ese tiempo en el que el año es joven
y el sol sus crines bajo Acuario templea,
y las noches se igualan con los días,

cuando la escarcha en tierra se asemeja
a aquella imagen de su blanca hermana,
mas poco dura el temple de su pluma;

el campesino falto de forraje,
se levanta y contempla la campiña
toda blanca, y el muslo se golpea,

vuelve a casa, y aquí y allá se duele,
tal mezquino que no sabe qué hacerse;
sale de nuevo, y cobra la esperanza,

viendo que al monte ya le cambió el rostro
en pocas horas, toma su cayado,
y a pacer fuera saca las ovejas.

De igual manera me asustó el maestro
cuando vi que su frente se turbaba,
mas pronto al mal siguió la medicina;

pues, al llegar al derruido puente,
el guía se volvió a mí con el rostro
dulce que vi al principio al pie del monte;

abrió los brazos, tras de haber tomado
una resolución, mirando antes
la ruina bien, y se acercó a empinarme.

Y como el que trabaja y que calcula,
que parece que todo lo prevea,
igual, encaramándome a la cima

de un peñasco, otra roca examinaba,
diciendo: «Agárrate luego de aquella;
pero antes ve si puede sostenerte.»

No era un camino para alguien con capa,
pues apenas, él leve, yo sujeto,
podíamos subir de piedra en piedra.

Y si no fuese que en aquel recinto
más corto era el camino que en los otros,
no sé de él, pero yo vencido fuera.

Mas como hacia la boca Malasbolsas
del pozo más profundo toda pende,
la situación de cada valle hace

que se eleve un costado y otro baje;
y así llegamos a la punta extrema,
donde la última piedra se destaca.

Tan ordeñado del pulmón estaba
mi aliento en la subida, que sin fuerz@s
busqué un asiento en cuanto que llegamos.

«Ahora es preciso que te despereces
-dijo el maestro-, pues que andando en plumas
no se consigue fama, ni entre colchas;

el que la vida sin ella malgasta
tal vestigio en la tierra de sí deja,
cual humo en aire o en agua la espuma.

Así que arriba: vence la pereza
con ánimo que vence cualquier lucha,
si con el cuerpo grave no lo impide.

Hay que subir una escala aún más larga;
haber huido de éstos no es bastante:
si me entiendes, procura que te sirva.»

Alcé entonces, mostrándome provisto
de un ánimo mayor del que tenía,
«Vamos -dije-. Estoy fuerte y animoso.»

Por el derrumbe empezamos a andar,
que era escarpado y rocoso y estrecho,
y mucho más pendiente que el de antes.

Hablando andaba para hacerme el fuerte;
cuando una voz salió del otro foso,
que incomprensibles voces profería.

No le entendí, por más que sobre el lomo
ya estuviese del arco que cruzaba:
mas el que hablaba parecía airado.

Miraba al fondo, mas mis ojos vivos,
por lo oscuro, hasta el fondo no llegaban,
por lo que yo: «Maestro alcanza el otro

recinto, y descendamos por el muro;
pues, como escucho a alguno que no entiendo,
miro así al fondo y nada reconozco.

«Otra respuesta -dijo- no he de darte
más que hacerlo; pues que demanda justa
se ha de cumplir con obras, y callando.»

Desde lo alto del puente descendimos
donde se cruza con la octava orilla,
luego me fue la bolsa manifiesta;

y yo vi dentro terrible maleza
de serpientes, de especies tan distintas,
que la sangre aún me hieja el recordarlo.

Más no se ufane Libia con su arena;
que si quelidras, yáculos y faras
produce, y caneros con anfibienas,

ni tantas pestilencias, ni tan malas,
mostró jamás con la Etiopía entera,
ni con aquel que está sobre el mar Rojo.

Entre el montón tristísimo corrían
gentes desnudas y aterrorizadas,
sin refugio esperar o heliotropía:

esposados con sierpes a la espalda;
les hincaban la cola y la cabeza
en los riñones, encima montadas.

De pronto a uno que se hallaba cerca,
se lanzó una serpiente y le mordió
donde el cuello se anuda con los hombros.

Ni la O tan pronto, ni la I, se escribe,
cual se encendió y ardió, y todo en cenizas
se convirtió cayendo todo entero;

y luego estando así deshecho en tierra
amontonose el polvo por sí solo,
y en aquel mismo se tornó de súbito.

Así los grandes sabios aseguran
que muere el Fénix y después renace,
cuando a los cinco siglos ya se acerca:

no paze en vida cebada ni hierba,
sólo de incienso lágrimas y amomo,
y nardo y mirra son su último nido.

Y como aquel que cae sin saber cómo,
porque fuerza diabólica lo tira,
o de otra opilación que liga el ánimo,

que levantado mira alrededor,
muy conturbado por la gran angustia
que le ha ocurrido, y suspira al mirar:

igual el pecador al levantarse.
¡Oh divina potencia, cuán severa,
que tales golpes das en tu venganza!

El guía preguntó luego quién era:
y él respondió: «Lloví de la Toscana,
no ha mucho tiempo, en este fiero abismo.

Vida de bestia me plació, no de hombre,
como al mulo que fui: soy Vanni Fucci
bestia, y Pistoya me fue buena cuadra.»

Y yo a mi guía: «Dile que no huya,
y pregunta qué culpa aquí le arroja;
que hombre le vi de maldad y de sangre.»

Y el pecador, que oyó, no se escondía,
más volvió contra mí el ánimo y rostro,
y de triste vergüenza enrojeció;

y dijo: «Más me duele que me halles
en la miseria en la que me estás viendo,
que cuando fui arrancado en la otra vida.

Yo no puedo ocultar lo que preguntas:
aquí estoy porque fui en la sacristía
ladrón de los hermosos ornamentos,

y acusaron a otro hombre falsamente;
mas porque no disfrutes al mirarme,
si del lugar oscuro tal vez sales,

abre el oído y este anuncio escucha:
Pistoya de los negros enflaquece:
luego en Florencia cambian gente y modos.

De Val de Magra Marte manda un rayo
rodeado de turbios nubarrones;
y en agria tempestad impetuosa,

sobre el campo Piceno habrá un combate;
y de repente rasgará la niebla,
de modo que herirá a todos los blancos.
¡Esto te digo para hacerte daño!»

CANTO XXV

El ladrón al final de sus palabras,
alzó las manos con un par de higas,
gritando: «Toma, Dios, te las dedico.»

Desde entonces me agradan las serpientes,
pues una le envolvió entonces el cuello,
cual si dijese: «No quiero que sigas»;

y otra a los brazos, y le sujetó
ciñéndose a sí misma por delante.
que no pudo con ella ni moverse.

¡Ah Pistoya, Pistoya, por qué niegas
incinerarte, así que más no dures,
pues superas en mal a tus mayores!

En todas las regiones del infierno
no vi a Dios tan soberbio algún espíritu,
ni el que cayó de la muralla en Tebas.

Aquel huyó sin decir más palabra;
y vi venir a un centauro rabioso,
llamando: «¿Dónde, dónde está el soberbio?»

No creo que Maremma tantas tenga,
cuantas bichas tenía por la grupa,
hasta donde comienzan nuestras formas.

Encima de los hombros, tras la nuca,
con las alas abiertas, un dragón
tenía; y éste quema cuanto toca.

Mi maestro me dijo: « Aquel es Caco,
que, bajo el muro del monte Aventino,
hizo un lago de sangre muchas veces.

No va con sus hermanos por la senda,
por el hurto que fraudulento hizo
del rebaño que fue de su vecino;

hasta acabar sus obras tan inicuas
bajo la herculea maza, que tal vez
ciento le dio, mas no sintió el deceno.»

Mientras que así me hablaba, se marchó,
y a nuestros pies llegaron tres espíritus,
sin que ni yo ni el guía lo advirtiésemos,

hasta que nos gritaron: «¿Quiénes sois?»:
por lo cual dimos fin a nuestra charla,
y entonces nos volvimos hacia ellos.

Yo no les conocí, pero ocurrió,
como suele ocurrir en ocasiones,
que tuvo el uno que llamar al otro,

diciendo: «Cianfa, ¿dónde te has metido?»
Y yo, para que el guía se fijase,
del mentón puse el dedo a la nariz.

Si ahora fueras, lector, lento en creerte
lo que diré, no será nada raro,
pues yo lo vi, y apenas me lo creo.

A ellos tenía alzada la mirada,
y una serpiente con seis pies a uno,
se le tira, y entera se le enroscas.

Los pies de en medio cogieronle el vientre,
los de delante prendieron sus brazos,
y después le mordió las dos mejillas.

Los delanteros lanzole a los muslos
y le metió la cola entre los dos,
y la trabó detrás de los riñones.

Hiedra tan arraigada no fue nunca
a un árbol, como aquella horrible fiera
por otros miembros enroscó los suyos.

Se juntan luego, tal si cera ardiente
fueran, y mezclan así sus colores,
no parecían ya lo que antes eran,

como se extiende a causa del ardor,
por el papel, ese color oscuro,
que aún no es negro y ya deja de ser blanco.

Los otros dos miraban, cada cual
gritando: «¡Agnel, ay, cómo estás cambiando!
¡mira que ya no sois ni dos ni uno!

Las dos cabezas eran ya una sola,
y mezcladas se vieron dos figuras
en una cara, donde se perdían.

Cuatro miembros hicieronse dos brazos;
los muslos con las piernas, vientre y tronco
en miembros nunca vistos se tornaron.

Ya no existían las antiguas formas:
dos y ninguna la perversa imagen
parecía; y se fue con paso lento.

Como el lagarto bajo el gran azote
de la canícula, al cambiar de seto,
parece un rayo si cruza el camino;

tal parecía, yendo a las barrigas
de los restantes, una serpe airada,
tal grano de pimienta negra y lívida;

y en aquel sitio que primero toma
nuestro alimento, a uno le golpea;
luego al suelo cayó a sus pies tendida.

El herido miró, mas nada dijo;
antes, con los pies quietos, bostezaba,
como si fiebre o sueño le asaltase.

Él a la serpe, y ella a él miraba;
él por la llaga, la otra por la boca
humeaban, el humo confundiendo.

Calle Lucano ahora donde habla
del mísero Sabello y de Nasidio,
y espere a oír aquello que describo.

Calle Ovidio de Cadmo y de Aretusa;
que si aquél en serpiente, en fuente a ésta
convirtió, poetizando, no le envidio;

que frente a frente dos naturalezas
no trasmutó, de modo que ambas formas
a cambiar dispusieran sus materias.

Se respondieron juntos de tal modo,
que en dos partió su cola la serpiente,
y el herido juntaba las dos hormas.

Las piernas con los muslos a sí mismos
tal se unieron, que a poco la juntura
de ninguna manera se veía.

Tomó la cola hendida la figura
que perdía aquel otro, y su pellejo
se hacía blando y el de aquélla, duro.

Vi los brazos entrar por las axilas,
y los pies de la fiera, que eran cortos,
tanto alargar como acortarse aquéllos.

Luego los pies de atrás, torcidos juntos,
el miembro hicieron que se oculta el hombre,
y el mísero del suyo hizo dos patas.

Mientras el humo al uno y otro empaña
de color nuevo, y pelo hace crecer
por una parte y por la otra depila,

cayó el uno y el otro levantose,
sin desviarse la mirada impía,
bajo la cual cambiaban sus hocicos.

El que era en pie lo trajo hacia las sienes,
y de mucha materia que allí había,
salió la oreja del carrillo liso;

lo que no fue detrás y se retuvo
de aquel sobrante, a la nariz dio forma,
y engrosó los dos labios, cual conviene.

El que yacía, el morro adelantaba,
y escondió en la cabeza las orejas,
como del caracol hacen los cuernos.

Y la lengua, que estaba unida y presta
para hablar antes, se partió; y la otra
partida, se cerró; y cesó ya el humo.

El alma que era en fiera convertida,
se echó a correr silbando por el valle,
y la otra, en pos de ella, hablando escupe.

Luego volvíole las espaldas nuevas,
y dijo al otro: «Quiero que ande Buso
como hice yo, reptando, su camino.»

Así yo vi la séptima zahúrda
mutar y trasmutar; y aquí me excuse
la novedad, si oscura fue la pluma.

Y sucedió que, aunque mi vista fuese
algo confusa, y encogido el ánimo,
no pudieron huir, tan a escondidas

que no les viese bien, Puccio Sciancato
-de los tres compañeros era el único
que no cambió de aquellos que vinieron-
era el otro a quien tú, Gaville, lloras,

CANTO XXVI

¡Goza, Florencia, ya que eres tan grande,
que por mar y por tierra bate alas,
y en el infierno se expande tu nombre!

Cinco nobles hallé entre los ladrones
de tus vecinos, de donde me vino
vergüenza, y para ti no mucha honra.

Mas si el soñar al alba es verdadero,
conocerás, de aquí a no mucho tiempo,
lo que Prato, no ya otras, te aborrece.

No fuera prematuro, si ya fuese:
¡Ojalá fuera ya, lo que ser debe!
que más me pesará, cuanto envejezco.

Nos marchamos de allí, y por los peldaños
que en la bajada nos sirvieron antes,
subió mi guía y tiraba de mí.

Y siguiendo el camino solitario,
por los picos y rocas del escollo,
sin las manos, el pie no se valía.

Entonces me dolió, y me duele ahora,
cuando, el recuerdo a lo que vi dirijo,
y el ingenio refreno más que nunca,

porque sin guía de virtud no corra;
tal que, si buena estrella, o mejor cosa,
me ha dado el bien, yo mismo no lo enturbie.

Cuanto el campesino que descansa
en la colina, cuando aquel que alumbra
el mundo, oculto menos tiene el rostro,

cuando a las moscas siguen los mosquitos,
luciérnagas contempla allá en el valle,
en el lugar tal vez que ara y vendimia;

toda resplandecía en llamaradas
la bolsa octava, tal como advirtiera
desde el sitio en que el fondo se veía.

Y como aquel que se vengó con osos,
vio de Elías el carro al remontarse,
y erguidos los caballos a los cielos,

que con los ojos seguir no podía,
ni alguna cosa ver salvo la llama,
como una nubecilla que subiese;

tal se mueven aquéllas por la boca
del foso, más ninguna enseña el hurto,
y encierra un pecador cada centella.

Yo estaba tan absorto sobre el puente,
que si una roca no hubiese agarrado,
sin empujarme hubiérame caído.

Y viéndome mi guía tan atento
dijo: « Dentro del fuego están las almas,
todas se ocultan en donde se queman.»

«Maestro -le repuse-, al escucharte
estoy más cierto, pero ya he notado
que así fuese, y decírtelo quería:

¿quién viene en aquel fuego dividido,
que parece surgido de la pira
donde Eteocles fue puesto con su hermano?»

Me respondió: «Allí dentro se tortura
a Ulises y a Diomedes, y así juntos
en la venganza van como en la ira;

y dentro de su llama se lamenta
del caballo el ardid, que abrió la puerta
que fue gentil semilla a los romanos.

Se llora la traición por la que, muerta,
aún Daidamia se duele por Aquiles,
y por el Paladín se halla el castigo.»

«Si pueden dentro de aquellas antorchas
hablar -le dije- pídote, maestro,
y te suplico, y valga mil mi súplica,

que no me impidas que aguardar yo pueda
a que la llama cornuda aquí llegue;
mira cómo a ellos lleva mi deseo.»

Y él me repuso: «Es digno lo que pides
de mucha loa, y yo te lo concedo;
pero procura reprimir tu lengua.

Déjame hablar a mí, pues que comprendo
lo que quieres; ya que serán esquivos
por ser griegos, tal vez, a tus palabras.»

Cuando la llama hubo llegado a donde
lugar y tiempo pareció a mi guía,
yo le escuché decir de esta manera:

«¡Oh vosotros que sois dos en un fuego,
si os merecí, mientras que estaba vivo,
si os merecí, bien fuera poco o mucho,

cuando altos versos escribí en el mundo,
no os alejéis; mas que alguno me diga
dónde, por él perdido, halló la muerte.»

El mayor cuerno de la antigua llama
empezó a retorcerse murmurando,
tal como aquella que el viento fatiga;

luego la punta aquí y acá moviendo,
cual si fuese una lengua la que hablara,
fuera sacó la voz, y dijo: «Cuando

me separé de Circe, que sustrajo-
me más de un año allí junto a Gaeta,
antes de que así Eneas la llamase,

ni la filial dulzura, ni el cariño
del viejo padre, ni el amor debido,
que debiera alegrar a Penélope,

vencer pudieron el ardor interno
que tuve yo de conocer el mundo,
y el vicio y la virtud de los humanos;

más me arrojé al profundo mar abierto,
con un leño tan sólo, y la pequeña
tripulación que nunca me dejaba.

Un litoral y el otro vi hasta España,
y Marruecos, y la isla de los sardos,
y las otras que aquel mar baña en torno.

Viejos y tardos ya nos encontrábamos,
al arribar a aquella boca estrecha
donde Hércules plantara sus columnas,

para que el hombre más allá no fuera:
a mano diestra ya dejé Sevilla,
y la otra mano se quedaba Ceuta.»

«Oh hermanos -dije-, que tras de cien mil
peligros a occidente habéis llegado,
ahora que ya es tan breve la vigilia

de los pocos sentidos que aún nos quedan,
negaros no queráis a la experiencia,
siguiendo al sol, del mundo inhabitado.

Considerar cuál es vuestra progenie:
hechos no estáis a vivir como brutos,
mas para conseguir virtud y ciencia.»

A mis hombres les hice tan ansiosos
del camino con esta breve arenga,
que no hubiera podido detenerlos;

y vuelta nuestra proa a la mañana,
alas locas hicimos de los remos,
inclinándose siempre hacia la izquierda.

Del otro polo todas las estrellas
vio ya la noche, y el nuestro tan bajo
que del suelo marino no surgía.

Cinco veces ardiendo y apagada
era la luz debajo de la luna,
desde que al alto paso penetramos,

cuando vimos una montaña, oscura
por la distancia, y pareció tan alta
cual nunca hubiera visto monte alguno.

Nos alegramos, mas se volvió llanto:
pues de la nueva tierra un torbellino
nació, y le golpeó la proa al leño.

Le hizo girar tres veces en las aguas;
a la cuarta la popa alzó a lo alto,
bajó la proa -como Aquél lo quiso-
hasta que el mar cerró sobre nosotros.

CANTO XXVII

Quieta estaba la llama ya y derecha
para no decir más, y se alejaba
con la licencia del dulce poeta,

cuando otra, que detrás de ella venía,
hizo volver los ojos a su punta,
porque salía de ella un son confuso.

Como mugía el toro siciliano
que primero mugió, y eso fue justo,
con el llanto de aquel que con su lima

lo templó, con la voz del afligido,
que, aunque estuviese forjado de bronce,
de dolor parecía traspasado;

así, por no existir hueco ni vía
para salir del fuego, en su lenguaje
las palabras amargas se tornaban.

Mas luego al encontrar ya su camino
por el extremo, con el movimiento
que la lengua le diera con su paso,

escuchamos: «Oh tú, a quien yo dirijo
la voz y que has hablado cual lombardo,
diciendo: “Vete ya; más no te incito”,

aunque he llegado acaso un poco tarde,
no te pese el quedarte a hablar conmigo:
¡Mira que no me pesa a mí, que ardo!

Si tú también en este mundo ciego
has oído de aquella dulce tierra
latina, en que yo fui culpable, dime

si tiene la Romaña paz o guerra;
pues yo nací en los montes entre Urbino
y el yugo del que el Tiber se desata.»

Inclinado y atento aún me encontraba,
cuando al costado me tocó mi guía,
diciéndome: «Habla tú, que éste es latino.»

Yo, que tenía la respuesta pronta,
comencé a hablarle sin demora alguna:
«Oh alma que te escondes allá abajo,

tu Romaña no está, no estuvo nunca,
sin guerra en el afán de sus tiranos;
más palpable ninguna dejé ahora.

Rávena está como está ha muchos años:
le los Polenta el águila allí anida,
al que a Cervia recubre con sus alas.

La tierra que sufrió la larga prueba
hizo de francos un montón sangriento,
bajo las garras verdes permanece.

El mastín viejo y joven de Verruchio,
que mal la guardia dieron a Montaña,
clavan, donde solían, sus colmillos.

Las villas del Santerno y del Camone
manda el leoncito que campea en blanco,
que de verano a invierno el bando muda;

y aquella cuyo flanco el Savio baña,
como entre llano y monte se sitúa,
vive entre estado libre y tiranía.

Ahora quién eres, pido que me cuentes:
no seas más duro que lo fueron otros;
tu nombre así en el mundo tenga fama.»

Después que el fuego crepitó un momento
a su modo, movió la aguda punta
de aquí, de allí, y después lanzó este soplo:

«Si creyera que diese mi respuesta
a persona que al mundo regresara,
dejaría esta llama de agitarse;

pero, como jamás desde este fondo
nadie vivo volvió, si bien escucho,
sin temer a la infamia, te contestó:

Guerrero fui, y después fui cordelero,
creyendo, así ceñido, hacer enmienda,
y hubiera mi deseo realizado,

si a las primeras culpas, el gran Preste,
que mal haya, tornado no me hubiese;
y el cómo y el porqué, quiero que escuches:

Mientras que forma fui de carne y huesos
que mi madre me dio, fueron mis obras
no leoninas sino de vulpeja;

las acechanzas, las ocultas sendas
todas las supe, y tal llevé su arte,
que iba su fama hasta el confín del mundo.

Cuando vi que llegaba a aquella parte
de mi vida, en la que cualquiera debe
arriar las velas y lanzar amarras,

lo que antes me plació, me pesó entonces,
y arrepentido me volví y confeso,
¡ah miserable!, y me hubiera salvado.

El príncipe de nuevos fariseos,
haciendo guerra cerca de Letrán,
y no con sarracenos ni judíos,

que su enemigo todo era cristiano,
y en la toma de Acre nadie estuvo
ni comerciando en tierras del Sultán;

ni el sumo oficio ni las sacras órdenes
en sí guardó, ni en mí el cordón aquel
que suele hacer delgado a quien lo ciñe.

Pero, como a Silvestre Constantino,
allí en Sirati a curarle de lepra,
así como doctor me llamó éste

para curarle la soberbia fiebre:
pidiome mi consejo, y yo callaba,
pues sus palabras ebrias parecían.

Luego volvió a decir: «Tu alma no tema;
de antemano te absuelvo; enséñame
la forma de abatir a Penestrino.

El cielo puedo abrir y cerrar puedo,
porque son dos las llaves, como sabes,
que mi predecesor no tuvo aprecio.»

Los graves argumentos me punzaron
y, pues callar peor me parecía,
le dije: “Padre, ya que tú me lavas

de aquel pecado en el que caigo ahora,
larga promesa de cumplir escaso
hará que triunfes en el alto solio.”

Luego cuando morí, vino Francisco,
más uno de los negros querubines
le dijo: “No lo lles: no me enfades.

Ha de venirse con mis condenados,
puesto que dio un consejo fraudulento,
y le agarro del pelo desde entonces;

que a quien no se arrepiente no se absuelve,
ni se puede querer y arrepentirse,
pues la contradicción no lo consiente.”

¡Oh miserable, cómo me aterraba
al agarrarme diciéndome: “¿Acaso
no pensabas que lógico yo fuese?”

A Minos me condujo, y ocho veces
al duro lomo se ciñó la cola,
y después de morderse enfurecido,

dijo: “Este es reo de rabiosa llama”,
por lo cual donde ves estoy perdido
y, así vestido, andando me lamento.»

Cuando hubo terminado su relato,
se retiró la llama dolorida,
torciendo y debatiendo el cuerno agudo.

A otro lado pasamos, yo y mi guía,
por cima del escollo al otro arco
que cubre el foso, donde se castiga
a los que, discordiando, adquieren pena.

CANTO XXVIII

Aun si en prosa lo hiciese, ¿quién podría
de tanta sangre y plagas como vi
hablar, aunque contase muchas veces?

En verdad toda lengua fuera escasa
porque nuestro lenguaje y nuestra mente
no tienen juicio para abarcar tanto.

Aunque reuniesen a todo aquel gentío
que allí sobre la tierra infortunada
de Apulia, fue de su sangre doliente

por los troyanos y la larga guerra
que tan grande despojo hizo de anillos,
cual Livio escribe, y nunca se equivoca;

y quien sufrió los daños de los golpes
por oponerse a Roberto Guiscardo;
y la otra cuyos huesos aún se encuentran

en Caperano, donde fue traidor
todo el pullés; y la de Tegliacozzo,
que venció desarmado el viejo Alardo,

y cuál cortado y cuál roto su miembro
mostrase, vanamente imitaría
de la novena bolsa el modo inmundo.

Una cuba, que dueña o fondo pierde,
como a uno yo vi, no se vacía,
de la barbilla abierto al bajo vientre;

por las piernas las tripas le colgaban,
vela la asadura, el triste saco
que hace mierda de todo lo que engulle.

Mientras que en verlo todo me ocupaba,
me miró y con la mano se abrió el pecho
diciendo: «¡Mira cómo me desgarró!

y mira qué tan maltrecho está Mahoma!
Delante de mí Ali llorando marcha,
rota la cara del cuello al copete.

Todos los otros que tú ves aquí,
sembradores de escándalo y de cisma
vivos fueron, y así son desgarrados.

Hay detrás un demonio que nos abre,
tan crudamente, al tajo de la espada,
cada cual de esta fila sometiendo,

cuando la vuelta damos al camino;
porque nuestras heridas se nos cierran
antes que otros delante de él se pongan.

Más ¿quién eres, que husmeas en la roca,
tal vez por retrasar ir a la pena,
con que son castigadas tus acciones?»

«Ni le alcanza aún la muerte, ni el castigo
-respondió mi maestro- le atormenta;
más, por darle conocimiento pleno,

yo, que estoy muerto, debo conducirlo
por el infierno abajo vuelta a vuelta:
y esto es tan cierto como que te hablo.»

Mas de cien hubo que, cuando lo oyeron,
en el foso a mirarme se pararon
llenos de asombro, olvidando el martirio.

« Pues bien, di a Fray Dolcín que se abastezca,
tú que tal vez verás el sol en breve,
si es que no quiere aquí seguirme pronto,

tanto, que, rodeado por la nieve,
no deje la victoria al de Novara,
que no sería fácil de otro modo.»

Después de alzar un pie para girarse,
estas palabras díjome Mahoma;
luego al marcharse lo fijó en la tierra.

Otro, con la garganta perforada,
cortada la nariz hasta las cejas,
que una oreja tenía solamente,

con los otros quedó, maravillado,
y antes que los demás, abrió el gáznate,
que era por fuera rojo por completo;

y dijo: «Oh tú a quien culpa no condena
y a quien yo he visto en la tierra latina,
si mucha semejanza no me engaña,

acuérdate de Pier de Medicina,
si es que vuelves a ver el dulce llano,
que de Vercelli a Marcabó descende.

Y haz saber a los dos grandes de Fano,
a maese Guido y a maese Angioiello,
que, si no es vana aquí la profecía,

arrojados serán de su bajel,
y agarrotados cerca de Cattolica,
por traición de tirano fementido.

Entre la isla de Chipre y de Mallorca
no vio nunca Neptuno tal engaño,
no de piratas, no de gente argólica.

Aquel traidor que ve con sólo uno,
y manda en el país que uno a mi lado
quisiera estar ayuno de haber visto,

ha de hacerles venir a una entrevista;
luego hará tal, que al viento de Focara
no necesitarán preces ni votos.»

Y yo le dije: «Muéstrame y declara,
si quieres que yo lleve tus noticias,
quién es el de visita tan amarga.»

Puso entonces la mano en la mejilla
de un compañero, y abriole la boca,
gritando: «Es éste, pero ya no habla;

éste, exiliado, sembraba la duda,
diciendo a César que el que está ya listo
siempre con daño el esperar soporta.»

¡Oh cuán acobardado parecía,
con la lengua cortada en la garganta,
Curión que en el hablar fue tan osado!

Y uno, con una y otra mano mochas,
que alzaba al aire oscuro los muñones,
tal que la sangre le ensuciaba el rostro,

gritó: «Te acordarás también del Mosca,
que dijo: “Lo empezado fin requiere”,
que fue mala simiente a los toscanos.»

Y yo le dije: «Y muerte de tu raza.»
Y él, dolor a dolor acumulado,
se fue como persona triste y loca.

Más yo quedé para mirar el grupo,
y vi una cosa que me diera miedo,
sin más pruebas, contarla solamente,

si no me asegurase la conciencia,
esa amiga que al hombre fortifica
en la confianza de sentirse pura.

Yo vi de cierto, y parece que aún vea,
un busto sin cabeza andar lo mismo
que iban los otros del rebaño triste;

la testa trunca agarraba del pelo,
cual un farol llevándola en la mano;
y nos miraba, y «¡Ay de mí!» decía.

De sí se hacía a sí mismo lucerna,
y había dos en uno y uno en dos:
cómo es posible sabe Quien tal manda.

Cuando llegado hubo al pie del puente,
alzó el brazo con toda la cabeza,
para decir de cerca sus palabras,

que fueron: «Mira mi pena tan cruda
tú que, inspirando vas viendo a los muertos;
mira si alguna hay grande como es ésta.

Y para que de mí noticia lleves
sabrás que soy Bertrand de Born, aquel
que diera al joven rey malos consejos.

Yo hice al padre y al hijo enemistarse:
Aquitael no hizo más de Absalón
y de David con perversas punzadas:

Y como gente unida así he partido,
partido llevo mi cerebro, ¡ay triste!,
de su principio que está en este tronco.
Y en mí se cumple la contrapartida.»

CANTO XXIX

La mucha gente y las diversas plagas,
tanto habían mis ojos embriagado,
que quedarse llorando deseaban;

mas Virgilio me dijo: «¿En qué te fijas?
¿Por qué tu vista se detiene ahora
tras de las tristes sombras mutiladas?

Tú no lo hiciste así en las otras bolsas;
piensa, si enumerarlas crees posible,
que millas veintidós el valle abarca.

Y bajo nuestros pies ya está la luna:
Del tiempo concedido queda poco,
y aún nos falta por ver lo que no has visto.»

«Si tú hubieras sabido -le repuse-
la razón por la cual miraba, acaso
me hubieses permitido detenerme.»

Ya se marchaba, y yo detrás de él,
mi guía, respondiendo a su pregunta
y añadiéndole: «Dentro de la cueva,

donde los ojos tan atento puse,
creo que un alma de mi sangre llora
la culpa que tan caro allí se paga.»

Dijo el maestro entonces: «No entretengas
de aquí adelante en ello el pensamiento:
piensa otra cosa, y él allá se quede;

que yo le he visto al pie del puentecillo
señalarte, con dedo amenazante,
y llamarlo escuché Geri del Bello.

Tan distraído tú estabas entonces
con el que tuvo Altaforte a su mando,
que se fue porque tú no le atendías.»

«Oh guía mío, la violenta muerte
que aún no le ha vengado -yo repuse-
ninguno que comparta su vergüenza,

hácele desdeñoso; y sin hablarme
se ha marchado, del modo que imagino;
con él por esto he sido más piadoso.»

Conversamos así hasta el primer sitio
que desde el risco el otro valle muestra,
si hubiese allí más luz, todo hasta el fondo.

Cuando estuvimos ya en el postrer claustro
de Majasbolsas, y que sus profesos
a nuestra vista aparecer podían,

lamentos saeteáronme diversos,
que herrados de piedad dardos tenían;
y me tapé por ello los oídos.

Como el dolor, si con los hospitales
de Valdiquiana entre junio y septiembre,
los males de Maremma y de Cerdeña,

en una fosa juntos estuvieran,
tal era aquí; y tal hedor desprendía,
como suele venir de miembros muertos.

Descendimos por la última ribera
del largo escollo, a la siniestra mano;
y entonces pude ver más claramente

allí hacia el fondo, donde la ministra
del alto Sir, inefable justicia,
castiga al falseador que aquí condena.

Yo no creo que ver mayor tristeza
en Egina pudiera el pueblo enfermo,
cuando se llenó el aire de ponzoña,

pues, hasta el gusanillo, perecieron
los animales; y la antigua gente,
según que los poeta aseguran,

se engendró de la estirpe de la hormiga;
como era viendo por el valle oscuro
languidecer las almas a montones.

Cuál sobre el vientre y cuál sobre la espalda,
yacía uno del otro, y como a gatas,
por el triste sendero caminaban.

Muy lentamente, sin hablar, marchábamos,
mirando y escuchando a los enfermos,
que levantar sus cuerpos no podían.

Vi sentados a dos que se apoyaban,
como al cocer se apoyan teja y teja,
de la cabeza al pie llenos de pústulas.

Y nunca vi moviendo la almohaza
a muchacho esperado por su amo,
ni a aquel que con desgana está aún en vela,

como éstos se mordían con las uñas
a ellos mismos a causa de la saña
del gran picor, que no tiene remedio;

y arrancaban la sarna con las uñas,
como escamas de meros el cuchillo,
o de otro pez que las tenga más grandes.

«Oh tú que con los dedos te desuellas
-se dirigió mi guía a uno de aquéllos-
y que a veces tenazas de ellos haces,

dime si algún latino hay entre éstos
que están aquí, así te duren las uñas
eternamente para esta tarea.»

«Latinos somos quienes tan gastados
aquí nos ves -llorando uno repuso-;
¿y quién tú, que preguntas por nosotros?»

Y el guía dijo: «Soy uno que baja
con este vivo aquí, de grada en grada,
y enseñarle el infierno yo pretendo.»

Entonces se rompió el común apoyo;
y temblando los dos a mí vinieron
con otros que lo oyeron de pasada.

El buen maestro a mí se volvió entonces,
diciendo: «Diles todo lo que quieras»;
y yo empecé, pues que él así quería:

«Así vuestra memoria no se borre
de las humanas mentes en el mundo,
mas que perviva bajo muchos soles,

decidme quiénes sois y de qué gente:
vuestra asquerosa y fastidiosa pena
el confesarlo espanto no os produzca.»

«Yo fui de Arezzo, y Albergo el de Siena
-repuso uno- púsome en el fuego,
pero no me condena aquella muerte.

Verdad es que le dije bromeando:
“Yo sabré alzarme en vuelo por el aire”
y aquél, que era curioso a insensato,

quiso que le enseñase el arte; y sólo
porque no le hice Dédalo, me hizo
arder así como lo hizo su hijo.

Mas en la última bolsa de las diez,
por la alquimia que yo en el mundo usaba,
me echó Minos, que nunca se equivoca.»

Y yo dije al maestro: «¿Ha habido nunca
gente tan vana como la sienesa?
cierto, ni la francesa llega a tanto.»

Como el otro leproso me escuchara,
repuso a mis palabras: «Quita a Stricca,
que supo hacer tan moderados gastos;

y a Niccolò, que el uso dispendioso
del clavo descubrió antes que ninguno,
en el huerto en que tal simiente crece;

y quita la pandilla en que ha gastado
Caccia d'Ascian la viña y el gran bosque,
y el Abbagliato ha perdido su juicio.

Más por que sepas quién es quien te sigue
contra el sienés, en mí la vista fija,
que mi semblante habrá de responderte:

verás que soy la sombra de Capoccio,
que falseé metales con la alquimia;
y debes recordar, si bien te miro,
que por naturaleza fui una mona.»

CANTO XXX

Cuando Juno por causa de Semele
odio tenía a la estirpe tebana,
como lo demostró en tantos momentos,

Atamante volviöse tan demente,
que, viendo a su mujer con los dos hijos
que en cada mano a uno conducía,

gritó: «¡Tendamos redes, y atrapemos
a la leona al pasar y a los leoncitos!»;
y luego con sus garras despiadadas.

agarró al que Learco se llamaba,
le volteó y le dio contra una piedra;
y ella se ahogó cargada con el otro.

Y cuando la fortuna echó por tierra
la soberbia de Troya tan altiva,
tal que el rey junto al reino fue abatido,

Hécuba triste, mísera y cautiva,
luego de ver a Polixena muerta,
y a Polidoro allí, junto a la orilla

del mar, pudo advertir con tanta pena,
desgarrada ladró tal como un perro;
tanto el dolor su mente trastornaba.

Mas ni de Tebas furias ni troyanas
se vieron nunca en nadie tan crueles,
ni a las bestias hiriendo, ni a los hombres,

cuanto en dos almas pálidas, desnudas,
que mordiendo corrían, vi, del modo
que el cerdo cuando deja la pocilga.

Una cogió a Capocchio, y en el nudo
del cuello le mordió, y al empujarle,
le hizo arañar el suelo con el vientre.

Y el aretino, que quedó temblando,
me dijo: « El loco aquel es Gianni Schichi,
que rabioso a los otros así ataca.»

«Oh -le dije- así el otro no te hingue
los dientes en la espalda, no te importe
el decirme quién es antes que escape.»

Y él me repuso: «El alma antigua es ésa
de la perversa Mirra, que del padre
lejos del recto amor, se hizo querida.

El pecar con aquél consiguió ésta
falsificándose en forma de otra,
igual que osó aquel otro que se marcha,

por ganarse a la reina de las yeguas,
falsificar en sí a Buoso Donati,
testando y dando norma al testamento.»

Y cuando ya se fueron los rabiosos,
sobre los cuales puse yo la vista,
la volví por mirar a otros malditos.

Vi a uno que un laúd parecería
si le hubieran cortado por las ingles
del sitio donde el hombre se bifurca.

La grave hidropesía, que deforma
los miembros con humores retenidos,
no casado la cara con el vientre,

le obliga a que los labios tenga abiertos,
tal como a causa de la sed el hético,
que uno al mentón, y el otro lleva arriba.

«Ah vosotros que andáis sin pena alguna,
y yo no sé por qué, en el mundo bajo
-él nos dijo-, mirad y estad atentos

a la miseria de maese Adamo:
mientras viví yo tuve cuanto quise,
y una gota de agua, ¡ay triste!, ansio.

Los arroyuelos que en las verdes lomas
de Casentino bajan hasta el Arno,
y hacen sus cauces fríos y apacibles,

siempre tengo delante, y no es en vano;
porque su imagen aún más me reseca
que el mal con que mi rostro se descarna.

La rígida justicia que me hiere
se sirve del lugar en que pequé
para que ponga en fuga más suspiros.

Está Romena allí, donde hice falsa
la aleación sigilada del Bautista,
por lo que el cuerpo quemado dejé.

Pero si viese aquí el ánima triste
de Guido o de Alejandro o de su hermano,
Fuente Branda, por verlos, no cambiase.

Una ya dentro está, si las rabiosas
sombras que van en torno no se engañan,
¿mas de qué sirve a mis miembros ligados?

Si acaso fuese al menos tan ligero
que anduviese en un siglo una pulgada,
en el camino ya me habría puesto,

buscándole entre aquella gente infame,
aunque once millas abarque esta fosa,
y no menos de media de través.

Por aquellos me encuentro en tal familia:
pues me indujeron a acuñar florines
con tres quilates de oro solamente.»

Y yo dije: «¿Quién son los dos mezquinos
que humean, cual las manos en invierno,
apretados yaciendo a tu derecha?»

«Aquí los encontré, y no se han movido
-me repuso- al llorar yo en este abismo
ni eternamente creo que se muevan.

Una es la falsa que acusó a José;
otro el falso Sinón, griego de Troya:
por una fiebre aguda tanto hieden.»

Y uno de aquéllos, lleno de fastidio
tal vez de ser nombrados con desprecio,
le dio en la dura panza con el puño.

Ésta sonó cual si fuese un tambor;
y maese Adamo le pegó en la cara
con su brazo que no era menos duro,

diciéndole: «Aunque no pueda moverme,
porque pesados son mis miembros, suelto
para tal menester tengo mi brazo.»

Y aquél le respondió: « Al encaminarte
al fuego, tan veloz no lo tuviste:
pero sí, y más, cuando falsificabas.»

Y el hidrópico dijo: «Eso es bien cierto;
más tan veraz testimonio no diste
al requerirte la verdad en Troya.»

«Si yo hablé en falso, el cuño falseaste
-dijo Sinón- y aquí estoy por un yerro,
y tú por más que algún otro demonio.»

«Acuérdate, perjuró, del caballo
-repuso aquel de la barriga hinchada-;
y que el mundo lo sepa y lo castigue.»

«Y te castigue a ti la sed que agrieta
-dijo el griego- la lengua, el agua inmundada
que al vientre le hace valla ante tus ojos.»

Y el monedero dilo: «Así se abra
la boca por tu mal, como acostumbra;
que si sed tengo y me hincha el humor,

te duele la cabeza y tienes fiebre;
y a lamer el espejo de Narciso,
te invitarían muy pocas palabras.»

Yo me estaba muy quieto para oírles
cuando el maestro dijo: «¡Vamos, mira!
no comprendo qué te hace tanta gracia.»

Al oír que me hablaba con enojo,
hacia él me volví con tal vergüenza,
que todavía gira en mi memoria.

Como ocurre a quien sueña su desgracia,
que soñando aún desea que sea un sueño,
tal como es, como si no lo fuese,

así yo estaba, sin poder hablar,
deseando excusarme, y excusábame
sin embargo, y no pensaba hacerlo.

«Falta mayor menor vergüenza lava
-dijo el maestro-, que ha sido la tuya;
así es que ya descarga tu tristeza.

Y piensa que estaré siempre a tu lado,
si es que otra vez te lleva la fortuna
donde haya gente en pleitos semejantes:
pues el querer oír eso es vil deseo.»

CANTO XXXI

La misma lengua me mordió primero,
haciéndome teñir las dos mejillas,
y después me aplicó la medicina:

así escuché que solía la lanza
de Aquiles y su padre ser causante
primero de dolor, después de alivio,

Dimos la espalda a aquel misero valle
por la ribera que en torno le ciñe,
y sin ninguna charla lo cruzamos.

No era allí ni de día ni de noche,
y poco penetraba con la vista;
pero escuché sonar un alto cuerno,

tanto que habría a los truenos callado,
y que hacia él su camino siguiendo,
me dirigió la vista sólo a un punto.

Tras la derrota dolorosa, cuando
Carlomagno perdió la santa gesta,
Orlando no tocó con tanta furia.

A poco de volver allí mi rostro,
muchas torres muy altas creí ver;
y yo: «Maestro, di, ¿qué muro es éste?»

Y él a mí: «Como cruzas las tinieblas
demasiado a lo lejos, te sucede
que en el imaginar estás errado.

Bien lo verás, si llegas a su vera,
cuánto el seso de lejos se confunde;
así que marcha un poco más aprisa.»

Y con cariño cogíome la mano,
y dijo: «Antes que hayamos avanzado,
para que menos raro te parezca,

sabe que no son torres, más gigantes,
y en el pozo al que cerca esta ribera
están metidos, del ombligo abajo.»

Como al irse la niebla disipando,
la vista reconoce poco a poco
lo que esconde el vapor que arrastra el aire,

así horadando el aura espesa y negra,
más y más acercándonos al borde,
se iba el error y el miedo me crecía;

pues como sobre la redonda cerca
Monterregión de torres se corona,
así aquel margen que el pozo circunda

con la mitad del cuerpo torreaban
los horribles gigantes, que amenaza
aún desde el cielo Júpiter tronando.

Y yo miraba ya de alguno el rostro,
la espalda, el pecho y gran parte del vientre,
y los brazos cayendo a los costados.

Cuando dejó de hacer Naturaleza
aquellos animales, muy bien hizo,
porque tales ayudas quitó a Marte;

Y si ella de elefantes y ballenas
no se arrepiente, quien atento mira,
más justa y más discreta ha de tenerla;

pues donde el argumento de la mente
al mal querer se junta y a la fuerza,
el hombre no podría defenderse.

Su cara parecía larga y gruesa
como la Piña de San Pedro, en Roma,
y en esta proporción los otros huesos;

y así la orilla, que les ocultaba
del medio abajo, les mostraba tanto
de arriba, que alcanzar su cabellera

tres frisiones en vano pretendiesen;
pues treinta grandes palmos les veía
de abajo al sitio en que se anuda el manto.

«Raphel may amech zabi almi»,
a gritar empezó la fiera boca,
a quien más dulces salmos no convienen.

Y mi guía hacia él: « ¡Alma insensata,
coge tu cuerno, y desfoga con él
cuanta ira o pasión así te agita!

Mírate al cuello, y hallarás la sogá
que amarrado lo tiene, alma turbada,
mira cómo tu enorme pecho aprieta.»

Después me dijo: «A sí mismo se acusa.
Este es Nembrot, por cuya mala idea
sólo un lenguaje no existe en el mundo.

Dejémosle, y no hablemos vanamente,
porque así es para él cualquier lenguaje,
cual para otros el suyo: nadie entiende.»

Seguimos el viaje caminando
a la izquierda, y a un tiro de ballesta,
otro encontramos más feroz y grande.

Para ceñirlo quién fuera el maestro,
decir no sé, pero tenía atados
delante el otro, atrás el brazo diestro,

una cadena que le rodeaba
del cuello a abajo, y por lo descubierto
le daba vueltas hasta cinco veces.

«Este soberbio quiso demostrar
contra el supremo Jove su potencia
-dijo mi guía- y esto ha merecido.

Se llama Efialte; y su intentona hizo
al dar miedo a los dioses los gigantes:
los brazos que movió, ya más no mueve.»

Y le dije: «Quisiera, si es posible,
que del desmesurado Briareo
puedan tener mis ojos experiencia.»

Y él me repuso: «A Anteo ya verás
cerca de aquí, que habla y está libre,
que nos pondrá en el fondo del infierno.

Aquel que quieres ver, está muy lejos,
y está amarrado y puesto de igual modo,
salvo que aún más feroz el rostro tiene.»

No hubo nunca tan fuerte terremoto,
que moviese una torre con tal fuerza,
como Efialte fue pronto en revolve.

Más que nunca temí la muerte entonces,
y el miedo solamente bastaría
aunque no hubiese visto las cadenas.

Seguimos caminando hacia adelante
y llegamos a Anteo: cinco alas
salían de la fosa, sin cabeza.

«Oh tú que en el afortunado valle
que heredero a Escipión de gloria hizo,
al escapar Aníbal con los suyos,

mil leones cazaste por botín,
y que si hubieses ido a la alta lucha
de tus hermanos, hay quien ha pensado

que vencieran los hijos de la Tierra;
bájanos, sin por ello despreciarnos,
donde al Cocito encierra la friura.

A Ticio y a Tifeo no nos mandes;
éste te puede dar lo que desees;
inclínate, y no tuerzas el semblante.

Aún puede darte fama allá en el mundo,
pues que está vivo y larga vida espera,
si la Gracia a destiempo no le llama.»

Así dijo el maestro; y él deprisa
tendió la mano, y agarró a mi guía,
con la que a Hércules diera el fuerte abrazo.

Virgilio, cuando se sintió cogido,
me dijo: «Ven aquí, que yo te coja»;
luego hizo tal que un haz éramos ambos.

Cual parece al mirar la Garisenda
donde se inclina, cuando va una nube
sobre ella, que se venga toda abajo;

tal pareciome Anteo al observarle
y ver que se inclinaba, y fue en tal hora
que hubiera preferido otro camino.

Más levemente al fondo que se traga
a Lucifer con Judas, nos condujo;
y así inclinado no hizo más demora,
y se alzó como el mástil en la nave.

CANTO XXXII

Si rimas broncas y ásperas tuviese,
como merecería el agujero
sobre el que apoyan las restantes rocas

exprimiría el jugo de mi tema
más plenamente; más como no tengo,
no sin miedo a contarlo me dispongo;

que no es empresa de tomar a juego
de todo el orbe describir el fondo,
ni de lengua que diga «mama» o «papa».

Más a mi verso ayuden las mujeres
que a Anfión a cerrar Tebas ayudaron,
y del hecho el decir no sea diverso.

¡Oh sobre todas mal creada plebe,
que el sitio ocupas del que hablar es duro,
mejor sería ser cabras u ovejas!

Cuando estuvimos ya en el negro pozo,
de los pies del gigante aún más abajo,
y yo miraba aún la alta muralla,

oí decirme: «Mira dónde pisas:
anda sin dar patadas a la triste
cabeza de mi hermano desdichado.»

Por lo cual me volví, y vi por delante
y a mis plantas un lago que, del hielo,
de vidrio, y no de agua, tiene el rostro.

A su corriente no hace tan espeso
velo, en Austria, el Danubio en el invierno,
ni bajo el frío cielo allá el Tanais,

como era allí; porque si el Pietrapana
o el Tamernic, encima le cayese,
ni «crac» hubiese hecho por el golpe.

Y tal como croando está la rana,
fuera del agua el morro, cuando sueña
con frecuencia espigar la campesina,

lúvidas, hasta el sitio en que aparece
la vergüenza, en el hielo había sombras,
castañeteando el diente cual cigüeñas.

Hacia abajo sus rostros se volvían:
el frío con la boca, y con los ojos
el triste corazón testimoniaban.

Después de haber ya visto un poco en torno,
miré, a mis pies, a dos tan estrechados,
que mezclados tenían sus cabellos.

«Decidme, los que así apretáis los pechos
-les dije- ¿Quiénes sois?» Y el cuello irguieron;
y al alzar la cabeza, chorrearon

sus ojos, que antes eran sólo blandos
por dentro, hasta los labios, y ató el hielo
las lágrimas entre ellos, encerrándolos.

Leño con leño grapa nunca une
tan fuerte; por lo que, como dos chivos,
los dos se golpearon iracundos.

Y uno, que sin orejas se encontraba
por la friura, con el rostro gacho,
dijo: «¿Por qué nos miras de ese modo?

Si saber quieres quién son estos dos,
el valle en que el Bisenzo se derrama
fue de Alberto, su padre, y de estos hijos.

De igual cuerpo salieron; y en Caína
podrás buscar, y no encontrarás sombra
más digna de estar puesta en este hielo;

no aquel a quien rompiera pecho y sombra,
por la mano de Arturo, un solo golpe;
no Focaccia; y no éste, que me tapa

con la cabeza y no me deja ver,
y fue llamado Sassol Mascheroni:
si eres toscano bien sabrás quién fue.

Y porque en más sermones no me metas,
sabe que fui Camincion dei Pazzi;
y espero que Carlino me haga bueno.»

Luego yo vi mil rostros por el frío
amoratados, y terror me viene,
y siempre me vendrá de aquellos hielos.

Y mientras que hacia el centro caminábamos,
en el que toda gravedad se aúna,
y yo en la eterna lobreguez temblaba,

si el azar o el destino o Dios lo quiso,
no sé; mas paseando entre cabezas,
golpeé con el pie el rostro de una.

Llorando me gritó: «¿Por qué me pisas?
Si a aumentar tú no vienes la venganza
de Monteaperti, ¿por qué me molestas?»

Y yo: «Maestro mío, espera un poco
pues quiero que me saque éste de dudas;
y luego me darás, si quieres, prisa.»

El guía se detuvo y dije a aquel
que blasfemaba aún muy duramente:
« ¿Quién eres tú que así reprendes a otros?»

«Y tú ¿quién eres que por la Antenora
vas golpeando -respondió- los rostros,
de tal forma que, aun vivo, mucho fuera?»

«Yo estoy vivo, y acaso te convenga
-fue mi respuesta-, si es que quieres fama,
que yo ponga tu nombre entre los otros.»

Y él a mí: «Lo contrario desearía;
márchate ya de aquí y no me molestes,
que halagar sabes mal en esta gruta.»

Entonces le cogí por el cogote,
y dije: «Deberás decir tu nombre,
o quedarte sin pelo aquí debajo.»

Por lo que dijo: «Aunque me descabelles,
no te diré quién soy, ni he de decirlo,
aunque mil veces golpees mi cabeza.»

Ya enroscados tenía sus cabellos,
y ya más de un mechón le había arrancado,
mientras ladraba con la vista gacha,

cuando otro le gritó: «¿Qué tienes, Bocca?
¿No te basta sonar con las quijadas,
sino que ladras? ¿quién te da tormento?»

«Ahora -le dije yo- no quiero oírte,
oh malvado traidor: que en tu deshonra,
he de llevar de ti veraces nuevas.»

«Vete -repuso- y di lo que te plazca,
pero no calles, si de aquí salieras,
de quien tuvo la lengua tan ligera.

Él llora aquí el dinero del francés:
"Yo vi -podrás decir- a aquel de Duera,
donde frescos están los pecadores."

Si fuera preguntado "¿y esos otros?",
tienes al lado a aquel de Beccaria,
del cual segó Florencia la garganta.

Gianni de Soldanier creo que está
allá con Ganelón y Teobaldelo,
que abrió Faenza mientras que dormía.»

Nos habíamos de estos alejado,
cuando vi a dos helados en un hoyo,
y una cabeza de otra era sombrero;

y como el pan con hambre se devora,
así el de arriba le mordía al otro
donde se juntan nuca con cerebro.

No de otra forma Tideo roía
la sien a Menalipo por despecho,
que aquél el cráneo y las restantes cosas.

«Oh tú, que muestras por tan brutal signo
un odio tal por quien así devoras,
dime el porqué -le dije- de ese trato,

que si tú con razón te quejas de él,
sabiendo quiénes sois, y su pecado,
aún en el mundo pueda yo vengarte,
si no se seca aquella con la que hablo.»

CANTO XXXIII

De la feroz comida alzó la boca
el pecador, limpiándola en los pelos
de la cabeza que detrás roía.

Luego empezó: «Tú quieres que renueve
el amargo dolor que me atenaza
sólo al pensarlo, antes que de ello hable.

Más si han de ser simiente mis palabras
que dé frutos de infamia a este traidor
que muerdo, al par verás que lloro y hablo.

Ignoro yo quién seas y en qué forma
has llegado hasta aquí, mas de Florencia
de verdad me pareces al oírte.

Debes saber que fui el conde Ugolino
y este ha sido Ruggieri, el arzobispo;
por qué soy tal vecino he de contarte.

Que a causa de sus malos pensamientos,
y fiándome de él fui puesto preso
y luego muerto, no hay que relatarlo;

mas lo que haber oído no pudiste,
quiero decir, lo cruel que fue mi muerte,
escucharás: sabrás si me ha ofendido.

Un pequeño agujero de «la Muda»
que por mí ya se llama «La del Hambre»,
y que conviene que a otros aún encierre,

enseñado me había por su hueco
muchas lunas, cuando un mal sueño tuve
que me rasgó los velos del futuro.

Éste me apareció señor y dueño,
a la caza del lobo y los lobeznos
en el monte que a Pisa oculta Lucca.

Con perros flacos, sabios y amaestrados,
los Gualandis, Lanfrancos y Sismondís
al frente se encontraban bien dispuestos.

Tras de corta carrera vi rendidos
a los hijos y al padre, y con colmillos
agudos vi morderles los costados.

Cuando me desperté antes de la aurora,
llorar sentí en el sueño a mis hijitos
que estaban junto a mí, pidiendo pan.

Muy cruel serás si no te dueles de esto,
pensando lo que en mi alma se anunciaba:
y si no lloras, ¿de qué llorar sueles?

Se despertaron, y llegó la hora
en que solían darnos la comida,
y por su sueño cada cual dudaba.

Y oí clavar la entrada desde abajo
de la espantosa torre; y yo miraba
la cara a mis hijitos sin moverme.

Yo no lloraba, tan de piedra era;
lloraban ellos; y Anselmuccio dijo:
«Cómo nos miras, padre, ¿qué te pasa?»

Pero yo no lloré ni le repuse
en todo el día ni al llegar la noche,
hasta que un nuevo sol salía a mundo.

Como un pequeño rayo penetrase
en la penosa cárcel, y mirara
en cuatro rostros mi apariencia misma,

ambas manos de pena me mordía;
y al pensar que lo hacía yo por ganas
de comer, bruscamente levantaron,

diciendo: «Padre, menos nos doliera
si comes de nosotros; pues vestiste
estas miserables carnes, las despoja.»

Por más no entristecerlos me calmaba;
ese día y al otro nada hablamos:
Ay, dura tierra, ¿por qué no te abriste?

Cuando hubieron pasado cuatro días,
Gaddo se me arrojó a los pies tendido,
diciendo: «Padre, ¿por qué no me ayudas?»

Allí murió: y como me estás viendo,
vi morir a los tres uno por uno
al quinto y sexto día; y yo me daba

ya ciego, a andar a tientas sobre ellos.
Dos días les llamé aunque estaban muertos:
después más que el dolor pudo el ayuno.»

Cuando esto dijo, con torcidos ojos
volvió a morder la misera cabeza,
y los huesos tan fuerte como un perro.

¡Ah Pisa, vituperio de las gentes
del hermoso país donde el «sí» suena!,
pues tardos al castigo tus vecinos,

muévase la Gorgona y la Capraia,
y hagan presas allí en la hoz del Arno,
para anegar en ti a toda persona;

pues si al conde Ugolino se acusaba
por la traición que hizo a tus castillos,
no debiste a los hijos dar tormento.

Inocentes hacía la edad nueva,
nueva Tebas, a Uguiccione y al Brigada
y a los otros que el canto ya ha nombrado.»

A otro lado pasamos, y a otra gente
envolvía la helada con crudeza,
y no cabeza abajo sino arriba.

El llanto mismo el lloro no permite,
y la pena que encuentra el ojo lleno,
vuelve hacia atrás, la angustia acrecentando;

pues hacen muro las primeras lágrimas,
y así como viseras cristalinas,
llenan bajo las cejas todo el vaso.

Y sucedió que, aun como encallecido
por el gran frío cualquier sentimiento
hubiera abandonado ya mi rostro,

me parecía ya sentir un viento,
por lo que yo: «Maestro, ¿quién lo hace?,
¿No están extintos todos los vapores?»

Y él me repuso: «En breve será cuando
a esto darán tus ojos la respuesta,
viendo la causa que este soplo envía.»

Y un triste de esos de la fría costra
gritó: «Ah vosotras, almas tan crueles,
que el último lugar os ha tocado,

del rostro levantar mis duros velos,
que el dolor que me oprime expulsar pueda,
un poco antes que el llanto se congele.»

Y le dije: «Si quieres que te ayude,
dime quién eres, y si no te libro,
merezca yo ir al fondo de este hielo.»

Me respondió: «Yo soy fray Alberigo;
soy aquel de la fruta del mal huerto,
que por el higo el dátil he cambiado.»

«Oh, ¿ya estás muerto --dijele yo- entonces?
Y él repuso: «De cómo esté mi cuerpo
en el mundo, no tengo ciencia alguna.

Tal ventaja tiene esta Tolomea,
que muchas veces caen aquí las almas
antes de que sus dedos mueva Atropos;

y para que de grado tú me quites
las lágrimas vidriosas de mi rostro,
sabe que luego que el alma traiciona,

como yo hiciera, el cuerpo le es quitado
por un demonio que después la rige,
hasta que el tiempo suyo todo acabe.

Ella cae en cisterna semejante;
y es posible que arriba esté aún el cuerpo
de la sombra que aquí detrás inverna.

Tú lo debes saber, si ahora has venido:
que es Branca Doria, y ya han pasado muchos
años desde que fuera aquí encerrado.»

«Creo -le dije yo- que tú me engañas;
Branca Doria no ha muerto todavía,
y come y bebe y duerme y paños viste.»

«Al pozo -él respondió- de Malasgarras,
donde la pez rebulle pegajosa,
aún no había caído Miguel Zaque,

cuando éste le dejó al diablo un sitio
en su cuerpo, y el de un pariente suyo
que la traición junto con él hiciera.

Más extiende por fin aquí la mano;
abre mis ojos.» Y no los abrí;
y cortesía fue el villano serle.

¡Ah genoveses, hombres tan distantes
de todo bien, de toda lacra llenos!,
¿por qué no sois del mundo desterrados?

Porque con la peor alma de Romaña
hallé a uno de vosotros, por sus obras
su espíritu bañando en el Cocito,
y aún en la tierra vivo con el cuerpo.

CANTO XXXIV

«Vexilla regis prodeunt inferni
contra nosotros, mira, pues, delante
-dijo el maestro- a ver si los distingues.»

Como cuando una espesa niebla baja,
o se oscurece ya nuestro hemisferio,
girando lejos vemos un molino,

una máquina tal creí ver entonces;
luego, por aquel viento, busqué abrigo
tras de mi guía, pues no hallé otra gruta.

Ya estaba, y con terror lo pongo en verso,
donde todas las sombras se cubrían,
traspareciendo como paja en vidrio:

Unas yacen; y están erguidas otras,
con la cabeza aquella o con las plantas;
otra, tal arco, el rostro a los pies vuelve.

Cuando avanzamos ya lo suficiente,
que a mi maestro le plació mostrarme
la criatura que tuvo hermosa cara,

se me puso delante y me detuvo,
«Mira a Dite -diciendo-, y mira el sitio
donde tendrás que armarte de valor.»

De cómo me quedé helado y atónito,
no lo inquietas, lector, que no lo escribo,
porque cualquier hablar poco sería.

Yo no morí, más vivo no quedé:
piensa por ti, si algún ingenio tienes,
cual me puse, privado de ambas cosas.

El monarca del doloroso reino,
del hielo aquel sacaba el pecho afuera;
y más con un gigante me comparo,

que los gigantes con sus brazos hacen:
mira pues cuánto debe ser el todo
que a semejante parte corresponde.

Si igual de bello fue como ahora es feo,
y contra su hacedor alzó los ojos,
con razón de él nos viene cualquier luto.

¡Qué asombro tan enorme me produjo
cuando vi su cabeza con tres caras!
Una delante, que era toda roja:

las otras eran dos, a aquella unidas
por encima del uno y otro hombro,
y uníanse en el sitio de la cresta;

entre amarilla y blanca la derecha
parecía; y la izquierda era tal los que
vienen de allí donde el Nilo discurre.

Bajo las tres salía un gran par de alas,
tal como convenía a tanto pájaro:
velas de barco no vi nunca iguales.

No eran plumosas, sino de murciélago
su aspecto; y de tal forma aleteaban,
que tres vientos de aquello se movían:

por éstos congelábase el Cocito;
con seis ojos lloraba, y por tres barbas
corría el llanto y baba sanguinosa.

En cada boca hería con los dientes
a un pecador, como una agramadera,
tal que a los tres atormentaba a un tiempo.

Al de delante, el morder no era nada
comparado a la espalda, que a zarpazos
toda la piel habíale arrancado.

«Aquella alma que allí más pena sufre
-dijo el maestro- es Judas Iscariote,
con la cabeza dentro y piernas fuera.

De los que la cabeza afuera tienen,
quien de las negras fauces cuelga es Bruto:
-¡mírale retorcerse! ¡y nada dice!-

Casio es el otro, de aspecto membrudo.
Más retorna la noche, y ya es la hora
de partir, porque todo ya hemos visto.»

Como él lo quiso, al cuello le abracé;
y escogió el tiempo y el lugar preciso,
y, al estar ya las alas bien abiertas,

se sujetó de los peludos flancos:
y descendió después de pelo en pelo,
entre pelambre hirsuta y costra helada.

Cuando nos encontramos donde el muslo
se ensancha y hace gruesas las caderas,
el guía, con fatiga y con angustia,

la cabeza volvió hacia los zancajos,
y al pelo se agarró como quien sube,
tal que al infierno yo creí volver.

«Cógete bien, ya que por esta escala
-dijo el maestro exhausto y jadeante
es preciso escapar de tantos males.»

Luego salió por el hueco de un risco,
y junto a éste me dejó sentado;
y puso junto a mí su pie prudente.

Yo alcé los ojos, y pensé mirar
a Lucifer igual que lo dejamos,
y le vi con las piernas para arriba;

y si desconcertado me vi entonces,
el vulgo es quien lo piensa, pues no entiende
cuál es el trago que pasado había.

«Ponte de pie -me dijo mi maestro-:
la ruta es larga y el camino es malo,
y el sol ya cae al medio de la tercia.»

No era el lugar donde nos encontrábamos
pasillo de palacio, más caverna
que poca luz y mal suelo tenía.

«Antes que del abismo yo me aparte,
maestro -dije cuando estuve en pie-,
por sacarme de error háblame un poco:

¿Dónde está el hielo?, ¿y cómo éste se encuentra
tan boca abajo, y en tan poco tiempo,
de noche a día el sol ha caminado?»

Y él me repuso: « Piensas todavía
que estás allí en el centro, en que agarré
el pelo del gusano que perfora

el mundo: allí estuviste en la bajada;
cuando yo me volví, cruzaste el punto
en que converge el peso de ambas partes:

y has alcanzado ya el otro hemisferio
que es contrario de aquel que la gran seca
recubre, en cuya cima consumido

fue el hombre que nació y vivió sin culpa;
tienes los pies sobre la breve esfera
que a la Judea forma la otra cara.

Aquí es mañana, cuando allí es de noche:
y aquél, que fue escalera con su pelo,
aún se encuentra plantado igual que antes.

Del cielo se arrojó por esta parte;
y la tierra que aquí antes se extendía,
por miedo a él, del mar hizo su velo,

y al hemisferio nuestro vino; y puede
que por huir dejara este vacío
eso que allí se ve, y arriba se alza.»

Un lugar hay de Belcebú alejado
tanto cuanto la cárcava se alarga,
que el sonido denota, y no la vista,

de un arroyuelo que hasta allí desciende
por el hueco de un risco, al que perfora
su curso retorcido y sin pendiente.

Mi guía y yo por esa oculta senda
fuimos para volver al claro mundo;
y sin preocupación de descansar,

subimos, él primero y yo después,
hasta que nos dejó mirar el cielo
un agujero, por el cual salimos
a contemplar de nuevo las estrellas.



La Carta de Fray Hernando

*Trás todo lo sucedido en estos días en la Villa y Corte,
los informadores de la Inquisición están más prestos si cabe,
y pronto informan al Secretario Montesinos de los extraños tejemanejes
del Presidente del Tribunal Bocanegra.
No tardan los Actores en ser conocedores de todo.*



A Vuesa Merced,

Sabiendo del interés de Su Persona por la obra de Dante,
ha llegado a mi entender del viaje a Toledo
de tres excepcionales copias
y que tendrán a bien pernoctar mañana
en la Venta de los Tres Soles.
Siempre a Su disposición,

HdM



La Carta del Mesero

*Esta es la “condena” a una Hiramita traidora.
Piedrasacra da un aviso a los suyos...
Quiere dejar claro lo alargada que es su sombra y el poder que ostenta.
El que sepa y quiera ver... ¡Que vea!*





La Orden de Arresto

*El Consejo de Estado ha dictado una Orden.
La Orden es el arresto del Alférez Don Vidal de Cendrero
y puesta en prisión hasta su Juicio.*



*Por la Presente,
Por Voluntad de Su Majestad,
Por Orden del Consejo de Estado y de Guerra,
En su representación Yo, Don Alvaro Enriquez, Marqués de Alcañices,*

*Se da Orden urgente de búsqueda y captura del Alférez
Don Vidal de Cendrero, para su disposición a cargo de las
Autoridades Militares de España.*

*Tras su encierro a la espera de Juicio, se informará al
Consejo de Estado y de Guerra.*

Por la Presente.

*Alvaro Enríquez
Marqués de Alcañices
Miembro del Consejo de Estado y de Guerra*



Una Cita Inesperada

*Una “vieja amiga” desea volver a ver a uno de los Actores
para un motivo de venganza personal.
Y la cita está llena de secretos.*



A Vos,

*que sois quien sois,
que sois lo que sois para mí.*

*Si os place,
deseo reunirme con Vos
mañana al anochecer
en el camino de Madrid a Toledo
en la Venta de los "Tres Soles".
Tengo mucho que decirle de "amigos" comunes
de los que una vez fueron "mi familia".
Allí os espero.*

*Suya en el respeto.
Una amiga.*



Plano de Cedillo del Condado

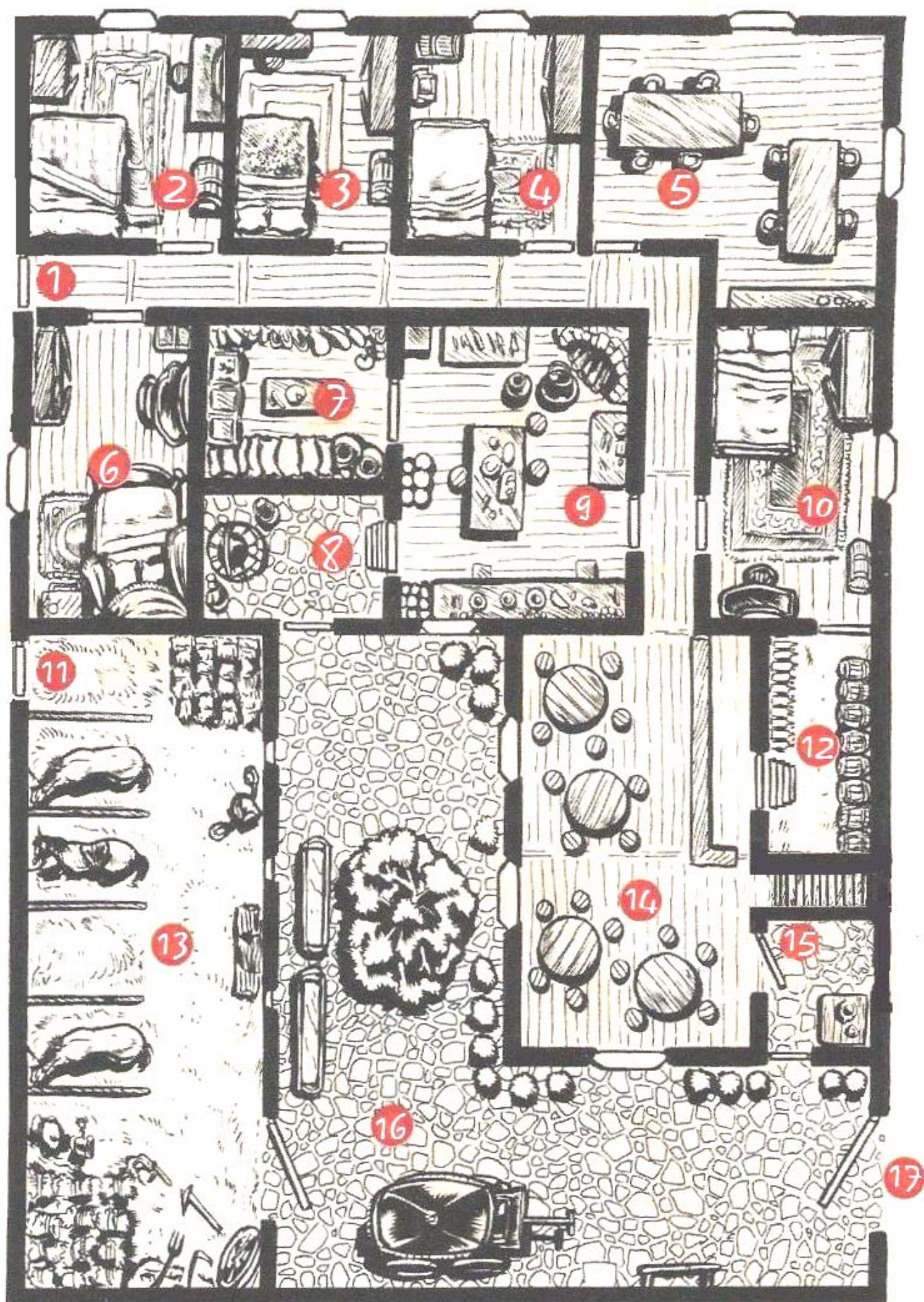
*Este es el plano de la zona entre Madrid y Toledo,
donde el camino lleva a la Venta de los “Tres Soles”,
al pueblo de Cedillo del Condado
y a las propiedades del Conde de Humanes.*

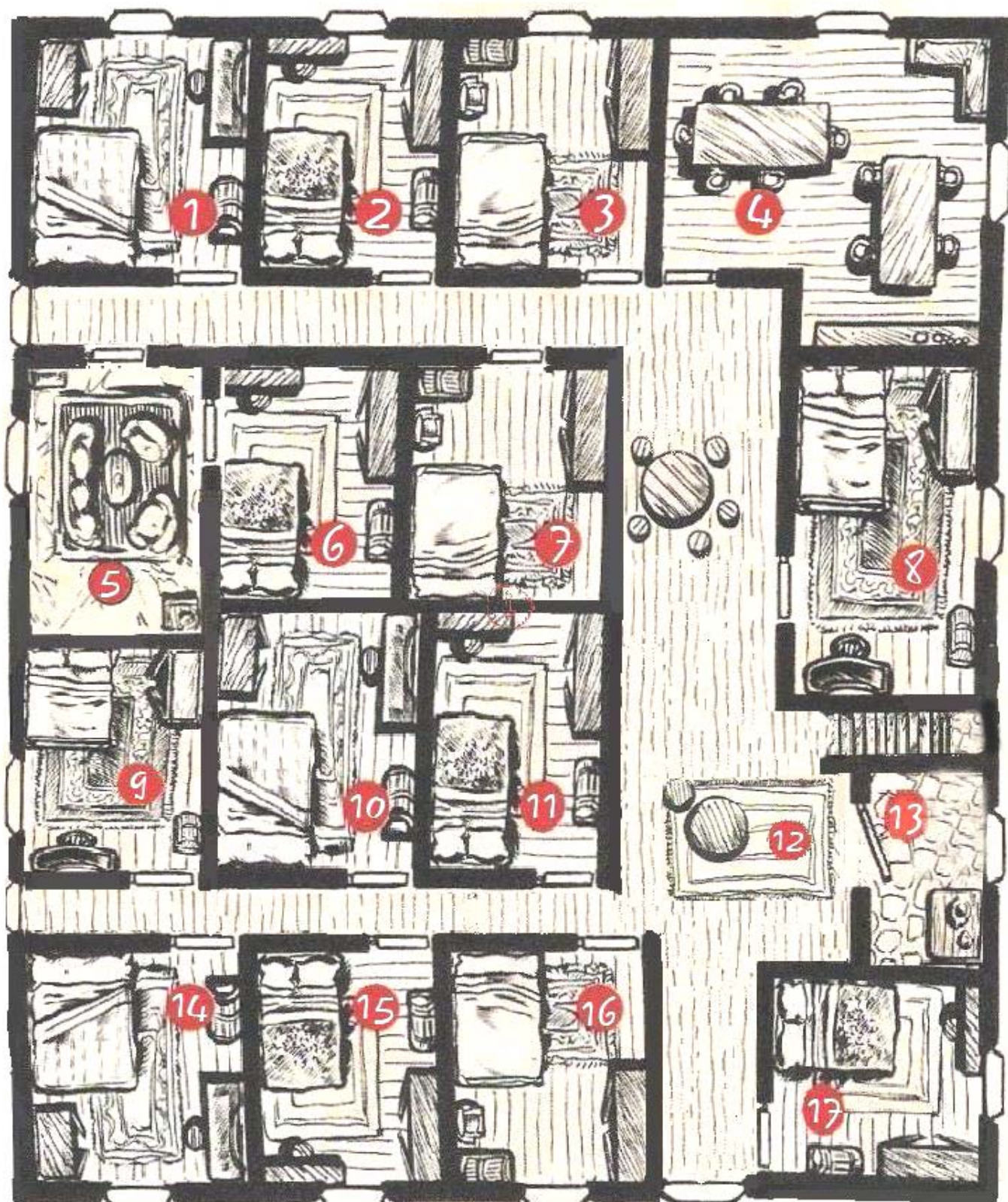




La Venta de los “Tres Soles”

*El plano de la Venta de los “Tres Soles”
donde se desarrollará una de las noches mas intensas
de los Actores...
Que no es Corral de Comedias
pero como si lo fuese.*







Las Propiedades de los Señores de los Humanares

*Y acá están los lugares necesarios
para conocer algunas de las propiedades de
Don Pedro López de Ayala...
Su Palacete,
la gran Iglesia
y las dependencias de sus Servidores.*

